

*Emma Colt*

MILUNA DE  
MIEL *se*  
CONTIGO

Lectulandia

Un encuentro inesperado. Una vieja llama. Una venganza por cumplir.

Cuando Sara se reencuentra con el hombre que le rompió el corazón doce años atrás, no puede imaginar que alguien acabará intentando matarla por su culpa...

Sara viaja sola a Providenciales con la esperanza de cargar las pilas y resolver su fuerte crisis personal. Sin embargo, el destino no se lo piensa poner tan fácil: allí coincide con él, con Javi. Él asegura que no es el hombre que ella cree, que es otro Javi. La verdad es que dice eso porque no puede confesar su verdadera identidad, porque hacerlo podría ponerlos en peligro a ambos.

Pero la prudencia de Javi deja de ser necesaria cuando alguien de su pasado reaparece dispuesto a cumplir una venganza pendiente. Obligados a huir juntos, y mientras una vieja e inconfesable pasión renace, Sara y Javi deberán emprender una investigación que amenaza con sacar a la luz oscuros secretos del pasado. Y hay alguien que no quiere que eso suceda

**Lectulandia**

Emma Colt

# **Mi luna de miel contigo**

**Amores imprevistos - 2**

ePub r1.0

Titivillus 02.08.2019

Título original: *Mi luna de miel contigo*  
Emma Colt, 2018  
Diseño de cubierta: Emma Colt

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Mi luna de miel contigo

Dedicatoria

Agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Agradecimiento personal de la autora

*Siempre para H.*

## Agradecimientos

Como siempre, mi primer agradecimiento es para ti, lectora o lector, por confiar en esta novela.

Esta vez, además, quiero agradecer especialmente a todas aquellas personas que, después de leer *Cuatro días contigo*, han seguido de una manera u otra a mi lado, esperando pacientemente la llegada de *Mi luna de miel contigo*. Ha costado, pero al fin la tenemos aquí.

Para acabar, y como no, miles de gracias a H. por su infinita paciencia y apoyo incondicional. También al retoño de la casa, que cada vez comprende mejor las implicaciones de tener una madre escritora.

Espero que disfrutéis de *Mi luna de miel contigo*, una novela que siempre ocupará un lugar especial en mi corazón.



## Prólogo

—Malditos traficantes de dro...

Unos suaves golpes en la puerta lo sobresaltaron.

Se apresuró a mover el ratón de su ordenador para activar el programa de correo electrónico y así esconder lo que había estado haciendo. En la pantalla se desplegaron las decenas de mensajes que todavía no había leído. Normalmente a esas horas de la mañana ya los había revisado todos. Ese día, sin embargo, no había empezado como cualquier otro y su plan de trabajo habitual se había ido al traste.

Pilar, su secretaria, entró en el despacho con un dossier encuadernado en la mano.

—Aquí tiene el informe sobre el estado de las obras en el edificio del hotel, señor Martín —dijo.

Toni cogió el dossier que Pilar le tendía.

—Gracias, señora Vega —dijo, remarcando el «señora Vega».

Pilar no consiguió esconder una pequeña mueca de disgusto. Después elevó los ojos al cielo y resopló con fingida exasperación.

—Está bien. ¿Necesitas algo más, *Toni*?

—No necesito nada más. Gracias, Pilar —dijo él con una amplia sonrisa.

Ella se esforzó por no devolverle la sonrisa, pero fracasó en su intento y emprendió el camino hacia la puerta murmurando para sí.

Pilar tenía cincuenta y dos años y no soportaba que la llamaran «señora». A Toni tampoco le gustaba demasiado que lo llamaran «señor», pero su secretaria era de la vieja escuela y desde el primer día había insistido en utilizar esa formalidad. Los dos eran muy tozudos, porque hacía casi un año que la había contratado y ninguno de los dos se había dado por vencido.

En cuanto la puerta se cerró tras Pilar, la sonrisa se borró del rostro de Toni. Fingir que su día estaba transcurriendo como cualquier otro le estaba

costando un gran esfuerzo, pero no quería que nadie notara nada extraño en su comportamiento.

Esa mañana, una llamada urgente de su padre lo había liberado de una de sus habituales pesadillas. El motivo era hablarle de una noticia de la que, hasta ese momento, Toni solo había escuchado hablar de pasada. Y allí estaba ahora. Después de tres horas leyendo artículos de periódicos, tenía tantas pestañas abiertas en el navegador que ya había perdido la cuenta.

Su móvil empezó a sonar. Le faltó tiempo para mirar en la pantalla el nombre de la persona que llamaba. Al fin. Llevaba toda la mañana esperando esa llamada.

—Hola, Bruno —respondió enseguida—. Muchas gracias por llamar.

—No hay problema, tío. A ver, he podido hablar con algunas personas y tengo una idea bastante clara del asunto. ¿Tú qué información tienes, exactamente?

—Cuéntamelo como si no supiera nada, por favor.

A pesar de todo lo que había leído en Internet, Toni prefería hacerlo así. Teniendo en cuenta que Bruno era policía, el hijo de un amigo de su padre, le parecía una fuente de información más fiable. Además, había algo tan absurdo en las acciones de algunos implicados que creía que había entendido algo mal o que le faltaban datos.

—Vale —dijo Bruno—. ¿Has estado en Porta alguna vez?

—No, pero la conozco. Ciudad de playa y veraneo.

—Exacto. Bien, pues hace un par de semanas, dos tipos mataron a un hombre que iba caminando por la calle. Supuestamente se trataba de una calle solitaria y lo hicieron de madrugada, así que estaban convencidos de que nadie los había visto.

—Pero había una mujer —apuntó Toni.

—Había una mujer. Esa fue su cagada número uno. Pero antes de seguir por ahí: los asesinos pertenecían a una banda de narcotraficantes. Al parecer tuvieron ciertas diferencias con otra banda, que se dedicaba a la trata de personas, y el asesinato era algún tipo de represalia. Lo que no ha salido en la prensa es que el tipo al que mataron era un policía infiltrado —explicó Bruno.

—Joder.

—Sí. Ellos no lo sabían, pero fue su cagada número dos. Y quédate con otro dato importante: uno de los asesinos es expolicía. Lo expulsaron del cuerpo por algún chanchullo de drogas —continuó Bruno—. Regresemos a la cagada número uno: la mujer. Al parecer, la mujer reconoció a los asesinos, porque los había visto antes en una discoteca.

—Kisses —dijo Toni, recordando el nombre que había leído.

—La misma —dijo Bruno—. Bien, pues aprovechando que la mujer los había reconocido, la enviaron con dos agentes de paisano a la discoteca para que ayudara a identificar a los asesinos. Con suerte, volverían a aparecer por allí. Y claro que lo hicieron, porque la discoteca era la sede central de los narcotraficantes.

Ahora Toni se preparó para prestar especial atención, porque llegaba la parte que no comprendía del todo.

—¿Recuerdas que te he dicho que uno de los asesinos es expolicía? —continuó Bruno.

—Sí.

—Vale, pues reconoció a uno de los agentes de paisano. Y, creyendo que les seguían la pista por el asesinato, cometieron la cagada número tres: secuestraron al poli y a la mujer. A él querían interrogarle para ver qué sabía la policía del asesinato y después pretendían hacerlos desaparecer.

—¿Sabían que la mujer era una testigo?

—Qué va. Creían que era la novia del policía. Tuvo la mala suerte de estar allí cuando lo secuestraron a él.

—Vale —asintió Toni—. Pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué les pareció buena idea secuestrar e intentar asesinar a un policía?

Bruno rio sin humor.

—Buena pregunta. Desde luego, no pasarán a la historia como los traficantes más listos de la historia.

Es decir, que Toni lo había entendido bien desde un buen principio. Arqueó las cejas y resopló. Todavía le costaba creérselo. ¿No les habría bastado con huir, tal y como habían intentado hacer cuando todo había salido mal? Malditos traficantes de drogas estúpidos.

—El caso es que la banda ha quedado desmantelada —añadió Bruno—. Los han detenido a todos y ya están en la cárcel.

«Pues bien merecido se lo tienen. Por estúpidos», pensó Toni, frustrado.

—En cuanto a tu padre... —siguió Bruno—, me temo que su nombre está sonando. Todavía no hay nada en firme, pero ha aparecido entre la documentación que se ha incautado. Yo me prepararía para lo que pueda venir.

Toni maldijo para sus adentros y se mordió el labio con fuerza. Necesitó un par de segundos antes de poder hablar con normalidad.

—Vale —dijo—. Gracias por todo, Bruno. Si alguien pregunta, negaré haber tenido esta conversación contigo.

Bruno dijo que él haría lo mismo, se despidieron y cortaron la llamada. Durante unos instantes, Toni no reaccionó. Se perdió en sus pensamientos.

Cuando su padre había llamado esa mañana, decir que estaba nervioso era quedarse corto. Al parecer, había permitido a la banda de Kisses que vendieran drogas en algunas de sus discotecas. A cambio de una generosa comisión, claro. Además, los había ayudado a trasladar droga por el país valiéndose de una de sus dos empresas de mensajería. También a cambio de otra generosa comisión.

Hacía muchos años que Toni se había desentendido por completo de los negocios sucios de su padre. También había intentado, sin éxito, que los abandonara, porque era cuestión de tiempo que alguno de ellos le estallara en las manos. Tal y como estaba pasando ahora. Y con lo mal que estaba su padre, era el peor momento en el que podía suceder. Tiempo atrás, su padre ni se habría inmutado ante este revés. Lo habría solucionado y punto. Ahora, sin embargo, era incapaz de gestionarlo, y le pedía a él que se ensuciara las manos para salvarle el culo.

¿Cómo demonios se suponía que debía solucionar este embrollo? Se pasó la mano por el cabello, nervioso. Solo de pensar en que su padre acabara en la cárcel se ponía enfermo.

Tenía dos opciones. Una era contratar un buen abogado e intentar resolverlo por la vía legal, aunque entonces dudaba poder evitar que su padre acabara en la cárcel. La otra opción era utilizar los contactos de su padre. El pensamiento le retorció el estómago y sintió náuseas. No quería hacerlo. Temía que, si volvía a entrar en ese mundo, después no conseguiría desengancharse. Quería a su padre, pero no quería formar parte de sus negocios corruptos. Ya no.

—Me cago en la hostia —maldijo, frustrado.

Recuperó el ratón de su ordenador y empezó a cerrar pestañas y más pestañas del navegador. Hablaría con un abogado. No era la mejor opción para su padre pero, por su propio bien, no se atrevía a hacer otra cosa.

La última pestaña que le quedaba por cerrar le llamó la atención. No contenía la noticia de un periódico, sino un breve reportaje sobre el caso. Era lo primero que había encontrado, pero no había llegado a mirarlo. Pulsó el botón de reproducir, por si acaso añadía alguna información distinta y que pudiera interesarle.

En los primeros minutos no había nada nuevo. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar al final, detuvo el vídeo bruscamente.

No podía haberlo visto bien.

No podía ser.

Pero estaba convencido de que sus ojos no lo habían engañado.

Mientras rebobinaba las imágenes, ese agujero negro y siniestro que llevaba nueve años formando parte de él se abrió de golpe otra vez. Con el paso del tiempo había ido retrocediendo hacia un rincón, empequeñeciéndose. Toni había conseguido seguir adelante con su vida, adoptando apariencia de absoluta normalidad, pero el agujero siempre había estado ahí, susurrando que la herida seguía abierta, provocándole pesadillas, impidiéndole encontrar alguien en quien confiar del todo. Toni no olvidaba. El agujero no olvidaba. Y ahora volvía a estar como al principio, con su boca completamente abierta, lleno de odio y sediento de venganza.

Pulsó de nuevo el botón de reproducir y el reportaje mostró unas imágenes grabadas clandestinamente: el momento en el que el policía y la mujer secuestrados se reencontraban con sus parejas y familiares. La grabación no era muy buena, pero...

Era él.

Alto, delgado, con unos rasgos que reconocería incluso cubiertos por una barba de Papá Noel.

Javier Bandama.

Nueve años. Nueve años de búsqueda infructuosa, de rabia contenida, de un dolor que nunca dormía.

Al fin, lo había encontrado. De la manera más absurda e irónica, por pura casualidad, pero ahí estaba.

Miró otra vez las imágenes en las que abrazaba a una mujer de cabello negro, supuso que la testigo del asesinato. Volvió a mirarlas. Otra vez. Y otra. Quería memorizar cada detalle de su aspecto actual, asegurarse de que, en cuanto lo viera, no dudaría.

Porque iba a matarlo con sus propias manos. Oh, sí, y esperaba hacerle sufrir. Mucho.

Pero no debía precipitarse. No podía actuar impulsivamente como hacía antes.

Primero de todo, tenía que localizarlo y averiguar todo lo que pudiera sobre él. Podría contratar a un detective privado, pero eso sería más lento y dejaría un rastro. No, no era la mejor opción. Al parecer, al final sí que iba a tener que recurrir a los contactos de su padre. Pero a él no le contaría nada. Todavía no. Se alteraría mucho y, si al final la cosa no salía bien, podría no superarlo. Se lo contaría cuando ya estuviera hecho.

En segundo lugar, trazaría su plan. Tenía que hacerlo meticulosamente. Su primer objetivo era anticipar los movimientos de Bandama. Solo así encontraría el momento ideal. Y, cuando lo encontrara, podría definir sus pasos para acabar con él de manera discreta, sin que nadie pudiera acusarlo de su asesinato.

El agujero negro que había vuelto a apoderarse de él rugió.  
Había llegado el momento de la venganza.

# 1

## *Hace doce años*

Sara abrió los ojos en cuanto se disparó la alarma de su despertador. En sus labios se dibujó una amplia sonrisa.

Al fin.

Se levantó de un salto, se vistió con la ropa que se había dejado preparada encima de la maleta y abrió la puerta con tanta energía que la ventana de su habitación vibró un poco. Se apoyó en el marco de la puerta, imitando la pose sexy de una súper modelo. Con lo bajita que era nunca le habrían permitido poner los pies en una pasarela, pero se sentía como la reina del mundo.

—Ya soy mayor de edad —declaró.

Desde la mesa del salón, Adam la miró, ceñudo.

—No me parece una buena idea —declaró.

—¿Hacerme mayor de edad? No es algo que pueda evitar, ¿sabes? — bromeó Sara.

Como respuesta, Adam farfulló algo incomprensible.

Durante unos breves instantes, Sara se sintió culpable. Su hermano había pasado toda la noche trabajando en la discoteca. El cabello despeinado y las profundas y oscuras ojeras lo atestiguaban. En esos momentos estaba desayunando, después se acostaría solo unas cuatro horas y se levantaría para ponerse a estudiar, porque estaba preparando las oposiciones para entrar en la policía.

Sin embargo, Sara no tardó en apartar la culpabilidad de su mente. Ella también llevaba dos años trabajando cada fin de semana. Y, si no había trabajado más, había sido porque Adam no se lo había permitido. Su querido hermano no había querido ni escuchar hablar de que Sara trabajara más allá de sábados y domingos. Quería que se centrara al máximo en los estudios

para asegurarse la entrada en la universidad. Era muy importante para él, y ella nunca se lo había discutido, porque quería ir a la universidad.

Adam también se había asegurado de que ningún chico se acercara a dos kilómetros a la redonda de Sara. Ella nunca había sido rebelde, más bien al contrario, pero los últimos dos años su relación había sido complicada. Ya no era una cría, pero Adam seguía tratándola como si lo fuera. Casi no le permitía salir de fiesta con sus amigas y, cuando lo hacía, *siempre* las acompañaba. Berta, Judith y Marina estaban encantadas de la vida, claro, pero Sara había dejado claro a Adam que sus amigas eran intocables. Si se le ocurría ligarse a una de ellas se fugaría de casa. Esa era una de las cosas que más molestaba a Sara. Él se acostaba con una tía diferente casi cada fin de semana, pero a ella ni siquiera podían tocarla.

Así que llevaba más de un año ahorrando para este momento. Trece días de vacaciones, de playa, de sol. De libertad absoluta. Porque ahora que ya tenía dieciocho años, Adam ya no era su tutor legal. Ahora, como mucho podía opinar que un inocente viaje le parecía una mala idea.

Sara sonrió y se acercó a darle un beso en la mejilla.

—Gracias por las felicitaciones, hermano.

Adam solo gruñó y Sara se encerró en el baño para asearse. Como sus amigas estarían al llegar, fue a toda velocidad y estuvo lista en menos de cinco minutos.

Cuando volvió a abrir la puerta, Adam la estaba esperando con un regalo en las manos.

—Felicidades —dijo, tendiéndole el paquete.

Era grande y rectangular, y la sorprendió lo que pesaba. Sara rasgó el papel con impaciencia y muerta de curiosidad, porque los regalos que Adam y ella intercambiaban siempre habían sido más bien pequeños y ligeros. No había dinero para más.

Al ver la fotografía del exterior de la caja, Sara se quedó boquiabierta.

Era un ordenador portátil.

Pero no uno cualquiera, sino el avanzado modelo que casi un año atrás había dicho que le gustaba pero sabía que nunca podría pagarse.

—Adam... —balbuceó, casi sin palabras—. Cuesta una fortuna.

—Lo vas a necesitar para la uni.

Sara notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Dejó con cuidado la caja encima del sofá y lo abrazó.

—Muchas gracias.

—Es un día especial —dijo Adam, con la voz un poco rota.



De repente, Sara tomó consciencia de lo que ese día significaba para él. Solo se llevaban cuatro años, pero podía decirse que Adam había sido para ella más un padre que un hermano mayor. Se había preocupado por ella como nadie, los había sacado a los dos adelante, y ahora ella reclamaba su independencia casi sin mirar atrás. Volvió a abrazarlo.

—Gracias por todo, Adam.

—Irás con cuidado, ¿verdad?

—Claro que sí, solo vamos a la playa.

Él resopló con incredulidad.

—Seguro que Judith ya tiene localizadas todas las fiestas y discotecas de la zona. ¿Te crees que no la conozco? —dijo.

Sara intentó suprimir una sonrisa con muy poco éxito.

—Puede —dijo.

Para disimular, centró su atención en la caja de su nuevo y maravilloso portátil. Se moría de ganas de desembalarlo y empezar a utilizarlo. Pero entonces sonó el timbre. Seguro que eran Judith, Berta y Marina.

—Ni siquiera tengo tiempo de abrirlo —se lamentó.

—Tendrás que esperar a la vuelta —dijo Adam con una sonrisa traviesa, como si esa fuera su pequeña venganza.

Sara le sacó la lengua y corrió a coger su maleta. Besó a Adam en la mejilla y fue hacia la puerta.

—No has desayunado —dijo Adam.

—Berta trae bocadillos para todas, comeremos por el camino.

Cuando abrió la puerta, se encontró a sus tres amigas allí.

—¿Por qué habéis subido? —preguntó, extrañada.

Sus amigas saludaron y asomaron la cabeza dentro del piso con muy poco disimulo. Cuando Adam se acercó, sus anchas sonrisas lo dijeron todo.

—Pórtate bien mientras estamos fuera, ¿de acuerdo, Adam? —dijo Judith.

—Lo intentaré —dijo él, dedicándoles su sonrisa arrebatadora, perfectamente consciente del efecto que tenía sobre ellas. Y, al parecer, sobre cualquier mujer del mundo. También hombres. Él no se habría fijado, pero Sara sí había visto cómo algunos le miraban el trasero.

Sara sabía que su hermano era considerado un tío bueno, y lo comprendía, pero no entendía el comportamiento de la gente a su alrededor. Como, por ejemplo, el de Berta, Marina y Judith, quienes al ver la sonrisa de Adam, que no se había molestado en ponerse la camiseta, suspiraron. Literalmente.

Sara puso los ojos en blanco.

—Menudo espectáculo —dijo—. Lo calificaría de lamentable para arriba.

Sus amigas la ignoraron, nada afectadas por el comentario, así que optó por empujarlas hacia el rellano.

—Venga, decid adiós.

—Adiós, Adam... —dijeron Berta y Judith, con un tono demasiado insinuante. Marina no pronunció palabra, pero su sonrisa lo decía todo.

Adam rio y Sara resopló. Se despidió con un gesto rápido y cerró la puerta enérgicamente. En cuanto perdieron de vista a Adam, sus amigas suspiraron con aire soñador. Las tres a la vez.

—Algún día tendrás que levantar la prohibición de enrollarnos con él —dijo Berta, comentario que contó con el entusiasta asentimiento de Judith y Marina.

—Os romperé el corazón. Su media es de dos al mes —dijo Sara, zanjando el tema.

Una hora después, subieron al autobús que las llevaría a la veraniega pequeña ciudad de la costa que habían escogido para esas vacaciones de trece días. Tras cinco horas de trayecto, llegaron a su destino. A pesar del cansancio, se apresuraron a dirigirse al pequeño apartamento que habían alquilado, se pusieron el bañador, cogieron la crema solar y las toallas y bajaron a la playa.

—Mmmm, esto es vida... —dijo Judith cuando se tumbaron en las toallas después de haber estado un buen rato en el agua.

Sara sonrió. Sí, sí que lo era. Eran las primeras vacaciones de su vida. Al menos las primeras que recordaba. Y serían tan largas... Suspiró, encantada, y se dejó envolver por los lejanos sonidos de las olas, los murmullos de las otras personas que había en la playa y de la conversación intermitente de sus amigas.

Más tarde, pasaron por el supermercado, se ducharon y cenaron. Después de que le hicieran soplar una vela en un bizcocho que habían traído expresamente desde casa, gesto que la hizo llorar como una boba, se vistieron para salir.

—Tía, ¿vas a ir con esa camiseta? —preguntó Berta a Sara cuando la vio.

—¿Qué pasa? A mí me gusta...

Sara acarició la camiseta, como si la estuviera consolando después del ofensivo comentario de Berta. Era de su grupo de música favorito. Había sido el regalo navideño de Adam y le encantaba.

—Ya, pero es que vamos de fiesta. A bailar, quizá a ligar... —dijo Berta, como si hubiera algún significado oculto en sus palabras.

—¿Y? —dijo Sara, que seguía sin ver qué problema había con su camiseta.

Berta se la quedó mirando unos instantes y finalmente sonrió.

—Nada —dijo, dándole un beso en la mejilla—. Te queda estupenda.

—Gracias...

Adam no iba desencaminado respecto a Judith: hacía mucho tiempo que había planificado todas las salidas nocturnas del viaje. Esa noche acudieron a una discoteca que había en la misma playa. Una vez allí, Judith volvió a maravillarse con su capacidad para relacionarse y conseguir información. En el tiempo que tardaron en pedirse un cóctel para cada una —un cubata no porque no era tan estiloso—, Judith ya había averiguado los detalles más interesantes de la fauna —masculina— que ocupaba la discoteca. Se reunieron a su alrededor.

—Ese grupito que van casi todos con pantalones blancos son los pijos de la ciudad. Todos tienen novia y se dedican a ponerles los cuernos fin de semana sí, fin de semana también. Al parecer ellas hacen lo mismo. Yo pasaría de ellos —dijo Judith. Después, señaló a un numeroso grupo de chicos y chicas que bailaba en el centro de la pista de baile—. Esos son franceses y hay alguna pareja, pero la gran mayoría están solteros. Están viniendo casi cada noche.

Sara sonrió al ver como sus amigas observaban a los franceses. Desde que, un año atrás, las tres habían ligado con tres amigos franceses, sentían debilidad por ellos. Siguió observando a la gente que ocupaba el local, que en realidad solo consistía en un gran techo de paja, con una barra contra la única pared y luces de colores que parpadeaban sin parar. El suelo era de madera. El equivalente a paredes era una especie de muro no muy alto, también de madera.

En un rincón había una sola mesa alta, alrededor de la cual había que estar de pie. Estaba ocupada por tres chicos que...

Cuando sus ojos se posaron en uno de ellos, sintió un escalofrío. No supo por qué. Era alto y delgado. Le pareció que su cabello un poco largo y despeinado era rubio oscuro. Sus rasgos eran marcados, fuertes, aunque la barba de algunas semanas los suavizaba un poco. Todo él, su rostro, la posición relajada de su cuerpo, la manera como se apoyaba contra la mesa, todo, desprendía una enorme seguridad en sí mismo. Y mucho descaro.

Sara no podía apartar la mirada. Si se encontrara en un manga japonés, ya estaría babeando. Habría un descomunal charco de baba a sus pies. Era demasiado bajita para él, pero... Dios, qué bueno estaba.

De repente, comprendió el comportamiento de Marina, Judith y Berta cada vez que veían a Adam, y pensó que la prohibición de enrollarse con él era una auténtica crueldad. Justo después empezó a recordarse a sí misma que había marcado ese límite para protegerlas, pero el pensamiento se esfumó de su cabeza cuando el chico giró la cabeza y la miró. A ella. Directamente.

Algo pasó. ¿Una descarga? ¿Una explosión? ¿Un terremoto?

Pero el mundo seguía en pie. La discoteca seguía en pie. La música seguía sonando, la gente seguía bailando, sus amigas seguían a su lado, comportándose como si no estuviera pasando nada extraño.

Pero ella no podía moverse. No podía despegar la mirada de él. Era como si sus ojos la hubieran atrapado con una red invisible. Se preguntó de qué color serían esos ojos. Maldijo la luz de la discoteca y la distancia entre ellos, porque no le permitían distinguirlo. Tendría que acercarse. Sí, esa sería la única manera...

¿Acercarse? ¿Acaso había perdido la cabeza? ¿Cómo podía estar pensando en cometer una tontería así?

Sara se quedó donde estaba, igual que sus ojos.

Entonces, él le dedicó una sonrisa.

Y ella suspiró. *Suspiró*. Exactamente tal y como habían hecho sus amigas ante Adam esa misma mañana, sin que ella consiguiera comprender su actitud. Ahora sí que la entendía. Aunque también recordaba que ella misma la había calificado como «lamentable».

Sara parpadeó. Una sola vez. Cerró los ojos con fuerza y giró la cabeza en un intento desesperado de liberarse de los hilos de la red invisible que la apresaba.

—¿Y esos? —consiguió preguntar a Judith.

La sorprendió el leve temblor de su voz. Afortunadamente, el elevado volumen de la música lo disimuló.

Judith miró hacia donde Sara había señalado con la cabeza. Sara solo se atrevió a mirar fugazmente, más bien de reojo, y tuvo que beber un buen trago de su bebida para disimular la decepción. El chico volvía a charlar con sus amigos, cada uno con una cerveza en la mano, como si no hubiera pasado nada digno de mencionar.

—Yo pasaría de esos —dijo Judith.

—¿Por qué? —preguntó Sara, muy sorprendida.

—Tienen fama de ser los chicos malos de la ciudad. Sobre todo el alto y delgado —explicó Judith.

—¿Qué quiere decir «chicos malos»?

—Rompecorazones, chulitos, gamberros. Me han dicho que al del cabello negro le gusta meterse en peleas. Una vez incluso lo detuvieron.

Sara la miró, boquiabierta.

—¿Cuándo has tenido tiempo de averiguar todo eso? —preguntó.

—¡Vamos a bailar! —las interrumpieron Marina y Berta, tirando de ellas hacia la pista de baile, concretamente hacia el grupo de turistas franceses.

Sara se dejó guiar por sus amigas, esforzándose por no mirar atrás y por digerir la decepción. El chico ni siquiera era una compañía deseable.

Pero eso qué más daba. Seguro que él ya ni se acordaba de ella.

\*

Todavía tenía el corazón desbocado.

Bebió otro trago de cerveza, intentando seguir la conversación de Roberto y Toni.

—... lo que pasa es que ese profesor es un cabrón. Nunca ha aprobado a nadie que le haya pedido la revisión de un examen —decía Roberto.

—Yo iría a verlo... —empezó a decir Toni.

—Y le partirías la cara. Ya lo sabemos, tío —lo cortó Roberto.

—Joder, ¿qué os hace pensar que lo arreglaría todo a hostias? —se quejó Toni.

Roberto lo miró, incrédulo.

—Dos veces. Dos veces me he metido en una pelea. La última fue hace tres años. Y aún así... —dijo Toni.

—Toni, tienes muy mala leche. Asúmelo —consiguió intervenir Javi.

Toni lo fulminó con la mirada y bebió de su cerveza, enfurruñado. Eso no podía negarlo.

Se quedaron unos instantes en silencio, momento que aprovecharon para echar un vistazo aparentemente desinteresado a las chicas que había en la discoteca.

*Ella* se había perdido entre la gente que bailaba en el centro de la pista de baile.

Toni y Roberto enseguida volvieron a hablar, pero Javi se quedó inmerso en sus pensamientos, intentando comprender qué acababa de suceder.

Pero, en realidad, ¿podía decirse que había sucedido algo?

Se había fijado en ella en cuanto había entrado en la discoteca, acompañada por sus amigas. No sabía qué le había llamado la atención primero. Quizá lo menuda que era, pero lo bien proporcionada que tenía cada

parte del cuerpo. O quizá la melena rubia, larga, que le llegaba casi hasta la cintura. O quizá ese rostro tan atractivo. Y dulce. Casi añorado. Esa era la parte que lo inquietaba. ¿Cuántos años tendría? Si estaba en la discoteca y le habían servido alcohol significaba que era mayor de edad, pero él mismo se había colado en algunas discotecas antes de cumplir los dieciocho...

Esas dudas no lo habían detenido y había seguido observándola. Vestía unos tejanos cortos blancos que tenían la suerte de aferrarse a su trasero como una segunda piel. Y esa camiseta todavía había despertado más su curiosidad. Él mismo había descubierto a ese grupo hacía poco y se moría de ganas de ir a un concierto suyo.

Algo más llamó su atención. Era la manera de moverse, de mirar a su alrededor, de encorvar los hombros. Le hizo pensar en un gatito asustado.

Algo en su interior, quizá la voz de su conciencia, le había susurrado que tenía que pasar de ella. Para empezar, podría ser menor de edad. Y además, parecía demasiado dulce para él. Suponiendo que llegaran a hablar, seguro que no surgiría nada entre ellos, serían demasiado opuestos.

Aún así, la curiosidad había podido más que él y había seguido buscándola por la discoteca, echándole demasiadas ojeadas y demasiado largas.

Y, en una de ellas, se la había encontrado mirándolo fijamente.

Había sido... raro. Como si la gente, los objetos y la música a su alrededor hubieran desaparecido y solo quedaran ellos dos. Escuchaba su propia respiración y el latido acelerado de su corazón. Le pareció que también podía escuchar la respiración de ella, que parecía petrificada. ¿Qué estaría pensando?

Javi le sonrió. ¿Qué otra cosa podía hacer en un momento así, tan... íntimo?

Ella abrió mucho los ojos. Después los cerró con fuerza, y el mundo y todo su ruido regresaron de golpe. La chica se giró e intercambió algunas palabras con una de sus amigas. Javi intentó hacer lo mismo con sus amigos, pero se mantuvo atento a sus movimientos. Ella siguió a sus amigas a la pista de baile, donde desapareció entre la gente sin mirar atrás una sola vez.

Por lo tanto, Javi no sabía si había sucedido algo o no. Sí sabía que se sentía como si acabara de tirarse por un precipicio y hubiera sobrevivido al salto.

Toni y Roberto seguían charlando y metiéndose el uno con el otro. Ni siquiera se habían percatado de su silencio.

Javi observó la masa de entregados bailarines. Un grupo numeroso estaba cruzando la pista de baile por el centro, provocando un cambio de posiciones general. Volvió a verla, bailando junto a sus amigas, y Javi se encontró sonriendo como un estúpido. Dios, era muy bajita.

Por algún absurdo motivo, volver a verla lo calmó. Durante un buen rato, fue capaz de seguir la conversación con Toni y Roberto mientras era testigo de cómo sus amigas no tenían problemas para empezar a charlar amigablemente con desconocidos. Ella, en cambio, no. Daba la impresión de no querer hablar con nadie, de estar bien bailando sola. No invitaba a que nadie se le acercara. Sin embargo, Javi tenía la sensación de que más bien era una cuestión de timidez.

De nuevo, se descubrió sonriendo estúpidamente. Aunque los tímidos siempre le habían despertado compasión y simpatía, nunca los había comprendido. ¿Por qué eran tímidos? ¿Tan poco confiaban en sí mismos, que creían que tenían algo de lo que avergonzarse?

Poco a poco, sus amigas fueron desapareciendo junto a sus ligues. Ella no. Puede que ese inmenso alivio que Javi sentía fuera un poco exagerado...

A la vez, sin embargo, le sabía mal por ella que la abandonaran así.

Al verse sola, la chica paró de bailar y caminó entre la gente hasta una de las salidas que conducían directamente a la playa, a unos cuarenta metros del agua, y descendió por las breves escaleras. La vio apoyarse contra el muro de madera que delimitaba la discoteca y contemplar la masa negra en la que se había convertido el mar nocturno.

—¡Bandama!

El grito de Toni lo sobresaltó. Miró a sus amigos, que lo observaban con un brillo divertido en los ojos.

—¿Vas a ir a por ella o no? —dijo Toni—. Llevas horas mirándola.

Si Javi perteneciera al grupo de tímidos e inseguros habría enrojecido y negado la afirmación de Toni. O al menos le habría avergonzado que lo hubieran pillado. Pero él no pertenecía a ese grupo. Él era de los que no escuchaba a las vocecitas interiores que lo advertían en contra de ir detrás de una chica demasiado dulce para él. Él era de los que pensaba: «¿Por qué demonios estoy dudando tanto?».

Así que sonrió con descaro. El comentario de Toni era el empujón que le faltaba.

—Vale —dijo.

Apuró su cerveza y propinó unas fuertes palmadas a las espaldas de sus amigos.

—Deseadme suerte —dijo.

Roberto rio.

—Anda, lárgate —fue la respuesta de Toni.



## 2

Sara suspiró.

Para variar, sus amigas habían ligado y ella no. Siempre había culpado a la presencia de Adam de su falta de ligues, pero era perfectamente consciente de que nunca había llamado la atención de demasiados chicos. Sí, su querido hermano había asustado a los pocos que se habían atrevido a acercarse a ella, pero no era algo que hubiera sucedido demasiado a menudo. Sara sabía que era porque era muy poca cosa y demasiado tímida.

Normalmente no le importaba. Ya estaba acostumbrada. Sin embargo, esa noche dolía especialmente. Le habría gustado poder decir que era porque era su cumpleaños, o porque era la primera noche que salía sin Adam de vigilante. Bueno, sí que eran motivos, pero no eran los únicos ni los principales.

No conseguía quitarse de la cabeza al chico alto y delgado. Le había costado un gran esfuerzo no girarse cada dos por tres para ver si seguía en la discoteca. Pero, cada vez que estaba a punto de sucumbir a la tentación, se recordaba a sí misma que él estaba completamente fuera de su alcance (literal y figuradamente) y que sería una pérdida de tiempo.

Sin embargo, seguía pensando en él.

Volvió a suspirar y dio algunos sorbitos a su cóctel.

—¿Te gusta Love Of Lesbian? —dijo una voz detrás suyo.

Sara se sobresaltó y dio un respingo. Se giró rápidamente para ver quién le había hablado.

Era él.

¡Era él!

Desde el otro lado del muro, la miraba con los ojos entrecerrados y una media sonrisa en los labios. La asaltó el mismo pensamiento de antes: «Dios, qué bueno está».

La luz de la discoteca cambió por unos breves instantes y comprobó que sí, que tenía el cabello rubio oscuro. Los ojos, grandes, cautivadores, eran de color marrón claro. Del color de la miel. Y volvieron a atraparla en esa red invisible.

Sara se quedó ahí, inmóvil, incapaz de pronunciar una sola palabra. Solo podía mirar esos ojos. Se había perdido en ellos.

¿Qué estaba pasando?

Él tampoco decía nada. También parecía un poco ensimismado, aunque seguramente solo estaba pensando que era una idiota incapaz de responder a una sola pregunta.

Porque le había preguntado algo, ¿verdad?

¿Qué le había preguntado?

Algo sobre... En un gesto inconsciente, Sara se llevó la mano a la camiseta y la acarició. Algo sobre... Maldita sea, lo había olvidado.

—Hola —consiguió pronunciar.

Al escucharla, él pareció ligeramente sorprendido. Sara enrojció y se maldijo a sí misma un millón de veces. Acababa de quedar como una estúpida.

Sin embargo, él sonrió, amable.

—Hola —dijo, y señaló la camiseta de Sara con un gesto de la cabeza—. Entonces, ¿te gustan?

Sara consiguió salir de su especie de trance y se miró la camiseta. ¡Esa era la pregunta! Sonrió, no supo muy bien por qué.

—Me encantan —dijo.

El chico se había quedado mirándola fijamente y tardó unos instantes en volver a hablar.

—¿Y te gusta más que canten en castellano o en inglés? —preguntó.

Sara lo miró, gratamente sorprendida.

—No hay mucha gente que sepa que antes de *Maniobras de escapismo* cantaban en inglés.

El chico sonrió con fingido aire de suficiencia.

—Yo sé muchas cosas.

A Sara se le escapó una pequeña carcajada. Al ver que esto provocaba que el chico volviera a mirarla fijamente, Sara se murió de la vergüenza y se cubrió la boca con la mano.

—Perdón.

—¿Por qué?

Sara se llevó la pajita del cóctel a los labios y mientras sorbía, todavía avergonzada, se encogió de hombros.

—¿Dónde están tus amigas?

Sara clavó la vista en el suelo y mantuvo los labios pegados a la pajita, intentando digerir el bofetón. Así que se trataba de eso. Las buscaba a ellas. Seguramente a Judith, porque todos los chicos se fijaban primero en ella. Sin fallar.

—Pues me temo que llegas un poco tarde, ya están... mmm, ya sabes —dijo, viendo que en esos momentos las tres estaban muy ocupadas enrollándose con sus ligues.

Él ni siquiera se giró para mirarlas.

—¿Qué te hace pensar que las busco a ellas?

Sara volvió a encogerse de hombros y solo se atrevió a dedicarle una mirada rápida. Él la observaba con expresión divertida.

—En realidad me parece muy desconsiderado que te hayan dejado sola, al alcance de cualquier granuja —dijo él.

Cuando Sara lo miró, sorprendida, él sonreía como un auténtico pillo.

—¿Granuja? —dijo Sara.

—Uf, sí, por aquí hay muchos. Creo que necesitas compañía —dijo el chico, saltando ágilmente por encima del muro y aterrizando a su lado.

Sara se quedó mirándolo, asombrada. Parecía que el chico había ido a buscarla *a ella* expresamente, ¿verdad? Era tan extraño que le parecía imposible. Estaba a punto de girarse para mirar a su alrededor, por si se estaba confundiendo y en realidad hablaba con otra persona, cuando él le tendió la mano.

—Javi —dijo—. Un placer.

Sara miró con prudencia esa mano grande y fuerte, de dedos largos. Se moría de ganas de estrecharla, pero teniendo en cuenta todo lo que había sentido solo con mirar al chico, quizá si lo tocaba se caería de culo al suelo o algo por el estilo. Y esa sí que sería una manera horrible de hacer el ridículo.

Pero en esta vida hay que ser valiente, así que se armó de valor y encajó su mano con la suya.

Sara no se cayó al suelo, pero por poco. En cuanto sus pieles entraron en contacto, una especie de descarga, un cosquilleo, nació en la palma de su mano y se extendió por la mano, el brazo y el resto de su cuerpo.

—Sara —consiguió decir, con la voz entrecortada e incapaz de mirarlo a los ojos.

Definitivamente, no sabía qué le pasaba. Nunca había sentido nada igual.

El apretón de manos duró un poco más de lo necesario, y cuando se separaron Sara sintió un extraño vacío. Javi carraspeó.

—No recuerdo haberte visto nunca por aquí —dijo.

Sara se esforzó por dejar de pensar en lo extraña que se sentía y comportarse con normalidad. Explicó a Javi que ella y sus amigas estaban de vacaciones y habían llegado esa misma tarde.

—¿Habéis venido con vuestros padres? —preguntó Javi.

Sara notó cierta prudencia en esa pregunta. Seguramente tenía dudas sobre si era mayor o menor de edad.

—Solas. Ellas ya tienen todas dieciocho, yo los cumplo hoy —dijo.

Javi abrió mucho los ojos.

—¿Tu cumpleaños es hoy? —preguntó, claramente sorprendido.

Ella asintió.

—Hoy también es mi cumpleaños —dijo él.

Lo bueno y malo de tener un hermano que iba para policía era que le había enseñado a desconfiar de cualquier desconocido. Frunció el ceño, incrédula.

—¿Ah, sí?

—Te lo juro.

Javi llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó su cartera, del que extrajo su  *carnet*  de identidad. Se lo mostró. Lo primero que llamó la atención a Sara fue la fotografía: salía muy guapo. Después se fijó en el nombre. Se llamaba Javier Bandama. Finalmente, buscó la fecha de nacimiento. Él era cuatro años mayor, pero era cierto, compartían el día de cumpleaños.

—Qué fuerte —se le escapó.

Javi rio por debajo de la nariz.

—Felicidades —dijo, mientras guardaba de nuevo el  *carnet*  y la cartera.

—Igualmente —dijo ella.

De repente, un grito desgarrador rasgó la noche por encima de la música de la discoteca. Los dos se giraron a toda velocidad, alarmados. De hecho, todos los presentes se habían girado para mirar a una chica a la que acababan de vaciar una botella de agua entera en la cabeza. Se había quedado inmóvil, respirando agitadamente, y parecía furiosa. Fulminaba con la mirada a los graciosos de sus amigos, que no podían parar de reír.

Al cabo de unos tensos segundos, la chica gritó:

—¡Os voy a matar, hijos de puta!

Pero mientras hablaba, sus labios dibujaron una leve sonrisa. Otra chica apareció a su lado y le entregó una botella de agua abierta. Cuando los amigos vieron que se abalanzaba hacia ellos, echaron a correr y el grupo se perdió entre los desconcertados testigos. Entonces casi todo el mundo se echó a reír y cada uno siguió a lo suyo, bailando, charlando... o besándose con su ligue.

Javi y Sara intercambiaron una mirada asombrada.

—Por un momento me he visto... —empezó a decir Javi.

—... en una novela de Stephen King —acabó Sara sin pensárselo.

Javi la miró sorprendido, evidenciando que había pensado lo mismo.

—¡*Carrie!* —dijeron a la vez.

Y así fue como empezaron a hablar de sus libros favoritos de Stephen King. No tardaron en alejarse de la discoteca porque la música los molestaba, y acabaron paseando por la playa, cerca del agua. Sara se olvidó de lo extraña e insegura que se había sentido al principio, y de los libros pasaron a hablar de música, y de películas policíacas y de terror.

La sorprendió lo cómoda que se sentía. Incluso se encontró haciendo un poco el payaso, cosa que solo se atrevía a hacer ante personas con las que tenía mucha confianza. Es decir, casi nadie.

Quizá era por todos los gustos que compartían. O el genuino interés con el que él la escuchaba. O lo que se rieron, que no fue poco. Quizá era una mezcla de todo.

El caso es que se encontró queriendo saber más sobre Javi.

—¿Estás estudiando?

Javi asintió.

—Derecho —dijo, como si fuera muy poco interesante.

—¿No te gusta?

—Para nada.

—¿Entonces por qué estás estudiando Derecho?

—Por mis padres. Fue su condición si algún día quería trabajar con ellos —explicó Javi.

—¿Son abogados?

Javi rio por debajo de la nariz.

—No, qué va. Tienen negocios. Restaurantes y cosas por el estilo.

Sara lo observó. Le parecía que detrás de sus palabras había algo más, aunque no sabría decir el qué. Él se percató de su mirada escrutadora.

—¿Qué? —preguntó, divertido.

—Nada —contestó Sara, porque no quería ser indiscreta.

Ahora el que sintió curiosidad fue Javi.

—Dímelo —pidió.

—No es nada. Es solo que me he quedado con la sensación de que no me lo has contado todo —dijo, y se apresuró a añadir—: Pero no es asunto mío, así que haz como si no hubiera dicho nada.

Javi la miró con una expresión que no supo descifrar.

—¿Y tú cuando no estás de vacaciones qué haces? —dijo entonces.

—Los fines de semana trabajo en una cafetería, y en otoño empezaré la universidad.

—¿Qué estudiarás?

—Marketing.

—Qué interesante.

—Sip —dijo Sara, muy satisfecha.

—¿Podrías explicarme un poco de qué va esto del marketing? Nunca lo he tenido muy claro.

Sara rio y procedió a explicárselo. De hecho, el tema la apasionaba tanto que le soltó un buen rollo. Cinco minutos después, seguía hablando. Javi le había hecho algunas preguntas breves, pero prácticamente solo se la escuchaba a ella. En cierto momento él se detuvo y ella lo imitó. Siguió hablando, aunque se dio cuenta de que Javi la estaba observando con una mirada distinta. En realidad, no habría sabido decir si la miraba con intensidad o si se estaba aburriendo.

—Te estoy aburriendo, ¿verdad?

Javi negó con la cabeza.

—¿Seguro? —dijo Sara.

—Seguro. Lo que pasa es que voy a besarte.

Sara se quedó boquiabierta. Y sintió escalofríos.

—¿Puedo? —dijo Javi.

Menuda pregunta. Hacía rato que se moría ganas de que la besara. O de ella besarle a él, pero nunca se habría atrevido a dar el primer paso. Nunca la habían besado. No tenía ni idea de lo que tenía que hacer.

Asintió, impresionada. Solo de pensar en ello ya sintió un agradable cosquilleo en los labios. El corazón le martilleaba el pecho.

Con delicadeza, Javi le apoyó varios dedos en la mejilla y le acarició el labio inferior con el pulgar. Sara sintió más escalofríos. Tenía los ojos clavados en la boca de Javi. Era ancha y, sus labios, de un color rosado intenso, generosos. Tentadores. Esa noche ya se había fijado en ellos unas cuantas veces.

—He dicho besarte, no torturarte —dijo Javi con suavidad.

—¿Tengo cara de susto?

Javi asintió con una media sonrisa en los labios.

—Es que... —empezó a decir Sara, pero no tuvo el valor de acabar la frase.

Tampoco habría tenido tiempo, porque Javi enseguida se inclinó y le besó los labios.

De nuevo sintió esa especie de descarga que se expandió por todo su cuerpo. Javi se separó un segundo, como si también lo hubiera sentido, pero enseguida volvió a besarla.

Notar los labios de otra persona sobre los suyos fue extraño, pero muy agradable. La sorprendió y le encantó por igual su tacto carnoso, cálido y húmedo. Unas pequeñas ondas de placer viajaron desde sus labios directamente a sus pechos y la entrepierna. Gimió muy suavemente y, al entreabrir la boca, la suave lengua de Javi le lamió los labios. Después, sus lenguas se encontraron y... Oh, eso sí que fue una explosión de placer.

¿Cómo había podido vivir tanto tiempo sin un solo beso?

Sara se dejó llevar y, no supo cómo, acabó aferrando el rostro de Javi casi con desesperación mientras se besaban como si no hubiera mañana. Entonces él se agachó un poco, la rodeó con los brazos, la pegó a él y la levantó del suelo para que sus bocas estuvieran a la misma altura. Mientras se devoraban el uno al otro, Javi le acarició la espalda y bajó la mano hacia el trasero, donde la posó en un gesto que parecía posesivo. Le atrapó el labio inferior con los dientes y lo mordisqueó con suavidad, mientras con la mano le apretaba la nalga con fuerza.

Sara gimió. Nunca había estado tan excitada, y sintió una humedad desconocida entre las piernas. Rodeó el cuello de Javi con los brazos e intentó hacer lo mismo con las piernas, pero él perdió el equilibrio y cayeron aparatosamente sobre la arena.

—Eso ha sido muy *sexy* —bromeó Sara.

Javi rio con suavidad, pero enseguida tiró de ella para que se tumbara encima suyo. Entrelazaron sus cuerpos, se besaron hasta tener los labios hinchados y sensibles, se metieron mano el uno al otro y acabaron frotándose los sexos por encima de las ligeras pero excesivas capas de ropa. Al final, los dos jadeaban y gemían de vez en cuando, y Sara no se veía capaz de responder de sus acciones. La sorprendió que el deseo pudiera hacerle perder el control de esta manera. ¿Eso era normal? Cada vez que Javi la besaba, era como si el suelo temblara.

Javi abandonó unos instantes su boca y rodó para colocarse encima suyo, aunque sin dejar caer todo su peso sobre ella. Su mirada siguió la forma de sus labios, de su nariz, las mejillas, hasta posarse en sus ojos.

—Quiero acostarme contigo —dijo con la voz ronca.

Para Sara, esas palabras fueron como si le hubieran echado encima un cubo de fría realidad. Quería hacer el amor con Javi, con toda su alma. Pero ella era virgen. No tenía ninguna experiencia. Seguro que él ya se había dado cuenta al principio de que no tenía ni idea de besar, pero aún así, ¿qué pensaría de ella? Carraspeó, impresionada.

—Yo nunca he... —empezó a decir, pero él la interrumpió con un beso rápido.

—Déjame que mañana te lleve a un sitio tranquilo. O podemos ir donde tú quieras, como te sientas más a gusto.

El corazón de Sara palpitó con fuerza, nerviosa solo de pensarlo.

—Me fío de ti —dijo.

—Vale. Traeré cena.

—Yo me encargaré del postre.

—Hecho.

Javi volvió a apoderarse de sus labios, pero esta vez la obsequió con un beso muy, muy tierno. Sin embargo, cuando se apartó, su expresión tranquila enseguida se transformó en la de alguien a punto de cometer una travesura.

—Y ahora, necesito un poco de agua fría —dijo.

Se levantó y, antes de que Sara comprendiera qué estaba haciendo, se había quitado toda la ropa y se estaba zambullendo en el mar. Estaba tan oscuro que lo perdió de vista, pero no tardó en escucharlo maldecir.

—¡Estamos a julio y el agua está caliente!

\*

Cuando explicó a sus amigas cómo había ido la noche y sus planes para el día siguiente, lo celebraron como si le hubiera tocado el Gordo de Navidad. A Sara normalmente no le costaba pasar vergüenza, pero esa noche se llevó la palma, con diferencia.

El día siguiente no se levantaron hasta casi la hora de comer, y Sara apenas fue capaz de probar bocado de lo nerviosa que estaba. Sus amigas se empeñaron en ofrecerle consejos para que la noche fuera lo mejor posible, pero lo único que consiguieron fue colocarla al borde de la histeria.



—¿Podéis dejar de darme consejos, por favor? —les suplicó con desesperación. Si seguían así, acabaría vomitando de los nervios.

Solo consiguió calmarse cuando más tarde fueron a la playa y, aprovechando que el mar estaba tranquilo, durante unos minutos flotó boca arriba con los brazos y las piernas extendidos.

Desafortunadamente los nervios regresaron con todas sus fuerzas cuando, unas horas más tarde, el bochorno de la noche anterior pareció diminuto al lado de lo que le tocó vivir: cuando Javi fue a recogerla, sus protectoras amigas lo sometieron a una inspección digna de la policía. Le pidieron que subiera al apartamento, le hicieron una foto y le pidieron el  *carnet*  de identidad, del que también sacaron una foto.

—¿Dónde iréis? —preguntó Marina con cierta agresividad.

Judith y Berta habían repasado a Javi de arriba abajo y estaban siendo amables con él (Judith incluso hizo un gesto silencioso a Sara indicando que Javi tenía un buen trasero), pero Marina se estaba tomando el asunto con mucha seriedad.

—A un yate que mis padres tienen en el puerto. Amarre cuarenta —contestó Javi, divertido. Se notaba que no le importaba lo más mínimo el escrutinio al que estaba siendo sometido.

Al fin, sus amigas se dieron por satisfechas del todo y les concedieron permiso para irse, no sin antes asegurarse de que Sara llevaba los preservativos y dedicarle unas cuantas sonrisas pillas. Ella volvía a estar tan nerviosa que fue incapaz de mover ningún músculo de la cara ni de hablar. Era como si se hubiera convertido en una estatua que solo podía mover las piernas.

No consiguió articular palabra hasta que llegaron al coche de Javi, que había aparcado cerca.

—Lo siento —dijo—, es que...

Javi sonrió, muy poco preocupado.

—Está muy bien que se preocupen por ti —dijo.

Después, la aprisionó contra la puerta del copiloto del coche y le dio un beso que la dejó sin respiración.

—Vale —consiguió pronunciar Sara, nervios olvidados, cuando él se apartó un poco, también con la respiración agitada.

Sara le rodeó la cintura con los brazos, pero él se los apartó.

—Vámonos o no llegaremos al yate —medio gruñó. Le mordisqueó al labio inferior y se apartó de ella a regañadientes.

Los breves minutos que duró el trayecto hasta el puerto les sirvieron para calmarse un poco. Tal y como Javi había anunciado, se dirigieron al amarre número cuarenta, donde había un yate que a Sara le pareció grande y muy nuevo. Nunca había estado en un barco, y nunca habría imaginado que debajo de la cubierta cupieran tantas cosas. Había un baño, dos pequeñas habitaciones, cocina, lo equivalente a un salón. ¡Allí dentro se podría vivir!

Mientras ella curioseaba cada rincón, encantada, Javi dispuso la cena a base de ensalada, patatas fritas y un pastel de carne que, confesó, había preparado su padre. Estaba riquísimo. Cenaron en cubierta mientras Javi le contaba algunas anécdotas de la universidad. Sara no pudo evitar sonreír al concluir que, más que asistir a la universidad, Javi asistía a la cafetería de la facultad. Y, aún así, al parecer se lo sacaba todo con buena nota.

Ninguno de los dos cenó mucho y no se acabaron la comida que había traído Javi, pero Sara sacó igualmente el postre. Lo había comprado en una pastelería cercana al apartamento: una tartaleta grande rellena de crema de chocolate y con frutas por encima, a la que añadió una vela para que Javi soplara.

—Fue ayer, pero más vale tarde que nunca —dijo Sara.

Javi se mostró agradablemente sorprendido por el gesto de Sara, y casi pareció vergonzoso cuando le tocó soplar la vela. Sin embargo, después se quedó mirando la tartaleta con gesto pensativo.

—Se me ocurren algunas cosas que podemos hacer con este postre —dijo, con un brillo travieso en la mirada.

Dicho esto, cogió la tarta con una mano, a Sara con la otra, y las llevó a las dos abajo, al dormitorio principal.

Esa noche, Sara descubrió que no siempre es necesario un plato para comer un pastel.

\*

Javi salió a cubierta un poco después de las diez de la mañana siguiente. Iba despeinado y solo se había puesto los pantalones. Estaba agotado, aunque a la vez sentía el cuerpo y la mente más satisfechos que nunca. Era una sensación muy extraña. Y no le permitía dormir.

Se dejó caer en una de las tumbonas que había en cubierta y disfrutó de la caricia de la suave brisa que provenía del mar. A esas horas todavía resultaba refrescante y el implacable sol de verano no achicharraba todo lo que encontraba a su paso.

Sentía unas ganas enormes de sonreír como un imbécil, de pura satisfacción. Qué noche. Pero ese pensamiento, precisamente, mantenía la sonrisa a raya. Se había dado cuenta de que, por primera vez en su vida, había hecho el amor. Hasta ese momento, solo había follado. Esa era la única manera que encontraba para describir lo que había pasado esa noche.

Su lista de parejas de cama no era tan extensa como la de Roberto, pero tenía suficiente experiencia como para detectar que, con Sara, había sido distinto. Había sido muy, muy placentero, se habían reído y, sobre todo, había habido mucha ternura. Por parte de ella no le sorprendía, ella era así, pero él... ¿de dónde había salido?

Se rascó una mejilla cubierta por la barba que pronto empezaría a ser demasiado larga. Preguntarse eso era intentar engañarse a sí mismo. Sabía perfectamente de dónde salía.

Sara le gustaba. No solo su físico, o esa voz grave y bien modulada que tanto lo había sorprendido la primera vez que la escuchó. Le gustaba estar con ella. Aunque de entrada podría parecer que no tenían nada en común, compartían algunos gustos y podían pasarse mucho rato hablando. Lo atraían su timidez, su prudencia, su calma. La idea de llevarla a sus límites lo seducía pero, a la vez, a su lado se sentía más tranquilo. Y era divertida. En cuanto se olvidaba de la timidez que tanto parecía gobernar su vida, podía ser muy payasa. Algunas de sus expresiones eran francamente cómicas.

Pero Sara no era para él. Estaba en la ciudad de vacaciones y vivía a cinco horas de distancia. Era dulce, era inocente, y nunca podría contarle ciertas cosas. Él tenía unos planes para su vida en los que Sara nunca podría entrar. Ella nunca los aceptaría. Además, la noche anterior le pareció que podía leer a través de él: cuando le habló del trabajo de sus padres, ella se dio cuenta de que no se lo había contado todo. Esa capacidad, en una relación, sería un problema.

¿De verdad estaba pensando en una relación con ella?

¿Qué demonios le había hecho esa chica?

Una chica cuyo hermano estaba estudiando para entrar en la policía, por cierto.

Cerró los ojos y suspiró.

Lo mejor que podía hacer era no volver a verla. Dejarlo en esas dos noches perfectas, quedarse con el buen recuerdo y ya está. Sí, sería lo más inteligente.

¿Por qué esa decisión no suponía un alivio, sino más bien al contrario?

Se miró las manos. Las yemas de los dedos le cosquillearon al recordar que esa noche, y hasta altas horas de la madrugada, había acariciado cada centímetro de la piel de Sara. Era muy suave. Y olía...

—¿Es cierto?

La voz lo sobresaltó. Descubrió a Toni observándolo desde tierra, con una expresión que no le gustó. Su amigo no esperó una invitación y subió a bordo.

—No estoy solo, Toni —advirtió, levantándose.

—¿Es cierto o no? —insistió Toni.

—¿El qué?

Sin embargo, Javi supo que Toni había descubierto su secreto. Echó una mirada preocupada a la puerta que conducía al interior del barco. No quería que Sara los escuchara.

—No sé de qué me hablas —dijo, intentando mostrarse verdaderamente desconcertado por la pregunta.

Toni lo miraba fijamente, escrutándolo con la mirada. Su expresión cambió a una de consternación.

—Sí que es cierto... —dijo.

Javi levantó las manos, fingiendo no saber de qué le hablaba.

—Tío...

—Joder, Javi, ¿cómo has podido esconderme algo así? —dijo Toni sin dejarse engañar—. ¿Tú sabes lo que ha pasado con mi padre?

—Siempre hemos sabido que nuestros padres no se tragan y nunca hemos dejado que eso afectara a nuestra amistad —advirtió Javi.

—¡Pero esto es distinto, joder!

—¿Distinto? Todos sabemos quién es tu padre y aún así...

Javi se interrumpió al ver que la expresión de su amigo se endurecía. Ese comentario no era una buena manera de llevar el tema.

Un sonido en la puerta de cubierta les hizo girar la cabeza. Sara estaba allí, con la melena rubia despeinada y cayéndole sobre los hombros de manera muy *sexy*. Se había puesto la camiseta de Javi, que le llegaba hasta medio muslo. Fruncía los ojos con suavidad, soñolienta y cegada por el sol.

Javi no recordaba haber visto nunca a una mujer recién levantada que le resultara tan deseable. Miró a Toni para descubrirlo repasándola de pies a cabeza y tuvo que contenerse para no cubrirle los ojos con la mano.

—¿Va todo bien? —preguntó ella con su voz grave.

Javi vio que Toni abría mucho los ojos, claramente igual de impresionado que él la primera vez que la escuchó hablar.

—Tienes que irte —dijo, intentando ocultar la repentina animadversión hacia Toni que se había apoderado de él—. Ya hablaremos, ¿vale?

Le pareció que Toni se esforzaba por apartar los ojos de Sara.

—Claro que hablaremos —dijo, en un tono más amenazante que conciliador.

Sin decir nada más, uno de sus mejores amigos abandonó el barco y se alejó, dejándolo con la sensación de que acababa de producirse un sombrío punto de inflexión en su amistad.

### 3

Sara estaba bastante convencida de que el tipo que se alejaba era uno de los que estaba en la discoteca con Javi la otra noche, concretamente el que le gustaba meterse en peleas.

La habían despertado unas voces, y le había parecido que sucedía algo. Todavía muy dormida, se había puesto lo primero que había encontrado y había salido a cubierta. Ahora que estaba más despejada, se daba cuenta de que quizá había sido un poco indiscreta.

—Perdona, no quería interrumpir —dijo.

Javi forzó una sonrisa.

—No te preocupes. Lo último que me apetecía ahora era hablar con él —dijo.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—¿Solo? —preguntó, sorprendida. No habían dormido ni cuatro horas.

—¿Quieres dormir un poco más?

—¿Podemos?

—Claro.

Volvieron a tumbarse en la cama, Javi boca arriba y ella con la cabeza apoyada en su pecho. Estaba tan cómoda que los ojos se le empezaron a cerrar enseguida. Le pareció extraño sentirse así de bien a su lado. Sí, habían pasado la noche juntos, pero no hacía ni dos días que se conocían.

Sara estaba a punto de dormirse otra vez, pero notaba que algo inquietaba a Javi.

—¿Estás bien? —preguntó al cabo de unos minutos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te noto inquieto —explicó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

Sara le acarició el pecho con suavidad.

—Te lo noto —dijo simplemente. No sabía explicarlo más.

Abrió los ojos y se encontró a Javi mirándola, sorprendido. Sara bostezó. Se había vuelto a desvelar e intuía que Javi necesitaba estar en otra parte. Se le hizo un nudo en el estómago. Eso significaba despedirse y separarse, y no pudo evitar preguntarse si se dirían «hasta luego» o «adiós». Era consciente de que no era lo sensato, porque dentro de unos días ella regresaría a casa, pero le apetecía volver a verse con él.

Claro que no sabía qué pensaba Javi al respecto. ¿Había sido la noche tan... *mágica* para él como lo había sido para ella? Sí, «mágica» era una manera bastante cursi de describirla, pero no se le ocurría otra palabra. Había sido espectacular. Tierna. Algo salvaje.

Perfecta.

—Necesitas que nos vayamos, ¿verdad? —preguntó Sara.

Él todavía parecía sorprendido.

—Sí, pero... me sabe mal —admitió.

Sara sonrió.

—No te preocupes —dijo, y procedió a levantarse y vestirse.

No se atrevió a preguntar si quería que volvieran a verse.

Media hora después, Javi detuvo el coche delante del edificio de apartamentos donde se alojaban. Sara observó la pared gris y los toldos a rayas blancas y azules, sin saber muy bien qué decir.

—Vale, pues... Gracias por traerme —dijo.

La media sonrisa de Javi era forzada.

—Me lo he pasado muy bien —consiguió añadir Sara.

—Yo también.

Al ver que Javi no parecía querer añadir nada más, comprendió que era el momento de bajar del coche. Sorprendida y dolida por una despedida tan fría, tardó unos instantes en encontrar la palanca para abrir la puerta. Deseó con todas sus fuerzas que Javi no se diera cuenta de su decepción ni de lo que le temblaban las manos.

Al fin consiguió abrir la puerta y poner un pie en el suelo.

—Adiós —dijo.

—Sara —la retuvo la voz de Javi cuando ya empezaba a levantarse.

Ella volvió a sentarse, pero no se atrevió a mirarlo. Javi siguió hablando:

—Mañana hay un concierto en la playa que creo que te gustará. ¿Quieres venir conmigo?

Sara soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo. El corazón le latía con tanta fuerza que en cualquier momento le rompería una costilla.

Ahora sí, se atrevió a mirarle, y no consiguió reprimir la gran sonrisa que se apoderó de sus labios.

—Me encantaría —dijo.

—Ven aquí —dijo Javi, tirando de su brazo para que se acercara a besarlo.

Diez minutos después, entró en el apartamento con los labios sensibles, el inicio de un chupetón en el cuello y la sensación de estar en una nube. Tenía la esperanza de que Judith, Berta y Marina todavía estuvieran dormidas, pero desafortunadamente para ella, se las encontró desayunando. Se levantaron en un milisegundo y se acercaron a ella, todas sonrisas. Querían detalles.

—Me voy a dormir un rato. Estoy agotada —dijo Sara, intentando escabullirse.

—Ya se te nota, ya —dijo Marina, reteniéndola—. ¿Cómo ha ido?

Sara se encontró sonriendo como una idiota.

—Tan bien, ¿eh? —dijo Judith, divertida.

—¿De verdad? ¿No te ha hecho daño? —insistió Marina.

Sara suspiró. Dar detalles le provocaba mucha vergüenza, pero sabía que no se libraría.

—La primera vez un poco, pero... —empezó a decir, pero las exclamaciones de sus amigas la interrumpieron.

—¿La primera?! —dijo Berta—. La primera vez ni siquiera pudimos acabar de lo que me dolía.

Judith y Marina pusieron cara de comprenderla perfectamente.

—¿Cuántas veces lo habéis hecho? —dijo Judith, siempre curiosa.

—Eh... —Sara iba camino de ponerse como un pimiento—. Tres...

Más exclamaciones.

—¿Tres? ¡Después de la primera vez, antes de repetir tuve que esperar una semana de lo dolorida que estaba! —dijo Marina.

—Caramba con el chico malo —dijo Judith, pillá—. Pero eso no lo dice todo. La prueba de fuego es otra. ¿Cuántas veces te has corrido, Sara?

Ahora Sara ya sudaba. Resopló e intentó escabullirse, pero entre las tres le impidieron el paso.

—Cinco, ¿vale? —confesó, y las empujó para que la dejaran pasar de una vez.

Se encerró en la habitación, dejando atrás las exclamaciones admiradas y las risas de sus amigas. «Qué bobas son», pensó. Pero ella misma tenía una sonrisa de lo más bobalicona en los labios.

Esa sonrisa que la identificaba como alguien que está muy a gusto con el mundo la acompañó los siguientes nueve días. A su entender, estaba siendo la



protagonista de las mejores vacaciones de la historia de la humanidad. Tuvo tiempo para estar con sus amigas, para ir a la playa, para hacer un poco de turismo por la zona y para salir varias veces con Javi.

Todas esas horas que pasaron juntos hablaron mucho. De películas, música y libros y tonterías con las que se rieron mucho. De lo que a Sara y a Adam les gustaba cocinar, con descripciones de algunos platos que hicieron la boca agua a Javi. De lo mucho que a Javi le gustaba viajar y los sitios que quería descubrir: la Patagonia, Providenciales, Japón, la selva amazónica, la lista era interminable.

Pero también compartieron cosas bastante más personales. Javi le confesó que había perdido la virginidad con una mujer doce años mayor que él. Le habló de su hermano, cinco años más joven, que soñaba con ser periodista de investigación porque quería salvar el mundo. Se notaba que Javi lo adoraba. Por su parte, Sara le habló del padre que se fue y apenas recordaba, de lo que pasó después con su madre, de cómo Adam había cuidado siempre de ella. De lo importantes que eran Marina, Berta y Judith en su vida.

Aparte de hablar, también hicieron el amor. Muchas veces. Tantas, que al final Sara perdió la cuenta. En el barco de los padres de Javi. En el coche de Javi. En el apartamento, una tarde que se quedaron solos. Javi intentó hacerlo también en una cala desierta a la que la había llevado, pero ella se negó en rotundo por si aparecía alguien. Resultó que al final sí que aparecieron otros bañistas, así que Sara se alegró mucho de haberse mantenido firme a pesar de las seductoras caricias de Javi.

Como pequeña venganza, esa misma tarde la arrastró hasta el vestidor de una gran tienda de ropa con muy malas intenciones. A pesar del miedo a ser descubiertos, Sara tuvo que admitir que era muy excitante, y acabaron haciendo el amor sentados en el suelo, ella encima suyo mientras él la rodeaba con un brazo y con la otra mano le cubría la boca para que no hiciese ruido. Cuando se acercaban al clímax se miraron a los ojos, y Sara se quedó ahí atascada, perdida en esos intensos ojos del color de la miel.

Sara no se atrevía a reconocer, sin embargo, que incluso durante esas vacaciones perfectas las nubes de vez en cuando cubrían el sol. Como la vez que Marina, preocupada por ella y expresando en voz alta algo que ella misma había pensado, le preguntó qué pasaría después de esos días. ¿Seguirían viéndose? Porque conocía a Sara, y sabía que se estaba colgando de Javi.

Ella también lo sabía, pero no quería pensar mucho en ello. No se atrevía a proponer a Javi de mantener una relación a distancia, y él no había

mencionado absolutamente nada.

Sí, esos pensamientos conseguían empañarle el día momentáneamente. También la sensación de que había algo que Javi no le estaba contando, como si le escondiera algo deliberadamente, o las veces que lo descubría mirándola con una expresión que no conseguía descifrar.

Igualmente sorprendente fue descubrir que podía tener bastante mal genio. Una de las últimas noches que pasaron juntos, fueron a una discoteca con sus amigas. Sara fue al baño y, cuando regresó junto a Javi, se lo encontró hablando con el tipo que los había visitado en el barco el primer día. Por comentarios de Javi, había deducido que se llamaba Toni. Se notaba que la conversación que mantenían no era amigable, y de hecho llegó un punto en el que se estaban gritando el uno al otro, pero con la música a toda pastilla era imposible saber qué se decían. Entonces Toni dijo algo a Javi con expresión provocadora y este se abalanzó encima suyo. Si no llegaron a las manos fue porque los sujetaron entre varios presentes. Toni enseguida se fue y Javi se limitó a decir que Toni era un gilipollas y fingió que no había pasado nada.

Sara no fue testigo de esa agresividad en ningún otro momento, y acabó por clasificarlo como un suceso puntual. A pesar de su fama de chico malo, ella había visto con claridad que no lo era. Sí, en su mirada había algo... salvaje, era impulsivo, le gustaba desafiar y saltarse algunas normas, cosa que ella nunca se atrevería a hacer, pero era respetuoso. Y amable. Y tierno. Intenso y dulce a la vez. Y por la manera como hablaba de su familia y algunos amigos, muy leal.

La penúltima noche de Sara en la ciudad volvieron a pasarla juntos. Por la mañana, Sara despertó tumbada boca abajo, desnuda. Todavía no abrió los ojos, porque quería disfrutar del momento. Javi le estaba acariciando la espalda y el trasero con la yema de los dedos, sin prisas, y era tan agradable que podría volver a quedarse dormida. Pero las ganas de ver ese rostro descarado la empujaron a abrir los ojos. Lo descubrió tumbado de lado, con el codo clavado en el colchón, la cabeza apoyada en la mano y mirándola con esa expresión extraña, para ella indescifrable. Otra vez. La estaba acariciando distraídamente. De hecho, tardó unos segundos en darse cuenta de que Sara había abierto los ojos y ella tuvo tiempo de fijarse en él, aunque no supo decir si estaba turbado, preocupado o asustado. Quizá era un poco de todo.

—¿Qué pasa? —preguntó, todavía soñolienta.

Él forzó una sonrisa y le dio un beso rápido de buenos días.

—Oye, hoy tengo que hacer algunas cosas. Como os vais mañana, ¿nos vemos esta noche también?

—Claro —dijo Sara, esforzándose por ignorar un doloroso pinchazo en el corazón. La ligereza con la que Javi hablaba de su marcha no le parecía buena señal.

—Genial —dijo él sin mirarla.

Media hora después, Sara estaba ante la puerta del edificio del apartamento, viendo con expresión confundida como el coche de Javi se alejaba. Era innegable que se la había quitado de encima con prisas.

Pasó el resto del día algo taciturna, con una sensación desagradable en el estómago. A medida que la noche se acercaba, el presentimiento de que algo no iba bien aumentaba.

Javi no apareció a la hora a la que habían quedado. Más de media hora después, seguía sentada en el sofá, todavía sin noticias suyas.

—¿Por qué no le llamas? —sugirió Marina.

A primera hora de la mañana sus amigas habían notado que algo no iba bien, pero al ver que Sara no quería hablar de ello no insistieron. Sin embargo, por la noche anunciaron que no saldrían de casa hasta que Javi hubiera pasado a buscarla.

Sara asintió ante la propuesta de Marina y abrió el teléfono. En realidad, no quería llamar. Algo le decía que acabaría deseando no haberlo hecho.

Marcó el número de Javi y esperó. Tardó en contestar, pero lo hizo. Su voz sonaba muy seria.

—Sí.

—Hola, soy Sara. Habíamos quedado hace un rato, ¿no? ¿O me he confundido con la hora?

Unos segundos de silencio.

—No voy a venir, Sara.

—Ah. ¿Ha pasado algo?

—No, pero creo que es mejor que no vaya —dijo Javi.

—Ah.

—Es que tengo la sensación de que te has hecho ilusiones respecto a nosotros dos, y no quiero alimentarlas. Eh... —Javi se interrumpió un momento para carraspear—. Para unos días estás bien, Sara, pero en realidad no eres mi tipo.

Si fuera una de sus amigas, esas palabras la habrían indignado y no habría tardado en empezar a gritarle al teléfono, a maldecir a Javi y a desearle tantos males y tan horribles que el cacharro acabaría ardiendo. Sin embargo, ella era Sara, y solo fue capaz de mantenerse en silencio, asintiendo mientras procesaba las palabras.

—Vale —consiguió decir.

—Adiós, Sara —dijo Javi, y colgó.

Sara cerró su teléfono y se quedó mirándolo. Comprendía qué acababa de suceder, pero no por qué Javi había esperado hasta el último día para decírselo. Y además de esta manera. Era cierto que él nunca le había prometido nada, pero la desgarradora sensación de sentirse utilizada le provocó náuseas.

Lo peor, no obstante, era ese horrible dolor en el pecho. Un dolor que la partía en dos, que gritaba que sus sentimientos hacia Javi habían arraigado profundamente en su corazón.

Se había enamorado de él. Como una idiota.

—¿Qué ha pasado? —dijo la voz de Marina desde algún lugar cercano.

—Dice que no soy su tipo —confesó Sara, humillada. Los ojos se le inundaron de lágrimas y el mundo se volvió borroso.

Sara escuchó resoplar a su amiga y notó que se sentaba a su lado.

—Es un imbécil, Sara.

Sara se dijo que las palabras de Marina eran sensatas, pero no conseguía creérselas. Todo lo sucedido con sus padres regresó con la fuerza de un huracán, y ya no consiguió controlar las lágrimas.

—¿Qué me pasa, Marina? ¿Qué hago mal? —preguntó antes de que su voz se perdiera entre sollozos.

Marina la abrazó y le dijo que lo último que debía hacer era culparse a sí misma si los demás eran idiotas, pero Sara no la creía. Algo tenía que hacer mal, porque quienes más le importaba que la quisieran siempre la acababan rechazando. Su padre, su madre, Javi. Tenía que ser culpa suya.

El último día de vacaciones fue muy amargo, y el regreso a casa todavía lo fue más. Tanto lo fue, que acabó arrepintiéndose de esas malditas vacaciones. Concluyó que debería haberse quedado en casa, tal y como había opinado Adam desde un buen principio. Y también asumió que tendría que esforzarse mucho más para que nadie volviera a rechazarla nunca más. Dolía demasiado.

## 4

### *En la actualidad*

Sara abrió los ojos de golpe. Una fina capa de sudor le cubría la piel, tenía la respiración acelerada y la sábana se le había enrollado alrededor del cuerpo, apresándola como si fuera una serpiente. Se liberó de ese incómodo abrazo con gestos bruscos y se sentó en la cama.

Había vuelto a soñar con Javi. Esos días de vacaciones, lo que habían hecho juntos, lo que había sucedido después.

Su teléfono, que reposaba en la mesita de noche, empezó a vibrar. Era Hugo. Llevaba unos días llamándola, y ella llevaba unos días ignorando sus llamadas. Le había dejado algún mensaje en el contestador de voz, pero ni se había dignado a escucharlos.

Cuando la llamada se cortó, vio en el reloj del teléfono que había vuelto a dormirse, pero no reaccionó. Igual que las otras veces que había soñado con Javi, necesitaba unos minutos para recomponerse.

Mientras intentaba controlar la respiración, cogió el teléfono y se quedó mirando la pantalla. Después de un momento de duda, lo desbloqueó y abrió el navegador. Cada mañana que había despertado después de soñar con él, había hecho lo mismo. Hasta ese día solo había llegado hasta ahí. No se había atrevido a ir más lejos, porque no le parecía prudente.

Ese día, sin embargo, activó la opción de búsqueda. Antes de poder repensárselo, tecleó a toda velocidad:

Javier Bandama

Y pinchó en «Buscar».

No encontró nada. Tan solo información de un monumento natural llamado Bandama y que estaba en Gran Canaria.

«Casi mejor que no haya encontrado nada», pensó. No debería haberlo buscado.

Se obligó a levantarse de la cama y salir de su habitación. Cuando abrió la puerta se encontró cara a cara con Adam, que ya estaba vestido y venía a despertarla.

—Vas tarde, ¿no? —dijo.

Sara asintió y se dirigió hacia el baño.

—Te he dejado el desayuno preparado. Cómetelo aunque llegues tarde —dijo Adam detrás suyo.

Sara no pudo evitar sonreír. Desde que Hugo había roto con ella y se había visto obligada a regresar a casa de su hermano, la estaba cuidando mucho. No sabía qué habría hecho sin él, la verdad. Además, estaba siendo muy discreto, cosa que Sara le agradecía infinitamente. Sin embargo, aunque no lo habían hablado, sabía que estaba preocupado porque Sara comía poco. Ella era consciente de ello y se esforzaba por comer, pero desde la ruptura se le había cerrado el estómago.

—Sara —la voz de Adam la detuvo justo antes de que cerrara la puerta del baño.

Ella lo miró desde el umbral de la puerta, esperando a que hablara.

—¿Estás bien? —dijo él.

La pregunta la sorprendió, porque rompió la discreción con la que se había comportado hasta ahora. Desde la ruptura, Adam era la única persona con la que podía estar sin que le entraran ganas de echar a correr derribando paredes a su paso si fuera necesario. Cuando necesitaba consuelo, la abrazaba. Cuando necesitaba hablar, la escuchaba y expresaba su opinión si se la pedía. Pero no cuchicheaba a sus espaldas «Esta es la chica a la que plantaron en el altar», tal y como hacían sus vecinos y vecinas. Ni la miraba con mal disimulada compasión ni la trataba como si estuviera a punto de romperse, tal y como hacía el resto del mundo. Ni pretendía que hablaran del tema para ayudarla a gestionar sus emociones, tal y como hacían sus bienintencionadas amigas.

Esta vez, las atenciones de Marina, Judith y Berta no la estaban ayudando. Estaban actuando como otras veces que había necesitado su apoyo, pero lo único que conseguían las pobres era agobiarla.

En realidad, era culpa suya. Sara no había sido del todo sincera con ellas respecto a lo que le pasaba por la cabeza. Pero es que era incapaz de decirlo en voz alta. No lo había compartido con nadie. Ni siquiera con Adam.

Pero, para variar, parecía que el sexto sentido de su hermano se había puesto en funcionamiento y había detectado algo. Algo que lo había inquietado lo suficiente como para preguntarle por primera vez cómo estaba.

Él, al ver su expresión sorprendida, resopló con suavidad.

—Ya sé que no estás bien —dijo—. Me refiero a si ha pasado algo, o si algo ha cambiado...

La leche, qué perspicaz que era.

Sin embargo, aunque Adam se hubiera convertido en su confidente, no estaba preparada para hablar de ello.

—No sé muy bien a qué te refieres —dijo Sara, intentando disimular.

Él la escudriñó con atención. Seguramente había puesto en marcha el radar detecta-mentiras.

—Es que estás... —empezó a decir, como si buscara las palabras adecuadas—. Al principio estabas hecha polvo, pero ahora... parece que tengas siempre la cabeza en otro lado.

—Supongo que ya no me quedan más lágrimas —dijo Sara, encogiéndose de hombros y forzando una sonrisa—. Tengo que ducharme o llegaré muy tarde.

Adam no insistió, pero mientras Sara cerraba la puerta del baño vio en su expresión que no lo había convencido. Normal, porque le había contado una mentira cochina.

—Oye —dijo Adam de repente, y Sara tuvo que volver a abrir la puerta—. ¿Cuándo tenías la entrevista de trabajo?

Sara maldijo para sus adentros. Había abrigado la esperanza de que el tema quedara olvidado.

—Era hace unos días, pero la cancelé —confesó. Al ver la expresión sorprendida de su hermano, añadió—: No me habrían cogido, Adam. Tengo que ducharme.

Cerró la puerta antes de que pudiera añadir nada más. No tenía ganas de hablar de la entrevista, pero le había dicho la verdad: sabía que no la habrían elegido a ella. ¿Por qué iban a contratarla de jefa de departamento en esa multinacional alimentaria? No estaba a la altura.

\*

Por suerte, solo llegó un cuarto de hora tarde a la oficina. Sin embargo, a pesar de que había estado allí el día anterior, la aglomeración de tareas en su agenda hacía pensar que llevaba semanas sin venir. Últimamente había bajado

su rendimiento de trabajo, cosa que la preocupaba. En la agencia siempre tenían mucho trabajo y no podían permitirse ir lentos. Pero, por más que se esforzaba en mantener el ritmo de siempre, no lo conseguía porque le costaba horrores concentrarse. De momento había ido avanzando sin que nadie se diera cuenta, y cruzaba los dedos para que siguiera así.

Por el pasillo escuchó acercarse un taconeo firme y rápido. Sara, imaginando la que se le venía encima, prácticamente empezó a temblar.

Lorena no tardó en entrar en el despacho que compartían con Alberto y David.

—Sara, cariño, necesito que me acabes algo —dijo.

Sara contuvo un suspiro de desánimo. Solo le faltaba tener que sacar las castañas del fuego a Lorena.

—Dime —dijo.

—Tengo una reunión y no he podido terminar la presentación de los yogures —explicó Lorena—. Te la envío y me la acabas, ¿vale? La necesito para las tres.

—Vale —dijo Sara, como siempre.

Lorena se sentó ante su ordenador, claramente apurada por las prisas.

Con la ayuda que Lorena necesitaba siempre, parecía que tenía el doble de trabajo que el resto de miembros del departamento. Todos sabían que no era así, pero Sara era incapaz de negarle su ayuda. Tanto Adam como Hugo le habían dicho más de una vez que Lorena tenía un morro que se lo pisaba y que debería dejar que se espabilara sola, pero Sara sabía que si el trabajo no salía adelante, la agencia perdería clientes, y eso era lo último que quería que pasase.

Al cabo de unos minutos, una voz irritada las sobresaltó a las dos:

—Lorena.

Sebastián, el propietario, director y mandamás de la agencia, estaba en la puerta con cara de pocos amigos. Todavía llevaba puesta la chaqueta del traje que se empeñaba en ponerse incluso en verano y su inseparable bandolera colgada del hombro. En la mano llevaba el dossier que Sara le había dejado encima de la mesa la noche anterior. Otro favor que le había hecho a Lorena.

El jefe entró en el despacho y caminó hacia la mesa de Lorena.

—He ido a la reunión con LactiPro —dijo, mostrándole la portada del dossier, donde constaba el nombre de la empresa—. Cuál ha sido mi sorpresa al abrir el dossier y encontrarme con los datos de Galletas Sánchez.

Lorena abrió mucho los ojos y un poco la boca, horrorizada. Sara notó que la piel se le cubría de un sudor frío.



—Eh... —consiguió articular Lorena—. ¿Has podido hacer la reunión?

—¿A ti qué te parece? —le espetó Sebastián—. Aún gracias a que han accedido a quedar otro día, pero dudo mucho que nos escojan a nosotros después de esto.

Sara sabía que una metida de pata así tenía una única consecuencia posible: despido inmediato. Hacía años que Sebastián quería conseguir a LactiPro como cliente. Todos lo sabían.

Lorena echó un vistazo rápido a Sara.

—Es que no preparé yo el dossier —dijo.

Sebastián miró a Sara.

—¿Fuiste tú? —preguntó.

Sara abrió la boca para contestar, pero la voz no le salió. Asintió con muy poca energía.

Sebastián suspiró y su expresión se suavizó un poco.

—Ven a mi despacho —dijo. Y, sin esperar respuesta, dio media vuelta y abandonó el despacho a paso ligero.

Sara se quedó unos instantes mirando la puerta, atemorizada, como si en cualquier momento fuera a entrar un monstruo por ella.

Sebastián iba a despedirla.

No podía creérselo. Con lo que le había costado llegar hasta allí, y ahora... Los ojos se le inundaron de lágrimas, pero parpadeó con fuerza para detenerlas. Lo que no consiguió controlar fue el temblor que se había apoderado de sus manos. Sentía la mirada de Lorena sobre ella, pero no se atrevió a devolvérsela.

Poco a poco, Sara se levantó y se encaminó hacia el despacho de Sebastián. Lorena no le dijo nada.

Cuando entró en el despacho del jefe, este estaba colgando su chaqueta en la percha.

—Cierra la puerta, por favor —dijo.

Sara obedeció y, cuando Sebastián le señaló una de las sillas que había delante de su escritorio, se sentó. Él se acomodó en su silla y la observó en silencio. Parecía bastante más tranquilo que antes. Sara había imaginado que empezaría a gritar en cuanto pusiera un pie en el despacho, y casi que lo habría preferido. Ese silencio la estaba matando.

—Lo siento mucho, Sebastián, yo... —empezó a decir, pero se interrumpió porque no sabía qué podía añadir. Su metida de pata era injustificable.

—Quiero que te vayas de vacaciones —dijo al fin Sebastián.

—¿Perdón? —dijo Sara. ¿Era una manera fina de decir que la estaba despidiendo?

—¿Cuántos días te quedan de vacaciones?

Sara estaba tan desconcertada que tardó un poco en poder contestar.

—Solo me queda la semana de Navidad. Las dos semanas que me iba a coger ahora eran el permiso por... —carraspeó—, la boda.

Sebastián suspiró.

—Oye, no te he dicho nada porque estoy seguro de que piensas que no es asunto mío. Siento mucho lo que ha pasado con tu... exprometido. Entiendo que estés afectada. Y algo despistada —dijo. Después añadió—: Pero así no me sirves.

Sara, que estaba luchando por no echarse a llorar, frunció el ceño, desconcertada.

—Se te nota que tienes la cabeza en otro lado y tu rendimiento ha bajado mucho —explicó Sebastián.

—Oh —fue lo único que acertó a decir Sara. Ella creyendo que nadie se había enterado y, al parecer, incluso el jefe lo sabía. Pues sí que.

—Así que quiero que, ahora mismo, recojas tus cosas y te vayas a casa. Descansa, haz un viaje con amigos, ve a que te den masajes o a hacer *puenting*, me da igual. Pero céntrate en cuidarte y recuperarte, ¿vale? Cógete dos, tres semanas.

—Pero... —dijo Sara, pensando en que ya no le quedaban días de vacaciones para hacer eso.

—No te preocupes por eso, ya encontraremos la manera de arreglarlo —dijo Sebastián, adivinando sus pensamientos—. Vete a casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —dijo Sara, insegura—. Aunque tengo que acabar una cosa. Lorena...

—Lorena ya se espabilará —la cortó Sebastián con frialdad—. Dentro de cinco minutos pasaré por tu despacho y no quiero ver ni un pelo tuyo.

—Vale —dijo Sara, demasiado extrañada como para decir nada más.

Se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

—Gracias, Sebastián —dijo.

Definitivamente esto era muy raro. Había entrado convencida de que iba a perder su trabajo pero salía con unas semanas extras de vacaciones. No estaba segura de que lo que necesitara fueran vacaciones (en realidad, no tenía ni idea de qué necesitaba), pero apreciaba el gesto y comprensión de Sebastián. También que no la hubiera echado, claro.

Él le sonrió débilmente.

—Venga, largo —bromeó.

Sara obedeció y regresó a su despacho, donde Lorena ya no estaba. Sin embargo, David ya había regresado, así que, con toda la extrañeza que sentía, le explicó que Sebastián la había enviado de vacaciones, le pidió que avisara a Lorena de que no había podido acabar su presentación, recogió sus cosas y se fue.

\*

Media hora después, Sara estaba sentada en una cafetería tranquila, con un café con leche y un *croissant* delante. No había ido directamente a coger el tranvía que la llevaba a casa de Adam, sino que paseó un poco por el centro de la ciudad, mirando escaparates pero sin realmente verlos, hasta que se dio cuenta de que necesitaba sentarse a pensar.

No quería perder su trabajo. Era consciente del gran favor que le había hecho Sebastián. Le había dado una segunda oportunidad. Pero no habría una tercera. Si Sara regresaba a la oficina sin estar de nuevo centrada, el jefe acabaría despidiéndola.

Es decir, tenía que enfrentarse a por qué había acabado... así. Era la única manera de solucionarlo. Y después quizá debería tragarse la vergüenza y confesar a alguien que no estaba así por su exprometido. Seguramente eso también la ayudaría.

Pero, siendo sincera consigo misma, dudaba de ser capaz de reunir la valentía necesaria para confesarse con nadie. En fin.

Todo había empezado menos de un mes antes.

¿Cómo era posible que no hubiese pasado ni siquiera un mes entero? Parecía mentira...

Un mediodía, Hugo la llamó para avisarla de que iba a pasar dos o tres días fuera por trabajo. Era algo habitual, así que no le dio importancia. Sin embargo, la madrugada del segundo día recibió esa llamada de Adam. Hugo y la testigo a la que estaban protegiendo en una operación habían desaparecido. Seguramente habían sido secuestrados. Aunque Adam no quiso darle más detalles, de su tono de voz se desprendía que se temía lo peor.

Fueron los peores tres días de su vida. Sara siempre había tenido muy presente que Hugo era policía. La sombra de que alguna operación podía salir mal o muy mal siempre estaba ahí, pero hacía tiempo que Sara había aprendido a convivir con ella. Pero eso no quería decir que estuviera preparada para enfrentarse a algo así.

Ella creía haber pasado ya por una época muy complicada de su vida, pero esos días fueron todavía más horribles. La falta de noticias, el estar en la oscuridad sobre el paradero de Hugo, sobre si seguía vivo o muerto, si volvería a verlo, fue la sensación más angustiante a la que se había enfrentado nunca.

Cuando Adam al fin llamó para anunciar que Hugo y la chica habían reaparecido magullados pero vivos, Sara experimentó una explosión de alivio y felicidad.

Entonces, en la puerta del hospital, mientras esperaban su llegada, sucedió eso. Algo que la sacudió hasta lo más profundo de su ser, pero que se esforzó por apartar de su cabeza por Hugo.

El Hugo que regresó estaba taciturno y poco hablador, pero Sara lo atribuyó a la angustiante experiencia. Le resumió lo sucedido, momento en el que Sara descubrió que si estaba vivo era gracias a la chica junto al que lo habían secuestrado, Laura. Quiso ir a agradecerse de inmediato, pero Hugo la detuvo: Laura estaba demasiado afectada como para hablar del tema. Sara lo comprendió perfectamente, no era para menos.

Sin embargo, al parecer Sara interpretó mal el estado anímico de Hugo, porque el mismo día que abandonó el hospital, cortó con ella.

Y el mundo de Sara volvió a derrumbarse.

Hugo y ella llevaban diez años juntos. Empezaron a salir muy poco después de que Adam los presentara, después de conocerse en la escuela de la policía. Quedó en evidencia que Adam los conocía bien a los dos, porque se gustaron al instante. Sara hizo todo lo posible para que Hugo la aceptara y quisiera estar con ella, y salió tan bien que Sara acabó planificando su vida al lado de Hugo. Se había imaginado teniendo hijos con Hugo. Lo habían hablado y hacía algún tiempo que ella había dejado de tomar los anticonceptivos. Se había imaginado envejeciendo junto a Hugo. Teniendo nietos con Hugo. Siendo feliz junto a Hugo.

Todo eso quedó hecho añicos.

Pasado el desconcierto inicial, Sara intentó enfadarse con él tal y como habían hecho Adam, Marina, Berta y Judith. Entre los cuatro, lo llamaron de malnacido para arriba. Pero no lo consiguió. Esas viejas palabras, escuchadas tanto tiempo atrás, habían vuelto a emerger a la superficie, eclipsando todo lo demás.

«No eres mi tipo».

Sara se había esforzado mucho para que la relación con Hugo funcionara, había intentado ser su tipo, pero al parecer ni eso había sido suficiente.

Los días siguientes, derramó amargas lágrimas por la vida que ya no tendría junto a Hugo y por haber fracasado estrepitosamente otra vez. Agradeció que se encargara él de todas las gestiones para cancelar la boda, pero cada vez que hablaban por teléfono ella acababa llorando con desconsuelo. Curiosamente, y eso no acababa de comprenderlo, Hugo parecía muy desdichado. Casi tanto como ella.

Entonces, unos días después, no sabría decir cuántos, Sara abrió los ojos por la mañana y tuvo una revelación. Consternada, se quedó largos minutos tumbada, inmóvil, mirando el techo.

Lloraba por la vida que había soñado tener y que sentía que nunca conseguiría.

Lloraba porque, al final, todos acababan abandonándola. No estaba a la altura.

Pero no lloraba por Hugo.

Porque, la verdad, no podía decirse que echara de menos a Hugo. No lo hacía. Nada de nada.

Estos pensamientos la llenaron de angustia y culpabilidad. ¿Cómo podía pensar algo así? Se dijo que era un mecanismo de defensa de su cerebro para ayudarla a superar la ruptura, pero si se detenía a analizar con sinceridad sus sentimientos, la verdad la golpeaba como un bate de béisbol: no lo echaba de menos.

¡Pero no hacía ni dos semanas que habían cortado!

Le parecía tan vergonzoso que no se había atrevido a hablarlo con nadie.

Esa misma noche, o quizá la siguiente, empezó a soñar con Javi.

Sabía que era culpa de *eso* que sucedió en el hospital. Ella lo había acabado bautizando como El Encuentro.

La noche que Hugo y la chica regresaron, Adam la llevó en coche al hospital para que pudiera ver a Hugo antes de que los ingresaran. Al llegar, su hermano le señaló un pequeño grupo de personas. Era la familia y una amiga de Laura. Uno de los hombres le llamó la atención, porque era muy alto. Cuando se fijó mejor en él, el corazón le dio un vuelco.

Era Javi.

Sin darse cuenta, caminó lentamente hacia él. Llevaba el cabello bastante más corto que antes, pero seguía siendo del mismo color. Iba completamente afeitado, pero reconocería esos rasgos incluso debajo de una máscara.

—¿Javi? ¿Javi Bandama? —preguntó antes de poder contenerse, sorprendida por la cantidad de emociones que se removían en su interior.

Él se giró, pero la miró sin reconocerla. Ella sí reconoció esos ojos grandes, del color de la miel, aunque en ellos no había rastro de ese destello desafiante, salvaje, que ella había conocido. Adam apareció a su lado para sacarla de su error. Ese hombre no se llamaba Javier Bandama, sino Javier Sánchez. Era el prometido de Laura.

—Ah. Perdona —dijo ella estúpidamente, y se alejó intentando disimular la fuerte consternación.

No solo le extrañaba haberse confundido, tampoco comprendía por qué creer ver a Javi la había afectado tanto. Fue como si todo lo que sintió el tiempo que pasó con él y el de después, tantos años atrás, regresara de golpe. No tenía ningún sentido. Sara se recordó que estaba allí para recibir a Hugo y procuró olvidarse del tema.

A su pesar, no consiguió arrinconarlo del todo. De vez en cuando se acordaba de El Encuentro. Pero al menos solo pensaba en ello de vez en cuando.

Desgraciadamente, desde que había empezado a soñar con Javi, no podía pensar en otra cosa aparte de que nunca era suficientemente buena para nadie. Cierto, el apellido era distinto y su mirada también, pero... ¿de verdad no era él? ¿Tal mal recordaba a «su» Javi?

Olvidándose de que su propósito al entrar en la cafetería era reflexionar sobre cómo recuperarse, Sara desbloqueó su teléfono y volvió a buscar «Javier Bandama». Revisó varias páginas de resultados, pero siguió sin encontrar nada.

Entonces recordó que Adam había comentado enfadado que algún periodista los había grabado cuando Hugo y Laura llegaron al hospital y habían salido en la tele. Hizo otra búsqueda rápida, y enseguida encontró el vídeo. Emocionada, pulsó en «Reproducir».

Las imágenes no eran de muy buena calidad y, en realidad, a Hugo y ella no se los distinguía. Como él era policía le habían puesto un topo borroso alrededor de la cara que también la cubría a ella. A Laura y el otro Javi, en cambio, se los veía bastante bien. Sara observó el vídeo con atención y lo detuvo allí donde le pareció que se lo distinguía mejor.

Seguía pensando que era «su» Javi. ¡Eran idénticos!

Menudo misterio.

Se mordisqueó una uña, pensando en maneras de solucionarlo. Adam no era una opción. Sería extraño que le preguntara por el prometido de Laura y, además, nunca le había dicho que Javier Bandama era el nombre del chico que había conocido *esas* vacaciones. Era mejor que siguiera sin saberlo.

Otra posibilidad, mucho más directa, era coger un tren, plantarse en la ciudad de Javi y buscarlo. No era una población tan grande, seguro que antes o después lo localizaría. Ni siquiera necesitaría hablar con él, sería suficiente con verlo para confirmar que lo recordaba mal. Incluso podría sacarle alguna foto para poder compararla con la imagen del otro Javi. Además, estaba de vacaciones, tenía tiempo de hacerlo, ¿no?

Sara se quedó inmóvil, con la mirada fija en el cogote del señor que se había sentado en la mesa de enfrente.

—Tía, se te va la olla —se dijo finalmente.

Descartada tan absurda opción, se quedó seca de ideas. Aunque lo de conseguir una foto de «su» Javi no era mala idea del todo... ¿Qué habría sido de las fotos de esas vacaciones? Recordaba que, por esa época, Judith y Marina ya tenían una cámara de fotos digital. Ella no. Pero recordaba haber sacado fotos, de sus amigas, de Javi, de algunos sitios que visitaron.

¡La cámara desechable!

Sí, la había comprado allí, porque estaban siendo días tan maravillosos que pensó que le gustaría recordarlos. ¿Qué había sido de esa cámara? Dudaba mucho que hubiera llevado a revelar esas fotos, al regresar sería lo último que le habría apetecido, pero no estaba segura. Quizá lo había hecho Adam sin avisarla.

Se mordisqueó la uña un poco más, pensativa. Las fotos de antes de mudarse con Hugo tenían que estar en casa de Adam. Seguro que las guardaba.

No se lo pensó más. Se levantó, dejó el café con leche y el *croissant* en la mesa sin haberlos tocado, pagó y se fue. Cogió el tranvía por los pelos. Normalmente le gustaba montar en él porque le parecía un paseo agradable, pero ese día pensó que su velocidad era insultantemente lenta. Quería llegar cuanto antes para que Adam no la descubriera revisando viejas fotos.

Una vez en casa, sin ni siquiera deshacerse del bolso, entró en el pequeño cuarto que Adam utilizaba de trastero. Apartó las cajas de ropa que Sara todavía no había desembalado, un par de maletas de viaje, otras cajas llenas de libros, una mesita de noche rota que llevaba años esperando a ser arreglada y, al fin, la encontró: una caja en cuyo lateral Adam había escrito, con su letra decidida, «FOTOS».

Casi se le cayó a los pies de lo que pesaba la condenada, y tuvo que llevarla hasta su habitación empujándola por el suelo.

—Buf —resopló cuando la abrió y descubrió que estaba llena de pequeños álbumes y sobres alargados, de aquellos que antes entregaban en las tiendas

de fotografía. Todos ellos estaban sin etiquetar y colocados sin ningún tipo de orden.

Impaciente, cogió el primer pequeño álbum y lo abrió. Fotos de cuando eran pequeños, cuando su padre todavía estaba en casa. Lo cerró de golpe. ¿Seguro que quería hacer esto?

Asintió para sí misma. Sí, sí, lo necesitaba.

Procurando cubrirse de una capa de indiferencia, procedió a abrir cada álbum y sobre y echó un vistazo rápido a las fotos. Como tenía claro qué buscaba, iba a buen ritmo.

Como siempre que se tiene mucho interés en encontrar algo, lo que buscaba fue lo último que apareció. Una cámara desechable, arrinconada al fondo de todo de la caja. La cogió con manos un poco temblorosas. Estaba segura de que era la que buscaba.

Sara se apresuró a devolver todo el contenido al interior de la caja y esta al trastero. Después, observó la cámara desechable. ¿Qué podía hacer con ella? Habían pasado muchos años. ¿Todavía sería posible revelar el carrete?

Solo había una manera de averiguarlo. Con el estómago tenso de los nervios, buscó en su móvil si todavía existían tiendas de fotografía donde revelaran carretes de fotos. Sí, al parecer sí, pero tendría que regresar al centro de la ciudad.

Lo sensato sería esperarse.

¿Por qué demonios estaba haciendo esto?

Ni se molestó en buscar una respuesta. Se levantó apresuradamente y salió de casa con la cámara en la mano y el bolso colgado del hombro. No había llegado a quitárselo.



## 5

—¿Doce años? Si tiene tanto tiempo, yo no puedo prometer nada... —dijo el dependiente de la tienda de fotografía mientras miraba la cámara desechable como si no esperara nada bueno de ella—. Los carretes en blanco y negro se conservan mejor, pero los de color... Y además, esta cámara era de las cutres.

«Era la que me podía pagar», pensó Sara.

—Bueno, inténtelo igualmente, por favor —pidió.

—Claro, claro. Mañana a las... —el hombre miró el reloj y pareció hacer algunos cálculos horarios—, a partir de las diez ya las tendremos aquí.

—¡Perfecto! —dijo Sara, sorprendida por la velocidad. Creía que tendría que esperar algunos días.

Esa noche, apenas durmió. Era viernes y, como no, Adam había ligado, así que podría haber culpado a los ruiditos que llegaban a través de la pared y que no dejaban duda de que la chica estaba pasando una gran noche. Sara tuvo que ponerse música con los auriculares para dejar de escucharla. Sin embargo, sabía que el motivo de su insomnio eran los nervios. No podía parar de preguntarse si las fotos saldrían bien. ¿Qué se vería en ellas? ¿Le removería las mismas emociones que la noche que creyó encontrarse ante Javi?

No supo a qué hora consiguió dormirse, pero le pareció que la alarma sonaba al cabo de muy poco. Aún y así, no le costó levantarse y a las diez y cuarto de la mañana ya estaba haciendo cola en la tienda de fotografía. El dependiente la reconoció.

—Hemos tenido suerte —dijo, satisfecho, mientras buscaba el sobre—. No han salido perfectas, pero han salido.

El hombre le entregó el sobre y Sara lo abrió. Un Javi de veintidós años, con el ceño fruncido por el sol, sonreía con picardía a cámara después de haberse bañado en el mar. A Sara se le cortó la respiración. Cerró el sobre. No podía mirar todas las fotos mientras el dependiente estaba pendiente de ella.

—Perfecto —dijo, intentando sonreír—. ¿Cuánto le debo?

Sara pagó y fue a refugiarse a la misma cafetería tranquila del día anterior, que casualmente estaba muy cerca.

—¿Ha venido a acabarse el café y el *croissant*? —bromeó el camarero, que la reconoció.

Sara forzó otra tensa sonrisa y pidió lo mismo. No se atrevió a sacar las fotos hasta que le hubieron servido, y entonces lo hizo con impaciencia. El dependiente de la tienda de fotos tenía razón. Habían salido con una especie de halo blanquecino en las esquinas y con los colores apagados, pero se veían bien. Algún edificio histórico, Berta y Judith borrachas en una discoteca, las cuatro sonrientes amigas en la playa, Marina caminando por la ciudad y, después, Javi. Javi en la playa, en el yate de sus padres, en un concierto, durmiendo plácidamente, saltando al mar desde unas rocas especialmente altas, sacando la lengua a cámara. Era imposible dudar de cuál fue el principal interés de Sara esos días.

Teniendo en cuenta que ahora le sacaba ocho años al Javi de la foto se sintió un poco asalta cunas, pero era tan guapo como lo recordaba.

Y sí, llevaba esa generosa barba que le escondía los rasgos, pero a ella le parecía exactamente igual que el Javi que se encontró en el hospital, solo que doce años más joven.

Dejó las fotos sobre la mesa y se quedó mirando el tráfico de la calle. Estaba confusa. ¿Qué quería decir esto?

Echó otro vistazo a las fotos, deprimiéndose por momentos. Quería decir que las casualidades existen, y que Javier Bandama y el tal Javier Sánchez, sin estar relacionados, se parecían como dos gotas de agua. Tiempo atrás había leído un artículo que hablaba sobre la teoría de que todas las personas tienen siete personas en el mundo exactamente iguales a ellas. Gemelos de «no sangre». Incluso había visto fotografías de algunos de estos falsos gemelos.

Conclusión: no quería decir nada. Bueno, sí. Quería decir que este asunto solo era una pobre excusa para no pensar en lo que de verdad la atormentaba: no echaba de menos a Hugo y, a pesar de lo que se esforzaba, no era el tipo de nadie. Siempre la abandonaban. Seguramente, su destino era que la abandonaran una y otra vez.

De repente furiosa consigo misma por haberse gastado una pequeña fortuna en revelar esas estúpidas fotografías, las recogió con gestos bruscos. Abandonó la cafetería después de haber pagado, de nuevo dejando intactos el café con leche y el *croissant*.

De camino a casa, acabó de deprimirse del todo y, cuando entró en casa, a duras penas se aguantaba las ganas de llorar. Fue directa a la cocina con la intención de apropiarse del bote de Nutella y las pocas magdalenas que quedaban, pero en la puerta se detuvo de golpe. En la cocina ya había alguien. Concretamente una chica a la que no conocía de nada, que solo vestía una camiseta larga, estaba despeinada y lucía la misma sonrisa relajada que todos los ligues de Adam al levantarse.

—Hola —dijo Sara por ser educada, aunque por dentro hervía de llorosa frustración. Encima que su vida era un fracaso, no podía coger la Nutella y las magdalenas. Le daba vergüenza hacerlo delante de esa desconocida.

—Ei —saludó la desconocida, alargando la «i» y mostrando una expresión bobalicona.

—Buenos días —escuchó decir a Adam.

Sara se giró y vio a su hermano acercarse, recién salido de la ducha. Él, al ver su expresión, se detuvo un momento y la observó. Finalmente optó por darle un beso afectuoso en la cabeza y entró en la cocina. A la chica la saludó con un beso en los labios y una palmada en el trasero. Sara vio cómo la chica lo miraba y anticipó otro corazón roto para el lunes. Él siempre advertía que no buscaba nada más allá del fin de semana, pero aún así muchas mujeres se encaprichaban de él.

«Por no dejarme coger la Nutella y las magdalenas», pensó Sara con una desproporcionada y cruel satisfacción.

Empezaba a sentirse culpable por haber pensado eso cuando su móvil sonó una vez en el bolsillo de su pantalón. Tenía una ligera sospecha de quién podía ser, aunque en el fondo preferiría equivocarse.

No era su día de suerte. Tal y como temía, era un mensaje de Hugo:

Tenemos que hablar del viaje. No podemos posponerlo más. Llámame, por favor.

Sara suspiró. Hugo tenía razón. Llevaba días sin responder a sus llamadas y él lo había respetado, pero ya no podía seguir evitándolo.

—Tengo que llamar a Hugo —dijo.

Al instante, Adam se giró hacia la chica y le quitó la taza de café de las manos.

—Tienes que irte —dijo.

—¿Qué?

Mientras Sara se mentalizaba para la conversación, Adam echó a la chica a la velocidad del rayo prometiendo llamarla para quedar otra vez esa misma

noche. Por la conversación que se escuchaba de fondo, a Sara le pareció que su hermano incluso se encargó de vestir a la desconcertada chica.

En cuanto la puerta del piso se cerró, Sara marcó el número de Hugo.

Media hora más tarde, Adam y Sara estaban sentados en el sofá. Él la abrazaba y Sara estaba hecha un mar de lágrimas. Tenía un pañuelo en las manos y varios más, ya utilizados, a su alrededor. Mientras hablaba con Hugo, no había podido contener más las ganas de llorar que arrastraba desde hacía rato. Tanto él como Adam lo habían interpretado como desconsuelo por la ruptura, y ella no se había molestado en sacarlos de su error.

Sara suspiró. Hablar del viaje de la luna de miel había sido un duro recordatorio de su fracaso. Siempre había querido ir a Providenciales. Ya ni recordaba cómo había descubierto que existía pero, para ella, ir allí era cumplir un sueño. Otro sueño que se hacía añicos.

—¿Qué hago mal, Adam? —preguntó, desconsolada.

—Tú no has hecho nada mal —dijo Adam, interpretando mal su pregunta—. Aquí el único culpable es Hugo, que es un cabrón.

Sara ignoró el pinchazo de culpabilidad que sintió por no estar contando a Adam la verdad.

—Sabes que no lo es —se limitó a decir.

Sabía (igual que lo sabía Adam, aunque no estuviera dispuesto a admitirlo) que si había algo de lo que Hugo no pecaba, era de ser un cabrón. Con sus momentos de mala leche, sí. A veces comodón, también. Tozudo como una mula, definitivamente sí. Pero cabrón, no. No se comportaría de cierta manera sin un motivo.

Notó como el pecho de Adam se hinchaba y deshinchaba en un profundo suspiro.

—Te dejó plantada unos días antes de la boda. ¿Cómo puedes defenderlo? —dijo, más frustrado que enfadado.

—Lo siento, Adam, soy así —contestó ella, sintiéndose mal por la crítica. Intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Perdona, es que... —empezó a decir Adam, pero dejó la frase en el aire.

«Ya lo sé, lo hago todo mal», pensó Sara.

—¿Qué habéis decidido? —preguntó Adam, que sabía que habían hablado del viaje.

Sara no contestó. Hugo había dejado claro que él no haría el viaje. De hecho, la había animado a aprovecharlo. Podría ir con una de sus amigas, y él se encargaría de pagar la diferencia si el nuevo billete era más caro. Sabía que

a Sara siempre le había hecho ilusión ir a Providenciales, sería una pena desaprovechar la oportunidad. Pero si quería hacer el viaje tenía que decidirse ya, porque estaban a sábado y el avión despegaba el lunes.

La verdad era que no había nadie con quien le apeteciera ir. En esos momentos, Adam era el único conocido con el que podía estar en la misma habitación y sentirse cómoda, pero ni se le pasaría por la cabeza proponerle que fuera su acompañante. Su hermano ligaría cada noche, porque por más que reivindicara su soltería la realidad era que no sabía estar solo, y ella se quedaría de solterona y se deprimiría más y más.

Su única alternativa eran Marina, Berta o Judith. Pero sus queridas amigas, que habían hecho piña a su alrededor e incluso habían ido a buscar a Hugo para cantarle las cuarenta, tampoco eran una opción. Berta acababa de separarse y sus hijos solo tenían tres y un año. Ahora no podía viajar. Y Marina y Judith... Solo de pensarlo se sentía culpable, pero tampoco quería ir con ellas. No estaba preparada para hablar de ciertas cosas, y con ellas acabaría pasando.

Sentía que necesitaba alejarse del mundo. De *su* mundo. De Hugo, del barrio, de las amistades, del trabajo. Dejarlo todo atrás y...

De repente, lo vio claro. Se incorporó de golpe, liberándose del abrazo protector y consolador de Adam.

—Iré sola.

—¿A dónde?

—A Providenciales.

Adam frunció el ceño. Sara sabía qué estaba pensando: ¿su hermana pequeña, viajando sola?

—Adam, tengo treinta años. Iré sola.

Lo vio tan claro que se emocionó. Sí, era lo que necesitaba. Desconectar. Relacionarse con nuevas personas, es decir, gente que no la conociera ni supiera lo que le había pasado. Disfrutar de un lugar paradisíaco.

La distancia la ayudaría a poner en orden todos esos pensamientos y sentimientos que la agobiaban. Podría analizar qué había hecho mal con Hugo, para que no volviera a repetirse. Cuando regresara, se sentiría como nueva y más fuerte que nunca.

\*

—¿Ya sabes qué vas a hacer?

—Sí, quedarme aquí.

Al otro extremo de la línea, escuchó los suspiros de sus padres, que tenían el teléfono puesto en modo altavoz.

—¿No crees que te iría bien alejarte un poco de aquí? Ya sabes, tomar distancia, distraerte, airearte... —dijo su madre.

—No, estaré bien aquí. Creo que cancelaré las vacaciones y volveré a trabajar.

Durante unos instantes, reinó el silencio. Después, escuchó el sonido de alguien acercándose al teléfono y su padre prácticamente gritó:

—Javi, tú quieres a Laura, ¿no?

—Claro.

No preguntó a qué venía esa pregunta, porque no dudaba que lo averiguaría enseguida.

—Es que no lo parece, ¿sabes? —dijo su padre, ahora sí, gritando—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Nando... —intervino su madre.

Desde el momento en el que Laura anunció que no quería casarse, Javi agradeció la discreción de sus padres. No habían hecho demasiadas preguntas, aunque lo sorprendió que no parecieran afectados, ni siquiera extrañados, por la ruptura. Sabía que Laura les caía bien. Además, gracias a ella habían vuelto a verse con regularidad.

Pero, al parecer, para su padre el tiempo de la discreción se había acabado.

—Oye, tengo que dejaros, tengo algunas cosas que hacer —dijo.

—¿Qué tienes que hacer? ¿Quedarte ahí tranquilo como si no hubiera pasado nada? Te plantó en el altar, por el amor de Dios, ¿por qué ni siquiera pareces enfadado con ella? —espetó su padre.

—¡Nando!

—Hablamos otro día, ¿vale? Ya os llamaré —dijo Javi, y colgó sin esperar respuesta.

Justo entonces el timbre sonó con insistencia. No el de la calle, sino el del rellano. Pensando que sería algún vecino, Javi resopló con pereza y abrió la puerta sin comprobar de quién se trataba.

Lidia.

Javi suspiró mentalmente.

—Es muy feo no contestar ni devolver las llamadas de teléfono —dijo ella.

—Sí, perdona, es que he estado muy liado en el trabajo.

—Ya. También llamé a tu oficina y me informaron de que estabas de vacaciones —dijo ella con una sonrisa.

Javi no se había apartado para dejarla pasar, pero Lidia se escabulló entre él y la pared y se coló al interior del piso. Él volvió a suspirar para sus adentros, cerró la puerta y la siguió hasta el salón.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció él con su habitual muestra de buena educación.

—¿Cómo estás, Javi?

Él se encogió de hombros.

—Bien —mintió.

—Ya —dijo Lidia, sentándose en el brazo del sofá.

A Javi no le apetecía quedarse ahí esperando a que la mejor amiga de Laura dijera lo que hubiera venido a decir, así que fue a la cocina a buscar un par de cervezas.

—Gracias —agradeció Lidia cuando le entregó la suya—. ¿Has vuelto a hablar con Laura?

Él negó con la cabeza. Después de la «no boda» habían hablado una sola vez para que Laura le pidiera perdón mil veces y le confirmara que eran grandes amigos, pero que no quería ni casarse ni seguir viviendo con él. La ruptura era definitiva.

Y no había nada más que hablar. Si Laura se había enamorado del policía junto a la que la habían secuestrado, ¿qué más podían decir? Laura no le había contado esto último, pero Javi había visto al poli en la iglesia, así como que Laura dudaba y cambiaba de idea sobre la boda después de verlo también. Con Lidia, en cambio, había hablado varias veces. La pobre se había esforzado tanto por esquivar el tema que al final la verdad brillaba por sí sola entre tantos silencios.

En realidad, si lo pensaba bien, casi le sabía mal por Laura porque, por lo que él sabía, ese poli ya debía de estar casado con *ella*.

«No», se dijo. Se obligó a detener esa línea de pensamiento. No iba a pensar en *ella*.

—Sabes que Laura está muy arrepentida por cómo hizo las cosas, ¿verdad? —dijo Lidia.

—Sí, ya se disculpó.

—Aún así, sigue sintiéndose culpable.

Javi asintió. Conocía a Laura, y no dudaba que se sentía bastante mal.

—Quiere que hagas el viaje —dijo entonces Lidia, manifestando en voz alta el motivo por el que llevaba días intentando hablar con él.

Javi, que ya se lo había imaginado, negó con la cabeza.

—Dijo que llevas toda la vida queriendo viajar a Providenciales, y le sabría muy mal que al final no fueras. ¿Por qué no vas con un amigo? — insistió Lidia.

Para empezar, porque no tenía amigos. Pero el principal motivo era que prefería hacer ese viaje con Laura.

Laura apareció en su vida como un rayo de luz después de seis años de absoluta oscuridad. Con su buen humor, su descaro, su tendencia a la mala suerte y su necesidad de tranquilidad, fue un oxígeno que Javi no era consciente que necesitaba. Y, para el primer viaje que se planteaba hacer en tantos años, le apetecía su compañía.

Pero ahora... ahora ni siquiera sabía si quería seguir con su vida actual. Nueve años atrás, intentó hacer las cosas bien. Cambió y convirtió su vida en una rutina fácil y sin sobresaltos, pero oscura. Creía que era lo que debía hacer, y lo que se merecía. Cuando llegó Laura sabía que no se merecía algo tan... positivo, pero no pudo resistirse. Y ahora, egoísta como era, se veía incapaz de regresar a su lóbrega vida anterior.

Con cierta culpabilidad, llevaba algunos días dando vueltas a la idea de volver a desaparecer. Buscar otro nombre, otro país, otro lugar donde llevar una vida igualmente honesta y tranquila pero sin tantas personas y sitios que le recordaran todo lo que había perdido, todo lo que había hecho mal. A sus padres no les sentaría bien que desapareciera así, pero en esos momentos lo veía como su única posibilidad de salir adelante.

Había decidido dedicar esas semanas de vacaciones a tomar la decisión y, en caso de apostar por ello, empezar con los trámites necesarios.

Lidia interrumpió sus pensamientos.

—Laura es mi amiga y todo eso, pero la realidad es que la superarás. Y entonces lamentarás haber dejado perder un viaje así por ella —dijo—. Y además, te servirá para desconectar y poner las ideas en orden, y para eso lo mejor es poner tierra de por medio. Estoy segura de que hay un montón de gente que te hace preguntas solo para cotillear y muchos otros que te miran con cara de pena.

Ahí Lidia dio en el clavo. Había procurado ignorar a los cotillas y a los compasivos, pero debía admitir que le molestaban. Y era cierto que durante el viaje, solo y alejado, tendría tiempo y tranquilidad para decidir qué hacer con su vida.

—Vale, déjame que lo piense —dijo.

Lidia no escondió su satisfacción.



—Me parece genial —concedió—, pero el avión sale el lunes, no tienes mucho tiempo más.

Debió de verlo bastante convencido de decantarse por el «sí», porque no insistió más y enseguida se fue. En la puerta, antes de abandonar el piso, Lidia se giró. Parecía cavilar si añadir algo más o no.

—Nunca he escondido que no os veía como pareja... —empezó a decir.

—Sí, lo dejabas caer algo así como una vez al mes —dijo Javi sin rencor.

Al menos Lidia tuvo el detalle de sonrojarse.

—Ya... Bueno, a pesar de lo que haya dicho, ayudaste mucho a Laura. Sé que la quieres mucho, y que ahora debe de parecerse imposible, pero la olvidarás. Y acabarás encontrando a otra persona que será perfecta para ti.

Javi asintió, agradeciendo sus palabras. Al parecer, ese día todos estaban empeñados en recordarle lo mucho que amaba a Laura.

Si ellos supieran que hacía años que se le había secado el corazón...

## 6

Solo había una palabra para describir su situación.

Pesadilla.

Y solo había una palabra para describir su decisión.

Estupidez.

¿En qué momento le había parecido buena idea viajar sola a Providenciales?

Allí donde miraba, el paisaje estaba plagado de parejas de recién casados. En la playa. En la piscina del hotel. En la excursión de buceo con esnórquel. En el restaurante. Recién casados, felices, acaramelados, celebrando su amor.

Hacía menos de dos días que había llegado, pero solo había necesitado unas horas para arrepentirse de su impulsiva decisión. Era como si todo el mundo hubiera decidido celebrar la luna de miel allí. Con la constante visión de efusivas parejas de enamorados era difícil tomar distancia de su desgracia, porque cada dos por tres se encontraba pensando «¿Qué he hecho mal? ¿Por qué ellos sí y yo no?».

Lo peor de todo era que Adam, Marina, Berta y Judith habían tenido razón. Todos coincidieron en que viajar sola a Providenciales era una mala idea. Consiguieron que Sara dudara en algunos momentos, pero al final decidió seguir adelante. Y ahora se arrepentía de haber venido.

Le daba mucha rabia.

Acabó de ponerse el bikini de mala gana, después el vestido de playa blanco y las sandalias. Se equipó con la toalla, las gafas de sol, la crema solar y el móvil y bajó a la playa del hotel procurando ignorar a las felices parejas de enamorados. Se instaló cerca del agua para escuchar más el sonido suave de las olas y menos los murmullos de la poca gente que había por esa misma zona.

Suspiró. Quizá debería plantearse seriamente regresar a casa.

El simple pensamiento la hizo sentirse tan humillada que rechazó la idea de inmediato. Es más, decidió que iba a colgar una foto estupenda en Facebook con el texto «No podría estar pasándomelo mejor». Ella utilizaba mucho las redes sociales en su trabajo, pero no por ello dejaba de criticarlas a veces, cuando se cansaba de tantísimas muestras de supuesta felicidad. Bueno, pues a partir de ahora no las criticaría más, porque ya había comprendido por qué la gente las usaba así.

Se ordenó el cabello, abrió la aplicación de la cámara fotográfica y colocó el móvil en posición. Se observó a sí misma en la pantalla, compuso su mejor sonrisa y... tuvo que esperar, porque alguien pasó por el fondo.

Sara frunció el ceño y estudió la figura que aparecía en la pantalla porque le resultaba familiar. Alta y delgada. El cabello de color rubio oscuro, corto. El rostro perfectamente afeitado.

Madre del amor hermoso, esto no podía estar pasando.

Horrorizada, giró el torso para observarlo en directo.

—Ay, no —gimió.

Era Javi. El que a ella le parecía que era «su» Javi pero en realidad era el Javi de Laura.

¡¿Qué hacían ellos aquí?!

Tenía que ser una broma de mal gusto.

Se dejó caer sobre la toalla, se acomodó boca arriba y se puso las gafas para asegurarse de que no la veían. Qué horror, qué horror, qué horror. No podía ni imaginarse el bochorno que pasaría si se los encontraba cara a cara. Casi podía verlo. Amables, seguro que le preguntarían por Hugo, y ella tendría que explicarles que no estaba allí, que al final no se habían casado. Entonces ellos la mirarían con pena y compasión, porque seguro que sería evidente que ella había sido la parte abandonada. Y, mientras tanto, ella solo podría pensar en lo mucho que se parecía este Javi a su Javi.

Sí, definitivamente, su no-luna de miel acababa de entrar en la categoría de pesadilla.

No podía quedarse allí, arriesgándose a ser descubierta. Se atrevió a girar la cabeza y pudo ver la silueta del otro Javi alejándose, todavía de espaldas. Esta era la suya. Sara se levantó a toda velocidad, recogió sus cosas y se alejó de allí como si acabara de ver al Diablo en persona.

Pasó el resto de la mañana en su habitación, viendo la televisión y aburriéndose como una ostra. Sin embargo, a la hora de comer el estómago le rugía casi salvajemente y se vio obligada a salir de su encierro voluntario. Se

dijo que ya sería demasiada casualidad que se alojaran en el mismo hotel, que no había peligro en bajar al restaurante.

El restaurante del hotel estaba situado en una terraza protegida por un tejado de brezo y paja. A pesar de encontrarse en los meses más calurosos del año allí, no estaba haciendo mucho calor y esa terraza, no demasiado grande y decorada con gusto, era un lugar muy agradable en el que refugiarse.

Su intención era, antes de entrar, comprobar si Laura y el otro Javi estaban allí. Desafortunadamente, un camarero la recibió al instante y le pidió que lo siguiera. Como no se atrevía a pedirle al buen hombre que esperara, caminó detrás suyo mientras inspeccionaba el lugar con la mirada.

El corazón le dio un vuelco y se quedó petrificada, de pie, al lado de la silla que el camarero le ofrecía. Ahí estaba el otro Javi.

Un momento.

Estaba sentado en una mesa individual.

Tan individual como en la que la acomodarían a ella.

El hombre estaba solo.

¿Por qué iba a estar solo en un lugar como Providenciales menos de cuatro semanas después de que su novia fuera secuestrada y estuviera desaparecida casi tres días?

Algunas piezas empezaron a encajar en su cabeza, y todo cobró sentido. Algo se rompió en el interior de Sara al comprender hasta qué punto había estado ciega. Era estúpida, estúpida, estúpida.

—Perdón, he olvidado algo —farfulló al camarero.

Lo dejó con la carta en la mano y la boca abierta, y regresó a su habitación. Antes de cruzar la puerta ya tenía el móvil en la mano y estaba marcando el número de Adam. No sabía qué hora era en casa, pero no le importó. Su hermano contestó antes de que acabara el primer tono.

—Sara, ¿va todo bien?

—¿Qué pasó entre Hugo y la chica con la que desapareció?

Al otro lado de la línea hubo un silencio largo. Demasiado significativo.

—No sé de qué me hablas —dijo Adam finalmente poco a poco, inseguro.

—Ya. ¿Y por qué está el novio, o prometido, o lo que sea de ella, aquí, completamente solo?

—¿Que qué? —preguntó Adam con auténtico asombro.

—Ya me has oído.

—¿El ex de Laura está allí, en Providenciales?

—Sí —dijo Sara. Escuchó a Adam farfullar algunas palabrotas. Sara añadió—: ¿Sabías que estaría aquí?

—No, por Dios, claro que no. Si lo hubiera sabido no te habría dejado...

—¿Están juntos? Hugo y la chica. Laura —lo interrumpió Sara. Necesitaba saberlo.

Adam suspiró ruidosamente.

—No, no están juntos.

Por la manera como su hermano dijo esas palabras, supo que no se lo estaba contando todo. Aunque no lo dijera en voz alta, Sara comprendió que, en realidad, quería decir «No, no están juntos, pero...».

—Nos pusieron los cuernos y acabarán juntos, ¿verdad? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—No creo que te haga ningún bien pensar en estas cosas... —empezó a decir Adam, pero se interrumpió cuando la escuchó sollozar. Dijo, con mucha suavidad—: Sara, ¿por qué no vuelves a casa?

Sara no estaba segura de por qué lloraba. Obviamente, la hería que Hugo le hubiera puesto los cuernos mientras ella estaba prácticamente dándolo por muerto. También dolía no haberse dado cuenta de la verdad antes. Que Hugo no le hubiera permitido agradecer a Laura que le hubiera salvado la vida a su prometido ya era una pista importante, ¿no? En realidad, buscaba ahorrarle el mal trago a Laura y a ella la humillación.

Sin embargo, al final, la sensación que se imponía en su estado anímico era la del fracaso estrepitoso.

—¿Cómo es ella? —preguntó antes de poder contenerse.

—Me niego a responder a esa pregunta —espetó Adam.

—Es una guerrera, ¿verdad?

La respuesta de Adam fue un gruñido. Después dijo:

—Sara...

Podía imaginárselo pasándose la mano por la cara, un gesto muy típico suyo cuando se frustraba. Sin embargo, Sara no necesitaba ninguna confirmación. Ya lo sabía.

Podía entender por qué Hugo se había encaprichado, o lo que fuera, de Laura. Podía ser comodón, pero también le gustaban los retos, las emociones fuertes. Sara no habría podido hacer lo mismo que esa chica. No era tan valiente.

—Nunca seré suficiente para nadie, ¿verdad? —susurró.

—Sara, ya vale. Me estoy sentando delante del ordenador y voy a comprarte un billete para que regreses mañana.

La orden de Adam, que no admitía discusión, la tentó. Sería fácil y cómodo, dejar que su hermano tomara las riendas de su vida, ayudándola a

salir adelante. Otra vez.

—No.

No sabría decir de dónde salió esa respuesta, ese convencimiento de quedarse dónde estaba. Pero era lo que quería.

—Todavía no quiero regresar. Esto no cambia nada —dijo.

Adam resopló con incredulidad. Sara todavía tardó unos minutos más en convencerlo de que estaría bien, y solo se avino a colgar el teléfono después de que prometiera llamarlo cada día.

Después, Sara se quedó unos minutos sentada en la cama. ¿Y ahora qué? Tenía que decidir qué hacer: si quedarse en el hotel e ignorar la presencia del otro Javi; si trasladarse a otro hotel; o si ir a saludarlo y que después cada uno siguiera por su camino.

Ninguna de las tres opciones la convencía. Tuvo que admitir que la presencia del otro Javi, en realidad, aguijoneaba su curiosidad. Le seguía pareciendo que era exactamente igual que su Javi. Y cuando decía «exactamente igual», no exageraba. Eran como dos gotas de agua. Como dos clones.

Había algo raro en todo esto. Recordaba las fotografías que había visto de los falsos gemelos, y era cierto que el parecido siempre era asombroso, pero se reconocía la diferencia. En el caso del otro Javi y su Javi, no. Y además, ¿qué probabilidades había de que personas con un gran parecido compartieran el mismo nombre?

Puso freno a sus pensamientos antes de permitir que siguieran por ahí. Porque, ¿a qué la conducía pensar todo esto? ¿A que Javi hoy en día vivía bajo un nombre falso y se negaba a admitir que la conocía? O quizá la había olvidado de verdad.

Sara resopló. Plantearse estas cosas era de locos. Era una excusa para olvidarse de sus propios problemas.

Peeero...

Es que ahí había algo raro.

¿Y si... y si ya lo había detectado inconscientemente cuando se encontraron en el hospital y por eso había estado soñando con él?

Podría investigarlo.

Al pensarlo, enrojeció y el corazón se le aceleró. Ella nunca podría hacer algo así. No tenía el suficiente valor.

Aunque... sería muy fácil, ¿no? Solo tenía que ir a hablar con él. Tenía la excusa perfecta: teniendo en cuenta que ambos habían sido plantados por sus

respectivos ex, que al parecer se habían enamorado... Sí, parecía motivo suficiente para entablar una conversación.

Sara se levantó de la cama y caminó por la habitación, emocionada y asustada a la vez.

Era una locura.

Pero tenía que hacerlo.

Seguro que metería la pata y lo estropearía todo.

Pero tenía que hacerlo.

Y quedaría como una loca.

Qué demonios, necesitaba hacer algo al respecto.

Se miró en el espejo. Su cara de susto era un auténtico poema.

—Tú puedes —dijo a la Sara que la miraba desde el espejo.

—Yo puedo —respondió la Sara del espejo.

Inspiró para darse fuerzas y abandonó su habitación.

\*

Javi sonrió al camarero cuando depositó ante él el plato de *callalú*, una comida típica del Caribe. Le parecía increíble que los músculos encargados de dibujar la sonrisa le siguieran funcionando. No podía ser más infeliz y, aún así, seguía esforzándose por mostrarse tranquilo, ser amable. Era lo nunca visto. Absurdo, se atrevería a decir.

Si a los veinte años alguien le hubiera advertido que acabaría así, se habría reído incrédula y desvergonzadamente en su cara. A los veinte años sentía que el mundo estaba a sus pies y estaba convencido de que había cosas que nunca le pasarían. De hecho, si hubiera conocido a alguien como su yo actual, no dudaba que lo habría mirado con desprecio. Sí, en su época se había sentido por encima de muchas cosas.

Así le había ido.

El sabor del *callalú* le pareció extraño (seguramente sería más adecuado llamarlo exótico), pero le encantó. Al menos, dentro de ese horrible día y medio que llevaba en Providenciales, había algo bueno: la comida. Él nunca había sido de cocinar, así que estaba muy poco acostumbrado a saborear platos mínimamente elaborados, y había que admitir que la cocina del hotel donde se alojaba era excelente. Al menos, mientras comía, podía olvidarse por unos instantes de maldecir la estúpida decisión de viajar a Providenciales. También maldecía a Lidia por convencerlo, claro. Pero sobre todo a sí mismo, por dejarse convencer.

El lugar estaba repleto de recién casados que desprendían tales oleadas de felicidad y amor que le daban ganas de vomitar. No sabría decir si era de la envidia o del asco, pero prefería pensar que era del asco. Tales muestras de alegría deberían estar prohibidas, porque no le permitían a uno pensar en qué demonios iba a hacer con su vida.

La escuchó antes de reconocer la figura que tenía delante.

—Hola.

Incluso sordo reconocería esa voz.

Se quedó petrificado, mirándola, con el tenedor cargado de *callalú* a mitad de camino entre el plato y su boca.

Qué. Demonios. Hacía. *Ella*. Aquí.

Verla ahí de pie, mirándolo con timidez, le trajo a la memoria la última vez que se habían visto.

«¿Javi? ¿Javi Bandama?».

Esa noche, solo gracias a los nueve años de fingir quien no era consiguió mostrarse indiferente por fuera, pretender que no la reconocía y decirle que se había equivocado de persona. Esa noche pensó, igual que estaba pensando ahora, que los años le habían sentado muy, muy bien. Seguía pareciendo tan dulce como antes. Y su vestido de playa blanco y holgado se transparentaba de manera muy interesante, insinuando un bikini azulado.

—Menuda casualidad, ¿eh? ¿Te importa que me sienta contigo?

Ella lo miraba a los ojos, pero la rapidez con la que pronunció las dos frases y la media sonrisa algo tensa evidenciaban que estaba nerviosa. Javi asintió, porque se había quedado en blanco y no sabía qué otra cosa podía hacer.

¿Dónde estaba su maridito? ¿El poli cabronazo que había ido a la iglesia a mirar a Laura con auténtico anhelo para después ir a casarse con *ella*?

Ella lo observaba con los ojos grises ligeramente entrecerrados.

—¿Sabes lo que pasó? —dijo finalmente.

Él arqueó las cejas, desconcertado.

—No sé a qué te refieres —contestó con sinceridad.

Al escucharlo hablar, una emoción cruzó fugazmente su rostro. Por un instante abrió mucho los ojos, sus labios se entreabrieron unos milímetros para aspirar aire. Javi supo que, si comprobara el ritmo de su corazón, se le habría acelerado.

Joder, estaba de mierda hasta el cuello. Ella seguía convencida de que era Javier Bandama.

—Hugo y yo tampoco nos casamos —dijo, claramente avergonzada.



Javi, que ni siquiera era consciente de seguir sujetando el tenedor en el aire, lo dejó en el plato y cogió la copa de vino. Todavía le quedaban dos dedos, pero se los bebió de un solo trago.

—Lo siento —consiguió decir, con la voz un poco ahogada por el alcohol. Ella se encogió levemente de hombros en un gesto triste.

—Lo mismo digo.

Javi asintió mecánicamente. Así que el sentimiento entre Laura y el policía había sido recíproco.

Así que ahora Sara estaba soltera.

¿Y qué más daba que estuviera soltera? A él no lo afectaba en lo más mínimo.

Bueno, quizá le producía cierto alivio. En su momento, no le había gustado pensar que iba a casarse con un hombre que parecía enamorado de otra mujer. Aunque no se había permitido pensar demasiado en ello porque no era asunto suyo.

Javi obligó a su cerebro a centrarse. Tenía que seguir interpretando su papel.

—Perdona, ¿te llamabas...? —dijo, fingiendo no recordar su nombre.

De nuevo, otra emoción fugaz por su rostro. Esta vez era... ¿decepción?

—Sara. Tú eras Javi, ¿no?

Javi asintió.

—Pues oye, no quiero molestarte pero había pensado que... —continuó Sara, enrojeciendo de manera bastante encantadora—, ya que hemos coincidido aquí y que los dos estamos solos, quizá podríamos hacer alguna actividad juntos. Para que no sea tan aburrido. No sé, yo esta tarde iba a ir a visitar la granja de caracoles, si te apetece...

Él fingió escucharla con interés y tranquilidad, pero dentro de su cabeza y todo su cuerpo se habían desplegado decenas de alarmas y sus luces rojas emitían salvajes destellos mientras se desgañitaban con agudos chillidos. Si antes le había quedado algún resquicio de duda acerca de las sospechas de Sara sobre su identidad, acababan de ser eliminadas por completo. Sara estaba demasiado incómoda como para que resultara creíble que le apetecía plantear esa propuesta. Javi no se tragaba que le costara tan poco admitir que el hombre que amaba la había plantado justo antes de la boda. Además, ¿quién en su sano juicio querría pasar tiempo con el ex de la mujer por la que la habían abandonado? Lo único que Sara buscaba era pasar tiempo juntos para intentar averiguar si él era quién decía ser o no.

Contempló la idea de contestar que estaba demasiado afectado por la ruptura con Laura como para estar acompañado, pero eso no eliminaría las sospechas de Sara. Tampoco podía abandonar la isla o el hotel precipitadamente, porque eso solo aumentaría su desconfianza. Quizá podía encontrar un punto intermedio.

—Me parece buena idea —mintió Javi—. Yo quería aprovechar bien hoy y mañana, porque pasado me voy a las Islas Turcas.

—Ah —asintió Sara—. Y, eh, ¿qué tenías previsto hacer el día y medio que te queda aquí?

Javi se llevó un poco de *callalú* a la boca y masticó lentamente para darse tiempo para pensar. La verdad era que sus planes se reducían a dar paseos por la playa, tomar el sol, hacer algo de ejercicio, comer y dormir.

—Pues... esta tarde había pensado ir a bucear y...

—¡Entonces no quiero que dejes de hacerlo...! —empezó a decir ella, apurada.

—No, por favor. La granja de caracoles suena bien. Puedo bucear mañana, o en las Islas Turcas —dijo Javi—. ¿Has comido ya? ¿Quieres pedir? Ella dudó.

—Ya he comido, gracias —dijo, pero Javi sospechó que mentía—. Pues... ¿nos vemos en recepción a las cuatro y media?

—Perfecto.

—Vale. Hasta luego —sonrió ella, todavía sin conseguir liberarse de la tensión.

Sara se levantó y se alejó. Javi la observó sortear mesas y sillas, con su vestido blanco, haciéndole pensar en un dulce fantasma que había regresado después de mucho tiempo sin aparecerse.

Porque, durante mucho, mucho tiempo, para él Sara fue eso, un fantasma que siempre lo acompañaba y le susurraba al oído, recordándole cada detalle de esas vacaciones que pasaron juntos, insistiendo en que esos días habían sido perfectos. Pasó años intentando comprender en vano por qué Sara seguía así con él, en cierta manera torturándolo. Hasta que Laura entró en su vida, ahuyentó casi del todo al dulce fantasma y todo cobró sentido: para Javi, los días que pasó junto a Sara fueron los últimos días de su vida realmente felices; a partir de ese momento empezaron los problemas y su vida se fue al traste lentamente. Es decir, que se había aferrado irracionalmente a un simple recuerdo.

Javi volvió a recordar el encuentro en el hospital, la noche que Laura y el poli regresaron. Verla prácticamente lo dejó sin aliento. Fue como recibir un

puñetazo en el estómago.

«¿Javi? ¿Javi Bandama?».

Todavía podía escuchar esas palabras con perfecta claridad.

Seguía sorprendiéndolo que volver a verla lo hubiera consternado tanto. Quizá era porque hacía muchos años que, excepto sus padres, no se reencontraba con nadie de su vida anterior. O quizá temía que el viejo fantasma reapareciera en su vida.

En cualquier caso, provocó que esa noche su conciencia le gritara más alto que nunca que su boda con Laura era un error. Pero siguió adelante con ello, porque era un cabrón egoísta que no quería estar solo otra vez, y porque no quería romperle el corazón a Laura.

Menuda ironía. Ella seguramente había pensado lo mismo.

Javi siempre había sabido que Laura no era la mujer de su vida. Sí, lo había sacado de una rutina deprimente y solo por eso se lo debía todo, pero su corazón no latía desbocado por ella ni le apetecía dejarlo todo para seguirla hasta el fin del mundo. No era culpa de Laura. El problema era de Javi, que había perdido la capacidad de sentir algo más allá del simple afecto. Por eso ni siquiera se había enfadado con Laura. No creía tener derecho a hacerlo. Y hacía mucho tiempo que había aprendido a suavizar la fuerza de sus emociones, para no dejarse controlar por ellas.

En fin.

Aunque se le había cerrado el estómago, se forzó a acabar de comer como si no hubiera sucedido nada fuera de lugar. Después, sin embargo, se encerró en su habitación. Le faltó tiempo para comprar un billete de avión para escapar, al cabo de dos días, hacia casa.

Y además, necesitaba mentalizarse para pasar una tarde repleta de tensión. No podía permitir que Sara descubriera que sí era Javi Bandama. Por su propia seguridad, por la de sus padres e incluso por la de Sara.

Cualquier pequeño desliz podría poner sus vidas en peligro.

A las cuatro y media en punto, Javi bajó a recepción, donde Sara ya lo esperaba. Un empleado del hotel les llamó un taxi y, después de confirmar la tarifa hasta la granja de caracoles, emprendieron el camino.

Para su sorpresa, Sara no abrió la boca en todo el trayecto. Él tampoco, porque no había entre ellos un silencio incómodo, sino relajado. Ella iba absorta contemplando el paisaje, y Javi se permitió hacer lo mismo. Bueno, eso y observarla a ella. Concretamente su nariz respingona. Había olvidado esa forma tan perfecta que tenía.

La visita a la granja de caracoles los animó a intercambiar algunos comentarios asombrados sobre el descomunal tamaño de los caracoles, y Sara al menos tuvo el detalle de no intentar forzarlo a tocarlos, porque sinceramente le dieron bastante asco. Aunque a Javi no le pasó inadvertida su mirada divertida ante su reticencia.

Después dieron un paseo por la playa, pero se limitaron a hablar de curiosidades sobre Providenciales y de lo increíbles que eran sus playas. Nada comprometido, nada personal.

Al final, fue una tarde fácil para Javi, extrañamente agradable. Al anochecer Sara anunció que estaba cansada y que se retiraba a su habitación, donde cenaría. Javi la imitó, porque no le apetecía cenar viendo las efusivas muestras de amor de la plaga de recién casados.

A pesar de todo, esa noche no le costó dormirse, y lo hizo sintiéndose de un insólito buen humor. Era imprudente, pero no le preocupaba pasar el día siguiente con Sara. Es más, casi que le apetecía.

\*

Por la mañana, Javi se encontró temprano con Sara, porque habían quedado para ir a bucear.

La salida incluía un cursillo inicial acelerado y básico de submarinismo para aprender a colocarse las botellas de oxígeno, la máscara, el regulador y cómo sumergirse en el agua. A Javi no le costó aplicarlo todo porque, aunque hubiera dicho lo contrario, muchos años atrás ya había buceado y algo recordaba. Sara, en cambio, tenía problemas con el regulador de oxígeno cada vez que entraba en el agua. Javi sabía que el problema era de nervios y tuvo que contenerse para no acercarse a ella, cogerle la mano para que se tranquilizara y hacerlo juntos para demostrarle que podía hacerlo. Después de unos pocos intentos fallidos, y por no hacerlos esperar, Sara optó por limitarse a usar el esnórquel.

Javi ignoró las ganas de quedarse con ella y se sumergió junto al monitor. Con la de años que hacía que no buceaba lo que vio ahí abajo le pareció espectacular, pero lo que más lo impresionó fue el silencio y la sensación de paz. Bonitos pensamientos que estallaron cuando se le ocurrió mirar hacia arriba y descubrió la silueta de Sara recortada contra la luminosa superficie del agua. Se había quitado el traje de buceo, se había quedado en bikini y se dedicaba a nadar plácidamente arriba y abajo. Por su manera de moverse, parecía que lo estuviera disfrutando.

¿Por qué mirarla le hacía pensar en una sirena? Vaya cosas que se le ocurrían.

Javi llegó a la hora de comer más relajado de lo que se había sentido en mucho tiempo. Empezaba a pensar que quizá había juzgado mal las intenciones de Sara. No le había hecho ninguna pregunta personal, y solo parecía buscar un poco de compañía para no sentirse sola.

Ya.

Javi no tardó en comprobar que, como ya sabía, Sara era muy lista.

A la hora de comer, estuvo a punto de pillarlo.

—Ayer por la noche estuve viendo una de mis películas preferidas. *L.A. Confidential* —dijo, como quien no quiere la cosa—. Me encanta cómo actúa Kurt Russell.

Javi abrió la boca al instante para responder.

—No... —empezó a decir, pero se interrumpió, fingiendo pensar.

Él sabía, y al parecer ella también lo recordaba, que ambos admiraban esa película. Los dos también sabían que Kurt Russell no aparecía en ella. Si Javi no recordaba mal, el único que creía que aparecía en ella era el hermano de Sara, que siempre confundía a Kurt Russell y Russell Crowe. Javi había estado a punto de caer en la trampa y corregir su equivocación, admitiendo así que conocía la película.

—No, no la conozco —dijo finalmente, impasible—. ¿Es nueva?

—No, ya tiene algunos años. Es que me gustan las películas policíacas. ¿A ti qué tipo de películas te gusta más?

—No voy mucho al cine —dijo Javi, y eso no era mentira. Hacía tiempo que había perdido el gusto por cualquier forma de ocio.

Después, Sara se lo hizo venir bien para preguntarle dónde había nacido, a qué se dedicaban sus padres y qué otras aficiones tenía. Javi mintió en todo, claro, alegrándose mucho de haberse tomado la molestia, años atrás, de eliminar su delatador acento del sur.

El anochecer del segundo día que pasó con Sara lo encontró tumbado boca arriba sobre la cama de su habitación y bastante menos relajado que la noche anterior. Más bien todo lo contrario.

Estar con Sara estaba despertando recuerdos. Sara entrando en esa discoteca, con dieciocho años recién cumplidos. Sara mordiendo el labio la primera vez que hicieron el amor. Al pensar en eso y en el vestido playero blanco que hoy había vuelto a llevar, tuvo una erección. El cabello rubio de Sara, entrelazado entre sus dedos mientras él...

Sí, ese era el problema. No podía permitirse ir por ahí. Aparte de que ella no había mostrado ninguna intención de hacer un acercamiento físico (Dios lo librara, por su propia salud mental), si Javi daba rienda suelta a su cabeza acabaría pensando en otras cosas que dolían demasiado.

Por otro lado, había otra cuestión que le causaba una desagradable sensación en el estómago. Tenía la sensación de que, a lo largo de todos esos años, Sara parecía haberse... anulado a sí misma. Al principio había creído que era porque estaba cohibida, pero a copia de repetirse la situación había concluido que no. En un intento de tener contento al mundo que había a su alrededor, Sara nunca expresaba su opinión. Después de visitar la granja de caracoles, no sabían qué hacer y ella no propuso nada. Fueron a pasear por la playa porque Javi lo sugirió. Si esa mañana habían ido a bucear había sido porque Javi lo había decidido, después de que ella dijera «lo que a ti te apetezca estará bien». A la hora de comer, le habían traído un entrecot que, por su expresión, era evidente que estaba poco hecho para su gusto, pero no había pedido que se lo cocinaran un poco más. Y cuando se le había caído un trozo de galleta en el suelo del vestíbulo del hotel, ¡había pedido una escoba para barrer las migas ella misma! Obviamente, el empleado le había dicho que ya se encargaría él de limpiar los restos de la galleta.

En esos momentos, a Javi le entraban ganas de zarandearla un poco y preguntarle: «¿Qué demonios te ha pasado?!». Quizá él estaba exagerando un

poco, podría ser, pero...

Javi suspiró. En realidad, no era asunto suyo ni debería importarle lo más mínimo. El día siguiente, a media mañana, cogería el avión y no volvería a verla más. El angustioso pinchazo que sintió en el pecho ante ese pensamiento le pareció exagerado, y encima lo condujo a pensar de nuevo en Sara mordiéndose el labio, en su piel...

—¡No no no! —exclamó, levantándose de un salto.

Menos de un día y medio con Sara y ya estaba así. Definitivamente, necesitaba alejarse de ella cuanto antes.

Sin embargo, sabía que regresar a casa no le proporcionaría la paz que necesitaba. Sara lo había alterado demasiado y, si Javi regresaba a su lóbrega vida anterior a Laura, Sara volvería a convertirse en ese fantasma que lo atormentaba y lo condenaba.

Javi no se sentía con fuerzas de volver a pasar por lo mismo.

En un momento de lucidez, vio que la única posibilidad para él de seguir adelante era desaparecer de nuevo y empezar de cero. Le sabía mal por sus padres, pero necesitaba romper con todo.

Paseó arriba y abajo por la habitación mientras daba vueltas a su decisión. Podría instalarse en otro país. Australia siempre le había llamado la atención. Sí, sonaba bien.

¿Por qué no se sentía aliviado ahora que, por fin, había tomado una decisión?

Bueno, seguro que era porque tenía que volver a enfrentarse a Sara. Habían quedado para cenar. Seguro que plantearía nuevas preguntas para cazarlo, seguro que removería viejos recuerdos que se había esforzado por enterrar en el fondo de su cerebro.

«No es tan grave», se dijo. Solo tenía que aguantar esa noche. Una noche más y esta tortura llegaría a su fin. Quizá necesitaría la ayuda del alcohol, pero solo se trataba de sobrevivir a unas horas. No podía ser tan complicado, pensó para darse ánimos.

\*

Bueno, pues había una única conclusión posible: ese Javi no era «su» Javi.

Decidida a exprimir al máximo las comodidades de la habitación que ya estaba pagada, Sara estaba sentada en una de las confortables sillas que había en la pequeña terraza, bebiendo el cóctel que había pedido al servicio de

habitaciones, mientras observaba la bonita puesta de sol. Y ese era su veredicto. Ese Javi y su Javi no eran la misma persona.

Eran como dos gotas de agua, pero el brillo casi feroz que había iluminado los ojos de Javi Bandama no existía en los de Javi Sánchez. La mirada de este hombre únicamente desprendía una tristeza considerable.

Claro que, teniendo en cuenta que la mujer a la que amaba lo había abandonado por otro hombre, era normal que estuviera triste.

Pero no era solo su mirada. Este Javi hablaba distinto y, aunque incluso le había tendido pequeñas trampas preguntándole por cosas que recordaba que le gustaban, o sobre sus padres, o sobre dónde había nacido, había contestado siempre sin pestañear, sonando muy sincero. Además, este Javi parecía un poco... soso. Obviamente en doce años su Javi habría cambiado y madurado, pero en este Javi no había ni el mínimo rastro de alguien que se dirigía a la gente con simpático descaro, que buscaba el humor irónico a cualquier situación, que contaba anécdotas divertidas y se saltaba pequeñas normas por el simple placer de hacerlo. En cambio, era muy tranquilo, se perdía a menudo en sus pensamientos y Sara tenía la sensación de que vivía solo para su trabajo (algo que sabía que Javier Bandama nunca haría). No parecía que tuviera demasiadas aficiones, ni que se alterara por nada.

Quizá la había confundido la barba que su Javi llevaba cuando estuvieron juntos. Ella se había imaginado que los rasgos que la barba escondía eran de una manera, pero en realidad...

En fin, qué más daba. La cuestión era que no eran la misma persona.

Casi que mejor que fuera así. Si hubiera descubierto que Javi Sánchez sí era Javi Bandama, ¿qué habría tenido que pensar (y hacer) al respecto? Porque, si alguien esconde su verdadera identidad, será por motivos poco honestos, ¿no? A ver si encima se habría acabado metiendo en un lío peligroso.

En realidad, Sara tenía que admitir que todo se reducía a que había sacado las cosas de quicio otra vez con tal de no pensar en sus propios problemas. No le apetecía enfrentarse a ellos, la verdad. Era más fácil centrar su atención en el falso gemelo de su Javi.

A pesar de todo, este Javi le caía bien. No sabía de qué se trataba, pero algo en él la atraía. En cuanto ella había superado sus nervios iniciales, y a pesar de que él fuera un poco soso, los ratos que habían pasado juntos se había sentido muy cómoda. Era agradable y respetuoso y, bueno, en fin, el traje de buceo le sentaba de maravilla. Y cuando se había quedado en bañador había podido admirar discretamente que era bastante atlético. Al ser tan alto y



delgado, cuando iba vestido se disimulaba, pero tenía los músculos muy bien... ejem, definidos.

Sara se sorprendió al escucharse suspirar y se sonrojó, como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo.

Pero ya no estaba con Hugo, ¿no? Podía pensar, mirar y hacer lo que quisiera.

Recordó las palabras de sus amigas cuando hubieron asumido que haría el viaje sí o sí:

—Búscate algún ligue y echa una cana al aire. Te sentará bien —dijo Berta.

—Lo que tienes que hacer es follar como una posesa. Es la mejor manera de olvidar un ex —dijo Judith.

—Que vuelva vacía —dijo Marina mientras le entregaba una caja con varios preservativos.

Sara puso los ojos en blanco y cogió la caja de preservativos para que se callaran.

Ahora, sin embargo, esas palabras empezaban a cobrar una extraña fuerza. ¿Y por qué no? Ciertamente que no tenía un ex al que olvidar porque había superado a Hugo a incomprensible velocidad, pero había venido a recargar las pilas. Una buena sesión de sexo le sentaría bien.

Frunció el ceño. ¿De dónde demonios salían estas ideas?

Miró su copa. Ya se había bebido casi todo el cóctel. Es decir, que seguramente era culpa del alcohol. Sin embargo, no se sentía borracha, solo algo desinhibida. Pero, ¿desinhibida para qué?

Para el sexo, claro, se contestó a sí misma con una afirmación de cabeza.

Le vino a la cabeza una imagen de Javi mientras se quitaba el traje de buceo para quedarse en bañador.

Se le escapó una risa tonta. ¿De verdad estaba pensando en acostarse con este Javi?

¿Y por qué no? Estaba soltero, su novia acababa de romper con él y le vendría bien el consuelo. También le serviría para empezar a olvidar a su ex. Además, en dos o tres ocasiones lo había descubierto observándole el cuerpo con disimulo, casi con timidez. Eso era buena señal. Y no había que olvidar que el día siguiente se iba de Providenciales y no volverían a verse más. Sara se entristeció un poco al pensar en ello, pero lo atribuyó a los efectos del alcohol.

El alcohol tenía tendencia a...

Zarandeo la cabeza. No era el momento de divagar sobre los efectos del alcohol en el cuerpo humano. ¿Iba a intentar acostarse con este Javi o no?

La recorrió un agradable cosquilleo. Qué fuerte, sí que le apetecía hacerlo. Esto también tenía que ser cosa del alcohol, porque no se reconocía a sí misma.

Decidida, se puso en pie y se acabó el cóctel de un solo trago. Habían quedado para cenar, y seguro que después podría convencerlo de tomar una copa en el bar. Se pondría el vestido que Marina le había obligado a meter en la maleta. Sin llegar a ser vulgar, ni mucho menos, era más atrevido que lo que solía ponerse. La combinación de blanco y negro resaltaba su figura y la tela marcaba bien su trasero, uno de sus pocos atributos que no le causaba complejos. Los pechos no se los marcaba demasiado porque, en fin, no es que hubiera mucho que marcar.

Cuando se hubo puesto el vestido, abrió su estuche de maquillaje y estudió el contenido. Iba a maquillarse de una manera diferente a la habitual. En vez de la discreción de siempre, se aplicó sombra oscura en el párpado superior y hasta la ceja, y solo un poco en el párpado inferior. Delineó las líneas tanto del párpado superior como inferior de color negro, y después se aplicó máscara también negra en las pestañas. Para acabar, se dio un poco de color en los labios.

Cuando acabó, no se reconocía en el espejo, pero le gustó. Se recordaba a sí misma a alguna *femme fatale* que había visto en vete a saber qué película.

Ignorando el pequeño nudo de nervios que estaba empezando a formarse en su estómago, se puso los zapatos de tacón, cogió el pequeño bolso donde solo le cabían la tarjeta de apertura de la puerta y el móvil, echó un último vistazo al espejo y abandonó la habitación.

A medida que avanzaba por el pasillo, descendía en el ascensor y caminaba por el vestíbulo en dirección al restaurante, el nudo de nervios creció. Estaba a punto de hacer el ridículo, ¿verdad? No debería haberse vestido así.

¿Pero qué más daba cómo fuera vestida? Se había mirado en el espejo, y sabía que iba bien. Su aspecto era más atrevido de lo normal, pero es que su punto de partida era bastante recatado, tal y como Judith se había ocupado de recordarle infinidad de veces.

Por lo tanto, solo se trataba de si conseguía ligar con Javi o no. Sería prudente, y ya iría viendo qué pasaba.

Buf, sonaba todo muy razonable pero no conseguía liberarse de los nervios.

Él ya estaba instalado, y perdido en sus pensamientos, en la misma mesa donde los sentaban cada vez que comían juntos. Sara respiró hondo para calmarse y caminó hacia él.

—Buenas noches —saludó cuando llegó a su altura.

Cuando Javi levantó la mirada hacia ella, por su rostro cruzó una momentánea expresión de sorpresa. La repasó rápidamente de arriba abajo y sus ojos se acabaron deteniendo en los labios de Sara.

—Hola —farfulló a los labios.

Después cogió la botella de vino que había encima de la mesa, sirvió un poco en la copa ya llena de Sara y también un poco más en la suya.

—He pedido el vino, espero que no te importe —dijo sin mirarla, y procedió a beberse el vino casi de golpe.

—Claro que no —dijo Sara mientras se sentaba, con una sonrisa en los labios que esperaba que ocultara su satisfacción. Eso era empezar bien, ¿no?

Sara abrió la carta del restaurante que ya la esperaba sobre la mesa y frunció el ceño.

—Esta carta es distinta, ¿no? —preguntó, confusa.

—Como al parecer aquí solo alojan a recién casados —explicó Javi sin mirarla y sin conseguir esconder su fastidio—, hoy es la noche de compartir. Todos los platos son dobles.

—Ah —dijo Sara, un poco cortada—. ¿Has elegido ya?

Ahora sí, él la miró.

—No, te estaba esperando.

Sara volvió a echar un vistazo a la carta.

—No sé, pues lo que a ti te apetezca estará bien —dijo finalmente.

Un destello de algo que no supo identificar cruzó los ojos de Javi. No era algo positivo. Pero pasó enseguida y él también se concentró en la carta. Un par de minutos después ya había pedido y Sara agradecía que Javi se estuviera encargando de rellenar las copas de vino porque la ayudaba a mantener los nervios bajo control.

—¿Y qué planes tienes en las Islas Turcas? —preguntó Sara buscando un tema de conversación poco comprometido.

—Lo habitual ahí —respondió él encogiéndose de hombros—. Oye, ¿qué otras películas policíacas te gustan? Tengo curiosidad.

Fue así cómo acabaron hablando de las películas y series preferidas de Sara. Bueno, habló ella principalmente, mientras que Javi se limitó a plantear alguna que otra pregunta. La escuchaba atentamente, aunque bastante serio y con el ceño levemente fruncido. Sara habría dicho que algo lo preocupaba,

aunque también se fijaba a menudo en sus labios. Esas breves miradas, mezcladas con el alcohol, fueron tranquilizando a Sara respecto a sus planes para esa noche. Y, gracias al vino, cuando acabaron de cenar se atrevió a invitar a Javi a tomar una copa en el bar, idea que él aceptó.

Sara había albergado la esperanza de que, mientras se trasladaban a la terraza que alojaba el bar de copas, Javi le pusiera la mano en la espalda o la tocara de alguna manera que le dejara claro que la cosa iba bien, pero ni siquiera la rozó.

Se instalaron en la barra, Javi sentándose a una distancia demasiado prudencial de ella. Sara se pidió otro cóctel y Javi un Mai Tai.

—Caramba, un Mai Tai. Mi hermano dice que es el cóctel para olvidar las penas —comentó Sara. Y antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo, añadió—: Claro, que, dadas las circunstancias, tienes mucho que olvidar.

Él rio sin ganas por debajo de la nariz y asintió, mientras que ella se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—Lo siento. No puedo creerme que haya dicho eso —dijo—. Creo que ya es oficial: he bebido demasiado.

—No pasa nada —dijo él, sonriendo con más ganas.

Durante unos instantes, ninguno de los dos dijo nada. La camarera les trajo los cócteles.

—¿Tardó mucho en decírtelo? —preguntó Sara sin poder contenerse.

—El día de la boda —confesó él, que no necesitó aclaraciones sobre qué le preguntaba.

—¿El día de la boda? —preguntó Sara, abriendo mucho los ojos.

—Con la iglesia llena.

—Oh... Y yo pensaba que lo mío había sido malo —dijo Sara, y enseguida volvió a llevarse la mano a la boca, arrepentida—. Perdona, he vuelto a pensar en voz alta. Tampoco debería haber dicho esto.

Javi, sin embargo, parecía divertido.

—¿A ti te avisó antes? —preguntó.

—El día que salió del hospital —le tocó confesar ahora a Sara.

—Qué detalle.

Sara miró al techo, intentando reflexionar sobre si había sido un detalle o no, pero su cabeza no conseguía hilar los pensamientos.

—Supongo que se puede ver así —suspiró finalmente.

Recordó esa noche. Ella se refugió en casa de Adam, que escuchó con asombro e incredulidad su resumen de la conversación con Hugo. Después la consoló y... Después de eso, sus recuerdos eran vagos. Ella se tumbó en el

sofá, mirando la tele sin realmente verla, y cayó en un sueño intranquilo. Puede que escuchara la puerta del piso abrirse y cerrarse y... y el día siguiente...

—Oh, no me lo puedo creer —dijo.

—¿El qué?

—Acabo de darme cuenta de por qué mi hermano apareció el día siguiente con dos dedos rotos —explicó. Él le contó alguna historia del trabajo, ¿pero cómo podía habérselo tragado?

—Me hago una idea de por dónde van los tiros, pero explícamelo, por favor —dijo Javi.

—Creo que esa misma noche fue a ver a Hugo y le pegó.

—Afortunado él —dijo Javi con una sonrisa maliciosa. Era la primera vez que lo veía hacerlo, y le removi6 las tripas porque le record6 muchísimo a su Javi.

—¿Sientes envidia? —dijo Sara mientras pensaba que, si quería que esa noche acabara bien, deberían estar hablando de otra cosa.

—Bastante, sí —confesó Javi.

Normal. Hugo le había birlado a la novia, que lo había plantado en el altar. Literalmente. Si le hubiera sucedido a ella, habría explotado de la humillación. Y Adam se habría puesto... Oh, cómo se habría puesto. Pudo visualizar su cara que, vista en la distancia, resultaba bastante cómica. Le entraron ganas de reír. Pero definitivamente no era el momento apropiado para reír. Se mordió el labio para intentar contenerse.

—Así que con la iglesia llena, ¿eh? —dijo por decir algo.

Javi asintió, pero debió de notar algo raro en su voz, porque la miró con curiosidad. Sara no pudo más y se le escapó una pequeña risa. Se apresuró a cubrirse la mano con la boca.

—Perdón —dijo, apurada.

Javi creía que se reía de él, porque su cara de asombro no tenía precio. Intentó evitarlo, pero Sara volvió a reírse, esta vez con una carcajada.

—¡Perdón! No me río de ti, es que... —se apresuró a decir, pero la interrumpió otro pequeño ataque de risa—. Es que me he imaginado qué habría pasado si Hugo me hubiera plantado en la iglesia. Mi hermano se habría puesto...

Sara imitó, cosa que se le daba muy bien hacer, la cara de toro furioso que sabía que Adam habría mostrado al mundo. Ahora el que rio a carcajadas fue Javi. El sonido avivó los recuerdos de doce años atrás en Sara, y se le pasaron las ganas de reír de golpe.

—Lo habría hecho papilla. Y habría acabado con las dos manos rotas —dijo Sara, seria. Y entonces añadió, sin pensárselo—: Te parece mucho a alguien que conocí hace tiempo.

¿Por qué no compartirlo con él?

—Sí, ya me lo pareció el día que nos conocimos —dijo Javi.

—Pero mucho, ¿eh? —insistió ella.

—¿Ah, sí? —dijo él, arqueando las cejas, sorprendido.

—Lo curioso es que también se llamaba Javi.

Él bebió un buen trago de su cóctel, dejándolo casi en las últimas.

—Pues que yo sepa no tengo un hermano gemelo —bromeó.

—Ya —sonrió Sara—. ¿Sabes que existe una teoría que dice que todos tenemos a siete personas en el mundo que se parecen mucho a nosotros?

—¿Cuánto es mucho? —preguntó él, interesado.

—Como si fuéramos gemelos —explicó ella. Después añadió, bromeando—: ¿Alguna vez habías conocido a alguien parecido a mí?

Él tardó en contestar. Su mirada pareció acariciar los rasgos de su rostro y bajó fugazmente hacia su escote. Fue un momento extraño, muy íntimo, y Sara supo que era un buen momento para pasar al ataque.

—No, creo que no —dijo él finalmente con la voz un poco ronca.

Sara sonrió, esperaba que un poco seductoramente, y se incorporó un poco en el taburete para intentar estar más cerca de él. Desafortunadamente, como tenía muy poca experiencia en estos asuntos, el tacón se le encalló con el travesaño y, en un momento muy poco elegante y bastante patético, cayó hacia un lado.

Él reaccionó sorprendentemente rápido y la sujetó, consiguiendo que chocara contra su pecho en vez de precipitarse hacia el suelo con la nariz por delante. Sara se encontró aferrándose a sus hombros y con los brazos de Javi rodeándole la cintura. La sorprendió lo bien que sentaba ese abrazo accidental.

Se incorporó un poco, solo un poco, lo justo para que sus rostros quedaran a la misma altura. Se miraron a los ojos. El corazón de Sara latía desbocado, y notó que él respiraba profundamente.

Sara observó sus labios entreabiertos. Qué tentadores eran. Movié un poco la mano para poder acariciarle el suave labio inferior con el pulgar. Javi se estremeció y empezó a inclinarse hacia ella.

No podía creerse lo fácil que le había puesto las cosas eso de caerse de manera tan lamentable. Incliné el rostro hacia arriba. La distancia entre sus labios se reducía a unos pocos milímetros.

Entonces Javi se detuvo.

—No puedo —susurró.

—¿Mm? —fue lo único que Sara consiguió pronunciar, porque no había comprendido del todo sus palabras.

Javi se apartó un poco.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Yo... todavía pienso demasiado en ella. No me sentaría bien hacer... esto —dijo, aunque había algo extraño en esas palabras. Parecía que le faltara convencimiento.

Los brazos que la rodeaban de manera tan agradable se retiraron, y entre ellos se creó un vacío insalvable. Sara no podía creérselo.

—Adiós, Sara —dijo Javi.

Y se alejó en dirección a la salida que conducía directamente a la playa.

## 8

No podía creérselo.

Habían estado a unos pocos milímetros de besarse, ¡y él la había rechazado en el último momento!

Sara agradeció haber bebido bastante, porque si no estuviera un poco borracha se habría echado a llorar. Pero el alcohol la empujó indignarse. ¡La había rechazado! ¿Cómo se atrevía? Se había puesto un vestido *sexy*, le había demostrado que quería enrollarse con él, ¡y él pasaba de ella con la excusa de que seguía enamorado de una tía que no quería saber nada de él! ¡Menudo disparate!

Bueno, siendo razonables, quizá no era un disparate, pero al parecer este Javi no se había dado cuenta de que ella le estaba ofreciendo una buena manera de empezar a olvidar a su ex. Además, Sara ya sabía que no era Scarlett Johansson, pero tampoco era un cardo borriquero, ¿no?

Frunció el ceño. *No* era un cardo borriquero. ¿Verdad?

La asaltaron las dudas. Quizá sí que había hecho el ridículo con su aspecto. ¿Podría ser que hubiera malinterpretado las miradas de Javi? ¿Que cuando lo había visto fijarse en sus labios o su escote no fuera por interés sino por disgusto?

Sara miró hacia abajo para observarse a sí misma. A ella le parecía que iba bien, pero... Miró a su alrededor, y descubrió que a su lado había una chica que esperaba que le sirvieran sus bebidas.

—Oye, perdona —dijo Sara—. ¿Tú dirías que voy bien?

La chica arqueó las cejas, sorprendida, y la escrutó desde el cabello hasta los pies.

—Cariño, no sé por qué me haces esa pregunta —dijo finalmente.

—¿Cómo? —preguntó Sara, desconcertada.

La chica sonrió de manera sensual y se acercó a ella para hablarle al oído.



—A mi marido y a mí nos encanta hacer tríos —susurró—. Si te animas, solo tienes que buscarnos.

Sara enrojeció hasta la raíz del cabello. Rio estúpidamente, muy avergonzada.

—No, yo no... —consiguió decir.

—Piénsatelo —dijo la chica mientras cogía las copas que acababan de ponerle delante. Le dirigió otra sonrisa seductora—. Habitación 513.

La chica se alejó, dejando a Sara ahí plantada, boquiabierta. Cuando consiguió cerrar la boca, se dijo que la propuesta de la chica respondía a su pregunta. Su aspecto no era tan desastroso.

Bebió un poco más de su cóctel, pensativa. Lo que Javi necesitaba era un empujón. Un impulso externo que lo ayudara a romper el muro que se había autoimpuesto, todavía pendiente de su ex. Sí, eso era, un empujoncito.

Sara apuró su cóctel, se puso de pie y cogió su bolso diminuto, que había dejado encima de la barra.

—Allá voy —dijo.

Siguiendo los pasos de Javi, emprendió el camino hacia la salida que conducía a la playa. El bar ya se había llenado bastante y algunas parejas bailaban en la pista. Al pasar por al lado de una de ellas, descubrió que se trataba de la chica de la barra y del que debía de ser su marido. Ambos le dedicaron una sonrisa insinuante. Sara les devolvió la sonrisa, en su caso de vergüenza aunque divertida, y les dijo adiós con la mano.

En cuanto pisó la arena, los tacones se hundieron en ella. Tuvo que volver hacia atrás y apoyarse en la barandilla de la escalera para quitárselos, porque habría sido incapaz de mantener el equilibrio. Mientras tanto, aprovechó para escudriñar la playa, que esa noche estaba iluminada por una luna creciente generosa. Enseguida divisó la silueta de Javi, cerca del agua, caminando en dirección opuesta al hotel. No se movía deprisa, sino que parecía estar paseando con aire pensativo.

Sara avanzó hacia él, decidida. El minuto que tardó en alcanzarlo se le hizo eterno, y empezó a temer que la descubriera acercándose y huyera de ella. Esa sería la humillación final. Pero estaba tan perdido en sus pensamientos que no se percató de su presencia ni cuando la tuvo a dos pasos.

—¿Puedo hablarte sin tapujos?

Él se giró con una rapidez admirable. Su expresión mezclaba sorpresa y contrariedad. Al parecer, había dado por sentado que Sara no iría tras él.

—Por lo que me ha dicho mi hermano, siento decirte que es cuestión de tiempo que Hugo y Laura acaben juntos —dijo ella sin esperar su aprobación

—. Puede pasar en cualquier momento.

Sara avanzó un paso más, hasta colocarse justo delante suyo. Afortunadamente para ella, la playa tenía un pequeño desnivel y Javi había quedado en la parte baja y ella en la alta, por lo que sus rostros estaban prácticamente a la misma altura.

Sara acarició con aire distraído la tapeta de la camisa blanca de Javi, que le sentaba francamente bien.

—No te he pedido que te cases conmigo —susurró, sujetándolo con suavidad por la camisa—. Solo te ofrezco una noche de... olvido. Nos sentará bien a los dos. Y mañana cada uno seguirá su camino.

Alguna parte del cerebro de Sara todavía debía de estar sobria, porque muy en el fondo se escandalizó y maravilló por igual de atreverse a insinuarse con tanto descaró. También porque solo necesitó pensar un poco en lo que podrían acabar haciendo esa noche para excitarse. Los labios le cosquilleaban, reclamando atención. Notó como los pezones se le endurecían sin ningún tipo de estímulo, generando un estremecimiento de anticipación que viajó hacia su entrepierna.

El pecho de Javi se hinchó y deshinchó con fuerza. Al parecer, ella no era la única afectada. Los ojos de Javi se desviaron hacia sus labios y al nacimiento de los pechos que el vestido dejaba al descubierto y, a pesar de la oscuridad, por un momento Sara vio algo en él que le resultó desconcertantemente familiar. Atrevido, salvaje.

Pasaron varios segundos. El aire entre ellos estaba cargado de electricidad. Era evidente que Javi también lo deseaba, pero seguía resistiéndose.

Sara, que seguía sujetando su camisa, tiró de él con delicadeza. Volvían a estar muy cerca el uno del otro.

De repente, él acabó de acercarse y la besó con fuerza. Sara notó los labios de Javi contra los suyos y cómo posaba la mano detrás de su cabeza, como si quisiera asegurarse de que no se apartara. La lengua de Javi no tardó en dejar un leve cosquilleo en sus labios y Sara los entreabrió.

Cuando sus lenguas se encontraron, fue como si el mundo se detuviera.

Sara creía que besar a otro hombre después de Hugo sería extraño. La forma, el tacto, el olor, todo sería nuevo, desconocido. Pero a ella todo le resultó familiar. Como si ya hubiera besado esos labios, como si ya hubiera sentido esa lengua danzando sensualmente contra la suya, como si ya hubiera olido antes el aroma que desprendía la piel de Javi.

Sin embargo, en esos momentos no fue capaz de pensar más allá. La explosión de sensaciones la abrumó y arrastró, arrancándole un gemido que fue correspondido por Javi con la misma suave desesperación. Entonces él se agachó un poco, la rodeó con los brazos, la pegó a él y la levantó del suelo para que sus bocas estuvieran a la misma altura. Mientras se devoraban el uno al otro, Javi le acarició la espalda y bajó la mano hacia el trasero, donde la posó en un gesto que parecía posesivo. Le atrapó el labio inferior con los dientes y lo mordisqueó con suavidad, mientras con la mano le apretaba la nalga con fuerza, en un gesto que años atrás también había hecho...

Sara se apartó bruscamente y lo empujó para que la soltara. Cayó de pie sobre la arena y retrocedió un paso, mirándolo. Se llevó una mano a los labios, húmedos y sensibles por los besos.

Había demasiadas coincidencias.

Javi jadeaba como ella, y su expresión culpable le confirmó que ahí estaba pasando algo raro.

—Sí que eres... —empezó a decir, pero se interrumpió.

A la vez que descubría que una sombra negra corría hacia ellos y se les echaba encima, Javi la apartó de él con un empujón salvaje. Sara gritó, desconcertada y asustada, y después de unos pasos tambaleantes y demasiado rápidos, cayó al suelo. A su alrededor, el mundo empezó a dar vueltas. Su cuerpo le advertía que había bebido demasiado alcohol como para tolerar movimientos tan bruscos.

Detrás suyo escuchó sonidos. Gruñidos de esfuerzo de dos hombres. Sara se giró tan rápidamente como pudo. Su intención era levantarse también, pero solo consiguió quedarse sentada en la arena.

Durante unos instantes le pareció imposible que lo que veían sus ojos fuera real.

Un hombre que le resultaba familiar, vestido de negro y con el rostro contraído por la rabia, atacaba a Javi con un cuchillo. Y, aunque había bebido vino y un Mai Tai, Javi estaba esquivando cada ataque del arma con sorprendente agilidad.

De repente, el hombre bajó el cuchillo y se lanzó contra Javi con la cabeza por delante, embistiéndolo. Javi resopló por el golpe y cayó hacia atrás con el hombre encima suyo, que consiguió incorporarse enseguida. Se sentó sobre su pecho y elevó la mano que sujetaba el cuchillo.

—¡Esto es por Gabriel, hijo de puta! —gritó.

—¡No! —chilló Sara al ver que la intención del hombre era apuñalar a Javi en la cara o el cuello.

Con horror paralizante, Sara vio como el cuchillo empezaba a descender. ¿Por qué en momentos así todo parece suceder a cámara lenta y aún así tú no puedes hacer nada por evitarlo?

Las manos de Javi aparecieron como flechas y se cerraron en torno al brazo que bajaba hacia él. Lo retorció con tantísima fuerza que el hombre gritó de dolor y cayó al suelo.

Javi se levantó de un salto, cosa que Sara solo había visto hacer en las películas. El hombre enseguida lo imitó, aunque sin tanta agilidad. Se quedaron de pie, mirándose, ambos con las piernas y los brazos en flexión, a punto para atacar. Los dos respiraban aceleradamente.

—¿Qué tiene que ver Gabriel con esto? —preguntó Javi.

La pregunta enfureció al hombre.

—Te dije que nosotros no habíamos tocado a Carlos, ¡y aún así lo pagasteis con mi hermano! —gritó.

Los ojos de Javi se abrieron mucho por la sorpresa, justo antes de que el hombre, fuera de sí, se lanzara a por él con un rugido casi animal. Sara vio cómo Javi se inclinaba un poco y, un momento después, el hombre voló por encima de su cuerpo, gritó de dolor y cayó de espaldas sobre la arena con un fuerte resoplido.

El hombre se quedó en el suelo, llevándose ambas manos a un costado. Javi se apartó unos pasos. Ahora tenía él el cuchillo.

Sara seguía inmóvil, incapaz de reaccionar, aunque jadeaba tanto como los dos hombres.

Durante unos segundos, los dos hombres se miraron. El de la camiseta negra miraba a Javi con auténtico odio. Sara volvió a pensar que le resultaba familiar. Incluso su expresión. Javi estaba más tranquilo, alerta, y empuñaba el cuchillo con un gesto amenazante.

—Vete —dijo Javi.

El hombre apretó la mandíbula y se levantó poco a poco. Se notaba que el costado le dolía. Sara vio que sus manos estaban manchadas de algo oscuro.

Sangre.

Sara se llevó la mano a la boca, impresionada. Javi lo había herido con el cuchillo.

—Tú y tu mujercita —dijo, mirándola a ella— podéis daros por muertos.

El hombre empezó a retroceder sin apartar los ojos de Javi. Cuando ya estaba a unos cuantos metros de distancia, dio media vuelta y echó a correr tan rápido como su herida le permitía. Se perdió en la oscuridad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sara.

No podía haberlo entendido bien. *Quería* no haberlo entendido bien.

—¿Por qué me ha llamado «tu mujercita»? —añadió.

Sabía que era una pregunta absurda, pero en esos momentos su cerebro no daba para más. A pesar de la obviedad, Javi contestó igualmente.

—Porque cree que eres mi mujer —dijo.

Miró el cuchillo que tenía en la mano y después a su alrededor. Finalmente, lanzó el cuchillo al mar con tanta fuerza que Sara no pudo ver dónde caía.

—Pero no soy tu mujer —dijo ella estúpidamente.

—Ya, pero eso él no lo sabe —dijo Javi, girándose hacia ella—. ¿Te has hecho daño?

Sara negó con la cabeza.

—¿Ha dicho que va a matarnos?

Esa pregunta fue como un resorte para Javi. Sara lo observó caminar unos pasos y agacharse para recoger sus zapatos y su bolso. En algún momento los había dejado caer al suelo, aunque ni recordaba haberlo hecho. De lo que sí se dio cuenta fue de que Javi no había contestado a su pregunta.

—¿Ha dicho que va a matarnos? —repitió.

—Sí —contestó Javi, acercándose a ella.

—¿Por qué? ¿Quién es Gabriel? ¿Y Carlos?

Javi le pasó los brazos por debajo de las axilas y la levantó como si fuera una pluma. El mundo a su alrededor dio alguna que otra vuelta.

—Uoo —se le escapó a Sara.

—Tenemos que irnos —dijo Javi por toda respuesta. Le apoyó la mano en el centro de la espalda y la empujó con suavidad para que caminara.

Sara seguía tan consternada y desconcertada que se encontró avanzando, obedeciendo la muda orden de Javi. Cuando tomó consciencia de lo que estaba haciendo intentó detenerse, pero él la rodeó por la cintura con un brazo y la obligó a seguir caminando.

El desconcierto de Sara empezó a dejar paso al miedo.

—¿A dónde vamos? —preguntó, agobiada.

—A mi habitación. No podemos quedarnos aquí.

—Deberíamos llamar a la policía.

Javi tardó unos instantes en responder.

—En la habitación decidiremos qué hacer.

—Podemos llamar desde recepción.

—No. De momento tenemos que asegurarnos de que no nos vean —dijo él.

Teniendo en cuenta lo que había visto y escuchado hacer y decir al otro hombre, le parecía una respuesta razonable. Pero aún y así...

—¿Puedes parar un momento?

—No.

—Por favor.

—Quedarnos aquí es demasiado peligroso.

Sara ya no podía pensar con claridad. Sí, había visto con sus propios ojos que estaban en peligro, pero al lado de Javi no se sentía especialmente segura, porque... De repente recordó que, antes del ataque, Javi y ella se habían besado. Y había sido revelador.

—¿Quién eres? —preguntó.

De nuevo, Javi tardó largos segundos en contestar.

—Desde hace nueve años soy Javier Sánchez —dijo.

—¿Y antes?

—Antes era Javier Bandama.

A pesar de las sospechas, a pesar de haberlo confirmado al besarlo, escucharlo de sus propios labios la conmocionó. Se le escapó un grito ahogado e intentó detenerse, pero Javi se lo impidió y la obligó a seguir caminando.

—Siento que nos reencontremos en estas circunstancias, Sara.

## 9

En la cabeza de Javi se había desatado un auténtico torbellino. Una maraña de pensamientos y emociones que, si no lo bloqueaban, era gracias al instinto de supervivencia, que lo obligaba a moverse mientras escudriñaba la penumbra a su alrededor, alerta ante otro posible ataque.

Acababa de confesar que llevaba nueve años viviendo bajo una identidad falsa. Y además, a Sara.

Y encima, por culpa de su estúpida debilidad (o, mejor dicho, de su estúpida entropía, porque al fin y al cabo se había tratado de eso), había sucedido lo que llevaba tanto tiempo intentando evitar: poner su vida o la de otra persona en peligro. Y la amenaza de muerte había caído precisamente sobre *ella*.

—Pero... por qué... —farfulló Sara, sin llegar a formular una pregunta coherente.

Javi no contestó a la pregunta no formulada. Él tampoco tenía ánimos para pronunciar ni una sola palabra. Afortunadamente, el alcohol, la conmoción y su confesión parecían haber bloqueado a Sara, que se dejaba guiar casi dócilmente.

Esa noche había sido un desastre desde un buen principio. Debería haber previsto que lo último que conseguiría con el alcohol era resistirse a los avances de Sara. Cuando había aparecido con ese vestido y ese maquillaje que había atraído la atención de varios recién casados, y también de un par de recién casadas, a Javi casi le había dado un infarto y había tenido una erección instantánea que le provocó dolor de huevos. Y al final... el desastre. Todavía no podía creerse que, a pesar de todo lo que había bebido, hubiera sido capaz de repeler el rabioso ataque de Toni.

¿Cómo demonios lo había encontrado? Y de todos los lugares posibles, en Providenciales. No podía ser una casualidad. El encuentro con Sara ya cubría el cupo de «encuentros improbables durante una no-luna de miel».

Y encima, Toni lo había acusado de lastimar de alguna manera a Gabriel, su hermano pequeño. Pero eso era imposible. Si al hermano de Toni le hubiera sucedido algo grave, sus padres y él se habrían enterado de una forma u otra. No tenía ningún sentido.

Como tampoco tenía ningún sentido que hubiera apuñalado al que había sido su mejor amigo de adolescencia y juventud. Había sido un accidente al ejecutar la llave para reducirlo, pero no por ello se sentía menos culpable. Cada vez que recordaba el momento, se le retorció el estómago. Le había parecido que la herida no era grave, pero aún así...

Una silueta que se movió en la penumbra lo sobresaltó y tiró de Sara para apartarse.

Solo era una sombrilla. Joder.

Dudaba que Toni volviera a aparecer, pero podría estar acompañado.

Después de un par de minutos eternos alcanzaron la puerta lateral del hotel, que les permitía evitar pasar por recepción. El pequeño vestíbulo estaba vacío, y la puerta del ascensor se abrió en cuanto pulsó el botón. Guio a Sara al interior y pulsó el botón del tercer piso. En cuanto la puerta se cerró, Sara intentó apartarse de él, pero todavía no se lo permitió. Era por seguridad, se dijo, y no tenía nada que ver con lo mucho que le gustaba notar su cuerpo contra el suyo. No, nada que ver.

—Javi... —se quejó ella, forcejeando en vano.

—Cuando lleguemos a la habitación.

Sara abrió la boca, seguramente para protestar, pero en ese momento se abrió la puerta del ascensor. Antes de arrastrar a Sara hacia el pasillo, asomó la cabeza para comprobar que no hubiera nadie esperándolos. Bien, no había ni un alma. Al menos parecía que no los habían seguido hasta allí.

Al fin, pasó la tarjeta por la ranura de apertura, empujó la puerta e hizo pasar a Sara al interior de su habitación. Entró detrás de ella, cerró la puerta y se aseguró de pasar el pestillo. Respiró hondo, un poco más tranquilo. Aquí no estaban cien por cien seguros, pero sí bastante más que en medio de la playa nocturna y desierta. Asimismo, que a estas alturas no hubiera aparecido nadie más con malas intenciones le daba esperanzas, porque significaba que Toni había actuado solo. Y mientras Toni estuviera preocupándose de su herida, ellos dos tenían más posibilidades de huir con éxito. Ahora solo necesitaba unos instantes de tranquilidad para decidir la mejor manera de...

El hilo de sus pensamientos se cortó bruscamente. Sara caminaba decidida, o todo lo decidida que el alcohol le permitía, hacia el teléfono.



—¿A quién vas a llamar? —preguntó Javi, dejando los zapatos y el bolso de Sara en el suelo, que todavía llevaba en la mano.

—A recepción para que avisen a la policía —explicó ella, descolgando el auricular.

Javi se plantó a su lado en dos pasos y pulsó el botón de cortar la llamada.

—No es una buena idea —dijo.

—¿Por qué?

—No creo que puedan ayudarnos.

Sara frunció el ceño, como si no comprendiera la actitud de Javi.

—Has dicho que llamaríamos a la policía —insistió, apartándole la mano para volver a marcar el número de recepción.

Javi le quitó con delicadeza el auricular y lo devolvió a su sitio. Dejó la mano apoyada encima para asegurarse de que ella no volvía a cogerlo.

—En realidad, he dicho que en la habitación decidiríamos qué hacer.

—Vale, llamemos a la policía.

—No quiero. En realidad, no puedo.

—¿Por qué?

Javi sonrió sin humor.

—La policía no suele ver con muy buenos ojos que vivas bajo una identidad falsa —explicó.

Por culpa del alcohol, Sara tardó unos segundos en procesar el significado de sus palabras. Pero cuando lo hizo, se asustó. Javi lo supo por la manera como se tensó y apretó los labios. No podía culparla.

Ella retrocedió un par de tambaleantes pasos para alejarse de él. Después le dio la espalda y caminó hacia la puerta. Javi se apresuró a interponerse en su camino y obligarla a detenerse.

—No puedo dejar que te vayas.

Obviamente, ella se asustó todavía más. Volvió a retroceder, esta vez sin darle la espalda, y se abrazó a sí misma, como si intentara protegerse. Javi necesitaba controlar bien esta situación. Tenía que conseguir convencerla de que su vida dependía de confiar en él.

Procurando mostrar una calma que no sentía, Javi se quedó dónde estaba y levantó un poco las manos, para que ella comprendiera que no quería lastimarla. Por si acaso, también lo dijo en voz alta:

—Sara, no tengo ninguna intención de hacerte daño.

—Quiero irme.

—Hace años pasó algo y, desde entonces, el hombre que nos ha atacado me busca para matarme. El problema es que ahora cree que eres mi mujer, y

también quiere hacerte daño a ti.

Sara gimió levemente.

—Pues llamemos a la policía —suplicó.

—No estoy seguro de que puedan protegernos. Pero, en cualquier caso, te pido por favor que no lo hagamos, porque podría tener problemas con ellos.

Javi notó que la angustia la invadía. Imaginó todo lo que estaba pasando por su cabeza. Después de no verse durante doce años, él reaparecía fingiendo ser otra persona, anunciando que un tipo quería matarla y reteniéndola en contra de su voluntad. Sí, era para asustarse y desconfiar.

Claramente agobiada, Sara salió al balcón, que tenía la puerta abierta. Javi la observó acercarse a la barandilla y mirar primero a su alrededor, después hacia abajo.

—¡Socorro! —gritó de repente a pleno pulmón.

La hostia, eso no se lo esperaba.

Javi corrió hacia el balcón, la cogió por el brazo y tiró de ella. Al ver que abría la boca para volver a gritar, la rodeó con un brazo para pegarla a él y con la otra mano le cubrió la boca.

Maldijo para sus adentros. Esto no era controlar la situación.

A Sara no le gustó verse apresada. Al instante, empezó a gritar y a removerse con sorprendente fuerza teniendo en cuenta su tamaño.

—Por favor, tranquilízate —suplicó Javi—. Si no lo haces, no podré soltarte.

Fueron las palabras equivocadas. Desesperada, Sara renovó sus esfuerzos por liberarse. Se retorció y pataleaba con fiereza.

—Sara... —pidió Javi después de recibir un señor golpe en la espinilla.

Empezaba a tener problemas para sujetarla. Pero no quería usar más fuerza para retenerla, porque temía hacerle daño. Y si la soltaba sería peor...

Sara giró la cabeza bruscamente y su boca quedó libre.

—¡Muérete, cabrón! —espetó.

Y le mordió el brazo con tanta fuerza que Javi vio las estrellas.

—¡Joder! —gritó, apartando el brazo.

No se dio cuenta de que aflojaba la fuerza del abrazo con el que la sujetaba. Pero ella sí. Se retorció bruscamente y consiguió liberarse, pero el impulso la hizo salir despedida hacia adelante.

—¡Cuidad...! —advirtió Javi al ver que caía.

El desagradable sonido de un golpe sordo y fuerte lo enmudeció.

Sara se había golpeado la cabeza contra una de las patas de la cama. Se quedó tendida en el suelo, los brazos en una posición extraña.

Inmóvil.

—¡Sara!

Horrorizado, Javi se arrodilló a su lado. Con una mano temblorosa, le apartó el cabello del rostro. Tenía los ojos cerrados y una marca enrojecida en la frente, allí donde se había golpeado.

—Sara, ¿me oyes?

No hubo respuesta. El terror de Javi crecía por momentos. ¿Y si estaba...?

Necesitaba comprobar que respiraba. La empujó un poco para ponerla boca arriba y se fijó en su pecho.

Tras varios angustiosos segundos, seguía sin poder decir si el pecho de Sara se movía o no.

—Joder, joder, joder...

Entonces Sara emitió un sonido. Una especie de gemido, casi inaudible.

—Gracias a Dios... —farfulló Javi.

Respiró aliviado. Pero ahora tenía que despertarla para asegurarse de que no tenía ninguna lesión grave.

Entonces Sara emitió otro sonido.

Un suave ronquido.

Javi la miró, asombrado.

Ella murmuró algunas palabras, como si discutiera con alguien, y se movió para cambiar de posición. Como si estuviera en la cama y se pusiera de lado para estar más cómoda.

Javi se dejó caer en el suelo y suspiró. Sí, Sara se había dado un golpe, pero solo se había quedado dormida. Rio de puro asombro y alivio. Menudo susto.

Cuando consiguió recuperarse se incorporó y, con mucho cuidado, la trasladó del suelo a la cama, donde volvió a murmurar y moverse hasta que encontró una posición cómoda.

Afortunadamente, en el minibar encontró un poco de hielo, que envolvió con una toalla. Se sentó al lado de Sara y, con delicadeza, apoyó la toalla allí donde se había golpeado. Con suerte, no se le hincharía demasiado.

Mientras tanto, cogió su teléfono y llamó a su madre. Calculó que en casa todavía no serían ni las seis de la mañana, por lo que se llevaría un buen susto. Tardó un poco en contestar, con la voz todavía áspera por el sueño.

—Javi, ¿va todo bien? —preguntó, preocupada.

—Estoy bien, pero ha pasado algo.

—¿Qué?

—Toni me ha encontrado.

Al otro lado de la línea hubo silencio.

—Toni... —dijo su madre. Podía parecer que dudaba, pero Javi sabía que no era así.

—Toni Martín, sí.

Resumió brevemente lo sucedido, obviando el comentario de Toni sobre Gabriel. Era algo para hablar con calma cuando estuvieran fuera de peligro. Y, de entrada, tampoco incluyó a Sara en el relato.

—Por ahora necesito que me ayudéis a salir de país y esconderme de él. Si no me está vigilando ya, seguro que encontrará una manera de localizarme.

—Vale —dijo su madre, del todo despierta—. Llamaremos a Cánovas y Domingo. Tienen contactos en todas partes.

—¿Seguís hablando con ellos?

—No, pero ya sabes que estarán ahí.

Cánovas y Domingo eran dos viejos y buenos amigos de sus padres. Para Javi habían sido como tíos. Lo habían visto crecer.

—¿Mamá?

—Dime.

—Diles que seremos dos.

\*

Las siguientes dos horas, mientras esperaba la llamada de sus padres, le pasaron volando. Pasó un buen rato al teléfono, hablando con una empresa de alquiler de coches, que accedió a llevarle el vehículo hasta el aparcamiento del hotel a cambio de un generoso suplemento. No le importó pagarlo, porque necesitaría el coche para sacar a Sara del hotel.

Una vez acabado el trámite, valoró el estado de Sara. Su sueño era inquieto, pero dormía profundamente. Seguramente tardaría unas cuantas horas en despertar. Durante unos breves instantes valoró la posibilidad de atarla a la cama para asegurarse de que no podía huir, pero la idea la pareció tan atroz que la descartó enseguida. Decidió arriesgarse y bajó a recepción para anunciar que se iría antes de tiempo por motivos personales y pagar la cuenta. Eso sí, en ningún momento dejó de vigilar el ascensor y la escalera para asegurarse de que Sara no aparecía.

Cuando regresó a su habitación, ella seguía en la misma posición que antes.

Un poco más tranquilo, extrajo la tarjeta de la habitación de Sara del pequeño bolso y casi corrió a coger enseres básicos como el pasaporte, el

monedero, el cargador del teléfono y algo de ropa. Se quedó pasmado cuando, dentro del neceser, encontró una caja de preservativos. Empezada. Miró al cielo y procuró no pensar en ello, aunque la idea de que Sara ya hubiera ligado con alguien ahí en Providenciales lo irritó de manera considerable. ¿Acaso ella había viajado allí con la intención de acostarse con todos los solteros disponibles con tal de olvidar a su ex? Ese descubrimiento lo hacía sentir como un triste segundo plato y...

No, no, no, no podía seguir pensando en ello. Regresó a su habitación, de repente atacado por un considerable mal humor, y guardó todo lo que había cogido dentro de su maleta. El resto de cosas de Sara las dejó donde estaban. Si desaparecía del hotel se darían cuenta, así que pediría a su madre que llamara haciéndose pasar por ella para anunciar que le había salido un viaje improvisado y se había ido antes de la cuenta. Como tenía su pasaporte y su tarjeta de crédito, podría convencerlos. También tendrían que pedir que le enviaran el equipaje a algún sitio. Esto ya era más problemático, porque si por algún motivo Toni conseguía acceso a los datos de ese envío, podría llegar hasta Sara. Bueno, ya lo hablaría con sus padres, seguro que se les ocurriría algo.

Unos minutos más tarde tuvo que ausentarse una vez más para bajar a recoger las llaves del coche de alquiler, que acababan de traer. Fue la última vez que tuvo que abandonar la habitación, y ya solo le quedaba esperar.

Observó a Sara y por primera vez se fijó en que todavía llevaba maquillaje. De hecho, en el forcejeo se le había estropeado. Decidido, volvió a abrir su maleta, sacó el neceser de Sara y rebuscó dentro. Tal y como esperaba, encontró un bote de leche desmaquillante y discos de algodón. Se sentó a su lado y procedió a quitarle el maquillaje con tanta suavidad como le fue posible.

El sueño de Sara seguía siendo inquieto. Fruncía el ceño y murmuraba a menudo palabras angustiadas. Javi se sintió culpable, porque sabía que era por su culpa. Aunque debía admitir que, a pesar de todo, le gustaba haber descubierto que era capaz de defenderse con ferocidad.

«Muérete, cabrón».

Bonitas palabras. Quién diría que solo un rato antes ella le había ofrecido pasar una noche de olvido.

Parecía que hacía una eternidad de eso. Javi miró el reloj. No habían pasado ni tres horas desde ese momento. Sara realmente había conseguido provocarle un cortocircuito en el cerebro con sus palabras y se había lanzado a besarla con auténtica desesperación. Desesperación que aumentó cuando se

encontró con esos labios y lengua tan suaves, impregnados del sabor dulce del alcohol, y con ese cuerpo que recordaba tan bien. La intensidad de su reacción lo había sorprendido.

No debería seguir pensando en esas cosas. Había sido un error, algo que no se repetiría.

Su móvil lo ayudó a centrarse en otros pensamientos cuando sonó. Contestó enseguida.

—Sí.

—¿Todavía recuerdas cómo navegar?

\*

—Ha sido muy afortunado, señor —dijo la doctora en inglés, mientras le acababa de aplicar los últimos puntos.

Toni asintió. Era muy consciente de ello.

El dolor en el costado no solo le recordaba el susto que se había llevado al verse volando por encima de Bandama y sentir la hoja de la navaja hundiéndose en su carne, sino que también amplificaba la amarga sensación de fracaso. Llevaba un día entero vigilando al cabrón, mentalizándose para lo que tenía que hacer. Lo avergonzaba admitirlo, pero había necesitado esas veinticuatro horas para reunir el valor necesario para atacar con intención de matar. Había descubierto que una cosa era querer quitar la vida a alguien, la otra hacerlo de verdad.

Y encima, a pesar de toda su prudencia, había juzgado mal cuál sería el mejor momento para atacar. Creyó que mientras Bandama estuviera distraído enrollándose con su mujer bajaría tanto la guardia que sería una presa fácil. Pero no fue así. Nunca habría imaginado que el cabrón estaría en tan buena forma. De hecho, seguramente Toni seguía vivo gracias a que Bandama iba acompañado. No quería matar a nadie delante de su mujercita. O no le apetecía ensuciarse las manos durante su luna de miel.

Solo había cuatro palabras para definir lo que había sucedido esa noche: fracaso y humillación absolutos. Ahora, su odio hacia Bandama seguía más vivo que nunca.

Todo ello había sido aderezado con una gran sorpresa. La mujer de Bandama. La había reconocido. Era la chica por la que perdió el culo el verano que Toni descubrió la verdad sobre él y sus padres. Toni creía que en su momento había pasado de ella, pero al parecer después fue en su búsqueda. Había algo raro en ese matrimonio, porque apenas los había visto tocarse,

pero que Bandama siguiera con ella lo situaba en el grupo de los leales. O de los profundamente enamorados. Porque conocía a Bandama, y nunca estaría con alguien solo por estar, y mucho menos tantos años.

Es decir, que la mujer era un punto débil de ese cabrón.

—Ya estamos —dijo la doctora, interrumpiendo sus pensamientos. Toni descubrió que ya le había aplicado un apósito encima de la herida—. ¿Seguro que no quiere hablar con la policía?

Toni se encogió de hombros, como si la situación lo fastidiara.

—Como me he defendido el tipo no se ha llevado nada, pero es que tampoco lo he visto. Estaba demasiado oscuro y ha sido todo muy rápido. Sé que era un hombre, pero nada más —explicó—. Es culpa mía. Ya sabía que no tenía que ir a pasear por allí a esas horas.

—De acuerdo. Pero, si no le importa, yo igualmente notificaré el ataque —dijo la doctora, que al parecer se había tragado su mentira.

—Claro. Yo solo tengo ganas de seguir con mis vacaciones y olvidarlo —dijo él.

Un rato más tarde, después de que la doctora le hubiera explicado qué curas debía aplicar a la herida, Toni abandonó el hospital. Sacó su teléfono y abrió la agenda de contactos. Buscó un nombre que había guardado con la única intención de asegurarse de no responder nunca más a sus llamadas.

Abilleira.

Uno de los contactos más valiosos de su padre. Alguien con quien se había prometido no volver a hablar con tal de mantenerse alejado de todas esas artimañas y negocios sucios. Alguien que no concedía favores gratis.

Si Toni le pedía ayuda, quedaría endeudado.

Pero si se trataba de vengar lo que le había sucedido a Gabriel, no le importaba ni el precio a pagar ni volver a entrar en contacto con ese mundo.

La llamada le llevó menos de diez minutos. Nada de ponerse al día después de tiempo sin hablar ni de pedir explicaciones por años de silencio. Si algo caracterizaba a Abilleira, eran su pragmatismo y su capacidad de ir al grano. También que cumplía su palabra. Toni le había pedido que no contara nada a su padre, y sabía que no faltaría a su promesa.

Poco más de tres horas después de la primera llamada, volvió a ponerse en contacto con él.

—Alguien ha sobornado a la guardia costera cubana para que dejen pasar un barco ocupado por un hombre y una mujer, a lo largo de esta noche —informó—. ¿Crees que son tus objetivos?

—Tienen que serlo. Es demasiada casualidad. Además, ellos también tienen buenos contactos —dijo Toni—. ¿Sabemos a dónde se dirigirán?

—No. Pero seguro que podemos encontrar a alguien que los vigile con discreción.

—Perfecto. Y Abilleira... ¿puedes encontrar también a alguien dispuesto a ensuciarse las manos? —añadió Toni.

Le disgustaba tener que hacerlo de esta manera, pero dadas las circunstancias, no tenía otra opción: tenía que dejarlo en manos de otras personas. Solo esperaba que no fallaran y que Bandama no consiguiera escapar otra vez.

—Ya sabes que puedo conseguir lo que necesites, Toni —fue la respuesta de Abilleira.



## 10

Se movía.

Había un sonido. ¿Un motor?

La cabeza le dolía un poco, sobre todo la frente, aunque se sentía extrañamente descansada.

Recordó que estaba en Providenciales. ¿Se había quedado dormida en la playa? Pero entonces no se movería así, ¿no? No conseguía obligarse a abrir los ojos. Estaba demasiado cómoda, se sentía demasiado a gusto.

Algunas imágenes acudieron a su cabeza como nubes que flotan perezosamente por el cielo.

La paradisíaca playa de Providenciales...

Una figura conocida en la pantalla de su teléfono...

El otro Javi solo en el restaurante...

Ella hablando por teléfono con Adam...

Unos ojos del color de la miel que habían perdido su brillo descarado...

Un caracol marino descomunal...

El otro Javi quitándose el traje de bucear...

Un cóctel en la terraza de su habitación...

El vestido atrevido.

El maquillaje de *femme fatale*.

La cena.

El vino.

El bar.

Un Mai Tai.

Un zapato atascándose en un travesaño.

La playa. Los besos.

Javi. *Su* Javi.

La sombra.

El cuchillo. La lucha. La confesión. La habitación de hotel. La conversación. El miedo. Socorro. El forcejeo...

Sara se incorporó de golpe. Se arrepintió enseguida, porque se mareó, y tuvo que volver a tumbarse.

Al cubrirse los ojos con una mano, rozó la zona de la frente que le dolía. Estaba especialmente sensible. La exploró un poco, y descubrió que tenía un poco de hinchazón. ¿Acaso se había dado un golpe? Intentó recordar si se había golpeado, pero solo recordaba haber forcejeado con Javi, y después... Nada.

Y ahora, ¿dónde estaba? Todavía acostada, miró a su alrededor. Estaba en una cama, en una habitación pequeña. Sin ventanas. Las paredes tenían una forma extraña, pero le resultaba familiar.

Entonces se miró el cuerpo, alarmada. La cubría una sábana, pero descubrió con alivio que todavía llevaba el vestido.

Volvió a mirar a su alrededor, y entonces recordó. Ella ya había estado en un lugar como este. Algo así como doce años atrás.

—Ay, no.

Se levantó e ignoró la imagen despeinada y soñolienta que un espejo, colgado en la pared, le devolvió. Salió de la habitación y fue a parar directamente a un saloncito estrecho, formado por una mesa larga y bancos a lado y lado. Justo después había una minúscula cocina, dentro del mismo salón. Una puerta debía de conducir al baño y otra a la segunda habitación. Todo parecía muy encajonado. Y había ventanas en el techo. A través de ellas podía ver el cielo azul.

Se precipitó hacia la escalera estrecha, casi vertical, que conducía a una puerta no muy alta. Subió los peldaños a toda velocidad y salió al exterior. Fue a parar a una pequeña plataforma de madera que tenía un banco corto a lado y lado.

Sara miró a su alrededor con los ojos desorbitados. Tal y como había temido, solo había agua.

Agua, agua y más agua.

Estaban en alta mar.

El miedo que había sentido en la habitación del hotel regresó.

—¿Cómo te encuentras?

La voz la sobresaltó. Descubrió que Javi estaba muy cerca, detrás del timón, que estaba situado en la parte posterior del barco. Sara ni siquiera lo había visto. Solo había tenido ojos para la infinita masa de agua que los rodeaba. Una cárcel sin muros ni barrotes.

Miró a Javi, todavía con los ojos desorbitados y la boca abierta. Él la observaba con el ceño levemente fruncido, como si realmente estuviera preocupado por ella.

La única respuesta de Sara fue retroceder un par de pasos, hasta que sus piernas chocaron con uno de los bancos. Aunque hubiera intentado contestar, no lo habría conseguido. Su cabeza estaba demasiado ocupada intentando asimilar la situación en la que se encontraba.

La habían secuestrado.

Y el autor del secuestro era, ni más ni menos, Javi.

SU Javi.

El Javi que años atrás le había robado y partido el corazón, por el que había llorado y suspirado tantos días y noches. Le había costado horrores superarlo.

Y había resultado ser un pirado, al que encima alguien quería asesinar.

Se abrazó a sí misma, como si eso pudiera protegerlo de él.

¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo no se había dado cuenta doce años atrás? ¿Y cómo no se había dado cuenta estos últimos días?

Entonces recordó. Un detalle de doce años atrás que había borrado de su memoria: esa sensación de que Javi le escondía algo.

—¿Recuerdas qué pasó anoche? —preguntó él, sobresaltándola.

Ella lo miró, desconcertada. No sabía a qué se refería.

—¿El ataque en la playa? —añadió Javi, y Sara asintió. Eso sí lo recordaba—. Después fuimos a la habitación y...

Se interrumpió, como si no supiera qué palabras usar.

—Te caíste y te golpeaste la cabeza —dijo Javi finalmente, señalándose la frente.

Ah, así que por eso le dolía y no recordaba nada más allá del forcejeo.

—Dentro de un par de horas llegaremos a Cuba —dijo entonces Javi.

—¿Cuba? —dijo Sara casi sin respiración, con voz áspera. Horrorizada.

—Un amigo de un amigo nos ha dejado un coche a punto para que podamos acercarnos a un aeropuerto cercano. Volaremos a España, y allí nos esconderemos mientras resolvemos la situación.

Sara asintió, como si lo que Javi decía tuviera todo el sentido del mundo. A un loco hay que seguirle la corriente, ¿no?

Mientras tanto, en su cabeza se repetían una y otra vez las palabras que él acababa de pronunciar: iba a llevarla de vuelta a España (suponiendo que eso fuera cierto) y a «esconderla» en algún lugar.

Las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse en el banco que tenía justo detrás.

Sabía que ya debería estar intentando escapar, pero no veía qué podía hacer para lograrlo con éxito. Javi era mucho más fuerte que ella y, si intentaba enfrentarse a él, saldría perdiendo. Pero... algo tenía que intentar, ¿no? ¿Qué harían Adam o sus amigas si se encontraran en esta situación? Ellos eran valientes... Seguro que encontrarían una manera de huir.

Sara observó a su alrededor. Muy, muy a lo lejos, le pareció divisar una barca de pescadores. Podría chillar y gesticular hacia ellos, pero Javi tardaría dos segundos en reducirla. Ni siquiera llegarían a enterarse de su grito de auxilio. La distancia que los separaba era excesiva.

Al cabo de unos instantes, concluyó que tenía una única opción: saltar al agua. Javi no se arriesgaría a seguirla para obligarla a subir de nuevo, y quizá podría nadar hacia el barco de pescadores. En algún momento la avistarían y se acercarían a rescatarla.

Intentó calcular la distancia a la que se encontraba el otro barco. Estaba muy lejos. Antes de alcanzarlo, podría agotarse y ahogarse. Además, el agua estaba tan oscura... Se estremeció al pensar en qué podría ocultarse ahí abajo.

Y se acobardó.

Era incapaz de hacerlo.

Se quedó allí sentada, inmóvil, sintiéndose como una auténtica cobarde, con los ojos fijos en la masa de agua. Era más fácil observar el eterno movimiento de las olas del mar que nadar y perderse en él.

Una manta fina posándose con delicadeza alrededor de sus hombros la sacó de su ensimismamiento. Tenía a Javi delante, observándola con expresión... ¿triste?

—Estás cogiendo frío —dijo—. ¿Por qué no regresas dentro?

Sara descubrió que estaba temblando y le castañeteaban los dientes.

Asintió y obedeció a Javi sin rechistar. Regresó a la habitación y se tumbó en la cama hecha un ovillo. Le apetecía echarse a llorar, pero no se lo permitió. No era el momento.

\*

Sara estaba pendiente de cada vaivén del barco, de cada ola que se estrellaba contra el casco, de cada ruido que delataba los movimientos de Javi.

No sabría decir cuánto tiempo pasó, pero se le hizo eterno. A través de las ventanas del techo del salón cada vez entraba menos luz. Estaba

anocheciendo.

En cierto momento, los sonidos empezaron a cambiar. El del motor, el del agua que golpeaba la embarcación. Un golpe seco. Después, escuchó los pasos de Javi descender por la escalera y caminar hacia la habitación. Sara, sentada en la cama, se apretó contra la pared y volvió a abrazarse a sí misma.

Cuando Javi asomó la cabeza por la puerta, se quedó unos instantes observándola con una expresión que Sara juraría que era de culpabilidad.

«No te dejes engañar. Es muy buen actor», se recordó a sí misma.

Pareció que él iba a decir algo, pero finalmente se limitó a suspirar.

—Ya hemos llegado —anunció. Después, le mostró un par de zapatillas suyas y unos calcetines que dejó encima de la cama. ¿Cómo las había conseguido?—. Póntelas, es mejor que no vayas descalza.

Sara asintió, porque no sabía qué otra cosa podía hacer. Esperó a que Javi se hubiera alejado para gatear sobre el colchón, sentarse en el borde de la cama y ponerse las zapatillas. Después, se dirigió a cubierta. Cuando salió al exterior, descubrió que estaban amarrados en un pequeño muelle de madera. Estaba compuesto por una pequeña plataforma que desembocaba en una breve pasarela que conducía a tierra firme. Y, quince o veinte metros más allá, se alzaba una cabaña de madera y techo de paja de tamaño considerable. Al lado de la construcción había un coche aparcado, antiguo pero muy bien cuidado.

«Menudos amigos tienen sus amigos», pensó Sara, mientras sus ojos se fijaban en el camino de tierra que se abría paso por entre un denso y oscuro bosque.

El corazón de Sara se aceleró.

Una vía de escape.

No todo estaba perdido.

Javi ya había instalado la pasarela metálica para bajar del barco y había descargado una maleta grande. La estaba esperando en el pequeño muelle, observándola con atención.

—No eches a correr, por favor —dijo.

Sara sintió un escalofrío y negó con la cabeza automáticamente, maldiciéndose por ser tan transparente. Descendió por la pasarela y siguió a Javi, que cargaba la maleta, en dirección al coche.

El suelo estaba cubierto de piedras y ramas. Las piedras eran pequeñas, pero las ramas eran... las ramas eran...

... un golpe con una de esas ramas tan gruesas tenía que doler...

Sorprendida por su valor y rapidez, Sara se agachó silenciosamente y atrapó un fragmento de rama corto pero grueso. Y duro. Lo sujetó en la palma de la mano, que procuró esconder con disimulo detrás del muslo. Delante suyo, Javi seguía avanzando hacia el coche, ajeno a sus maquinaciones.

El corazón de Sara latía con tanta fuerza que le dolía el pecho. Una gota de sudor le resbaló desde la sien, por la parte posterior de la mejilla y hacia el cuello.

Javi se dirigió directamente hacia el maletero. Dejó la maleta en el suelo y se acuclilló para palpar el borde inferior del vehículo, como si buscara algo. Unos segundos después, Sara escuchó un tintineo y Javi extrajo, de algún escondrijo, un llavero con las dos llaves del coche.

Sara no se lo pensó.

Antes de dar tiempo a Javi de levantarse, le estampó la rama contra la cabeza con todas sus fuerzas. El crujido de la rama al partirse en dos le removió las tripas. También el gruñido que emitió Javi en el momento del impacto. Se desplomó contra el suelo. Y ahí se quedó.

La histeria amenazó con tomar el control al verlo ahí, inmóvil, con los ojos cerrados, quizá sangrando por una herida en la cabeza. ¿Y si lo había matado?

La respiración se le aceleró demasiado, y tuvo que obligarse a respirar hondo. Se recordó a sí misma que Javi la había secuestrado. Y añadió, con severidad: «Si no fuera secuestrando a la gente, no le pasarían estas cosas. Así que espabila».

—Sí, sí, eso —dijo, asintiendo para darse ánimos. Pensó que, en todo caso, cuando encontrara a alguien ya pediría que enviaran una ambulancia a atender a Javi.

Cuando le tocó pensar en su siguiente paso, Sara maldijo no haber aprendido a conducir, porque ahora le habría venido de perlas. En cualquier caso, no le pareció buena idea dejar las llaves del coche a Javi. Si despertaba pronto, tardaría muy poco en alcanzarla.

Desconfiando de su aparente inconsciencia, se acercó a la mano que todavía sujetaba las llaves. Lentamente, muy atenta a cualquier movimiento de los ojos o el cuerpo de Javi, estiró el brazo, cogió las llaves y tiró de ellas.

Él no las soltó. Es más, sus dedos se cerraron con un espasmo y las apresaron con más fuerza.

Sara se sobresaltó, se le escapó un pequeño grito y se apartó de un salto, con tan mala fortuna que tropezó con su propio pie y acabó cayendo de culo

al suelo. Sin percatarse de que seguía sujetando las llaves, así que al caer las arrancó de un tirón de la mano de Javi.

Lo observó, horrorizada, esperando que reaccionara en cualquier momento.

No pasó nada.

Sara soltó el aire que había estado conteniendo, aliviada. Javi no había despertado, y además sabía que no lo había matado con el golpe. De hecho, Javi gimió débilmente y volvió a mover los dedos de la mano. El corazón de Sara dio un vuelco. Aterrorizada, se levantó de un salto y echó a correr como alma que lleva el diablo.

## 11

El corazón le golpeaba las costillas con furia. Estaba ya tan oscuro que apenas veía el camino, pero Sara se lanzó a recorrerlo tan rápido como sus piernas le permitían. Al cabo de poco jadeaba de manera escandalosa, pero no le importó. Siguió avanzando.

Durante los primeros minutos se giraba cada dos por tres para comprobar que Javi no la perseguía. Si lo veía acercarse, se adentraría en el bosque para intentar esconderse. Afortunadamente, no apareció.

Calculó que corrió durante veinte minutos antes de permitirse aflojar la marcha y limitarse a caminar rápido. Aún así, la falta de luz no habría tardado mucho en obligarla a hacerlo. El bosque se había espesado sobre el camino y la luz de la luna no alcanzaba el suelo. Tropezó varias veces y una incluso se cayó de bruces. Notó que se lastimaba las rodillas al chocar contra unas piedras, pero ni siquiera sintió el dolor. Se levantó y siguió avanzando.

Siguió caminando durante lo que le parecieron horas, una eternidad. Al final, empezó a dudar que ese camino llevara a un lugar civilizado.

Entonces lo vio.

Todavía estaba lejos, pero podía verlo. Un resplandor que se dejaba ver por encima de los árboles. Eso significaba que había un pueblo, o quizá un complejo hotelero grande. Se le escapó un gemido de alegría y alivio. Estaba a punto de conseguirlo.

Avanzó con energías renovadas. Al principio casi corría, pero al darse cuenta de que todavía tardaría en llegar, se obligó a frenar un poco el ritmo. Sentía que los músculos de las piernas estaban a punto de fallarle.

Unos minutos después, le pareció ver una luz que se movía entre los árboles. Al principio no entendió qué estaba viendo y se detuvo, desconcertada. Pero cuando la luz saltó hacia arriba y hacia abajo, lo comprendió. ¡Era un coche!

¡Un coche que iba hacia ella!



No podía creerse su suerte. Ahora sí, echó a correr sin importarle si agotaba las pocas energías que le quedaban.

Cuando al fin tuvo al coche de frente, se situó en el centro del camino y agitó los brazos para asegurarse de que la veían.

—¡Socorro! —gritó.

El coche siguió acercándose, pero aminoró la marcha. Sara se apartó a un lado del camino, pero siguió moviendo los brazos. Cuando vio que el vehículo empezaba a detenerse cerca de ella, corrió hacia la ventanilla de conductor.

—¿Se encuentra bien, señorita? —dijo una voz de hombre desde el interior del vehículo. Tenía acento, pero no cubano, aunque no supo identificarlo ni le importó. Ella solo estaba preocupada por salvar el pellejo. Negó con la cabeza para responder la pregunta del hombre.

—Necesito ayuda, por favor —dijo sin aliento, la voz temblorosa.

Se apoyó en el coche y miró al interior del vehículo. Dos hombres rubios, el conductor y el copiloto, la miraban con curiosidad.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el conductor, mientras el copiloto sacaba su teléfono.

—Un hombre me ha secuestrado. ¿Podrían llamar a la policía, por favor?

—Suba al coche, la llevaremos —dijo el conductor.

Sara asintió y se apresuró hacia la puerta trasera, pero en el último momento algo la detuvo. Quizá era la prudencia y las enseñanzas de su hermano. Quizá era que, en realidad, algo en el aspecto de esos hombres le resultaba inquietante. O quizá era que no parecían alarmados ante su aparición, y eso que debía de ofrecer un aspecto lamentable. Estaban muy tranquilos. Casi como si no los sorprendiera haberla encontrado allí.

Sintió miedo, pero lo ignoró. No debía sacar las cosas de quicio, se dijo. Regresó junto a la ventana del conductor.

—Preferiría esperar aquí. ¿Pueden llamar, por favor?

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Sin apagar ni el motor ni las luces, abrieron sus puertas para descender del coche. Sara retrocedió unos pasos. Ahora estaba asustada del todo.

—Cuando la hemos visto, no nos podíamos creer nuestra suerte, ¿sabe? —dijo el conductor.

El copiloto sonrió y, desde la distancia, le mostró la pantalla de su teléfono. En ella se mostraba una fotografía de Javi y ella juntos, en el restaurante del hotel, charlando tranquilamente.

—Es usted, ¿verdad?

Sara negó con la cabeza y siguió reculando. El conductor miró la pantalla, fingiendo estar confundido.

—Yo creo que sí —dijo con una sonrisa perturbadora. Entonces sacó una navaja de su bolsillo.

Horrorizada, Sara dio media vuelta para echar a correr, pero alguien la agarró por el brazo y la arrastró salvajemente hacia atrás. Se le escapó un grito y chocó contra un cuerpo, que resultó ser el del copiloto. También tenía una navaja, que le mostró para asegurarse de que la veía, y después se la puso contra el cuello.

—Díganos dónde está su marido, bonita —dijo el conductor.

Sara estaba demasiado aterrorizada como para contestar. ¿Qué estaba pasando? ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Cómo los habían encontrado?

—Métela en el coche —dijo el conductor al ver que no hablaba—. Iremos a la cabaña.

Sara pensó que, si conseguían obligarla a subir al coche, podía darse por muerta. Algo estalló en su interior.

—¡No! —gritó.

Sin pensárselo, echó la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas. Tal y como había calculado, la parte posterior de su cráneo impactó contra la nariz del copiloto, que crujió de manera muy desagradable. El hombre rugió de dolor y maldijo en un idioma que no comprendió y la soltó.

Aunque el fuerte golpe la había mareado un poco, podía moverse. Se apartó rápidamente del hombre, momento en el que notó un pinchazo en el brazo, pero lo ignoró y echó a correr otra vez. Pero de nuevo la apresaron. Esta vez era el conductor, que le dijo al oído, como si se lo estuviera pasando muy bien:

—Eso ha sido un error.

El copiloto se acercaba a ellos con el rostro desencajado por la furia, la nariz muy hinchada y sangrándole abundantemente. La navaja en alto. Sara gritó, aterrorizada, y se retorció. Pero era inútil. El piloto parecía tenerla sujeta con manos de hierro.

—¡No, no! —suplicó.

Un segundo después, gritó cuando una sombra se abalanzó sobre el copiloto y lo golpeó en la cabeza. El hombre se desplomó al suelo, inconsciente. Después, Sara sintió una presencia a su lado. El piloto se tensó y se quedó inmóvil.

Y Sara escuchó una voz. Una voz que, menos de una hora antes, no se habría alegrado tanto de escuchar.

—Suéltala o te vuelo la cabeza.

\*

Esto era culpa suya. Si se hubiera sincerado con Sara en el barco, esto no habría pasado. No tenía ninguna garantía de que ella lo hubiera creído, pero quizá le habría concedido una oportunidad.

Pero no había vuelto a hablar de lo que sucedió ni de su vida anterior con nadie. Ni siquiera con sus padres. Ellos alguna vez habían intentado sacar el tema, pero siempre los había cortado de manera tajante, y hacía tiempo que habían dejado de insistir. Tampoco se había permitido a sí mismo pensar mucho en ello. Dolía demasiado. Para poder seguir adelante, era más fácil fingir que no había ocurrido nada y limitarse a procurar hacerlo todo correctamente.

Y aquí estaban ahora.

Aún podía considerarse afortunado. Los dos tipos habían estado tan centrados en Sara que no lo habían visto ni escuchado deslizarse sigilosamente hacia ellos. Y, a pesar de que el lado derecho de la cabeza le palpitaba por el golpe de Sara, y de que jadeaba por el largo esfuerzo de correr tras ella, lograba apuntar la pistola con firmeza contra la sien del tipo que la sujetaba. También tenía que agradecer que sus padres hubieran conseguido que le dejaran el arma en el barco por si Toni o un esbirro suyo volvían a aparecer.

El hombre soltó a Sara, elevando los brazos en el aire, todavía con la navaja en la mano. Javi agarró a Sara por la muñeca y tiró de ella sin delicadeza hasta colocarla detrás suyo.

—Tira la navaja —ordenó al hombre.

Este obedeció. En cuanto el arma chocó contra el suelo con un ruido terroso, Javi le golpeó la cabeza con la culata de la pistola. El tipo perdió el sentido al instante y se desplomó encima de su compañero, formando un extraño y lioso bulto de brazos y piernas. Los observó con malsana satisfacción. No es que fuera un sádico que disfrutara de ir golpeando a la gente en la cabeza, pero cuando había escuchado los gritos y después descubierto a Sara forcejeando con ellos, había estado a punto de vomitar el corazón por la boca.

Se giró hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Le pareció que Sara intentaba asentir y negar a la vez. Temblaba y no podía apartar la mirada de los hombres que la habían atacado. Javi la agarró con suavidad del brazo para llamar su atención, pero ella se apartó bruscamente con una mueca de dolor. Él notó que tenía los dedos húmedos. Bajo la luz de los faros del coche, vio que era sangre.

—¡Te han herido! —exclamó, alarmado.

Sara se miraba el largo corte que tenía en el brazo como si acabara de descubrirlo. Cuando Javi se acercó para echarle un vistazo, ella volvió a apartarse.

—Déjame verlo, por favor —pidió Javi, muriéndose de preocupación y culpabilidad.

Ella levantó el brazo para mostrarle la herida, con un gesto que dejaba claro que no quería que la tocara. Javi observó la herida como pudo, que no sangraba mucho, y respiró aliviado. Era bastante superficial.

—No es grave. Podemos curártela después —dijo. Enseguida añadió—: Sube al coche, por favor.

Ahora Sara se estaba mirando las manos vacías.

—He perdido las llaves... —dijo con la voz rota.

Javi ya imaginaba que las había cogido ella. Al recuperar la consciencia, solo y sin llaves, se había enfurecido con Sara, por haberlo engañado así y por provocarle un dolor de cabeza que iba a durarle días. Claro que el enfado le había durado poco, porque se había convertido rápidamente en preocupación.

—Ya las buscaré yo —dijo Javi, deduciendo que se le habían caído al suelo durante el forcejeo—. Sube al...

—Nos estaban buscando —lo interrumpió ella, con la voz un poco recuperada.

—¿Qué?

—Nos estaban buscando —repitió Sara—. Me lo han dicho. Y tienen una foto nuestra en el restaurante del hotel.

Javi creía que el encuentro con esos dos cabrones había sido fortuito, pero al parecer eran esbirros de Toni.

—Joder...

Maldita sea, tendría que haber sospechado que esa lejana barca de pescadores que los había acompañado durante tanto rato no solo estaba pescando. Teniendo en cuenta que no se habían cruzado con ninguna otra embarcación, ni siquiera el barco de la guardia costera cubana, era la única explicación a cómo los habían localizado con tanta rapidez.

—¿Por qué no subes al coche, Sara? —pidió, esta vez con urgencia. Siempre habían tenido prisa, pero ahora debían correr. Podría aparecer alguien más en cualquier momento.

Ella dudó un par de segundos. Se balanceó de un pie al otro, indecisa. Finalmente, caminó rápidamente hacia el lado del copiloto del coche de los esbirros, subió y cerró la puerta. Javi le dio las gracias en silencio y corrió hacia el maletero. Con suerte, encontraría algo que le sería útil.

Vaya si lo encontró. Se le revolvió el estómago al descubrir que los matones de Toni iban equipados con una larga cuerda, un par de palas y plásticos grandes. No quedaban muchas dudas de qué planes tenían para Sara y él.

Pero no había tiempo para pensar en ello. Cogió la cuerda y, tan deprisa como pudo, arrastró a los dos hombres al margen del camino. Tras cortar varios trozos de cuerda con una de las navajas que había en el suelo, los ató de pies y manos. Después, aprovechando que todavía le quedaban muchos metros de cuerda, ató a los dos tipos juntos valiéndose de muchos nudos y, para asegurarse de que no se aflojaba, la tensó bien rodeando un árbol con ella. Al final, logró dejarla de tal manera que antes o después conseguirían desatarse, pero para entonces Sara y él ya estarían muy lejos. Aunque para eso tenían que apresurarse mucho.

Sin perder tiempo, Javi recogió la otra navaja que había quedado en el suelo mientras lo escudriñaba en busca de las llaves del otro coche. No tardó en encontrarlas. Volvió a dar las gracias en silencio, corrió hacia el vehículo y se sentó en el asiento del conductor. El motor todavía estaba en marcha, así que pudo arrancar inmediatamente en dirección a la cabaña.

Si lo pensaba bien, y aunque sonara masoquista, que Sara lo noqueara y escapara había sido una suerte. Si se hubieran encontrado a los dos esbirros de frente en su coche, ahí en mitad del camino, el factor sorpresa no habría estado del lado de Javi y sus posibilidades de escapar con vida se habrían reducido drásticamente.

—Vamos a buscar la maleta y a coger el otro coche —explicó a Sara—. He prometido llevarlo hasta el aeropuerto.

Ella no contestó. Se mantuvo en silencio, mirando al frente, aunque Javi sospechaba que en realidad no veía nada. Durante un par de minutos, ninguno de los dos habló. Javi se concentró en el camino, que cada vez se estrechaba más y estaba plagado de baches.

Fue Sara la que rompió el silencio.

—Lo siento —dijo—. Esto es culpa mía.

Javi la miró, incapaz de creerse lo que escuchaba.

—Por el amor de Dios, Sara, ni se te ocurra disculparte. Esto no es culpa tuya.

—Es que nunca acierto —dijo ella con la voz un poco rota, mirándose las manos apoyadas en el regazo.

Javi volvió a mirarla, esta vez con una mezcla de sorpresa, disgusto y curiosidad. Sara no había hecho ese último comentario a la ligera. Un comentario que parecía referirse a algo que tenía anclado en lo más profundo de su ser y que revelaba una falta de autoestima alarmante.

Odió escucharla hablar así. Tampoco supo qué decir.

—No es culpa tuya —repitió absurdamente.

El silencio volvió a caer entre ellos como una losa, y Javi se concentró de manera exagerada en conducir. Pocos minutos después, llegaron a la cabaña de nuevo. Javi detuvo el coche justo al lado del otro vehículo.

—Puedes bajar, ¿por favor? —pidió a Sara. Le entregó las llaves del otro coche—. Puedes ir subiendo.

Ella obedeció sin rechistar, aunque vio su expresión desconcertada cuando él abrió su ventanilla y después arrancó en dirección al agua. Javi se permitió sonreír con satisfacción. No pensaba facilitar a esos dos cabrones ni una sola oportunidad de ir tras ellos.

Tal y como temía, en cuanto llegó a la orilla el coche empezó a hundirse en la arena, pero tuvo suerte y siguió avanzando hasta quedar sumergido en el agua poco profunda. Lo ideal habría sido hundirlo del todo, pero al menos ya no podrían sacarlo del mar. No sin la ayuda de una grúa.

El motor se apagó solo. Javi sacó las llaves del contacto, se quitó las zapatillas y salió del coche por la ventanilla que había dejado abierta. Saltó al agua, que le llegaba por debajo del trasero, y lanzó las llaves hacia el horizonte, tan lejos como pudo. Una vez fuera del agua, volvió a ponerse las zapatillas y corrió hacia el otro coche.

Sara había abierto el maletero y se estaba peleando con la pesada maleta, que debía de pesar más que ella, para meterla dentro.

—Ya lo hago yo, Sara —dijo Javi cuando llegó a su lado, quitándole el bulto de las manos.

—Ya, perdona —fue la avergonzada respuesta. Se alejó hacia su asiento.

Javi se quedó boquiabierto y, de nuevo, sin saber qué decir.

Pero la urgencia apremiaba. No había tiempo para pensar en ello.

## 12

Se pusieron en marcha a menos velocidad de la que a Javi le habría gustado. El camino en mal estado, la noche y el coche antiguo no lo aconsejaban. Avanzaban en un silencio tenso. Obviamente ambos temían que los esbirros se hubieran liberado o que llegaran refuerzos en su ayuda. Cuando Javi calculó que se acercaban al punto donde los habían dejado, extrajo la pistola del bolsillo donde la había guardado y la dejó en su regazo, lista por si necesitaba utilizarla.

Para su alivio, pronto comprobó que no habría hecho falta. Los faros del coche no tardaron en iluminar a los dos hombres, que seguían exactamente en la misma posición que antes, todavía atados e inconscientes.

En cuanto los hubieron dejado atrás, Javi mantuvo la pistola en su regazo, pero se relajó. Del bolsillo de su camisa extrajo un papel doblado en el que había esbozado un mapa según las indicaciones de sus padres. Se lo entregó a Sara.

—Cuando salgamos de este camino necesitare que me guíes, por favor — dijo. Después también le entregó su móvil—: Toma, por si te falta luz.

Sara lo cogió todo y se concentró en estudiar el mapa. Javi sabía que no podía permitir que el silencio entre ellos se alargara más. Debía muchas explicaciones a Sara. Pero pensar en hacerlo... El estómago se le encogió de nervios y preocupación. Pensar en recordar lo aterrorizaba. Y descubrió, sorprendido, que también le preocupaba qué pensaría Sara de él después de descubrir la verdad.

Seguro que lo despreciaría todavía más de lo que ya debía de despreciarlo en esos momentos. Pero en fin, ¿qué podía esperar que opinara del tipo que la había secuestrado?

Respiró hondo, como si eso pudiera ayudarlo a conseguir unas fuerzas de las que carecía.

Carraspeó.

—¿Cómo estás? —preguntó al final, acobardado.

Ella desvió la mirada del papel y se miró la herida.

—Bueno, no es tan... —empezó a contestar.

—No me refería a la herida. ¿Cómo estás tú? —la interrumpió él.

Ella asintió brevemente con la cabeza, dando a entender que comprendía la pregunta. Carraspeó, incómoda.

—Ya no sé de quién me puedo fiar, Javi —confesó en voz tan baja que apenas la escuchó.

Él apretó los labios, irracionalmente dolido. Odiaba que desconfiara de él. «Es completamente normal y de persona inteligente que desconfíe de ti. Asúmelo y supéralo», se dijo con dureza.

Volvió a respirar hondo. Venga, había llegado el momento.

—¿Reconociste al hombre que nos atacó en la playa?

De reojo, la vio hacer memoria.

—Me resultó familiar.

—Es Toni Martín. Cuando tú y yo nos conocimos, era mi mejor amigo. Bueno, dejó de serlo ese mismo verano.

Sara volvió a quedarse pensativa.

—¿El de la pelea en la discoteca? —dijo finalmente con cierta timidez.

—El mismo —admitió Javi, sorprendido de que Sara recordara el momento.

Esa noche, Toni y él habían vuelto a discutir, y llegaron a las manos porque su antiguo mejor amigo hizo una cruda insinuación sobre acostarse con Sara que sacó a Javi de sus casillas.

—¿Qué pasó? —escuchó decir a Sara con inseguridad, como si no supiera si tenía derecho a preguntar.

Javi se dio cuenta de que se había quedado ensimismado, perdido en sus pensamientos.

—Perdona —dijo, y volvió a carraspear. No porque lo necesitara, sino de puros nervios—. Para explicarte qué pasó con Toni, antes tengo que hablarte de mis padres. Supongo que te conté que eran empresarios. Que tenían franquicias de restaurantes, tiendas de ropa, y cosas así.

De reojo, la vio asentir. Sí, eso era lo que contaba a todo el mundo.

—Toda esa parte es cierta, y sigue siéndolo. Pero su negocio principal era otro. Eran... —se interrumpió, impresionado. Ese era un secreto que nunca había salido de casa. Nunca lo había contado a nadie, ni a sus mejores amigos, ni a ligues, ni siquiera a Laura. Nadie—. Eran traficantes de arte.



Ya está. Ya estaba dicho. Suspiró sin alivio, con el corazón latiéndole furiosamente. Miró a Sara, que se había girado para mirarlo con auténtico asombro.

—¿Perdona?

—Traficaban con arte, principalmente pintura y antigüedades.

Sara frunció el ceño.

—¿Te refieres a obras de arte robadas?

Javi asintió.

—Robadas, o expoliadas en restos arqueológicos.

—¿Y eso da dinero? —preguntó Sara.

Javi no pudo evitar sonreír ante tal muestra de inocencia.

—Sí. Además, su especialidad era colocar piezas en el mercado, que es una parte muy arriesgada. Se llevaban una buena comisión.

—Ah —fue la respuesta de Sara.

Parecía que le costaba un poco asumir lo que escuchaba. Seguía con el ceño fruncido, pensativa. A Javi le pareció que quería decir algo, pero no se atrevía. Se quedó en silencio, dándole tiempo para digerir la información.

—¿Y tú... tú sabías lo que hacían? —dijo ella finalmente.

Javi agradeció estar conduciendo en plena noche por un camino lleno de baches, porque le dio la excusa perfecta para fijar la vista al frente y contestar sin mirarla.

—Sí. Cuando nos conocimos hacía unos meses que había entrado en el negocio —confesó.

Ella asintió lentamente, como si estuviera comprendiendo algo.

—Te gustaba, ¿no?

—Me gustaba mucho —admitió Javi.

Sara volvió a asentir, como confirmando que ya esperaba esa respuesta. Javi deseó con todas sus fuerzas disponer de una ventana con vistas directas a la cabeza de Sara. Se moría de ganas de saber qué estaba pensando, pero su expresión neutra no dejaba entrever nada. Supuso que Sara estaba colocando piezas en su sitio, comprendiendo que a los veintidós él era ambicioso y le gustaba la sensación de estar al margen de la ley. Se sentía poderoso. Por encima de los demás porque nadie más conocía su secreto. Y con la conciencia tranquila porque no hacían daño a nadie. Sus únicas víctimas eran los coleccionistas estúpidos que pagaban precios desorbitados por algunas piezas, y sus enemigos la policía, que nunca conseguirían atraparlos. Sus padres, y él, eran demasiado listos.

Lo que Sara no podría deducir, sin embargo, era que en esa época hubo una persona que consiguió provocarle dudas sobre sus planes de vida.

Ella.

La última mañana que pasaron juntos, Javi se encontró pensando que quería estar con ella. Pasar los días y las noches con ella. Contarle todos sus secretos, incluido el de su «otra» vida. Pero sabía que ella nunca se sentiría cómoda con una vida como la suya, y encima su hermano estaba estudiando para policía. Se dio cuenta de que, si quería estar con Sara, la única opción era renunciar al futuro que había elegido para sí mismo. Entregarse a una vida completamente honesta.

Pensar en estas cosas lo asustó. Bueno, mejor dicho, lo aterrorizó. Él solo tenía veintidós años, y ella dieciocho. Y Javi no quería renunciar a la sensación de poder. Ni al dinero. Nunca ganaría tanto dinero trabajando honestamente. Se enfadó injustamente con Sara. ¿Cómo se atrevía a llegar y provocarle tal embrollo en la cabeza? Él tenía las cosas muy claras, no tenía ningún derecho a aparecer en su vida para llenarlo de dudas.

Así pues, la echó de su vida con toda la contundencia de la que fue capaz. Con una crueldad... salvaje.

«Para unos días estás bien, Sara, pero en realidad no eres mi tipo».

Todavía recordaba cada palabra de esa frase implacable. Igual que recordaba que, mientras la pronunciaba, el corazón le dolía y latía desbocado, como si intentara advertirlo de que algo no iba bien. Lo ignoró por completo, y durante un tiempo se felicitó por lo bien que lo había hecho, porque no volvió a tener noticias de Sara. Pero la realidad era que solo se felicitaba cada vez que pensaba en ella y sentía un pinchazo de decepción porque no había intentado contactarlo ni una sola vez.

—Ahora a la izquierda.

Javi había vuelto a quedarse ensimismado. Descubrió que estaban a punto de llegar al final del camino e incorporarse a una carretera asfaltada.

Carraspeó, abrumado por todos los recuerdos que, después de tanto tiempo encerrados, empezaban a campar libremente por su cabeza. Se esforzó por estar muy pendiente de la carretera, no solo por si algún coche los seguía, también porque le habían advertido que podían encontrarse con animales cruzándola o a personas caminando por el arcén, y con la oscuridad que ya había caído sobre la isla sería difícil verlos.

—Unos meses antes de que tú y yo nos conociéramos, el padre de Toni descubrió a qué nos dedicábamos. El padre de Toni... —Javi hizo una pausa y resopló, buscando las palabras adecuadas para definir a Matías Martín—. Es

un empresario que se mueve en varios sectores, sobre todo el de la construcción, y también en negocios menos legales. Las cosas siempre le han ido muy bien, principalmente porque tiene en el bolsillo a los políticos adecuados. Incluso a policías. Es manipulador, agresivo y, cuando no consigue lo que quiere, se pone hecho una fiera. De verdad, lo mejor que te puede pasar en esta vida es no cruzarte nunca con él.

—Perdona —intervino Sara—. En el próximo cruce tienes que girar a la derecha.

Javi asintió y continuó hablando:

—Aparte de empresario corrupto, Matías Martín es coleccionista de arte, con especial predilección por Picasso. Es de los que les gusta presumir de lo que tiene, pero hay una parte de su colección que no puede enseñar a nadie.

—¿Son obras de arte robadas? —intervino Sara con timidez pero con evidente interés—. Creo que es por aquí a la derecha otra vez. Después todo recto y ya deberíamos llegar.

Javi asintió mientras desviaba el coche.

—Le gusta tanto Picasso que está dispuesto a pagar fortunas por piezas que tendrá que mantener siempre escondidas —dijo—. No sé cómo, descubrió el negocio familiar, y nos pidió que le consiguiéramos un cuadro de Picasso. La respuesta fue un rotundo no, porque nosotros no organizábamos robos ni íbamos a admitir ante él lo que hacíamos. Obviamente, esa respuesta no le gustó. Se lo contó a Toni, que se enfadó porque yo se lo había mantenido en secreto y por el feo a su padre. Y así fue cómo se rompió nuestra amistad.

Sentía la atenta mirada de Sara sobre él, pero fingió no darse cuenta.

—El estira y afloja con Toni y su padre duró bastante tiempo. De hecho, Matías amenazó con delatarnos, pero se quedó en nada porque no tenía ni una sola prueba, aunque sabíamos que las estaba buscando —continuó explicando—. Un par de años después, mi hermano...

La voz se le rompió. Intuyó, más que vio, el fruncimiento de cejas de Sara.

—Carlos descubrió lo que hacíamos, y lo odió desde el minuto cero. Piensa que él quería ser periodista de investigación —Javi no pudo evitar sonreír con tristeza al pensar en ello—. Nunca he entendido cómo salió alguien como él de una familia como la nuestra. Siempre fue muy inocente. Yo empecé a sospechar lo que hacían mis padres a los catorce o quince años, pero él ni se enteró hasta los diecinueve. Y era un idealista, creía que el mundo se podía cambiar, y quería poner su grano de arena. Cuando descubrió

lo que hacíamos... Desde el primer día intentó convencernos de que lo dejáramos, que estaba mal. Se informó y nos explicó que mucho dinero proveniente del tráfico de arte acababa financiando el terrorismo, pero nosotros le decíamos que no era nuestro caso. Sin embargo, para él formábamos parte de eso igualmente.

Javi suspiró, recordando esos días. Carlos ni siquiera se había enfadado, sino que se mostraba tremendamente preocupado por su familia.

—No le hacíamos mucho caso, la verdad. Admito que yo incluso me burlaba un poco de él —admitió con pesar—. Es fácil burlarse de un idealista, ¿verdad?

Se quedó en silencio otra vez. No estaba perdido en sus pensamientos, sino reuniendo fuerzas para seguir hablando.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Sara de repente, en tono alarmado, toda la timidez olvidada. Seguramente empezaba a intuir una parte del final de su historia.

Javi apretó los labios y no contestó.

—Por esa época, Matías volvía a estar muy pesado con lo del maldito cuadro de Picasso. Y yo tuve una idea estupenda —dijo con amargura—, que a mis padres les encantó. Organizamos el primer robo de nuestras vidas, que consistió en robar un Picasso a Matías. No podía denunciarlo, porque ya era una pieza robada. Unos meses después, le anunciamos que habíamos encontrado un Picasso para él. Tenías que haber visto la cara de Matías. Nosotros nos hicimos los inocentes, pero no se lo tragó. Volvió a comprar el cuadro y nos dijo que nos arrepentiríamos de esto.

Tuvo la sensación de que la atmósfera del interior del coche se oscurecía y espesaba a medida que hablaba. El aire, de repente tan denso, le oprimió el pecho dolorosamente. Se obligó a seguir hablando.

—Dos semanas después, mi hermano apareció muerto. Asesinado.

De reojo, vio a Sara cubrirse la boca con una mano.

—Los Martín negaron tener nada que ver, claro, y la policía no tardó en decirnos que habían encontrado pocas pruebas que los ayudaran a resolver el caso.

—¿Matías había comprado a la policía? —preguntó Sara.

Él se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Pero sí sabíamos que nuestras vidas también estaban en peligro. Así que desaparecimos y dejamos el tráfico de arte. Era lo mínimo que podíamos hacer por Carlos.

Sí, teniendo en cuenta que habían matado a Carlos por su culpa, le debían hacerle todo el caso que no le habían hecho antes, pensó Javi con amargura.

Estuvieron bastante rato en silencio. Javi intentaba no ahogarse en la culpabilidad que volvía a apoderarse de él, y apenas se dio cuenta que Sara estuvo un buen rato mirándolo con la mano cubriéndole la boca.

—Lo siento, Javi. Sé que querías mucho a tu hermano —dijo Sara con tanta suavidad que fue como una caricia.

Una caricia que lo sorprendió y desarmó. Había esperado un silencio por parte de Sara que contuviera mudas recriminaciones, las mismas que se había hecho y se hacía a sí mismo. O peor, que intentara aliviarle la culpa argumentando que la decisión de pagarlo con Carlos había sido de los Martín, pero eso casi habría sido peor. Era culpa suya y punto.

Pero no, Sara le había ofrecido algo tan sencillo como la comprensión. Solo eso. No importaba de quién fuera la culpa. La cuestión era que había perdido a su hermano.

Javi tuvo que parpadear con fuerza para controlar los ojos que se le humedecían. Vio un desvío señalado con una pequeña señal en la que había escrito «Aeropuerto». Por lo que le habían dicho, por ese camino llegarían directamente a la pista de aterrizaje.

—¿Y después de tantos años todavía quieren vengarse de vosotros por... un cuadro? —preguntó Sara.

—Yo también pensaba que ya lo habrían dejado correr, pero siempre me quedaba la duda. Matías Martín... En fin, podría llegar a creerme algo así de él —admitió Javi—. Sin embargo... ¿Recuerdas lo que dijo Toni en la playa?

—No mucho, la verdad —confesó Sara, avergonzada.

—Dijo que nos atacaba para vengar a su hermano, por pagar lo de Carlos con Gabriel.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé —dijo Javi—. Si a Gabriel le hubiera pasado algo grave, nosotros nos habríamos enterado. En el hotel tuve tiempo de hacer una búsqueda rápida por Internet y no encontré nada.

—Y vosotros... —empezó a decir Sara, pero se interrumpió. Cuando Javi la miró, parecía bastante incómoda. La animó con la mirada—. Quiero decir... no te lo tomes mal, por favor, ¿pero vosotros le hicisteis... algo?

—¿A Gabriel? —preguntó Javi arqueando las cejas—. No. Nosotros traficábamos con arte, nunca habríamos hecho daño a nadie.

Las palabras le salieron con más dureza de la que pretendía y vio que Sara se encogía un poco en su asiento.

—Perdona —dijo Javi—. Es una pregunta justa, es solo que... el tema me tiene un poco desconcertado.

Tal y como le había explicado su madre, la pequeña carretera los condujo hasta un lateral de la pista. Una vez allí, divisó un pequeño y lujoso avión, el mismo que le habían dicho que los estaría esperando.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Sara. A pesar de la disculpa, sus palabras secas la habían vuelto a sumir en esa actitud de casi no atreverse a preguntar.

—Pues tenemos que averiguar qué demonios ha pasado con Gabriel Martín. Hasta que no lo hagamos, no podremos ver qué hacemos para sacarte de este embrollo —explicó Javi. Y añadió—: Siento mucho haberte metido en esto, Sara.

Ella no contestó, cosa que lo decepcionó. Pero sentirse así era absurdo. ¿Qué esperaba que le respondiera? *¿Tranquilo, ser amenazada de muerte es mi pasatiempo favorito?* Estaba siendo ridículo.

Detuvo el coche delante del avión, que tenía la pequeña puerta abierta. Pocos segundos después, dos figuras emergieron de él. Tal y como había temido, se trataba de Cánovas y Domingo.

Había llegado la hora de enfrentarse a su pasado.

## 13

Sara apenas se fijó en el avión privado que ocupaba la solitaria pista de aterrizaje. Sentía la cabeza a punto de estallar. ¿Cómo había acabado en esta situación?

Primero había pretendido resolver un misterio. Cosa que había hecho de pena, por cierto, porque Javi había conseguido engañarla.

Después había pretendido ser quien no era. Había querido creer que podía ser lanzada, atrevida, una Sara capaz de gustar e interesar a los hombres que la atraían, una Sara que tenía un lío de una noche y después seguía con su vida sin mirar atrás. Eso también había salido de pena.

Finalmente, había metido la pata de manera escandalosa al huir de Javi y lanzarse a los brazos de los tipos que la habían atacado. Eso sí que era lucirse. Si no hubiera aparecido Javi para rescatarla... ni se atrevía a pensar dónde estaría ahora.

Es decir, ¿que ella se lo había buscado? Estaba confusa, le costaba pensar con claridad, pero esa era la sensación que tenía. Culpa suya y solo suya.

Y encima, Javi había añadido a su confusión todas esas palabras que parecían sacadas de una película de mafiosos. Traficantes de arte, empresarios corruptos, robos de obras de arte, asesinatos, venganzas, amenazas de muerte.

Amenazas de muerte.

Una amenaza de muerte pesaba sobre su cabeza.

Hasta ese momento no fue verdaderamente consciente de ello. Primero había estado demasiado borracha y perpleja, y después demasiado preocupada creyendo que la había secuestrado un ex amante pirado. Pero ahora... era todo lo que quedaba.

Un tipo quería asesinarla, y todo por una absurda confusión.

Se sintió pequeña, muy pequeña y asustada, y echó de menos a Adam. Y a sus amigas. Incluso a Hugo. Ellos siempre la habían protegido.

Intentó tragar saliva, pero no lo consiguió. Se le había hecho un nudo en la garganta que también le impedía respirar bien.

El sonido de la puerta de Javi abriéndose la sobresaltó, pero la ayudó a centrarse en lo que tenía delante. Se habían detenido ante el avión, del que habían descendido dos hombres. Ambos tenían algo menos de sesenta años. Uno de ellos llevaba gafas y, a pesar de ofrecer un aspecto algo delicado, acrecentado por su piel tan blanca, se movía enérgicamente. El otro era fornido, de piel bronceada y aspecto tranquilo. Parecía de esas personas que no hablan mucho.

Javi se acercó a los dos hombres, que lo miraban sin esconder la emoción. Sara los escuchó hablar a través de la ventanilla un poco abierta.

—No hacía falta que vinierais —dijo Javi.

—Javi, cómo se te ocurre pedirnos que no vengamos a ayudarte. Ven aquí —dijo el hombre de las gafas con la voz rota, y lo abrazó.

Javi le devolvió el abrazo, y a Sara le pareció que lo reconfortaba. Después abrazó al otro hombre. Aunque este no abrió la boca, el sentimiento que había en ese abrazo era evidente.

—Si la situación fuera otra, te retorcería el pescuezo con mis propias manos. Y a tus padres —decía el de las gafas—. Nueve años... ¿Cómo se os ocurre desaparecer así?

—Creíamos que era la única manera —respondió Javi.

—¿Desaparecer sin ni siquiera despediros?

—Desaparecer para que no hicieran daño a nadie más. Ni a nosotros ni a la gente que nos importaba.

Durante unos segundos, reinó el silencio.

—¿Qué podemos decir a eso? —dijo el hombre fornido con una sonrisa triste.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los tres hombres se giraron hacia Sara, que se vio obligada a descender del vehículo. Si por ella fuera, se habría quedado ahí encerrada para siempre.

Los amigos de Javi la miraron alarmados. Seguramente habían descubierto la sangre que le cubría parte del brazo y las rodillas magulladas. Suponía que el vestido no ofrecía mejor aspecto.

—¿Qué ha pasado?

—Sara, este es Domingo —dijo Javi, señalando al hombre fornido. Después señaló al hombre de las gafas—: Y este es Daniel.

—Sí, pero casi todo el mundo me llama por mi apellido: Cánovas —dijo este, observándola con preocupación.



Sara se limitó a asentir, porque era incapaz de hacer otra cosa. El nudo en la garganta seguía ahí y le impedía respirar con normalidad. La sensación empeoró cuando Javi resumió (y ella recordó) lo sucedido con los dos hombres, aunque evitó mencionar que ella primero lo había atacado e intentado huir.

Después de eso, Sara no se enteró de mucho más. Solo era capaz de prestar atención al incómodo nudo en la garganta y al miedo. Miedo por lo que había sucedido y por lo que podría suceder.

Un tercer hombre emergió del avión y, después de que Domingo hablara con él y le entregara algunos billetes, subió al coche y se alejó. Después, subieron al avión, se sentaron y se abrocharon el cinturón.

El despegue no le sentó bien. Le pareció que el estómago se estampaba contra su garganta y empezó a sentir náuseas. Una detrás de otra. Cerró los ojos y durante largos minutos se esforzó por controlarlas, pero era una batalla perdida.

Iba a vomitar.

Necesitaba un baño. Pero no hacía mucho que habían despegado. ¿Podía levantarse ya? Miró a su alrededor, buscando la típica lucecita que indica si es seguro desabrocharse el cinturón de seguridad. No había ninguna.

—Sara.

Descubrió que Javi estaba sentado delante suyo, en un asiento enfrentado. La miraba con preocupación.

—Necesito el lavabo —consiguió farfullar Sara.

—Ahí detrás —dijo Javi, señalando hacia la parte posterior del avión.

—¿Puedo...?

—Sí, ya es seguro.

Antes de que Javi acabara la frase, Sara ya se había desabrochado el cinturón, se levantó y corrió hacia el lavabo. Entró, cerró la puerta con pestillo, se sorprendió de lo grande que era y de que tuviera ducha, y se abalanzó hacia la taza del váter. Abrió la tapa justo cuando las arcadas pudieron más que ella, pero no llegó a salir nada. Todo se quedó en un desagradable y doloroso intento de su cuerpo de expulsar el exceso de emociones, pero en su estómago no había nada para expulsar. Hacía más de veinticuatro horas que no comía.

Sin embargo, lágrimas sí que tenía. Un montón. Acabó sentada en el inodoro, llorando desconsoladamente por el miedo que había pasado, por el miedo que seguía sintiendo, por lo que Javi le había contado y por su incapacidad de valerse por sí misma. Lloró y lloró, hasta que los ojos le

escocieron y debía de tenerlos como dos tomates de tan rojos. Pero al menos le sentó bien físicamente, porque el nudo de la garganta se deshizo y las náuseas desaparecieron, aunque seguía asustada y debía admitir que sentía algo de pena por sí misma. Se sentía frágil.

Alguien llamó a la puerta con suavidad.

—Sara, ¿estás bien? —escuchó preguntar a Javi.

—Sí, un momento —consiguió responder con la voz más temblorosa de lo que le habría gustado.

Se acercó a la pila para lavarse la cara. Cuando se vio en el espejo, casi gritó del espanto. Estaba despeinada, con la cara y el brazo sucios de sangre, y los ojos enrojecidos se le habían hinchado tanto que parecían haber doblado su tamaño. Parecía un sapo.

Después de lavarse y secarse la cara, abrió la puerta. Mantuvo la vista entre el pecho y los pies de Javi, porque la avergonzaba que viera que había estado llorando como una magdalena.

—Estoy bien. Solo necesito... —empezó a decir.

—¿Quieres ducharte? —la interrumpió él con suavidad—. Me han dicho que hay toallas en ese armario. Y, eh, en el hotel te cogí algo de ropa. Toma.

Sara levantó un momento la vista y lo descubrió entregándole un montón de ropa con expresión avergonzada. Ella lo cogió.

—Gracias. Sí que me ducharé —dijo ella.

—Lávate bien la herida, ¿vale? Después acabaré de curártela.

Sara asintió y le cerró la puerta en las narices. Estaba tan sensible que la atenta consideración de Javi la había llevado al borde del llanto.

No recordaba haber tomado una ducha en toda su vida que le sentara tan bien. El agua templada la reconfortó, y la sensación de limpieza en el cabello, en la piel, y en la ropa limpia que se puso le sentó de maravilla. El corte en el brazo y el considerable rasguño en la rodilla eran un doloroso recordatorio de la situación en la que se encontraba pero, a pesar del miedo, se veía con más fuerzas de enfrentarse a ella. Además, cuando acabó ya no tenía los ojos de un sapo. Todavía los tenía un poco enrojecidos, pero al menos su llorera ya no era tan evidente.

Cuando abandonó el baño, Javi la esperaba en el asiento contiguo al suyo con un botiquín en el regazo. Domingo y Cánovas no estaban en sus asientos, pero le pareció escuchar voces y ruidos que provenían de la zona que debía de albergar la cocina.

Sara dejó el montón de su ropa encima de otro asiento y se sentó al lado de Javi.

—¿Estás mejor?

Ella enrojeció un poco, avergonzada.

—Sí, perdona...

—Deja de disculparte, Sara. Estás en esto por mi culpa, y soy yo el que tiene que disculparse —la interrumpió él, firme pero sin agresividad. La miró fijamente a los ojos—. No voy a dejar que te pase nada.

—Lo sé —dijo ella.

La sorprendió la rapidez con la que había contestado.

Pero, por algún motivo, confiaba en él.

No creía que fuera solo porque la había salvado de los dos tipos.

Quizá era porque todas las piezas encajaban. Comprendió por qué Javi parecía haber cambiado tanto y no lo había reconocido. Era la máscara que había adoptado al tener que esconderse y por culparse de la muerte de su hermano.

Sara se entristeció. Todos esos años, Javi no debía de haber sido muy feliz.

Se preguntó si Javi se había limitado a adoptar esa máscara o si realmente se había fusionado con ella, convirtiéndose sin remedio en ese Javi tan distinto. Ese último pensamiento también la apenó.

Pero podría ser que el «viejo» Javi no se hubiese ido del todo, porque en algunos momentos puntuales ella había visto aquellos destellos en su mirada que le recordaban a él. Además, que se hubiera enamorado de una mujer como Laura era bastante significativo. Una luchadora nata, seguramente con mucho carácter, puede que también con un punto algo salvaje.

Con tristeza, Sara también comprendió por qué Javi la había rechazado tantos años atrás.

«Para unos días estás bien, pero en realidad no eres mi tipo».

¿Por qué recordaba esas palabras tan bien y seguían hiriéndola tanto? ¿Y cómo se había atrevido a pensar que Javi era soso, si ella a su lado parecía una simple ostra, aburrida y estática? Claro que no era su tipo. Ni nunca lo sería.

Carraspeó, incómoda. No sabía a santo de qué pensaba ahora esas cosas. Lo suyo con Javi había pasado hacía siglos, y los besos en la playa no habían sido nada. Tan solo algo entre dos borrachos necesitados de consuelo. Él echaba de menos a Laura y ella necesitaba olvidar que no era el tipo de los hombres que le gustaban. Porque, al fin y al cabo, eso era lo que también había sucedido con Hugo.

Descubrió que Javi todavía la miraba fijamente.

—¿Confías en mí? —preguntó.

Aunque él no lo dijera en voz alta, Sara intuyó que quería una respuesta sincera. Se la dio:

—Creo que esto es de locos, pero confío en ti.

Él agradeció su respuesta con una sonrisa franca.

—Al menos el día acaba teniendo algo bueno —dijo.

Sara se puso como un tomate. Afortunadamente, Javi enseguida centró su atención en abrir el botiquín. Echó un vistazo a las heridas del brazo y la rodilla y extrajo unas cuantas gasas que empapó con un desinfectante.

—Puedo hacerlo yo —dijo Sara.

Él ni contestó. Con delicadeza, procedió a aplicar las gasas encima de la herida del brazo. Sara procuró no moverse, pero no consiguió esconder una mueca de dolor porque la zona estaba bastante sensible. Javi frunció el ceño.

—Perdona —dijo, intentado ir todavía con más cuidado.

—No pasa nada.

Había algo muy íntimo en el hecho de que Javi le curara las heridas. Demasiado íntimo. «Tan íntimo como que husmeara entre mi ropa para ver qué se llevaba», pensó al ver el montón que había dejado encima del otro asiento, que incluía bragas y sujetadores.

—¿Qué va a pasar con el hotel? —preguntó de repente. Hasta ahora no había caído en ello—. ¿Y con la ropa que sigue ahí?

—Mi madre ya ha llamado haciéndose pasar por ti y les ha contado una excusa de un viaje improvisado —dijo Javi—. Enviarán tu equipaje a la dirección que les ha dado. Mis padres tardarán unos días en recuperarlo porque de ahí lo enviarán a otro sitio, y de allí a otro, y así varias veces y a nombres distintos. Es para evitar que le sigan el rastro. Pero te lo devolveremos todo. Y también te pagaremos lo que te cobre el hotel, lo han cargado a tu tarjeta.

—Ah, muy bien —dijo ella, sorprendida por la efectividad.

—Hay algo más... —dijo Javi mientras pasaba a cubrirle las heridas con unos apósitos autoadhesivos—. Supongo que vas hablando con alguien en casa...

Sara comprendió a dónde quería ir a parar. Valoró la posibilidad de parar de escribir o llamar a Adam. Si su hermano dejaba de recibir noticias suyas, o si recibía cualquier mensaje extraño, no tardaría en plantarse en Providenciales. ¿Le convenía hacer algo así?

Lo descartó enseguida. Acababa de afirmar a Javi que confiaba en él. Además, si Adam descubría su verdadera identidad y su pasado, estaría metido en un buen lío. Por ahora, daría una oportunidad a Javi.

—Debería escribir o llamar a Adam cada día. A mis amigas con escribirlas un mensaje de vez en cuando es suficiente —dijo.

Javi metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo el móvil de Sara, que le entregó.

—¿Crees que hoy será suficiente con escribir a tu hermano? Pronto estaremos sin cobertura.

Sara asintió. Mientras Javi recogía el botiquín y las gasas sucias, ella escribió un escueto mensaje a Adam diciéndole que estaba bien, que había decidido mantenerse muy ocupada y que pronto lo llamaría.

—¿Quieres quedártelo? —preguntó a Javi cuando acabó, mostrándole el teléfono.

—No —contestó él con el ceño fruncido.

Sara comprendió que era su manera de decirle que no era su prisionera y no iba a controlarla. Tuvo que admitir que eso la ayudó a sentirse un poco más segura.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Sara.

Pero se interrumpió y las palabras desaparecieron de su cabeza porque fueron sustituidas por un aroma tan delicioso que tuvo que resistirse para no salir corriendo en busca de su origen. Hasta ese momento no se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Cuando su estómago rugió escandalosamente, Javi rio por debajo de la nariz.

—¿Tienes hambre?

Sara asintió abriendo exageradamente los ojos, y Javi volvió a reír.

—Vamos —dijo, señalando cuatro asientos enfrentados que había en la parte anterior del avión.

Al acercarse, Sara descubrió que la mesa que había entre los asientos ya estaba preparada con platos, vasos, cubiertos, servilletas y botellas de agua. Justo cuando estaban acabando de sentarse, Domingo y Cánovas salieron de la cocina cargados cada uno con dos fuentes llenas de comida. Cánovas depositó con cuidado un pastel de carne y un pastel de pescado. Nada más verlos, a Sara se le hizo boca agua. Domingo dejó una ensalada y una tarta de chocolate, cubierta con una salsa también de chocolate, que tenía un aspecto divino. Después, los dos hombres se sentaron a la mesa, mirándola.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Cánovas con amabilidad.

—Sí, gracias —dijo Sara, intentando sonreír.

Tanto Cánovas como Domingo debieron de creerla, porque asintieron satisfechos. Después, Cánovas se colocó bien las gafas y miró a Javi.

—Mientras comemos quiero que nos expliques bien qué ha sucedido — dijo, procediendo a cortar los pasteles—. En principio tus padres nos han puesto al día, pero seguro que se ha quedado algún detalle por el camino.

Javi asintió y dijo:

—Sí, de hecho hay algo importante que no les he contado.

Todos miraron a Javi con curiosidad.

—Vale. Empieza por el principio —pidió Domingo.

Mientras se servían y empezaban a comer, Javi inició su relato. Sara notó que intentó pasar por encima de cómo habían acabado juntos, en mitad de la noche, en una playa de Providenciales, pero generó otras preguntas.

—¿También habías viajado sola a Providenciales? —intervino Cánovas, genuinamente sorprendido.

Sara asintió, poco deseosa de dar detalles de los motivos de su viaje.

—Pues ya es casualidad que coincidierais allí. Creía que era un destino turístico más bien familiar. Y para recién casados —comentó Cánovas.

Algo debió de revelarse en sus expresiones, porque los dos hombres los observaron con atención.

—¿Qué? —dijo Cánovas.

Javi carraspeó, incómodo. La miró, como pidiéndole permiso para dar ciertos detalles. Ella asintió.

—Imagino que papá y mamá os contaron que en principio yo tenía que estar en Providenciales con mi... exprometida —dijo Javi.

Los dos hombres asintieron.

—Siento lo que pasó —dijo Domingo.

—Sara también tenía que estar allí con su exprometido.

—Lo siento mucho —dijo Cánovas.

—Su exprometido es el policía junto al que Laura fue secuestrada. Es muy posible que ya estén juntos. Nuestras lunas de miel coincidían en Providenciales, aunque no lo sabíamos, y los dos decidimos hacer el viaje igualmente, y nos encontramos allí por casualidad —soltó Javi antes de que Sara tuviera tiempo de forzar una sonrisa.

Cánovas y Domingo se quedaron, literalmente, boquiabiertos.

—Ya veo... —dijo Cánovas cuando se recuperó—. Y una cosa llevó a la otra y...

De reojo, Sara vio que Javi asentía para dar el tema por zanjado. Ella también asintió, aunque con menos seguridad, cosa que volvió a llamar la atención de los dos hombres.

—¿No fue así? —preguntó Cánovas.

—Bueno, a mí Javi me sonaba de antes y... —confesó, apurada.

Cuando miró a Javi, porque no sabía si era sensato hablar más o no, lo descubrió observándola con una sonrisa entre divertida y burlona que le recordó al Javi de veintidós años. Fue extraño, y le provocó un curioso pinchazo en el pecho. Como si un recuerdo hubiera despertado bruscamente con un pequeño latigazo.

—Me reconoció y vino a hablar conmigo para ver si conseguía desenmascaramme —explicó Javi.

Sara enrojeció. Así que se había dado cuenta.

—Estuviste a punto de pillarme con lo de Kurt Russell y *L.A. Confidential* —añadió Javi, sin perder esa sonrisa.

Ella no logró retener una sonrisa pícaro, y Javi rio suavemente.

—Esto es interesante —dijo Cánovas—. Entonces vosotros ya os conocíais. ¿Cuándo...?

—Hace doce años —dijo Javi. A Sara la sorprendió que contestara con tanta rapidez—. Ella vino a pasar unos días de vacaciones a la ciudad. Fue entonces, pero después... eh, perdimos el contacto.

Algo en las palabras de Javi llamó mucho la atención de Cánovas, que arqueó las cejas.

—¿Hace doce años? Eso fue el verano que tú cumpliste... —dijo, inclinándose hacia Javi.

—Veintidós años, pero no veo...

—¿Y estuvisteis saliendo unos días? —lo interrumpió Cánovas—. ¿Eres la chica que vino con sus amigas?

Ahora la que se quedó boquiabierto, y roja como un pimiento, fue Sara. Asintió, y fue testigo de la mirada cómplice que intercambiaron Domingo y Cánovas, quienes después volvieron a mirarla como si acabaran de descubrir algo muy importante. No entendía qué estaba pasando.

—Todo eso no tiene nada que ver con lo que ha pasado ahora —intervino Javi, irritado—. Toni Martín apareció de la nada en Providenciales e intentó matarme. Y, cuando no lo consiguió, nos amenazó de muerte a los dos porque creyó que Sara es mi mujer.



—¿Cómo te encontró Toni en Providenciales? Me parece demasiada casualidad que también coincidierais allí —dijo Cánovas.

Javi se encogió de hombros, dando a entender que no tenía ni idea.

—Saliste en la tele —dijo Sara.

—¿Cómo? —preguntó Javi, sorprendido.

—Alguien nos grabó en la puerta del hospital la noche que Laura y Hugo regresaron —explicó ella—. A Hugo y a mí no se nos veía, pero a ti y a Laura sí.

—Vale, pues misterio resuelto —dijo Javi con evidente fastidio.

—A mí lo que me sorprende es el ataque de Toni —dijo Domingo—. Hace muchos años, y el chico parece limpio. Ha montado su propio negocio y no creo que esté metido en los temas de su padre.

Javi escuchó las palabras de Domingo con expresión escéptica.

—Aquí es dónde llega lo que no he contado a mis padres —dijo—. Toni volvió a decirme que ellos no tocaron a Carlos, y nos acusó de vengar su muerte haciendo daño a su hermano.

—¿A Gabriel?

Era evidente que ni Cánovas ni Domingo sabían de qué hablaba.

—¿Dónde está Gabriel Martín? —preguntó Javi.

Los dos hombres, desconcertados, tuvieron que pensárselo unos instantes.

—Hace años que se fue de la ciudad. No mucho después que vosotros, de hecho —dijo Domingo—. Supongo que visita de vez en cuando a su familia, pero como nos relacionamos muy poco con Matías hace mucho que no lo veo.

—Yo tampoco. Siempre he pensado que el chico fue inteligente y se apartó del loco de su padre —dijo Cánovas.

Javi se quedó pensativo, ordenando sus pensamientos.

—Vale, a ver —dijo finalmente—. Necesitaría hacer varias cosas.

—Dispara —dijo Cánovas.

—Quiero poner protección a Laura. Si a los Martín se les ocurre mirar el vídeo otra vez y se fijan en que allí aparecemos juntos, podrían ir a por ella —dijo Javi—. Protección invisible, que ella no se entere. No sabe nada de esto.

—No hay problema —dijo Cánovas mientras Domingo asentía.

Para Sara, la preocupación con la que Javi habló de Laura evidenciaba lo mucho que todavía la quería, y la hizo sentirse culpable respecto a Hugo. Ella solo había necesitado unos días para pasar página. ¿Qué tipo de persona era, que solo necesitaba unos días para olvidar al hombre con el que iba a casarse después de diez años de relación?

Afortunadamente, Javi siguió hablando y ella pudo dejar de pensar en cosas a las que no quería enfrentarse.

—¿Podemos averiguar el paradero de Gabriel?

—Puedo hacer algunas llamadas —dijo Domingo, y esta vez fue Cánovas quién asintió.

—Genial. Y necesito trapos sucios, con pruebas, de los Martín. Si tenemos algo con lo que chantajearlos, puede que nos dejen en paz...

—Estás hablando de Matías Martín, Javi. No seas ingenuo —dijo Cánovas.

—O quizá nos consiga tiempo mientras buscamos otra manera de resolver todo esto —insistió Javi.

—Los trapos sucios todos los conocemos, pero conseguir pruebas ya es otra cosa. Pero lo intentaremos —dijo Domingo.

—¿Algo más? —preguntó Cánovas.

—Ya he dicho a mis padres que de momento se queden en casa y que vayan con cuidado. Queda por ver dónde nos alojaremos Sara y yo.

—Ya hemos pensado en eso —dijo Domingo—. Tengo una casa...

—Quiero estar en la ciudad —lo interrumpió Javi.

—Es peligroso, Javi. Si los Martín os están buscando, es mejor que estéis lejos de su terreno —dijo Domingo.

—Quiero estar en la ciudad —insistió Javi—. No pienso encerrarme en el quinto pino mientras vosotros nos hacéis el trabajo.

Los dos hombres miraron a Javi con los labios apretados. Era evidente que no iban a hacerlo cambiar de idea.

—Mi casa no es suficientemente segura —dijo Domingo.

—La mía sí. Sigo viviendo en la urbanización cerrada y con seguridad las veinticuatro horas, pero... —dijo Cánovas sin esconder que la idea no le gustaba.

—Aceptamos tu ofrecimiento. Gracias, Cánovas —lo interrumpió Javi.

Cánovas puso los ojos en blanco.

—Pero tenéis que prometerme que no saldréis de casa hasta que este lío esté resuelto.

—No soy tan imprudente, Cánovas —dijo Javi.

Cánovas resopló, incrédulo, y Domingo rio por debajo de la nariz, pero no dijeron nada más. Un rato después, los dos hombres se habían sentado en asientos separados y apartados y estaban enfrascados hablando por teléfono. Mientras, Javi y Sara comían en silencio un trozo de tarta que estaba tan deliciosa que Sara podría echarse a llorar.

—¿De dónde ha salido toda esta comida? —preguntó.

Llevaba rato pensando que era imposible que fuera comida de avión, ni siquiera de uno de lujo.

—Estoy seguro de que lo ha preparado todo Cánovas. Le gusta mucho cocinar y siempre tiene comida en la nevera. Tiene siete hermanos y tropecientos sobrinos que lo visitan muy a menudo —explicó Javi.

—¿A qué se dedican? —dijo Sara, mirando a los dos hombres que hablaban por teléfono.

—Son empresarios. Tienen tantos negocios y tocan tantas áreas que hace nueve años ya había perdido la cuenta, así que imagínate ahora.

Sara asintió. Es decir, que eran empresarios de mucho éxito. Eso explicaba cómo habían podido pagar ese avión privado tan lujoso. También la seguridad que emanaban, como si fueran capaces de conseguir cualquier cosa.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos colgaron el teléfono y regresaron a la mesa.

—La protección para Laura ya está en marcha —anunció.

—Gracias —dijo Javi, claramente aliviado.

—Yo he conseguido que me pasaran el contacto de un ex empleado de Matías Martín. Fue su guardaespaldas, y me ha contado algo interesante —dijo Domingo—. Empezó a trabajar para él hace unos siete años, y en todo el tiempo que estuvo allí nunca vio a Gabriel ni lo escuchó mencionar. Era como si no existiera. Es más, le contaron que, un par de años antes, todos los trabajadores empleados en casa de Matías fueron despedidos, pero que los indemnizó muy bien y los ayudó a conseguir buenos empleos, así que nadie se quejó. Al parecer, contrataron a todo el personal de cero.

—¿Y por qué haría algo así? —preguntó Javi.

—Las malas lenguas en casa de Matías dicen que mató a su propio hijo.

Todos lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Pero... —dijo Javi, que parecía estar alucinando. Algo no le cuadraba—. Matías Martín siempre ha sido un cabrón, pero algo bueno sí que tenía: adoraba a su familia. A sus hijos los trataba muy bien, y cuando su mujer murió se quedó hecho polvo. Toni me lo contó. No me cuadra que hiciera daño a Gabriel.

—Si vieras cómo está ahora, no pensarías lo mismo —dijo Cánovas.

—¿Por?

—Está... hace algún tiempo coincidí con él en una fiesta, y daba miedo. Parecía medio loco. Eso siempre ha tenido que estar ahí, Javi.

Este seguía sin parecer convencido.

—¿Matías mató a Gabriel e hizo creer a Toni que era cosa nuestra? —dijo Javi, muy escéptico.

—Era fácil haceros cargar con la culpa. No estabais —dedujo Domingo.

—¿Pero cómo puede ser que nadie esté seguro de qué le ha pasado a Gabriel? Y si le pasó algo grave, ¿por qué los Martín no fueron a la policía? —insistió Javi—. No sé, aquí hay algo que no cuadra.

Domingo y Cánovas sopesaron sus palabras. Sara no dijo nada, pero pensó que Javi tenía razón. En todo ese asunto había algo extraño.

—Tengo contactos en la policía. Cuando llegemos a casa hablaré con ellos a ver si saben algo de Gabriel. También sobre los trapos sucios de Martín —dijo Domingo.

—Yo también preguntaré a algunas personas —dijo Cánovas—. Y ahora aprovechad para descansar. Nosotros recogeremos la mesa.

Unos minutos después, Sara estaba tumbada en su asiento, que se recostaba casi del todo. Se estremeció y encogió un poco porque tenía frío. Pero los párpados le pesaban. Después de todo lo sucedido, de su llorera, de la conversación que acababa de escuchar, tenía la cabeza como un bombo. Ya ni siquiera tenía miedo. Solo confusión y agotamiento.

Alguien le echó una manta por encima. Abrió los ojos que no sabía que había cerrado. Era Javi. Sara sonrió, soñolienta.

—Gracias —susurró.

Javi se acuclilló a su lado.

—Te prometo que lo arreglaremos —dijo.

A través de las brumas del sueño que se apoderaba de ella, Sara percibió que tras la seguridad con la que Javi había hablado también había duda, impaciencia, inquietud. Estiró la mano y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Ya verás cómo acabarás encontrando una explicación. Ten solo un poco de paciencia —murmuró.

Se dio cuenta entonces de que había acariciado a Javi. ¿Por qué lo había hecho?

Pero ya no pudo pensar más en ello y pronto lo olvidó, porque los ojos se le cerraron y se quedó profundamente dormida.

\*

Javi se quedó unos largos segundos observando a Sara. En cuanto se quedó dormida, su rostro perfecto se relajó y le recordó más que nunca a la Sara de dieciocho años que todavía tenía los rasgos un poco añiados. En el

barco, donde ella al fin había caído en un sueño profundo y tranquilo, le había pasado lo mismo, y volvió a sentir la misma inquietante opresión en el pecho. Se sumaba al agradable cosquilleo que todavía le chispeaba en la mejilla, allí donde los dedos de Sara lo habían acariciado.

Seguía perplejo. Con los años, se había vuelto muy bueno escondiendo sus emociones. Cuando le había prometido que arreglarían el embrollo en el que la había metido, había procurado hablar con toda la seguridad y serenidad del mundo, pero ella había detectado la impaciencia que lo carcomía por dentro. Quería sacarla ya de este peligro. Y quería respuestas sobre Gabriel, sobre Toni y, por extensión, sobre la muerte de Carlos. Un desagradable presentimiento había empezado a tomar forma en su cabeza.

Claro que Sara siempre había sido capaz de leer más allá de lo que él mostraba o decía. Desde el primer día. Todavía recordaba con claridad la primera vez que le habló del trabajo de sus padres. Ella tuvo la acertada impresión de que no se lo había contado todo.

También podría ser, simplemente, que estuviera sacando las cosas de quicio. Hacía mucho tiempo, desde que se había sumido en su nueva vida aburrida y oscura, que no se enfrentaba a una impaciencia así, y le estaba costando mucho controlarla. Sí, era por la falta de costumbre, solo eso.

Pero al volver a observar a Sara tuvo que admitir que, desde que se había reencontrado con ella, todas sus emociones (y algunas partes de su cuerpo) parecían un poco fuera de control.

Suspiró, agobiado, y fue a acostarse a un asiento desde el que no pudiera verla. Si no, no conseguiría pegar ojo. Pero la maldita se le presentó en sueños como una tentadora ninfa del bosque que se escabullía de él cada vez que sus dedos estaban a punto de rozarla, perdiéndose en un tupido laberinto de suaves hojas y flores de intenso aroma.

Cuando Javi despertó, horas después, todavía estaba cansado y, por encima de todo, frustrado por culpa de su sueño.

Cánovas y Domingo lo tenían todo planificado. Con tal de asegurarse de que su rastro era difícil o imposible de seguir, aterrizaron en un aeropuerto del sur de Portugal, donde alquilaron un coche y emprendieron el camino de regreso a su antigua ciudad. Al cabo de un par de horas, cambiaron de coche. Dos horas más tarde, volverían a hacerlo.

Javi no tardó en comprobar que Cánovas y Domingo no habían cambiado. Cánovas seguía siendo el alma de la fiesta y un organizador nato, mientras que Domingo seguía siendo callado e introvertido, y seguía transmitiendo esa sensación de apaciguadora seguridad.

Cánovas se propuso mantenerlos entretenidos, un detalle a agradecer, aunque Javi habría preferido que no lo hiciera a costa de explicar a Sara casi todas las trastadas que Javi había cometido entre los dos y los veinte años, que no eran pocas. Ella, que había entrado definitivamente en modo timidez, apenas abría la boca y escuchaba con educada atención y una sonrisa contenida.

Javi se preguntó qué estaría pasando por su cabeza. O quizá mejor no saberlo. Teniendo en cuenta que ella debía de odiarlo como el fuego al agua, conocer sus pensamientos no lo ayudaría a sentirse mejor. Además, seguro que aparecería por allí el cabrón del policía que la había abandonado. No dudaba que ella lo echaba de menos con locura pero, cada día que pasaba, Javi tenía más ganas de partirle la cara al tipo ese.

Qué fuerte, ¿de dónde salían esos impulsos tan violentos?

Era cierto que, desde que habían aterrizado en Portugal, Javi navegaba por un estado anímico peculiar. Espinoso y sensible a la vez. A la impaciencia que lo acosaba se le sumaba la inquietud por estar regresando a casa. Despertaría recuerdos. Y dolería. De hecho, las narraciones de Cánovas ya

empezaban a remover algo. Carlos había estado implicado en algunas de esas anécdotas.

Javi respiró hondo, intentando controlar su cabeza. No quería recordar tanto. No quería sentir.

—... y como a Javi no le gusta recibir un «no» por respuesta, pues decidió *coger prestada* la moto de mi hermano. Tenía trece años, así que puedes imaginar cómo acabó la cosa. En la primera curva derrapó y acabó debajo de un camión aparcado con las dos piernas rotas —contó Cánovas, haciéndole revivir uno de los momentos más humillantes de su vida—. ¿Y sabes qué dijo cuando fuimos a sacarlo? Pues que prefería quedarse un rato ahí, que estaba bastante cómodo.

Javi puso los ojos en blanco y Cánovas y Domingo se echaron a reír. Sara lo miró, esforzándose por reprimir una sonrisa.

—Puedes reírte, creo que a día de hoy lo he superado —dijo Javi.

—Pues nadie lo diría —dijo Sara, ahora sí, riéndose con suavidad.

Las risas lo acompañaron hasta la siguiente oficina de alquiler de coches. Mientras Domingo y Cánovas se encargaban de alquilar un nuevo vehículo, ellos esperaron en el que todavía no habían devuelto.

Javi se mantuvo en actitud aparentemente relajada, pero en realidad estaba muy atento a la posible aparición de Toni o algún esbirro con malas intenciones. Era poco probable, pero él nunca bajaba la guardia.

De reojo, vio que Sara lo observaba mientras se mordía el labio. Seguramente quería preguntarle algo, cosa que le parecía bien, pero ojalá dejara de morderse el labio así. Le recordaba a la ninfa de sus sueños y a otros momentos que no le haría ningún bien recordar.

Al fin, ella se animó.

—¿Qué has hecho estos nueve años? —preguntó.

Él se encogió de hombros, sabedor de que hablar de eso era como caminar sobre arenas movedizas. No quería que Sara se enterara de ciertos... detalles.

—Solo intenté hacer las cosas bien —se limitó a contestar.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes cómo era. Procuré dejar de ser tan... —se interrumpió, buscando la palabra adecuada. ¿Cabrón? ¿Gilipollas? No se decidió por ninguna—, ya sabes, y hacer las cosas bien. No quería hacer daño a nadie más.

Ella abrió la boca para decir algo, pero se lo repensó.

—¿Y qué hiciste para intentar hacer las cosas bien? —insistió.

—Nada especial. Dejé mi ciudad, encontré un trabajo...

—Ya es casualidad que acabáramos viviendo en la misma ciudad, ¿no? — dijo ella con toda su inocencia.

Él se obligó a forzar una sonrisa mientras asentía y rezaba para que Cánovas y Domingo regresaran de una vez.

Sara notó su incomodidad y no insistió, pero Javi sabía que tenía más preguntas. Tenía todo el derecho del mundo a hacerlas, pero esas, precisamente, no estaba dispuesto a contestarlas. No iba a confesar que era perfectamente consciente de dónde vivía ella cuando buscó un trabajo. ¿Cómo explicaría algo así? «No podía buscarte por seguridad, pero me vine aquí porque no conseguía olvidarte. Sí, sí, sé que fui yo quien pasó de ti». Sonaba ridículo. Igual que la elección de una carrera profesional.

Marketing.

En fin.

Nunca confesaría estos *detallitos* a Sara. Cuando se despidieran, era algo que ella no sabría. Y, con suerte, ahora se daría por vencida.

—¿Dónde has dicho que trabajabas?

Genial, al parecer la curiosidad podía más que la timidez y la inseguridad. Carraspeó, incómodo.

—Eh, en un operador logístico que da servicio a farmacias —contestó, procurando que sonara muy poco interesante.

—¿Eso quiere decir que distribuís medicamentos a farmacias?

—Sí, entre otros servicios. Mira, Cánovas y Domingo ya están —dijo, cantando un aleluya para sus adentros y bajando rápidamente del coche.

Unos minutos después ya estaban instalados en el nuevo vehículo y en marcha.

—Un poco más adelante hay un centro comercial. Pararemos a comprar algo de comida, no tengo la nevera especialmente llena —informó Cánovas. Y añadió—: Sara, si quieres puedes aprovechar para comprarte algo de ropa, Javi nos comentó que te ha traído poca.

Ella se sonrojó de esa manera tan encantadora.

—Sí, gracias.

Un rato después, cogieron el desvío hacia el centro comercial, donde Cánovas y Domingo se dirigieron al supermercado y Sara y él a una gran tienda de ropa.

Javi siguió a Sara entre estantes y perchas cargadas de ropa, vigilando atentamente a su alrededor y esforzándose por no fijarse en lo *sexy* que le parecía el bikini negro que escogió, ni en lo cortitos que eran los pantalones del pijama de verano con dibujos de la Estrella de la Muerte, ni en lo bien que



tenían que quedarle esos vestidos deportivos. Los pantalones pirata finos y las camisetas de tirantes no le parecieron tan interesantes.

—Me lo pruebo muy rápido —anunció Sara mientras se apresuraba hacia los probadores.

Javi asintió y se plantó cerca de la puerta, dispuesto a hacer guardia. También era un buen momento para empezar a llevar a cabo el plan que había tramado y que no había compartido con nadie. Sacó el móvil, abrió el navegador y, en menos de un minuto, encontró lo que buscaba. Marcó el número de teléfono que la página web indicaba y esperó.

—Turiservice, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió enseguida una voz femenina.

—Buenas tardes, quería hablar con Toni Martín, por favor —pidió Javi.

—El señor Martín no estará de nuevo en la oficina hasta mañana. Si quiere dejarme...

—No se preocupe. Soy un amigo de la universidad, solo quería saludarlo. Mañana volveré a llamar, muy amable —dijo Javi, y colgó antes de darle tiempo a contestar.

Javi respiró hondo, nervioso por el simple hecho de haber realizado la llamada. También aliviado de saber que la herida de Toni no era grave.

Bien, ya tenía plan para mañana. Porque, tal y como había dicho a Cánovas y Domingo, no tenía ninguna intención de quedarse sentado esperando a que los demás le hicieran el trabajo.

Unos minutos después, Sara emergió de los probadores. Seguramente los pantalones y la camiseta que antes llevaba puestos le resultaban demasiado calurosos, porque se había dejado puesto uno de los vestidos, que le llegaba justo por encima de las rodillas y le dibujaba tan bien la forma de los pechos que a Javi casi le dio un infarto. Hasta ese momento había conseguido ignorar la erección que suplicaba un poco de alivio, pero ahí directamente empezaron dolerle los huevos.

Como si su estado anímico tormentoso no fuese suficiente, ahora encima se encontró recordando el explosivo beso que habían compartido en la playa. Quería más. Quería volver a tenerla entre sus brazos, volver a sentir el sabor enloquecedor de sus labios y su boca.

Pero en la playa ella solo le había ofrecido sexo entre rebotados, encima estando borracha. Su única intención era dejar de pensar durante un rato en el estúpido policía del que estaba enamorada.

No habría alivio para Javi, que no conseguía comprender esa irracional desesperación por el cuerpo de Sara. Solo era una mujer, por Dios.

—¿Ya estás? —preguntó.

Procuró disfrazar la tensión de impaciencia, pero se enfadó consigo mismo por su falta de control. Y un poco con Sara por alterarlo así.

En caja, su mal humor aumentó, porque tuvo que apresurarse a pagar con efectivo antes de que ella pudiera entregar su tarjeta de crédito. No se trataba de que el pago con tarjeta dejaría un rastro, sino que le molestó profundamente que Sara tuviera la intención de pagar la ropa, cuando dadas las circunstancias era evidente que no debería soltar ni un solo céntimo.

Y, en el supermercado, su humor acabó de convertirse en una borrasca de nubarrones negros y violentos vendavales. En cuanto se reencontraron con Cánovas y Domingo, que ya habían llenado considerablemente el carro de la compra, el primero les preguntó qué tipo de comida preferían. Como no, la respuesta de Sara fue:

—Lo que tengas estará bien.

Cánovas sonrió, complacido por su buena educación, pero a Javi le chirriaron los dientes. Odiaba, *odiaba*, que Sara hiciera eso y todo lo que implicaba.

—Aún así, id a buscaros lo que prefiráis para los desayunos —dijo Cánovas.

Javi asintió y echó andar seguido de cerca por Sara.

—Yo acostumbro a desayunar tostadas con jamón, queso y cosas por el estilo. ¿Tú qué prefieres? —dijo él.

Javi era perfectamente consciente de que le estaba tendiendo una trampa. Sabía qué respondería ella, y sabía que él todavía se enfadaría más. Estaba provocando, buscando una confrontación. Era más fuerte que él, y no pudo (o no quiso) contenerse.

—Lo que has dicho suena bien —fue la respuesta de Sara, obviamente.

—No quiero saber si lo que yo como te gusta, quiero saber lo que comes tú —espetó él, obviamente más enfadado.

—De verdad, desayunar tostadas y fiambre me parece bien.

—¿Seguro?

—Sí —dijo ella, encogiéndose de hombros. Estaba desconcertada por su agresividad.

—¿Eso es lo que sueles comer?

—No, pero...

Javi se acercó a ella, obligándola a levantar un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Qué es lo que sueles comer, Sara?

El desconcierto de ella iba a más.

—Pues lo que haya —dijo—. Y si no, pues en casa tengo yogures y cereales...

—¿Quieres que cojamos los yogures y cereales?

—Vale... Perdona si he dicho algo que te ha...

—Deja de disculparte —la cortó él con brusquedad.

—Perdona... —farfulló ella en un acto reflejo.

Javi apretó los labios y se acercó todavía más a ella, que tuvo que inclinar más la cabeza hacia arriba.

—¿Qué pasa, estar tantos años al lado de un policía te ha anulado la capacidad de expresar tu opinión? —le espetó con la voz tan grave que más bien pareció un gruñido.

Sara se quedó boquiabierta, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Y Javi lo vio en esos grandes ojos grises, que se humedecieron, heridos. Vio que sus palabras habían removido algo antiguo y desagradable en lo más profundo de su ser.

—Iré a buscar yogures y cereales —dijo ella con voz temblorosa.

La culpabilidad empezó a caer sobre él como una pesada losa, cualquier rastro de malhumor evaporado. La observó alejarse. ¿Cómo había sido capaz de hablarle así? Había sido como si el viejo Javi hubiera emergido de las sombras en las que estaba enterrado para mostrar su peor cara. Llevaba años sin ser borde ni desagradable con nadie. Tan solo con Laura, en el momento que anunció que no quería casarse, y ni siquiera fue muy exagerado. ¿Qué le había dicho? «Encárgate tú de arreglar este embrollo». Dadas las circunstancias, podía considerarse que había sido suave.

Sara desapareció por una esquina y Javi tuvo que contenerse para no correr detrás suyo, aterrado ante la idea de perderla de vista.

¿Qué demonios le estaba pasando?

\*

Sara notó el temblor en la barbilla y se mordió el labio hasta que vio las estrellas. No iba a permitirse llorar ahí en medio del supermercado, aunque fuera lo que más le apetecía hacer.

Hacía años que nadie le hablaba con la dureza con la que acababa de hacerlo Javi. Se había vuelto a sentir como una niña pequeña, de pie ante su madre, que sujetaba una copa de vino en la mano mientras la tachaba de

patosa e inútil por haber roto un vaso. Sorbiendo vino entre frase y frase. Podría olvidarse de respirar, pero no de seguir bebiendo su apreciada bebida.

Al menos con su madre siempre le quedaba claro qué hacía mal, pero en el caso de Javi no tenía ni idea de qué había hecho para molestarlo.

Sospechaba que en realidad no tenía nada que ver con algo que hubiera hecho, sino que el problema era su simple presencia allí. Javi estaba atrapado cuidando de ella mientras la mujer a la que amaba estaba lejos, protegida por otros. Era evidente que no la quería allí. Lo había notado en el coche, cuando había parecido claramente disgustado por la casualidad de vivir en la misma ciudad, y lo había notado en la tienda de ropa, donde se había mostrado taciturno e impaciente.

Se le escapó un suspiro tembloroso. Las horas de descanso en el avión la habían ayudado a reunir fuerzas para enfrentarse a la situación en la que se encontraba, y había concluido que lo que más le convenía era tomárselo con calma. Ella podía hacer poca cosa al respecto, y sabía que los tres hombres que la acompañaban harían todo lo posible para protegerla. Ni siquiera se sentía insegura caminando por la calle o por el centro comercial porque era consciente de lo alerta que estaba siempre Javi. Sin embargo, ahora deseó con todas sus fuerzas estar muy lejos de allí, porque el rechazo de Javi volvía a poner en evidencia todo lo que no funcionaba en ella. También que ni siquiera sabía cómo arreglarlo.

—Sara.

Al escuchar la voz de Javi se encogió y fingió estar muy concentrada eligiendo los yogures. Si la reprendía otra vez no conseguiría controlar el llanto.

—Sara —repitió él con más suavidad.

Ella asintió levemente con la cabeza para dar a entender que lo escuchaba. Cuando él se detuvo a su lado, su presencia la intimidó y atrajo por igual. Quería salir corriendo y quería acurrucarse entre sus brazos. Era de locos.

—Lo siento mucho. No tenía ningún derecho a decirte esas cosas —dijo él.

Sara se obligó a forzar una sonrisa.

—No te preocupes. No pasa nada —dijo sin mirarlo.

En el fondo no sentía las palabras que acababa de pronunciar, pero no le gustaban los enfrentamientos.

Javi la sujetó con delicadeza por el codo, como si quisiera darle a entender que lo que iba a decirle era importante.

—Sí que pasa —dijo—. Si me atrevo a hacerlo otra vez, deberías enviarme a la mierda.

Sara rio por debajo de la nariz a su pesar.

—Vale —musitó, y se escabulló para ir a coger los yogures y los cereales, aunque Javi siguió pisándole los talones.

El resto del viaje transcurrió en una apacible pero cansada calma. Las horas tras el volante empezaban a pasar factura a Cánovas y Domingo, y Javi cayó en un silencio preocupado. No era que las horas previas hubiera estado muy hablador, pero ahora estaba especialmente ensimismado. A pesar de todo, Sara notaba la confianza y la comodidad entre los tres hombres. Hacía años que no se veían con Javi, pero el afecto entre ellos era más que evidente. Se notaba que Domingo y Cánovas habían sido un referente para Javi durante buena parte de su vida.

Llegaron a la ciudad cuando ya había anochecido. Dejaron a Domingo en el aeropuerto, desde donde cogería un taxi hasta casa para fingir que acababa de llegar de un viaje de negocios.

—Vosotros dos deberíais ir agachados. Así no nos arriesgamos a que alguien os vea —dijo Cánovas.

Sara era menuda y solo tuvo que encogerse un poco, pero Javi era tan largo que las rodillas le chocaban contra el asiento delantero y ni así quedaba del todo escondido. Se tumbó, pero con la presencia de Sara en el otro extremo del asiento, las piernas no le cabían bien y su cabeza seguía asomándose un poco por la ventanilla.

Irritado, Javi maldijo varias veces mientras intentaba encontrar una postura que le permitiera esconderse sin romperse el cuello. Sara se esforzó por contener la sonrisa, y por el retrovisor vio la mirada divertida de Cánovas.

—Ven aquí —dijo Javi de repente.

Se estiró hacia ella y, como si fuera una pluma, la agarró y la atrajo hacia él. A Sara se le escapó un gritito y se encontró tumbada en el asiento, con Javi echado detrás suyo. Le pasó un brazo por encima de la cintura y apoyó la mano en el borde del asiento para evitar que se cayera al suelo.

Sara se quedó inmóvil, encogida, casi sin atreverse a respirar. No le pasaron desapercibidos los esfuerzos de Javi por tocarla lo menos posible. Su pecho se apretaba contra su espalda, pero solo porque no había más espacio. El resto de partes de su cuerpo, la parte baja de la espalda, el trasero, las piernas, quedaban libres de su contacto. Incluso el brazo que le había pasado por encima dibujaba un arco extraño con tal de no tocarla.

¿Por qué esos intentos desesperados de Javi para evitar el contacto la herían tanto? ¿Y por qué a ella le apetecía tanto que la abrazara?

Sara iba tan tensa que, aunque el viaje hasta casa de Cánovas no fue muy largo, se le hizo eterno.

—Ya falta poco —dijo Cánovas al girar por una esquina, como si detectara que estaban impacientes por incorporarse.

Sara vio cómo Cánovas observaba la calle a su alrededor y estudiaba los retrovisores.

—La calle está vacía y no llevamos a ningún coche detrás —dijo al fin—. Ya podéis levantaros.

Tanto Javi como Sara se incorporaron con tanta rapidez que parecía que uno tuviera la peste y el otro la lepra.

El vehículo enseguida se detuvo ante la puerta de una lujosa urbanización, protegida por altos muros y muchas cámaras de seguridad, y Cánovas habló con el vigilante, con el que tenía mucha confianza. Después de pedirle máxima discreción, autorizó a Javi y a Sara a entrar y salir libremente del recinto.

—Aunque dudo que los veas demasiado. Han venido a descansar, ¿verdad? —dijo Cánovas, mirando por el retrovisor a Javi.

Javi forzó una sonrisa y asintió, y al fin el vigilante abrió la enorme puerta y se adentraron en la urbanización. Sara observó boquiabierta las lujosas fincas que alojaba. No había dudas de que el lugar era seguro, porque cada casa tenía su propio vallado exterior.

Al fin, Cánovas se detuvo ante una pesada puerta para vehículos y pulsó el botón de un pequeño mando que se había sacado del bolsillo. La puerta se abrió lentamente, la franquearon y avanzaron hasta la entrada del edificio. Una vez allí, bajaron del vehículo y, en silencio, descargaron la compra y la entraron en casa. O quizá era más adecuado llamarla mansión, pensó Sara. La cocina, igual que el resto de la finca, era descomunal, y se notaba que pertenecía a alguien a quien le gustaba cocinar. Siguiendo las indicaciones de Cánovas, entre los tres guardaron toda la compra en pocos minutos.

—¿Vais a querer una o dos habitaciones? —preguntó el hombre de repente.

Sara enrojeció desde la punta de los dedos de los pies hasta la raíz del cabello.

—Dos —dijo Javi como si quisiera matar a Cánovas.

El hombre no se alteró lo más mínimo por la clara recriminación en la voz de Javi y los guio hacia el piso de arriba. Como recibía la visita de sus

hermanos y sobrinos tan a menudo, siempre tenía preparadas tres habitaciones de invitados, cada una con su propio baño. Se notaba que estaba acostumbrado a hospedar a invitados y que le gustaba. Los dejó para que se instalaran en sus respectivas habitaciones mientras él preparaba algo rápido para cenar. Y cuando bajaron, ya había preparado para cada uno un sándwich de queso fundido, tomate y aguacate que Sara encontró tan rico que se anotó la idea mentalmente para añadirlo a su repertorio de recetas.

Estaban los tres tan cansados que cenaron rápido y sin hablar apenas, y en cuanto acabaron se desearon las buenas noches. Sara agradeció estar agotada, porque se quedó frita a los dos segundos de que su cabeza tocara la almohada. Así no tuvo tiempo de pensar.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya era de día. Por la cantidad de luz que entraba por la ventana, calculó que ya debían de acercarse al mediodía.

—Qué barbaridad —farfulló, pero se quedó en la cama y se estiró para desperezarse, complacida con lo bien que había descansado.

Media hora después bajó, esforzándose por mantener el optimismo con el que se había levantado.

—Buenos días —saludó a Cánovas, que trabajaba ante un portátil en la mesa de la cocina. Estaba solo.

—Buenos días, cielo.

—¿Javi todavía duerme? —preguntó Sara, extrañada.

Le parecía raro que, dadas las circunstancias, durmiese hasta tan tarde.

Cánovas la miró y apretó los labios.

—¿A ti también te parece extraño?

Intuyeron a la vez que algo no iba bien. Sin necesidad de hablar, parecieron ponerse de acuerdo para dirigirse precipitadamente hacia las escaleras. Sara llegó antes arriba y a la puerta de la habitación de Javi. Golpeó la puerta con los nudillos dos veces y abrió inmediatamente.

En la cama deshecha no había nadie.

En el baño no había nadie.

La habitación estaba desierta.

Y el móvil de Javi estaba encima de la mesita de noche.

Javi se había ido. Y no querían que lo localizaran.

En su sueño, Sara se acurrucaba contra él en el asiento trasero del coche alquilado, cosa que le permitía hacer lo que tanto ansiaba: se apretaba contra ella hasta que ni la más fina hoja de papel cabría entre ellos y después le acariciaba la cintura, la cadera, los muslos, el vientre, los pechos... Entonces ella se giraba y lo besaba, primero con ternura y después con tanta pasión que podrían estallar en llamas, y de repente ya no estaban en el coche, sino en la cama del yate de sus padres, y ella volvía a tener dieciocho años y él veintidós, y sus cuerpos desnudos se entrelazaban mientras hacían el amor con una despreocupación de la que nunca volvería a disfrutar, y el cuerpo de Sara era suave, caliente, húmedo, y él se perdía en su interior, y la escuchaba reírse y gemir de placer y derretirse de deseo por él, y Dios, estaba a punto de explotar...

Como en cualquier sueño erótico, se despertó justo antes de llegar al clímax, sudado, y otra vez frustrado y agotado. Sus sueños y Sara iban a acabar con él.

En el taxi, camino de la oficina de Toni, fragmentos de ese sueño se mezclaban en su cabeza con la extrañeza de estar de nuevo en su ciudad. Las calles seguían siendo las mismas, pero muchas de las tiendas, los restaurantes, las cafeterías, habían cambiado. Ya no conocía a buena parte de la gente que caminaba por la calle, aunque la cantidad de turistas ansiosos de playa seguía siendo desmesurada. Era su vieja ciudad, y a la vez ya no lo era.

—Ya hemos llegado.

La voz rasposa y cansada del taxista lo sacó de sus cavilaciones. Descubrió ante sí el edificio de oficinas que alojaba la empresa de Toni. Después de pagar al taxista, descendió del vehículo y volvió a enfrentarse al calor sofocante y aplastante de esa época del año. Ese era un detalle que había olvidado: el horrible calor del sur del país, gracias al cual la ligera camisa de manga corta ya se le estaba pegando a la espalda.



Observó la actividad a su alrededor, pero no vio nada sospechoso. Después, se centró en el edificio. Le costaba creer que su antiguo mejor amigo, el que tenía una mala leche legendaria, el que actuaba sin pensar, el que defendía a ciegas a su padre, hubiera sido capaz de levantar una empresa que ocupaba parte de la planta baja y todo el piso superior del edificio. Por lo que había leído en su página web, organizaban eventos y servicios de entretenimiento para turistas, y les había ido tan bien que se habían expandido por varias ciudades y dentro de unos meses inaugurarían un hotel.

Seguro que era algún tipo de tapadera para Matías Martín.

Javi supuso que el despacho de Toni estaría situado en la planta superior, por lo que se dirigió a la entrada situada en el lateral del edificio. Ni el conserje ni las otras personas que entraban y salían le dijeron nada, y pudo subir libremente hasta la última planta.

Las puertas del ascensor se abrían directamente a un pasillo ancho que alojaba varios despachos. A mano izquierda estaba situada la recepción, y a la derecha se abría otro pasillo. Al final de todo había un despacho acristalado doble, mucho más grande que todos los demás que podía intuir. Caminó hacia allí con decisión, ignorando al recepcionista.

—Disculpe... ¡Disculpe!

Javi escuchó que el chaval se levantaba y apretó el paso. Alcanzó el despacho, abrió la puerta sin miramientos y entró. Tal y como había supuesto, en primer lugar se encontró con el despacho de una secretaria.

—Buenos días —saludó, dirigiéndose directamente al siguiente despacho, el principal. A través de los cristales protegidos por discretos vinilos pudo distinguir la silueta de Toni.

—¡Oiga! —se quejó la secretaria.

—Vengo a ver a Toni, será solo un momento —dijo Javi con su mejor sonrisa.

Su amabilidad desarmó a la mujer, que reaccionó tarde. Cuando empezó a levantarse, Javi ya estaba abriendo la puerta y colándose en el despacho.

—Buenos días, Toni —saludó con toda la seguridad del mundo. Afortunadamente nadie podía ver que el corazón le latía a toda velocidad.

Su antiguo amigo apartó la mirada del ordenador, los ojos abiertos como platos.

Detrás de Javi, la puerta se abrió bruscamente. La mujer y el chaval se quedaron en el umbral. Javi no se dignó a girarse para mirarlos, sino que siguió mirando a Toni, sonriendo con confianza.

—Disculpe, señor Martín, pero ha entrado sin esperar que lo atendiéramos —explicó la mujer con tanta indignación en la voz que parecía que Javi hubiera roto un mandamiento.

—Está bien, Pilar. Podéis iros —respondió Toni con la expresión neutra, levantándose.

Después de unos segundos de duda, la puerta del despacho se cerró y se quedaron solos. Al instante, el rostro de Toni se transformó en una máscara de rabia y odio. Parecía dispuesto a saltar por encima de la mesa para abalanzarse sobre Javi, pero se contenía.

Javi se atrevió a felicitarle porque la primera parte de su plan había salido bien. Era muy consciente de cuánto se había arriesgado presentándose allí. Le habría podido salir muy mal. Sin embargo, había deducido que, si Toni intentó atacarle en otro país, en el amparo de la noche en una playa solitaria, era porque quería acabar con él de manera discreta y así evitar acabar con los huesos en la cárcel. No lo mataría allí, en su propio despacho.

Lo observó con atención. Era extraño tener a Toni delante, con nueve años más, vestido con camisa y corbata, con aspecto de ser un ciudadano respetable. La última vez que se habían visto, en casa de su padre, un guardaespaldas de la familia tuvo que sujetar y echar a Javi para que no matara a Toni con sus propias manos. Su antiguo amigo le había asegurado que ellos no tenían nada que ver con la muerte de Carlos, pero Javi, obviamente, no lo creyó. No podía creerse nada que viniera de esa familia.

El silencio se alargó. Toni se esforzaba por controlarse, y Javi se esforzaba por aparentar la calma que no sentía.

—¿Cómo tienes los huevos de venir aquí? —dijo Toni al fin.

—¿Te encuentras mejor?

Su antiguo amigo rio despectivamente por debajo de la nariz, como si considerara que la pregunta de Javi era una burla.

No lo era.

Javi siempre había pensado que la muerte de Carlos era cosa de Matías Martín, no de Toni. Excepto esa vez que lo atacó en su propia casa, nunca le había deseado ningún mal. Ni a su hermano. Solo habría agradecido que la fe en su padre no lo cegara tanto.

—¿Qué le pasó a tu hermano? —dijo Javi.

—Vete a tomar por culo.

—Ya. Disculpa que te lo pregunte así, pero teniendo en cuenta que el paradero de Gabriel es un misterio, no me queda otra opción. ¿Está muerto?

Javi sabía que plantear la pregunta de manera tan salvaje era tensar mucho la cuerda, pero si había arriesgado la vida presentándose aquí era para conseguir respuestas.

Tras la pregunta estaba preparado para un ataque de Toni, pero sorprendentemente este se quedó donde estaba. La única señal de tensión era lo que apretaba los dientes. Si hubiera escuchado el sonido de una muela partiéndose en dos, no se habría sorprendido.

Con todo el supuesto aplomo del mundo, Javi se quitó las gafas de sol de la cabeza, se las colgó del bolsillo de la camisa y se sentó relajadamente en una de las sillas que había delante del escritorio de Toni.

—Verás, si estoy aquí es porque tengo algunas dudas y tú eres el único que puede resolvérmelas —dijo, ignorando la mirada fulminante de Toni por atreverse a tocar una de sus sillas—. Si lo he deducido bien, nos acusas de la muerte de Gabriel, aunque oficialmente nadie sabe que esté muerto. ¿Es correcto?

Silencio.

—Vale. Supondré que la respuesta es que estoy en lo cierto. ¿Qué os hace pensar que fuimos nosotros?

—¿Qué coño haces aquí, Bandama? ¿Has venido a burlarte porque te parece divertido? ¿Se trata de eso?

Por un brevísimo momento, la máscara de rabia de Toni se transformó en una de auténtico dolor. Pero se esfumó tan rápido como había aparecido. Sin embargo, fue suficiente para que Javi acabara de confirmar, con un escalofrío, que sí estaban hablando de la muerte de Gabriel.

—Si quisiera burlarme de ti, te habría enviado una postal desde Providenciales.

Toni lo miró como si no se creyera lo que escuchaba. De hecho, al mismo Javi le parecía increíble haber pronunciado esa frase. Era digna del viejo Javi, y ni siquiera había tenido que esforzarse para que brotara de sus labios.

—¿Qué os hace pensar que fue cosa nuestra? —insistió.

Toni lo miró como si creyera que Javi seguía divirtiéndose a su costa. Durante unos segundos, pareció debatirse entre si explotar o mantener la calma. Finalmente, se decantó por lo último y adoptó una actitud fría. Extrajo su cartera del bolsillo y habló mientras la abría y buscaba algo en su interior.

—Está bien. Degollado, sumergido en agua para borrar pruebas y con un regalito —dijo mientras sacaba un papel doblado de la cartera y se lo lanzaba con rabia—. ¿Ya te he curado la amnesia?

El papel cayó al suelo, a los pies de Javi. Tuvo que esforzarse para agacharse a recogerlo, porque las palabras de Toni lo habían dejado sin respiración. Carlos había sido asesinado de la misma manera.

Cuando desplegó el papel, que era viejo y estaba desgastado y sucio, los dedos le temblaban ligeramente. Y cuando vio de qué se trataba, notó que palidecía.

Era una reproducción del Picasso que habían robado y vuelto a vender a Matías Martín.

Como si fuera una firma.

Horrorizado, Javi se preguntó si las desvaídas manchas marrones eran de la sangre de Gabriel. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para apartar la mirada de esos horribles rastros de muerte y volver a centrarse. Dobló el papel con cuidado y lo depositó encima de la mesa.

—Nosotros no matamos a tu hermano.

—Y una mierda —dijo Toni, remarcando cada letra y sílaba. No gritó, pero el énfasis no pasaba desapercibido.

—Yo podría decirte lo mismo.

—Esta conversación se ha acabado. Si no te has largado en menos de cinco segundos, llamaré a la policía —dijo Toni, descolgando el teléfono.

—Toni, cuando creímos que nuestras vidas estaban en peligro lo único que hicimos fue desaparecer sin mirar atrás.

—Ya, claro —dijo Toni, empezando a marcar el número de la policía.

Javi se incorporó con rapidez, pero sin agresividad, y pulsó el botón de línea del teléfono para cortar la llamada.

—Tú dices que no tocasteis a Carlos, y yo digo que no tocamos a Gabriel. Investiguemos juntos qué les pasó.

Era una propuesta improvisada, seguramente absurda, pero sería una buena manera de tener a Toni controlado. Quizá sería más fácil descubrir si mentía. Y le serviría para ganarse su confianza y lograr que dejara a Sara en paz.

—Lárgate.

—Nos conoces, Toni. Nunca habríamos hecho daño a Gabriel.

—Lar. Ga. Te.

Toni estaba llegando a su límite. Javi apartó la mano del teléfono y retrocedió un par de pasos.

—Vale —dijo.

Le dio la espalda y empezó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo.

—Por cierto. La mujer de la playa, a la que también amenazaste —dijo como si acabara de acordarse del tema y no fuera especialmente importante—. No es mi mujer, así que déjala fuera de esto.

Toni se lo quedó mirando, sorprendido. Y se echó a reír con malicia.

—¿Así que se trata de eso? ¿Toda esta farsa era para llegar a esto? —dijo burlonamente, encantado—. La reconocí, Bandama. Es la chica de ese verano.

Joder. Eso no se lo había esperado eso. Desprevenido, no supo cómo reaccionar.

—Mírate qué cara —continuó Toni—. Nunca lo habría dicho, ¿sabes? Que fueras capaz de aguantar tanto tiempo con alguien. Pero viendo lo que estás dispuesto a hacer por ella, es evidente que te tiene bien cogido por los huevos. No, tío, ella no se queda fuera de esto.

Javi se esforzó por mostrar una expresión neutra.

—Genial, Toni. Si no recuerdo mal, tu padre tenía a políticos en nómina, ¿verdad? Creo que a algún policía también. Y ahora que lo pienso, era a él a quién le encantaba quedarse con dinero público, ¿no? Ah, sí, el centro comercial, el ambulatorio... Esos casos son viejos, pero si rascamos seguro que encontramos algo más reciente. Hoy en día hay jueces que sí están dispuestos a investigar casos de corrupción, ¿sabes? —dijo. Miró a su alrededor con aire despectivo—. Y si buscamos un poco más, seguro que encontraremos algo relacionado contigo. Porque por más que intentes refugiarte detrás de esta apariencia de respetabilidad, todos sabemos quién es tu padre y quién eres tú.

Javi observó con satisfacción lo mucho que sus palabras irritaban a Toni. Bien, puñetazo por puñetazo.

—Así que mucho cuidado, o acabaréis los dos entre rejas.

Abandonó el despacho sin mirar atrás. Agradeciendo los últimos nueve años de práctica, pasó por el lado de la secretaria y se despidió con una sonrisa tranquila, también con el recepcionista. Pero por dentro hervía. Hervía, ardía y en su interior se había desatado un torbellino que iba camino de convertirse en huracán.

No había conseguido sacar a Sara de la ecuación y su vida seguía amenazada.

Y alguien los había inculpado.

Habían matado a Gabriel exactamente igual que a Carlos y, en un acto de supuesto descaro y burla de la familia Bandama, habían incluido la reproducción del cuadro.

En el exterior, ignoró el calor aplastante y avanzó calle abajo con rapidez, en contraste con los turistas que se movían lentamente en un intento de soportar mejor las altas temperaturas. No perdió la prudencia, pero tenía prisa por regresar a casa de Cánovas.

Dios, alguien los había inculcado.

También empezaba a dudar que los Martín fueran los responsables de la muerte de Carlos.

\*

Si se quedaba en el despacho acabaría lanzando la silla contra la pared de cristal. Despegó los dedos agarrotados del respaldo, cogió el móvil, la cartera y las llaves del coche y abandonó el despacho.

—Regresaré dentro de un rato. No creo que pueda responder al móvil —informó a Pilar.

Sabía que su más que profesional secretaria no le haría preguntas indiscretas sobre lo que acababa de suceder, pero aún así notó su mirada curiosa.

El estúpido ascensor tardó horas en llegar y todavía más en bajar hasta el aparcamiento. Se metió en el coche, arrancó bruscamente y salió a la calle conduciendo con impaciencia, demasiado rápido, en un vano intento de desahogar la rabia.

Sí, estaba rabioso. Cada célula del cuerpo le pedía salir corriendo tras el cabronazo de Bandama e intentar matarlo con sus propias manos en plena calle. Pero con su herida y el entrenamiento que Bandama parecía llevar a sus espaldas, sabía que tenía las de perder. Oh, pero como le habría gustado hacerlo...

Ese era el efecto que le producía la visión del cabrón. La ira bullía en su interior como un animal salvaje enjaulado. Pero es que era incapaz de tener delante a uno de los responsables de la muerte de Gabriel y mantenerse impassible. Lo habían matado, a pesar de que Toni había ido expresamente a hablar con Bandama para jurarle una y otra vez que ellos no habían tocado a Carlos.

Fue a casa de la única persona con la que podría hablar de este tema. No necesitó llamar al timbre para que le abrieran la puerta de acceso para coches.

—Buenos días, señor Martín. Su padre está en el jardín —lo informó el asistente de su padre en cuanto entró en la casa.

Al escuchar esas palabras, la rabia de Toni empezó a diluirse. Imaginó que su padre estaría sentado en esa incómoda silla, situada en el que últimamente se había convertido en su rincón favorito.

Se acercó al ventanal que conducía al jardín. Efectivamente, ahí estaba.

La rabia desapareció por completo y fue reemplazada por un doloroso pinchazo en el pecho. ¿Qué le había hecho pensar que podía hablar de este tema con su padre? Su padre no estaba bien. Hacía tiempo que no lo estaba. Las horas que pasaba en ese rincón del jardín, allí donde habían enterrado a Gabriel, lo confirmaban.

Toni cerró los ojos cuando la noche que encontró a Gabriel en la puerta de casa, *muerto*, regresó a su cabeza con desgarradora nitidez. Su primera reacción fue marcar el número de la policía, pero su padre no quiso ni escuchar hablar del tema. Entre los dos, enterraron a Gabriel en el jardín de casa. A Toni todavía le rechinaban los dientes cuando recordaba el horror que había sentido al hacerlo. Su padre le prohibió contar a nadie que había sido asesinado, se inventaron que había decidido inesperadamente irse a estudiar al extranjero e incluso hackearon sus cuentas de correo electrónico para contestar a amigos que le escribían preocupados por su repentina ausencia. Afortunadamente, el círculo de Gabriel era bastante reducido.

Estuvo enfadado con su padre durante mucho tiempo, porque no comprendía la necesidad de esconder el secreto, de mantenerlo como una cuenta pendiente y privada con los Bandama. Pero hacía algún tiempo, desde que su padre había empezado a pasar tanto tiempo junto a la tumba de Gabriel, que creía haber entendido sus motivos.

Matías Martín era un hombre muy orgulloso, que nunca admitiría haber cometido un error. Y aunque nunca lo hubiera dicho en voz alta, se consideraba culpable de la muerte de su hijo menor. La humillación, la culpa y, sobre todo, la vergüenza, lo habían empujado a esconder el asesinato de Gabriel. Y habían acabado por consumirlo.

Y todo por culpa de los Bandama, que no quisieron escuchar la verdad: ellos no hicieron daño a Carlos.

Toni suspiró. No podía contarle a su padre nada de lo que había sucedido esos últimos días. No solo le sentaría mal, sino que podría cometer alguna imprudencia y acabar de estropear su ya delicada situación con la ley.

No, le tocaba comerse el fracaso de Providenciales a él solo. Joder, había sido una cagada en toda regla. Él había acabado herido, ellos habían escapado y había provocado que Bandama amenazara directamente a su padre quien, en esos momentos, no necesitaba a nadie más escarbando en su mierda.

Toni se apartó del ventanal y se sentó en el sofá con un resoplido desanimado y cansado.

Necesitaba pensar. Ahora que no lo dominaba la rabia, se veía en condiciones de hacerlo.

La visita de Bandama lo había cogido por sorpresa. Total y absoluta. Nunca habría previsto que podría optar por un movimiento así.

Lo que hacía el amor.

Ya lo había sorprendido descubrir que seguía con la misma chica después de... ¿cuántos años hacía? ¿Once? ¿Doce? Pero, a pesar de sus burlas, que Bandama lo hubiera visitado para este motivo lo había dejado sin palabras. ¿Que tenían esos dos que estaba dispuesto a arriesgar así su vida?

Le dio mucha rabia encontrarse sintiendo envidia. A pesar de todo, Bandama había tenido a alguien a su lado todo este tiempo. No se lo merecía.

Y él, en cambio...

Apartó estos pensamientos de su cabeza. Tenía que pensar con frialdad y no dejarse engañar por la apariencia de los actos de Bandama. ¿De verdad solo había venido movido por el amor? ¿Qué necesidad tenía de hacer algo así, cuando lo más seguro para ellos era volver a desaparecer? Ya lo habían hecho una vez, y muy bien, no dudaba que podrían hacerlo una segunda vez.

Recordó sus preguntas sobre la muerte de Gabriel, como si realmente no supiera nada del asunto. Incluso había palidecido cuando había visto la pequeña reproducción del Picasso que encontraron enganchado con un imperdible al cuerpo de Gabriel.

No, todo eso era puro teatro.

No podía dejarse engañar. Conocía a los Bandama, y sabía que no se podía fiar de ellos. Seguro que, detrás de todas esas acciones, había algo más. Por eso había piezas que no encajaban. Persegüían algo que ahora a él se le escapaba. Quizá Bandama había venido a averiguar algo. O simplemente a provocarlo al compararlo con su padre. No podía negar que le había molestado mucho la comparación con su padre, que diera por sentado que la empresa que tanto le había costado levantar honestamente era una tapadera más. Pero claro, qué iba a saber él de honestidad.

Quizá, con sus provocaciones, Bandama buscaba que Toni diera algún paso en falso.

Pero, ¿para qué?

Se levantó del sofá, inquieto y frustrado, pero acabó diciéndose que no importaba. Él tenía clara su misión. Su obligación era tenerla siempre presente y no perderla de vista.



Sacó su móvil del bolsillo y marcó un número de teléfono.

—Álex —dijo cuando, al otro lado de la línea, contestaron—. Tengo un trabajo para ti.

Sí, Álex era la persona ideal para esto.

Además, podía facilitarle la primera parte de la tarea, porque no dudaba que Bandama había recurrido a esos viejos amigos de la familia, Daniel Cánovas y Domingo Pérez.

Algo le decía que Álex solo necesitaría vigilar a esos dos para dar con el cabrón.

Sara llevaba una hora sentada en el sofá. Sin poder hacer nada a parte de esperar. Cánovas se había refugiado en las llamadas telefónicas: al vigilante de la puerta de la urbanización, que solo sabía que Javi había ido a dar un paseo; a Domingo, que no sabía nada; a contactos y conocidos, a los que no podía pedir información sobre el paradero de Javi pero sí podían ayudarlo con otro tipo de datos, había explicado vagamente.

La cuestión era que él tenía algo que hacer y ella no. Solo esperar, con su móvil y el de Javi en el regazo, deseando con todas sus fuerzas que Javi diera señales de vida.

El estridente grito del timbre la sobresaltó y los dos teléfonos resbalaron hacia el suelo. Los cazó justo a tiempo, cuando Cánovas abandonó su despacho precipitadamente y se abalanzó sobre el portero automático.

—Es él —dijo, entre aliviado y enfadado, al ver la imagen que la cámara del timbre le devolvía.

Sara se acercó lentamente a la puerta, pero se detuvo a una distancia prudencial. Algo le decía que Javi no agradecería que lo avasallaran.

Cuando Cánovas abrió la puerta, Sara vio la alta figura de Javi caminando enérgicamente hacia ellos. A medida que se acercaba, vio la tensión en su rostro. Algo no iba bien.

Entró en la casa como una exhalación.

—Hola —saludó secamente. Estaba empapado de sudor.

—¿Dónde demonios te habías metido? —preguntó Cánovas sin ocultar su enfado—. ¿Sabes lo preocupados que estábamos?

Javi, que había seguido caminando como si estuviera en la calle, se detuvo bruscamente y se quitó la camisa por encima de la cabeza con gestos impacientes. Después de echar una mirada fugaz a Sara, siguió caminando arriba y abajo mientras utilizaba la camisa para secarse el sudor del rostro.

A Sara, definitivamente, le pareció muy mal momento para que sus pezones decidieran endurecerse al ver el torso y la espalda de Javi, desnudos, musculosos y brillantes por el sudor. Básicamente porque a ella también le habría gustado mostrarse enfadada con él por su desaparición. Sin avisar, dejándola muerta de preocupación, y dolida porque con su acción había dejado más que claro lo poco que le importaba lo que ella opinara sobre sus planes. Así que mantuvo la boca cerrada porque, al parecer, no tenía derecho a decir nada.

—He ido a ver a Toni —dijo él.

Sara abrió mucho los ojos. ¿Toni? ¿El Toni Martín que había intentado matarlo en Providenciales?

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Cánovas, consternado.

—Gabriel Martín sí está muerto. Lo asesinaron como a Carlos, y dejaron una reproducción del Picasso que robamos y vendimos a Matías —explicó.

La boca de Cánovas no podía abrirse más.

—¿Qué?

—Alguien nos inculpó.

Cánovas tardó unos segundos en procesar la información.

—¿Pero quién demonios haría algo así? —preguntó finalmente.

Javi seguía caminando arriba y abajo, nervioso. Se pasó la mano por el cabello en un gesto de frustración. Abrió la boca para contestar, pero la acabó cerrando, como si la voz lo hubiera abandonado, y negó con la cabeza. Estaba tan alterado que no conseguía pensar con claridad.

Sara comprendió que necesitaba ayuda. Se armó de valor, deseando que Javi no considerara que se estaba inmiscuyendo en algo que no la incumbía. Pero parecía tan necesitado de ayuda...

—Javi —dijo, esforzándose por sonar firme.

Él se detuvo y la miró. También Cánovas.

—¿Qué explicación puedes encontrar a que alguien os inculpara? —dijo Sara.

La sorprendió la seguridad con la que habló, pero tenía claro que esa era la primera pregunta que él necesitaba responder para empezar a ordenar sus pensamientos.

Sin apartar los ojos de ella, Javi respiró hondo una vez.

—Se me ocurren varias opciones. En realidad, dos —dijo, un poco más tranquilo. Un poco.

—Dime una —pidió Sara.

—Que alguien aprovechara el asesinato de Carlos y nuestra desaparición para cargarnos el muerto.

—Eso tendría que haberlo hecho alguien que supiera lo del cuadro —dijo Sara.

Él asintió, pensativo.

—Sí, pero era algo que sabían varias personas de nuestro círculo. Algunas podrían haber hablado. Y Matías Martín también podría haberlo contado a otra gente. Y la gente habla.

—¿Te parece que es una explicación válida? —siguió interrogándolo Sara con suavidad.

Javi dudó, y acabó por negar con la cabeza.

—Es demasiado... retorcido. Un enemigo nuestro no nos intentaría hacer daño culpándonos de la muerte de otro. Nos atacaría directamente, como hicieron con Carlos. E inculparnos cuando ya habíamos desaparecido... no tiene sentido —razonó Javi—. Es decir, que tendría que tratarse de alguien que quería hacer daño a Matías Martín. Pero entonces, ¿qué necesidad tendría de inculpar a otros? Quizá para desviar la atención, pero aun así... No lo veo.

—Vale —asintió Sara. Era cierto que esa opción parecía poco probable—. ¿Cuál es la otra opción?

—Que Carlos y Gabriel fueran asesinados por la misma persona.

—Pero eso descartaría a Matías Martín como culpable porque tú crees que nunca haría daño a sus hijos.

—Exacto. Eso es lo que... —dijo Javi, interrumpiéndose con un resoplido frustrado. Volvió a pasarse la mano por el cabello y paseó un poco más arriba y abajo—. Cada célula del cuerpo me dice que fue Matías, pero... ¿y si no fue él? Eso significa que alguien mató a Carlos y Gabriel y consiguió que nos inculpáramos mutuamente. Pero entonces eso quiere decir... —se interrumpió y resopló—. Me revienta que nos inculparan de la muerte de Gabriel, pero pensar que el asesino de Carlos pueda ser otra persona y ande suelta...

Eso era lo que lo tenía tan alterado: la indignación, pero por encima de todo, la duda.

—¿Qué dijo la policía? —preguntó Sara.

—La policía no tiene ni idea —dijo Javi, despectivo. Un segundo después, pareció recordar que el hermano y el exprometido de Sara eran policías. La miró—. Perdona...

Ella sonrió y negó con la cabeza para que no se preocupara. Javi volvió a perderse en sus pensamientos.

—Si Matías Martín no es el culpable, ¿quién podría serlo? —preguntó Sara.

Javi se detuvo bruscamente y la miró.

—Tienes razón —dijo Javi—. Hagamos una lista de sospechosos.

Sara notó que sonrojaba, absurdamente halagada por la vehemencia con la que Javi había apreciado su idea. Cánovas, que había presenciado su conversación en absoluto silencio, se activó de forma repentina.

—Esperad un momento —dijo, abandonando la estancia en dirección a su despacho.

Javi y Sara esperaron en silencio. Javi la observaba. Fijamente. Inexpresivo. En silencio. Ella, en cambio, observaba el salón. Si hubiera mirado a Javi, sus ojos se habrían quedado inevitablemente fijos en su abdomen, en el que se le dibujaban perfectamente los músculos, como una tableta de chocolate. ¿Cuánto ejercicio había que hacer para conseguir eso? ¿Y por qué se le secaba la boca solo con verlo de reajo?

Lo escuchó respirar profundamente una vez.

—Gracias —dijo.

Sara lo miró, sorprendida. Antes de poder decir nada, Cánovas reapareció cargando una pizarra blanca de caballete y rotuladores para la misma. La instaló en el centro del salón y destapó un rotulador.

—Sospechoso número uno —dijo, y escribió «Matías Martín» en la pizarra—. ¿Quién más?

—Boris Craig —dijo Javi—. ¿Sigue por aquí?

Mientras asentía, Cánovas apuntó el nombre en la pizarra.

—También trafica con arte —explicó Javi a Sara—. Se cabreó varias veces con mis padres porque le pasaron la mano por delante en algunas operaciones.

—Samuel Alba —dijo Cánovas, apuntando también el nombre en la pizarra.

—Sí —dijo Javi.

—Menuda pieza, este —dijo Cánovas, mirando a Sara—. Era un policía que se creía un justiciero. Quería meter a todo dios en la cárcel. Y estaba especialmente obsesionado con nuestros queridos Bandama.

Javi sonrió con descaro. Era una sonrisa del viejo Javi que Sara había conocido a los dieciocho años, una sonrisa que se contagiaba y que le provocaba un ligero temblor de piernas. La impresión mató la sonrisa de Sara, pero no el temblor de piernas.

«¿Qué demonios te pasa? Ni que fueras una adolescente otra vez...», se riñó a sí misma.

El momento duró poco, porque Javi enseguida recuperó su expresión preocupada.

—Pasó mucho tiempo buscando la manera de meterlos en la cárcel, pero nunca encontró nada —dijo Cánovas—. Estaba desequilibrado, y me creo que decidiera vengarse pagándolo con Carlos.

Javi asintió.

—Creo que lo echaron de la policía, no sé por qué —dijo Cánovas—. Ya lo averiguaremos.

—Juanjo —dijo Javi.

Ahora el que asintió fue Cánovas, que anotó el nombre.

—Este consiguió algunas piezas a mis padres, y nos ayudó con el robo del Picasso a Matías. Cuando el trabajo estuvo acabado, nos pidió dinero de más, y cuando mis padres se negaron a ceder intentó chantajearlos, pero no le funcionó. La última vez que lo vi estaba muy cabreado —dijo Javi.

Los dos hombres se quedaron mirando la pizarra unos instantes.

—No se me ocurre nadie más —dijo Cánovas.

—A mí tampoco —dijo Javi.

—¿Alguno de estos hombres tendría motivos para querer asesinar también a Gabriel Martín? —preguntó Sara.

Javi volvió a resoplar de frustración.

—No lo sé. Se me escapa qué relación puede haber entre los dos asesinatos.

Una idea había empezado a tomar forma en la cabeza de Sara.

—¿Podría ser...? —empezó insegura, buscando la mejor manera de expresarlo—. ¿Podría ser que fuera por algún lío en el que estuvieran metidos los dos chicos?

Tanto Cánovas como Javi negaron con la cabeza.

—Imposible —dijo Javi—. Carlos y Gabriel no iban con el mismo grupo de gente, y Carlos nunca se habría metido en ningún lío. Y Toni solía decir que su hermano era un santurrón.

—Vale, próximos pasos —dijo Cánovas—. Vosotros dos os quedáis aquí. Javi, ni se te ocurra volver a salir. Sara, si intenta escabullirse otra vez, tienes permiso para volver a partirle la cabeza.

Sara enrojeció y sonrió a su pesar. Pensó con tristeza que, si Javi decidía irse otra vez, poco podría hacer ella. Sabía que, aunque intentara detenerlo, no

le haría caso. Y recordar el momento en el que le había estampado esa rama contra la cabeza la llenó de culpabilidad.

—Muy bonito, Cánovas —dijo Javi.

—Hablaré con Domingo y haremos gestiones para ver qué averiguamos de Samuel Alba y Juanjo. Sobre Boris... Primero hablaré con mi contacto en la policía, después decidiremos qué hacer —sentenció Cánovas.

—¿Y nosotros qué hacemos? —dijo Javi, poco convencido con el plan.

—Podéis intentar buscar información en internet. El portátil de mi escritorio está a vuestra disposición.

—Venga ya. Sabes que no encontraremos nada —se quejó Javi.

—Lo sé. Pero ahora mismo lo único que podéis hacer es quedaros aquí. Yo ahora tengo que irme.

Cánovas fue a prepararse para salir, dejando a Javi claramente frustrado y a Sara sintiéndose un estorbo.

—Genial —farfulló él. Después añadió—: Voy a ducharme.

Y desapareció escaleras arriba sin mirar atrás.

\*

Estaba... Ni siquiera era capaz de encontrar una palabra para describir cómo estaba.

Había llegado a casa de Cánovas alterado, enfadado e incapaz de centrar sus pensamientos. Hacía mucho, mucho tiempo que no se encontraba en un estado así, y no habría sabido cómo salir de él. Pero Sara, con su voz, su tranquilidad y esas preguntas tan acertadas había conseguido guiarlo y calmarlo.

Sin embargo, y a pesar de todo, no había podido evitar apreciar cómo iba vestida. Ojalá no se hubiera comprado esos vestidos que le sentaban tan condenadamente bien, joder. Incluso mientras se duchaba no se la podía quitar de la cabeza, de pie en mitad del salón, mirándole con sus grandes ojos grises. En su actitud no había ninguna intención seductora, y aún así se había visto a sí mismo acariciándole el muslo, introduciendo lentamente la mano por debajo de la falda...

Gruñó y activó el agua fría de golpe, esperando que lo ayudara a deshacerse de todas esas inoportunas imágenes.

Ayudó solo un poco, pero al menos fue lo suficiente como para poder pensar en sus próximos pasos. Aunque sabía que Cánovas tenía razón, era incapaz de quedarse de brazos cruzados. La inactividad lo mataría. Pero

tampoco sería imprudente y, por ahora, haría lo que le habían pedido: esperar. Quizá, mientras tanto, Cánovas y Domingo conseguían información interesante. No obstante, a partir de esa misma noche volvería a actuar. Había varias cosas que necesitaba hacer.

Cuando bajó, Cánovas ya se había ido y Sara estaba curioseando la extensa colección de libros perfectamente ordenada en varias estanterías del salón.

—Tu móvil está allí —dijo ella, señalando la mesa de centro.

—Gracias —dijo Javi, recuperando su teléfono. Al ver la hora, recordó que esa mañana no había desayunado y que ese era el motivo por el cual estaba muerto de hambre—. ¿Te parece bien comer temprano? Me muero de hambre.

Sara tardó poco en contestar, pero fue suficiente para que él detectara la duda.

—Claro —dijo ella.

—¿A qué hora has desayunado? —preguntó Javi, suspicaz.

Ella le dedicó una sonrisa que parecía una disculpa, como si la hubiera descubierto haciendo algo inapropiado.

—No hace mucho. Pero me parece bien comer ahora, de verdad —insistió.

Ya estaba ahí otra vez: esa incapacidad de defender su terreno por no molestar, por gustar o vete a saber por qué.

Javi frunció el ceño, incapaz de devolverle la sonrisa, pero no dijo nada. Como imaginaba que Sara evitaría pronunciarse sobre qué prefería comer y no le apetecía acabar de malhumorarse, optó por decidir unilateralmente que comerían pasta, ensalada y carne a la plancha, la que hubiera en la nevera.

Unos minutos después, cuando la pasta ya hervía y había encontrado casi todo lo que necesitaría, Sara entró en la cocina.

—¿Que te falta? —preguntó al verlo rebuscar por varios armarios.

—Alguna salsa para la pasta.

—Yo puedo preparar alguna.

Mientras Javi se encargaba de la ensalada, de reojo observó a Sara moverse con soltura por la cocina para preparar, según sus propias palabras, «un sofrito en versión rápida». Puso el fuego en marcha, troceó cebolla con mucha habilidad, peló un par de dientes de ajo, peló y troceó varios tomates y, al cabo de no mucho tiempo, tenía medio listo un sofrito que olía tan bien que el estómago de Javi rugió con impaciencia.



Es decir, que Sara había seguido cultivando su afición por la cocina. Recordaba que le había contado lo mucho que ella y su hermano disfrutaban cocinando.

—¿Puedes hacer tú la carne? A mí siempre me queda como una suela de zapato —pidió Javi.

Un poco después, ya estaban sentados en la mesa comiendo una pasta deliciosa y una ternera cocinada tan a la perfección que era para echarse a llorar de placer.

—Oye, ¿puedo preguntarte algo? —dijo Sara, que llevaba un rato jugueteando con su comida. Obviamente, para ella era demasiado pronto para comer.

—Adelante —dijo él, escondiendo el temor a que le pidiera más información comprometida.

—¿Cómo conseguiste esconder todo... esto a Laura? Quiero decir, ¿nunca te preguntó detalles de lo de tu hermano? Y la defensa personal... en fin, estás muy en forma y... —Sara, que había hecho las preguntas a su plato, no acabó la frase, pero no hacía falta. Javi sabía perfectamente a qué se refería.

Bueno, no eran preguntas demasiado comprometidas, pero sí alimentaban su culpabilidad. Esa había sido una parte de su relación con Laura que nunca le había gustado: todo lo que había dejado de contarle y todo lo que le había mentido.

—Laura no sabe que yo tenía un hermano pequeño —confesó—. Acordamos con mis padres no hablarle del tema. Le dijimos que nunca habíamos sido de hacer muchas fotos familiares. Las pocas que le enseñamos eran de vacaciones y Carlos no aparecía.

Ella asintió, todavía mirando su plato.

—Eso tiene que haber sido...

Javi sintió curiosidad por cómo lo calificaría. ¿Triste? ¿Lamentable? ¿Hipócrita?

—Difícil —dijo ella, ahora sí, mirándole.

Javi se quedó atrapado en esos ojos grises y sintió un pinchazo en el pecho. De nuevo, ella no le estaba ofreciendo su compasión, que no la quería, sino su comprensión. A pesar de las cuestionables decisiones que Javi había tomado, ella entendía que no le había resultado fácil. Lo invadió una oleada de calidez y gratitud que lo sorprendió. Por algún motivo, para él era importante que Sara lo viera así.

Carraspeó y se forzó a apartar la mirada.

—Y lo de la defensa personal... Bueno, Laura creía que me gustaba mucho ir a la sala de máquinas del gimnasio, pero en realidad iba a entrenar con un profesor particular.

Javi ahogó un suspiro. Visto en la distancia, era un milagro que Laura no hubiera llegado a sospechar o descubrir nada. Bueno, si se hubieran casado, lo hubiera descubierto de golpe en Providenciales.

Definitivamente, Laura era gafe. Sobrevivir a un secuestro para acabar amenazada de muerte en Providenciales.

Estaba clarísimo que, sin saberlo, Laura había hecho lo correcto al cortar con él.

Entonces, todo esto, ¿en qué lugar lo dejaba a él? ¿Cómo había sido capaz de empezar una relación con Laura, llegando incluso a decidir casarse con ella, basada en la mentira?

Ahora sí, suspiró. No le apetecía pensar en esas cosas. Se sentía como una persona horrible y no le gustaba. Y a saber qué pensaría Sara de él.

Era hora de cambiar de tema. Había llegado el momento de empezar a saciar su curiosidad sobre la vida de Sara desde que le había perdido la pista.

—¿Y tú qué has hecho estos años? Fuiste a la universidad, ¿verdad?

Ella asintió y volvió a concentrarse en remover la pasta de un lado a otro del plato.

—¿Qué ibas a estudiar? —presionó Javi, fingiendo no acordarse.

—Marketing.

—Es verdad —asintió él.

—Ahora trabajo en Vlessel. Es una agencia de marketing.

Javi arqueó las cejas y asintió lentamente, fingiendo ser ignorante en cuestiones de marketing. Para sus adentros, estaba más que admirado. Vlessel era LA agencia de marketing. No era fácil entrar a trabajar allí. En el sector se decía que solo lo conseguían los portentos del marketing.

—Seguro que se te da muy bien —dijo.

Ella enrojeció un poco y se encogió de hombros.

—Sí, no sé.

—¿Hace mucho que trabajas allí?

—Tres años. Me costó un poco entrar en el sector —explicó. Se animó—: Antes había encontrado trabajos esporádicos, pero nada serio. Me moría de la rabia, porque todos los de la promoción anterior de mi universidad se colocaron enseguida. En cambio la mía no. Cuando pensaba que si no hubiera empezado la carrera un año más tarde...

Se calló de golpe y apretó los labios en un gesto de contrariedad, como si hubiera hablado más de la cuenta.

—¿Empezaste un año tarde? —preguntó Javi, curioso.

—Mmm —dijo ella, que empezó a recoger la mesa—. ¿Te apetece fruta?

—Cuando nos conocimos acababas de cumplir dieciocho, ¿no? Y justo ibas a empezar la universidad —observó Javi.

—Qué bien te acuerdas —dijo Sara mientras se levantaba y empezaba a recoger los platos. A pesar de sus palabras, era evidente que no se alegraba de la buena memoria de Javi.

—¿Qué pasó?

Sara comprendió que Javi no iba a dejarlo pasar. Sentía demasiada curiosidad. Suspiró, derrotada. Devolvió los platos encima de la mesa y se sentó de nuevo. Le dedicó una sonrisa forzada, tensa. Javi inclinó la cabeza. ¿Qué era lo que no le quería contar?

—Eh... Recuerdas cuando estuvimos juntos, ¿no? —dijo con la voz rota por los nervios.

Los dos sabían que era una pregunta absurda, pero aún así Javi contestó.

—Claro.

Se llevó el vaso a los labios para beber un poco de agua. Si no miraba a Sara directamente, quizá no se sentiría tan intimidada.

—Me quedé embarazada.

El agua se atragantó en la garganta de Javi, que tuvo que girarse para no escupir el líquido encima de la mesa. El suelo quedó salpicado por miles de diminutas gotitas de agua.

—¿Perdona? —dijo Javi con la voz ahogada. No podía haberla entendido bien.

—Lo perdí una semana después de enterarme. No estaba ni de dos meses. Pero fue... bueno, el caso es que me deprimí un poco y acabé perdiendo el primer año de la carrera —soltó Sara tan rápido como le fue posible.

Javi la observó con la boca abierta, literalmente. Había sufrido un cortocircuito, también literalmente. No sabía qué hacer, decir o pensar. Durante unos brevísimos instantes se había visto a sí mismo como padre de un chaval de once años, junto a Sara, y la imagen lo había conmocionado.

—Pero, pero... —fue lo único que acertó a decir. Sabía que debía decir algo, un tema así debía hablarse, pero se había quedado en blanco. Cuando al fin su cerebro consiguió construir una frase, no fue la más acertada—. Pero usamos preservativos.

Notó que el comentario la hería un poco, pero intentó disimularlo con un encogimiento de hombros de supuesta indiferencia.

—Algo falló.

Javi se frotó la cara, sobrepasado.

—Joder, Sara.

¿Por qué se enteraba de esto ahora?

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Para qué? Lo perdí. Y tú ya habías dejado claro que no querías... —dijo Sara con voz suave. Al escuchar esas palabras, Javi sintió otro pinchazo en el pecho, aunque esta vez fue intenso y doloroso. Ella carraspeó y siguió hablando—. Además, tuve que borrar tu teléfono de mi agenda de contactos porque mi hermano quería buscarte para darte una paliza. Lo habría hecho, de

verdad. Si cuando os conocisteis hubiera descubierto quién eras, habrías acabado con la nariz rota. Como mínimo.

Javi, incapaz de quedarse quieto, se levantó y se acercó a la encimera para coger varias hojas de papel de cocina. Se acuclilló al lado de la mesa y se esmeró mucho más de lo necesario en secar el suelo. Incluso cuando ya no quedaba rastro de agua, siguió frotando.

Seguía abrumado. Se preguntó cómo habría reaccionado en su momento de haber sabido que Sara estaba embarazada o que había perdido un bebé suyo.

Un bebé. Un hijo. Dios, solo de pensarlo se mareaba.

Hablar a toro pasado era muy fácil, pero tenía la sensación de que, si se lo hubiera contado en su momento, habría intentado apoyarla. Y entonces habría sido incapaz de volver a alejarse de ella, y su vida habría sido distinta.

No sabía si seguiría con Sara, pero probablemente Carlos seguiría con vida.

Los ojos se le humedecieron y parpadeó, furioso. No podía ir por ahí.

Además, ¿no había empezado a albergar dudas sobre el responsable de la muerte de Carlos?

Lo que era una realidad, una que lo enfurecía, era lo que había vivido Sara. Y él ni se había enterado.

Se levantó, tiró el papel a la basura y volvió a sentarse ante ella, intentando disimular lo alterado que estaba.

—Siento que pasaras sola por todo eso —dijo.

—Tenía a mi hermano. Y a mis amigas —dijo ella con una sonrisa débil.

Javi asintió, escondiendo lo mucho que lo habían herido esas palabras. Sara le había dicho finamente que su presencia no había sido necesaria.

Se dijo que no tenía ningún derecho a molestarse. Él se lo había buscado. La había echado cruelmente de su lado, ¿no?

Sin embargo... ¿de verdad su presencia no había sido necesaria?

Doce años atrás, cuando le había dicho que no quería nada serio con ella, sabía que si le hubiera propuesto mantener una relación, aunque fuera a distancia, ella habría aceptado. Esos días habían sido intensos y, aunque Sara no había hecho ningún comentario al respecto, era bastante transparente. Sí, tenerlo a su lado seguramente la habría ayudado.

El sentimiento de culpa que se removía en su pecho se multiplicó por diez cuando, de repente, comprendió que él había sido una influencia importante en la Sara actual, la que se había anulado a sí misma. Ella le había contado que su padre los había abandonado cuando era pequeña y su madre había sido

alcohólica desde que tenía recuerdo, y que podía decirse que la había criado su hermano. Es decir que, para Sara, sus padres habían estado ausentes. Uno la había ignorado y la otra la había echado de su lado. ¿Cómo podía sentar esto a una niña de carácter dulce como Sara? Imaginaba que no muy bien. Seguramente lo había interpretado como dos rechazos. Más adelante había llegado él, el primer hombre que la había besado y el primero con el que se había acostado, y se la había quitado de encima espetándole que no era su tipo. Y encima se había quedado embarazada, había perdido el bebé y se había deprimido.

¿Y él había tenido el descaro de enfadarse con ella por ponerse en segundo plano con tal de gustar y evitar ser rechazada?

Era un auténtico cretino. Y un imbécil. Y un gilipollas, eso era lo que era.

Se dio cuenta de que llevaba bastante rato en silencio y que Sara lo observaba con curiosidad.

—No sé qué más decir —admitió Javi.

—No pasa nada, Javi. Fue hace mucho tiempo.

Él asintió, escondiendo su conmoción. ¿Cómo podía una única y estúpida decisión marcar tanto a dos personas?

—¿Fruta? —volvió a preguntar Sara.

—No, gracias —dijo él.

Se le había pasado el hambre. Seguramente no volvería a tener hambre hasta el año 2500, si es que la Tierra todavía existía.

Recogieron la mesa y la cocina en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando acabaron, Sara se excusó un momento para ir a enviar mensajes a sus amigas y llamar a su hermano.

—Le contaré que he ido a la granja de caracoles. Espero que se lo crea —dijo.

—Lo harás muy bien —aseguró él, fingiendo no darse cuenta de que ella se sonrojaba un poco. Otra muestra de lo poco que confiaba en sí misma.

Menos de diez minutos después, Sara regresó al salón.

—Creo que no sospecha nada —dijo.

—Muy bien —dijo Javi—. ¿Quieres ver una peli?

Tenían toda la tarde por delante y nada que hacer. A los dos les sentaría bien estar entretenidos.

—Vale.

Durante unos minutos, curiosearon el catálogo de películas al que tenía acceso Cánovas.

—Esa da miedo —dijo Sara cuando vio la carátula de una película llamada [REC].

—¿Sí?

—¿No la has visto?

Javi negó con la cabeza. Hacía siglos que no veía una película. Ella lo miró con lo que le parecía timidez, pero a la vez su mirada tenía un brillo cuyo significado no sabía identificar.

—Es entretenida —dijo.

—¿No acabas de decir que da miedo?

—No tanto, es que soy un poco miedica.

Aunque ella no lo hubiera dicho directamente, Javi interpretó que quería ver esa película, así que la puso. Al principio la película le pareció entretenida y punto, pero después... Madre mía.

—Tú quieres que esta noche sufra pesadillas, ¿no? —dijo a Sara, que se había acurrucado en el otro extremo del largo sofá y estaba más pendiente de sus reacciones que de la película.

Ella se giró hacia él, se abrazó las piernas y dejó caer la cabeza en el respaldo.

—Qué exagerado eres —dijo, sonriendo como una auténtica pilla.

La imagen le recordó a la Sara que él había conocido. La Sara relajada, con sentido del humor, dulce, hermosa. Y quiso besarla.

Se quedó donde estaba, claro, porque imaginaba que ella lo rechazaría. Además, no quería romper el momento.

Ella no aguantó más y se rio con una carcajada que fue como una descarga de energía para él. Quería escucharla reírse así más veces.

—Me vengaré de esta —dijo, intentando sonar muy serio.

A ella se le escapó otra carcajada, claramente incrédula, y él suspiró con exagerada resignación.

El resto de la tarde transcurrió en una agradable calma. Parecía que los rayos del sol quisieran fundir cualquier cosa que se interpusiera en su camino, así que ni siquiera les apeteció aprovechar la generosa piscina de Cánovas. El plan de seguir refugiados dentro de casa, protegidos por el aire acondicionado, sonaba mucho mejor. Acabaron viendo otra película, una que había triunfado en los Óscar hacía poco y que a los dos les pareció muy mala, y después Javi se quedó enganchado viendo una serie que Sara le recomendó, que trataba de dimensiones paralelas y de unos niños que encontraban a una niña con poderes... Mientras tanto, a su lado, Sara se entretuvo leyendo uno de los libros de la biblioteca de Cánovas.

Esas horas dejaron a Javi con una extraña sensación en el cuerpo. Y la cabeza.

Lo sorprendió ser capaz de tomarse las cosas con tanta tranquilidad. No hacía tantas horas que había llegado a casa más alterado que un animal salvaje al que acaban de atacar. Sospechaba que la relajada presencia de Sara tenía algo que ver, aunque no sabía si era ella quien lo calmaba o si simplemente era que su subconsciente se negaba a estropear el momento.

Por otro lado, hacía siglos que no veía una película o serie enteras. Con Laura no tenían la costumbre de ir al cine, y cuando muchas noches ella se sentaba a ver la tele, él se sentaba a su lado y leía alguna revista o libro técnicos, o aprovechaba para hacer cosas de trabajo. Pero esa tarde junto a Sara, en la que prestó toda su atención a la ficción, algo se removió en su interior. Las historias y aventuras de todos esos personajes le hicieron revivir emociones que hacía mucho que, ahora se daba cuenta, no se permitía sentir.

Cuando al atardecer Cánovas llegó acompañado de Domingo, Javi se sentía... blando. Los dos hombres todavía no tenían mucho que contar, pero la información que recibió lo afectó más de lo normal.

—He hablado con un amigo policía —explicó Cánovas—. A Samuel Alba lo expulsaron por acosar y dar una paliza a un vecino suyo que supuestamente traficaba con drogas. Era mentira, y al final descubrieron que quien se sacaba un sobresueldo vendiendo droga incautada era él.

—Menudo elemento —comentó Domingo, asombrado.

—Espérate que ahora viene lo gordo —dijo Cánovas—. No pudieron demostrarlo, pero los de Homicidios sospechan que pudo haber tenido algo que ver con la muerte de varias personas. Un jefecillo de una banda de traficantes. También Fernando Trébol...

—¿El empresario que se suicidó? —preguntó Javi. Recordaba el caso. Él tendría dieciocho o diecinueve años, pero fue un caso muy sonado en la ciudad, y sus padres lo conocían.

—Al parecer no está tan claro que fuera un suicidio. También José María Quintero, el político. No sé si os acordáis, pero su asesinato quedó sin resolver —siguió Cánovas—. Y también una periodista que andaba metida en algunos líos. Esther Coll, creo que ha dicho que se llamaba.

—Joder —fue lo único que Javi pudo pronunciar.

Recordaba a Samuel Alba como un cabrón pirado, pero de ahí a un asesino había mucha distancia.

—¿Era un asesino a sueldo? —preguntó Sara, que tenía cara de no creerse lo que escuchaba.



Si él estaba alucinando, no le sorprendería que ella entrara directamente en modo pánico y estuviera maldiciendo los días que se conocieron y se reencontraron. No podía culparla.

—Eso parece —dijo Domingo.

Con esa información, era fácil suponer que alguien podría haber contratado a Alba para que matara a Carlos y quizá también a Gabriel. Pero tenía tan poco sentido...

—Es pronto para sacar conclusiones —dijo Domingo, adivinando la línea de sus pensamientos—. Esperemos a tener más información. Yo tengo un contacto que está recopilando toda la información que encuentre sobre él.

—A mí también me pasarán algunos informes policiales. Lo que puedan encontrar —añadió Cánovas—. Y ahora voy a cambiar de tema.

Se acercó a un cajón del que sacó un llavero viejo de una zapatilla de fútbol, del que colgaban varias llaves. Javi tragó saliva al reconocer el llavero.

—Tus padres nos enviaron las llaves y la documentación para que lo vendiéramos, pero no pudimos hacerlo —explicó Cánovas—. Hemos hecho que lo mantuvieran todos estos años. Si en algún momento lo necesitáis, sigue estando en el mismo sitio de siempre.

Javi cogió el llavero que Cánovas le entregaba, intentando que las emociones no lo superaran.

El yate de sus padres.

—Gracias —susurró con la voz rota, incapaz de mirar a nadie.

—Supongo que en el fondo nunca perdimos la esperanza de que regresarais —dijo Cánovas.

Levantó la mirada para dedicarle una sonrisa triste, y descubrió que Cánovas tenía los ojos brillantes. El hombre carraspeó.

—Venga, vamos a preparar la cena —dijo, poniéndose en movimiento.

La velada fue agradable y tranquila, pero la noche encontró a Javi tumbado en la cama con los ojos bien abiertos, insomne, por culpa de tanta emoción. En realidad ya le vino bien, porque a las dos de la madrugada llegó el taxi que había pedido unas horas atrás, durante una supuesta visita al baño.

Regresó poco más de una hora después, satisfecho porque estaba bastante convencido de haber logrado su objetivo. El día siguiente podría confirmarlo.

Al menos la salida lo ayudó a dejar de pensar en todo lo que había sentido ese día y, cuando por fin se acostó, se durmió enseguida.

A pesar de todo, por la mañana despertó relativamente temprano, casi a la misma hora que Sara. Cánovas ya no estaba. Durante el desayuno Javi

propuso aprovechar la piscina antes de que el sol empezara a intentar achicharrarlos vivos, y Sara aceptó.

Mientras se ponía el bañador, a Javi lo consoló pensar que le había parecido que a Sara realmente le apetecía bañarse y que no había dicho que sí por compromiso. Tenía que ayudarla a salir de ese bucle horrible en el que estaba metida. Javi era de la opinión que, cuando pones las cosas demasiado fáciles, sin tener en cuenta tus propios deseos o necesidades, los demás pueden acabar aprovechándose de ti. Y cuando ya no les sirves, pueden deshacerse de ti como si fueras un pañuelo sucio.

Como había hecho el policía.

Menudo cabronazo.

Javi suspiró. Tenía que empezar a dejar de pensar en ese tío y en dar por sentado qué había pasado en su relación con Sara. No era cosa suya.

Aunque bueno, le había birlado la novia en el altar. Tenía motivos para desear que le cayera un piano de cola en la cabeza, ¿no?

Acabó de ponerse el bañador con gestos bruscos, intentando controlar tanto pensamiento homicida. De verdad que llevaba unos días fuera de control.

Cuando bajó a la piscina, embadurnado hasta las cejas de crema solar, se encontró a Sara de pie en el borde, mirando el agua, todavía con un vestido puesto y la toalla encima del hombro. Javi sonrió con malicia. Se acercó a ella y le cogió la toalla.

—Estoy a punto de cumplir mi venganza por lo de la película de ayer — anunció.

Ella se giró, extrañada y despistada.

—¿Ah?

Javi la empujó, Sara perdió el equilibrio, profirió un pequeño grito y cayó al agua. Sonrió, muy satisfecho. Siguió sonriendo mientras Sara emergía a la superficie, aunque se sentía extraño. ¿Cuánto hacía que no gastaba una broma así a nadie? ¿Por qué con ella había sido incapaz de reprimirse? Bueno, no es que hubiera intentado resistirse. Simplemente había actuado.

—Muy bonito —dijo Sara, nadando hacia la escalera, también sonriendo.

La sonrisa huyó de los labios de Javi cuando la vio salir de la piscina, con el vestido completamente empapado, pegado al cuerpo como una segunda piel, remarcando cada una de sus curvas. Sin pensárselo, Sara empezó a quitarse el vestido, dejando al descubierto el bikini negro.

Javi se dijo que era un bikini como cualquier otro. No tenía nada de especial.

Entonces, ¿por qué a ella le quedaba tan rematadamente bien?

Mientras Sara no lo miraba, ocupada acabando de librarse del vestido empapado, Javi repasó cada línea de su cuerpo. La erección fue instantánea, y sintió envidia de las gotas de agua que le cubrían la piel. Quería acariciarla, quería lamerla, quería...

Javi ahogó un gruñido. Deseaba más que nunca volver a estar en la playa de Providenciales, con Sara ante él, borracha, ofreciéndole ahogar las penas en una sesión de sexo entre rebotados.

Maldijo a Toni, maldijo al karma y se recordó que ese tren ya había pasado. Y solo era de ida.

Sara sabía que estaba haciendo un espectáculo de quitarse el vestido empapado, pero se le había quedado tan aferrado a la piel que se sentía como un elefante intentando pasar por una puerta.

Desde luego, compararse a sí misma con un elefante tenía delito. Se le escapó una sonrisa y pensó que, en realidad, le gustaba que Javi se hubiera olvidado de ser serio y correcto y le hubiera gastado una broma. Le hacía pensar en el Javi despreocupado, el Javi que había sido feliz. Y, por algún motivo, le parecía muy importante que Javi fuera feliz.

Sin embargo, cuando consiguió deshacerse del vestido, descubrió que la expresión relajada y divertida con la que él la había mirado desde el borde de la piscina había desaparecido. Se había permitido ese único y pequeño momento de recreo y ya volvía a ser el Javi contenido. Apagado.

Él se giró para lanzar las toallas encima de una tumbona y se quitó la camiseta. La visión de su espalda larga y musculosa la fascinó de nuevo, y cuando volvió a girarse y le ofreció un estupendo panorama de esos pectorales y esos abdominales, Sara se encontró aspirando aire con fuerza.

Contuvo el suspiro justo a tiempo.

Pero el resto de su cuerpo siguió reaccionando. Las yemas de los dedos le hormigueaban por el imperioso deseo de acariciarlo. Sintió un cosquilleo en las palmas de las manos cuando se preguntó cómo sería posarlas sobre el trasero firme que el bañador dibujaba. Se encontró deseando con todas sus fuerzas volver a estar como en la playa de Providenciales, ella suficientemente borracha como para insinuarse con descaros, y él suficientemente borracho como para olvidarse un rato de su ex y lanzarse a los brazos de otra mujer. Se imaginó que volvían a estar besándose, bien abrazados, pero esta vez sin ropa, piel contra piel. El cosquilleo que se había iniciado en las palmas de las manos se extendió hacia sus pechos, le endureció los pezones y viajó directo hacia su vientre y su entrepierna. Pudo

visualizarse en brazos de Javi, aprisionada placenteramente por ese cuerpo poderoso mientras él se hundía en su interior...

Ay, Dios, ¿que hacía pensando esas cosas?

Carraspeó, apurada. Afortunadamente, mientras ella pensaba en cosas imposibles, Javi estaba distraído zambulléndose en la amplia piscina.

—¿Te importa si nado un poco? —dijo él.

—Por favor —consiguió responder Sara, aunque para sus adentros estaba gritando «¡Sí, por favor, distráete con cualquier cosa mientras yo intento disimular mi calentón!».

Javi enseguida empezó a nadar piscina arriba y abajo. Sin descanso. Seguramente era lo que necesitaba, agotarse mientras le tocaba esperar sin hacer nada, encerrado en una casa con ella.

Sara entró en el agua, agradeciendo que a esas horas de la mañana todavía estuviera fresca, y se entretuvo buceando y chapoteando para aquí y para allá. No recordaba haber sufrido nunca un calentón así. ¿De dónde había salido? No podía decirse que estuviera poco acostumbrada a la visión de hombres musculosos. Para su desgracia, a Adam le encantaba pasearse por casa sin camiseta. Y Hugo también estaba en muy buena forma.

Suspiró. Últimamente, se comprendía muy poco a sí misma.

Se colocó boca arriba, dejó que su cuerpo flotara, mecido por el agua, y cerró los ojos. Esto siempre la había ayudado a relajarse. Esta vez también. No supo cuánto tiempo pasó así, pero seguramente fue bastante. De hecho, tardó un poco en darse cuenta de que Javi había acabado de nadar. Abrió los ojos y lo descubrió apoyado contra el borde de la piscina, todavía recuperando la respiración, mirándola con curiosidad.

—Ya empezaba a pensar que te habías dormido —dijo.

Sara sonrió, un poco avergonzada.

—Sí, a veces podría pasarme así durante horas.

—Por mí no te prives —dijo él mientras se aupaba para salir del agua.

—Estoy bien.

De nuevo, Sara se entretuvo chapoteando de un lado a otro y zambulléndose de vez en cuando, mientras Javi se secaba un poco con su toalla y se sentaba en una tumbona, que quedaba a la sombra gracias a la pérgola que se alzaba al lado de la piscina.

—Oye, he estado pensando... —empezó a decir Javi, captando su atención. Después, acabó con una sonrisa traviesa—: Ayer me pareció que te gusta cocinar. Y yo estaría encantado de que me prepararas la comida.

Sara rio por debajo de la nariz, aunque la idea le gustó. Sería una buena manera de mantenerse ocupada.

—Vale —aceptó—. ¿Qué te apetece?

La sonrisa de Javi se ensanchó.

—Te dejo que me sorprendas.

Sara asintió con poca convicción. De repente, se sentía muy insegura. ¿Cómo iba a prepararle una comida si no sabía qué le gustaba? ¿Y si escogía algo que odiaba o le sentaba mal?

Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo Javi. Dos días atrás la había acusado de ser incapaz de tomar decisiones. Ahora la estaba empujando a tomar algunas.

Vale, podía hacerlo.

Pero...

No tenía ni idea de qué menú escoger.

Solo era una comida, ¿por qué se agobiaba tanto?

De repente, varias verdades se revelaron en su cabeza, brillando como espejos expuestos al sol.

Había cocinado muchísimas veces para Adam (y él para ella). También para Hugo, aunque con él más bien solían meterse juntos en la cocina.

Siempre habían sido ellos los que habían escogido qué comer.

No lo habían forzado, sino que ellos habían propuesto y ella lo había aceptado. Incluso cuando eran comidas que a ella no le entusiasmaban.

Con Marina, Berta y Judith pasaba lo mismo. Ellas proponían a qué restaurante ir a cenar, qué película ir a ver, qué ciudad visitar durante unas vacaciones, y ella aceptaba. Incluso cuando le parecía que el restaurante cocinaba mal la carne, o si la película era uno de esos dramones que a ella tan poco le gustaban, o si en vez de ciudad le habría apetecido más pasar unos días en la montaña.

Volvió a pensar en Hugo. Si miraba hacia atrás, podía ver claramente que ella había permitido que él llevara la voz cantante en su relación. Él proponía salir una noche, y a ella le parecía bien. Él proponía ir de vacaciones, y a ella le parecía bien. Él proponía irse a vivir juntos, y a ella le parecía bien. Él estaba con uno de sus ataques de mal humor, y ella procuraba no molestarle. Ella había querido que Hugo estuviera contento, y habían encontrado un equilibrio agradable.

Pero, ¿a eso se resumía su relación? ¿No había habido nada más? ¿No se habían querido?

Había querido a Hugo, ¿verdad?

Sí, claro que sí. Al principio, y durante varios años, lo había amado. Estaba enamorada de él y cada vez que lo veía sentía mariposas en el estómago y sonreía como una boba. Y sabía que él también la había querido.

Pero era cierto que, desde hacía algún tiempo, no sabría decir cuánto, habían caído en una rutina cómoda. Se llevaban bien, tenían alguien en quién apoyarse si hacía falta, pero... Si revisaba sus sentimientos, no encontraba rastro de amor ni mucha pasión. Solo comodidad.

¿Era esto lo que había pasado? ¿Que, por poner las cosas tan fáciles, el amor entre ellos se había ido consumiendo como una vela encendida? Y al final, no se dieron cuenta de que no quedaba ninguna llama que alimentar.

Al parecer, Hugo lo había descubierto al conocer a Laura. Y ella misma solo había necesitado unos días para descubrir que no echaba de menos a su exprometido.

Pensó que debería sentirse aliviada. Al fin, había resuelto el misterio que últimamente la agobiaba. Sin embargo, lo que sucedió fue que se le humedecieron los ojos, porque lo único que sentía era pena. Y era patético, pero era pena de sí misma. Pena porque, de nuevo, no había sabido hacer las cosas bien. Pena porque se agobiaba ante la idea de tener que elegir una comida.

Visto desde fuera, esto último era bastante lamentable. Seguramente a Javi tampoco le gustaba lo que veía. Qué demonios, ya sabía que a él no le gustaba, se lo había dejado bien claro en el supermercado. Por eso la empujaba a actuar de otra forma.

—¿Estás bien?

La voz de Javi la sobresaltó y descubrió que se había quedado de pie en mitad de la piscina con la mirada clavada en el agua. Se apresuró a mentir asintiendo con ganas, alcanzó la escalera y empezó a salir del agua.

—Voy a ducharme —dijo él de repente, sin mirarla.

—Yo me quedaré un poco más —dijo ella.

—El tiempo que quieras —dijo Javi, que ya le daba la espalda y caminaba hacia la casa.

Sara se sentó en una de las tumbonas sin molestarse en secarse. Empezaba a hacer tanto calor que no lo necesitaba. Pasó un buen rato ahí sentada, repasando diez años de relación con Hugo y llegando una y otra vez a la misma conclusión que antes. Cuando ya no pudo contener más las lágrimas, se encogió y se abrazó las piernas. Ella era así. No sabía ser de otra manera. ¿Quería eso decir que su carácter la condenaba a que todas sus relaciones

acabaran desgastándose de la misma manera? Si es que había otras relaciones, claro.

Se enderezó y se secó los ojos y las mejillas. Temía que Javi apareciera y la descubriera llorando. Además, tenía una comida que preparar. Eso era algo que le apetecía hacer. Y se enfrentaría a decidir ella sola el menú. Iba a obligarse a hacerlo, porque no podía ser que la elección de una comida la angustiara así.

Un rato después, ya se había duchado y estaba en la cocina preparando unas berenjenas rellenas de carne picada, calabacín, cebolla y tomate. Esta vez las preparó sin bechamel porque, en realidad, a ella la bechamel nunca le había entusiasmado.

Cuando ya las tenía en el horno gratinándose, aprovechó para ir un momento al baño. Por el camino pasó por delante del despacho de Cánovas, donde Javi estaba sentado ante el ordenador, estudiando atentamente las imágenes de una calle que le mostraba un servicio de mapas de internet. A Sara le llamó la atención, pero cuando salió del baño y regresó, Javi solo estaba leyendo un periódico.

—Ya casi podemos comer —anunció.

Tenía la sensación de que Javi preferiría que no hubiese visto esas imágenes de la calle.

—Genial —dijo él, y la siguió hasta la cocina.

En la puerta, él se detuvo bruscamente.

—Podría llorar de lo bien que huele —dijo, muy serio.

A Sara se le escapó una pequeña risa y lo observó acercarse hasta el horno y fisgonear qué estaba horneando.

—Ya falta poco —informó ella.

—¿Pongo la mesa?

—Por favor.

Sara no pudo contener la sonrisa al ver la velocidad con la que Javi disponía servilletas, vasos, platos y cubiertos sobre la mesa. Debía de estar hambriento.

—¿Cerveza o vino? U otra cosa —preguntó él.

Ella se mordió el labio. Su primer impulso había sido responder «Lo mismo que tú estarás bien», pero sabía que esas palabras no serían bienvenidas.

—Soy más de vino —dijo.

Quería añadir que le sabía mal abrir una botella solo para ella, pero Javi enseguida cogió dos copas, las colocó encima de la mesa y se dispuso a



escoger un vino de la pequeña vinoteca de Cánovas.

—Si te estás preguntando si preferiría beber cerveza y me estoy forzando a beber vino, puedes estar tranquila —dijo él, adivinando sus pensamientos—. Cualquiera de las dos opciones me valía.

Mientras asentía, a Sara le ardían las mejillas. Al parecer ahora también era más transparente que un cristal inexistente. Suprimió un suspiro por segunda vez en un mismo día y sacó las berenjenas del horno. Cuando, unos minutos después, Javi saboreó el primer bocado, arqueó las cejas y se le escapó un sonido de aprobación.

—Está... joder, está delicioso.

Sara volvió a enrojecer.

—Gracias.

—No suelo comer platos así, Laura y yo no somos nada cocinitas.

—Hugo y yo sí, de hecho fue una de las cosas que...

Sara enmudeció antes de acabar de explicar que su amor por la cocina fue una de las aficiones que los unió. La expresión de Javi revelaba que también se arrepentía de sus palabras.

Lo que Javi no podía saber era que en esa situación había un desequilibrio importante. A él se le había escapado el comentario porque todavía no había asumido que su relación con Laura había acabado. Ella solo había expresado en voz alta un recuerdo agradable.

A Javi no debía de sentarle demasiado bien escuchar hablar del tipo que había provocado el fin de su relación con la mujer que amaba.

—¿Estuvisteis juntos mucho tiempo? —le preguntó. Quizá hablar de ello lo ayudaba.

—Tres años —dijo él, volviendo a centrarse en su plato—. ¿Y vosotros?

Pues al parecer no le apetecía hablar del tema.

—Diez años —contestó ella.

—Uau —fue su única observación mientras arqueaba las cejas.

Siguieron comiendo en silencio. El aire se había cargado de una tensión incómoda. Las palabras de Javi, pronunciadas con suavidad, casi retumbaron por la cocina.

—¿Te trataba bien?

—Laura estará bien —dijo Sara con la misma suavidad, comprendiendo y admirando su preocupación por su exnovia. En una situación así, la gran mayoría de gente desearía que a su ex que le cayeran encima las diez plagas de Egipto.

Él abrió la boca para hablar, pero se lo repensó. Finalmente, dijo:

—¿Te apetece ver una película después de comer?

—Vale. No tengo planes para esta tarde —bromeó Sara.

Javi rio por debajo de la nariz.

—Genial. Pero la elijo yo.

Sara se sorprendió ante su elección. Seguramente era simple amabilidad, pero no supo cómo interpretar el gesto.

Vieron *L.A. Confidential*.

Cuando la película acabó Sara se puso a leer mientras Javi seguía con la serie que había empezado el día anterior, pero no tardó en quedarse dormida. No supo cuánto rato durmió, pero cuando empezó a regresar del mundo de los sueños, Javi no estaba a su lado. En el televisor, la serie que él había estado viendo estaba en pausa.

Todavía medio dormida, escuchó el lejano sonido de un coche deteniéndose en la calle, y después el de la cancela de la finca abriéndose y cerrándose. Pensó que Cánovas ya había regresado.

Sin embargo, el que entró en casa fue Javi. Solo él.

Sara volvió a cerrar los ojos, preguntándose si estaba despierta o todavía soñaba.

No, estaba bastante convencida de estar despierta.

Escuchó a Javi acercarse intentando no hacer ruido. Se sentó en el mismo sitio de antes con cuidado y reanudó el visionado de la serie.

Sara abrió los ojos lentamente, pero no tardó en despejarse del todo. Javi estaba sentado como si llevara un buen rato en el mismo sitio. Y siguió comportándose como si no acabara de regresar de la calle.

Sara no dijo nada, pero frunció el ceño. Antes las imágenes de esa calle en el ordenador, y ahora esto. Y todo en secreto.

El resto de la tarde observó a Javi discretamente. Aunque intentaba esconderlo, estaba inquieto. Miraba la tele sin realmente verla. Hacía tamborilear los dedos nerviosamente contra el brazo del sofá. Y todo él estaba en tensión.

Una desagradable sospecha empezó a tomar forma en la cabeza de Sara, y entonces ella también se inquietó. No sabía qué hacer.

Obviamente, Javi pretendía mantenerlo en secreto, e imaginaba que no le gustaría que ella metiera las narices en sus asuntos.

Pero Sara desaprobaba sus intenciones. Estaba segura de que las había adivinado bien.

Entonces, ¿debía hablar? No se decidía.

Cánovas y Domingo llegaron a casa juntos un poco antes de la hora de cenar, todavía sin novedades que añadir. Se metieron en la cocina, donde Cánovas empezaría a preparar la cena, mientras Javi veía los últimos minutos de un capítulo.

Cuando él al fin apagó el televisor, Sara no pudo contenerse.

—¿Dónde has ido esta tarde?

Él la miró, sorprendido.

—Solo he ido a dar una vuelta para airearme —dijo.

Sonó convincente, pero Sara no lo creyó. Ni por asomo. Notaba que mentía, pero es que además, ¿quién en su sano juicio saldría a airearse en las achicharrantes tardes de verano de esa ciudad?

—Mañana tienes intención de volver a salir, ¿verdad? —insistió Sara, dando voz a sus sospechas—. Y será peligroso.

Ahora Javi pareció asombrado, pero enseguida frunció los labios, disgustado. Abrió la boca para hablar, pero otra voz se le adelantó.

—¿Que qué? —dijo Cánovas.

Él y Domingo estaban en la puerta de la cocina, observando a Javi con expresión alarmada.

Sara se mordió el labio. No había contado con que pudieran escucharla.

—Javi, no es una buena idea —dijo Domingo.

—¡Es de locos! —intervino Cánovas—. Además, ¿a dónde piensas ir?

Javi hizo una mueca de fastidio, dedicó una mirada acusadora a Sara, y se levantó.

—Así las cosas avanzarán más rápido —fue su respuesta.

—¡También conseguirás que te maten más rápido! —dijo Cánovas, y Sara no podía estar más de acuerdo con él.

—Sé ir con cuidado y sé protegerme —insistió Javi.

—No... —empezó a decir Cánovas, pero Javi lo interrumpió.

—La decisión está tomada.

Cánovas se quedó mirando a Javi, sin palabras, mientras Domingo se masajeaba la frente y las sienes, como afectado por un repentino dolor de cabeza.

Durante unos segundos, el silencio solo fue roto por el suave chisporroteo de la cebolla que Cánovas estaba caramelizando en la cocina.

—Pues vale. Yo seguiré preparando La Última Cena —dijo Cánovas finalmente.

Domingo y Cánovas volvieron a desaparecer dentro de la cocina, mientras que Javi se dejó caer en el sofá con expresión malhumorada.

Sara no se atrevía a decir nada. Solo de pensar en el riesgo que Javi pretendía correr se le hacía un nudo en el estómago de la aprensión y el miedo, pero si a Javi no le importaba la opinión de Cánovas y Domingo, lo que ella pensara todavía iba a importarle menos. Desde que los dos hombres habían abandonado el salón, Javi ni siquiera la había mirado.

Durante unos locos instantes la tentó con fuerza la idea de llamar a Laura, contarle todo lo sucedido y suplicarle que le quitara a Javi la idea de la

cabeza. A ella la escucharía. Pero la descartó casi al instante. No solo enfurecería a Javi, sino que podría tener consecuencias imprevisibles.

Mientras cenaban reinó un humor taciturno y apenas hablaron, pero Sara casi ni se enteró, pues estaba sumida en sus pensamientos. No se libraba de la sensación de angustia. Y sentía que, en un asunto así, no podía quedarse callada. Si no estaba de acuerdo con la decisión de Javi, debía decírselo. Pero solo de pensar en ello se acobardaba. A él no le interesaba su opinión.

Se quedó atascada en este bucle de «ahora sí, ahora no» y, antes de darse cuenta, Domingo se fue a su casa y Javi anunció que se retiraba a dormir.

De nuevo, tomó una decisión impulsiva. Se levantó y siguió a Javi a la planta superior. Lo alcanzó cuando ya estaba entrando en su habitación.

—Javi.

Él se detuvo y la miró, curioso. Ella se quedó a unos pasos de él. Se sintió como una niña pequeña que tiene que hablar delante de una sala repleta de adultos desconocidos, y deseó tener algo en las manos. No sabía qué hacer con ellas.

Pero se armó de valor, preparada para ser ignorada sin miramientos.

—No lo hagas. Por favor.

Javi se apoyó contra el marco de la puerta.

—Sara... —dijo, como si le hubiera pedido un favor imposible de conceder.

—Entiendo que estar aquí encerrado sin hacer nada te esté volviendo loco, pero no puedes permitir que eso te empuje a ser imprudente.

Javi suspiró.

—Puede que visitando, o lo que sea que pretendes hacer, a Boris Craig...

Él la miró, todavía más asombrado que antes.

—¿Cómo lo sabes?

—Es por eliminación de tu lista de sospechosos. Con la información que tienes, no hay muchas más opciones —explicó Sara, pero no se dejó despistar—. Puede que *visitando* a Boris Craig las cosas avancen más rápido, pero si por el camino te hacen daño no habrá valido la pena.

Él seguía apoyado contra el marco de la puerta y miraba el suelo, pensativo.

—Cánovas y Domingo están... —siguió Sara, creyendo que él todavía necesitaba más argumentos.

—De acuerdo —la interrumpió Javi.

—¿Cómo?

—No iré.

—¿En serio? —preguntó estúpidamente Sara.

Daba tan por sentado que sus argumentos fracasarían que ahora estaba demasiado sorprendida como para creérselo.

—En serio.

Durante varios segundos, Sara se quedó en blanco.

—Vale —consiguió decir finalmente—. Gracias.

La sonrisa que le dedicó Javi era forzada, pero la aceptó. Que hubiera transigido no significaba que tuviera que gustarle.

—Buenas noches —le deseó Sara, empezando a retroceder hacia las escaleras.

—Buenas noches.

Sara regresó al salón y comunicó la buena noticia a Cánovas, que respiró aliviado.

—Gracias a Dios. Gracias por convencerlo —dijo.

Sara sonrió, contenta. Cuando, poco después, se fue a dormir, se sentía bastante bien consigo misma. Y por la mañana la agradable sensación perduraba. Pasó por el baño y se puso directamente el bañador debajo del vestido, porque pasar las primeras horas del día en la piscina le parecía un buen plan.

La puerta de la habitación de Javi seguía cerrada. Bajó las escaleras en dirección a la cocina con la intención de empezar a preparar el desayuno. En la planta baja reinaba el silencio, por lo que Cánovas seguramente no estaba en casa.

Enseguida vio la hoja en el centro de la isla. Estaba doblada cuidadosamente para conseguir que se mantuviera en pie, llamando la atención como un pañuelo rojo en medio de un campo cubierto por la nieve.

Era una nota para ella.

*Sara,*

*Lo siento, tenía que hacerlo.*

*Dadme 24 horas antes de llamar a la policía, por favor.*

*Javi*

Incapaz de creérselo, corrió escaleras arriba y abrió la puerta de la habitación de Javi con tanta brusquedad que rebotó contra la pared.

La cama estaba vacía.

Javi le había mentado y había ido igualmente a *visitar* a Boris Craig.

\*

Como las olas del mar que alcanzan la playa una y otra vez, la culpabilidad regresaba a él continuamente. Intentaba apartarla, pero no se dejaba vencer.

Odiaba haber mentido así a Sara. Pero si le hubiera respondido que iba a «visitar» a Boris Craig sí o sí, la habría empujado a pasar una noche de preocupación. La había visto en sus ojos, la preocupación. No podía negar que le había gustado descubrirla, pero no creía que ella tuviera que estar sufriendo por algo de lo que solo él era responsable.

Además, si ella le hubiera seguido insistiendo para que cambiara de parecer, al final habría creado un boquete en su firme decisión. Y *tenía* que hacer esto. Se lo debía a Carlos.

Se concentró en su siguiente paso de ese día: poner a prueba sus sospechas.

Las dos últimas veces que había salido a escondidas de casa de Cánovas... Bueno, él creía haberlo hecho a escondidas, pero obviamente Sara lo había descubierto.

En fin, el caso es que en ambos momentos había hecho lo mismo: dar un rodeo en los taxis que había llamado para después acercarse discretamente a la calle donde estaba situada la entrada de la urbanización y espiar.

La primera vez, de madrugada, había visto a dos hombres charlando mientras fumaban un cigarrillo, y una cabeza cubierta por una buena mata de cabello rizado dentro de un coche blanco. La segunda vez, la tarde anterior, los hombres no estaban. Pero la mata de cabello rizado dentro del coche blanco sí.

Esa misma mañana, tan solo un rato antes, había pedido otro taxi. Esta vez, no obstante, había solicitado que esperara en la entrada de la urbanización, para dejarse ver al salir a la calle para subir al vehículo.

El coche blanco había ido tras ellos en cuanto se habían puesto en marcha, aunque todavía no había conseguido ver al conductor más allá de sus rizos.

Javi había ido a alquilar un coche y se había dirigido al centro de la ciudad. Con el coche blanco detrás.

Y ahora, una vez aparcado, había llegado el momento de correr el primer gran riesgo del día.

Descendió del vehículo y, como si fuera un paseante más, se adentró por las calles del barrio antiguo de la ciudad. A pesar de los años que hacía que no las pisaba, las recordaba perfectamente.

Entró en un par de tiendas de *souvenirs*, fingiendo buscar un regalo, y a través de unos espejos divisó la melena rizada.

Era una mujer. Cuarenta y pocos años, aspecto anodino, vestimenta de turista.

Javi no pudo evitar sonreír y admirar la táctica de Toni. Desde luego, lo último que haría esa mujer era levantar sospechas.

Abandonó la última tienda y se dirigió hacia las calles menos conocidas del barrio, aquellas por las que los turistas no paseaban sus ojos curiosos.

Calles y plazas solitarias.

Sería un buen lugar donde atacar rápidamente a alguien, simulando un robo con violencia que había acabado muy mal para la víctima.

El corazón le latía con fuerza mientras se fingía tranquilo, despistado, dando oportunidades para atacarlo.

Cada músculo, cada célula, cada átomo de su cuerpo estaba en tensión, a punto para defenderse en caso de necesidad.

Entró en una calle donde sería especialmente fácil tenderle una emboscada. Había muchas sombras, columnas, soledad y silencio. Demasiado silencio.

Era un buen momento para atacar.

Pero no sucedió nada.

No hubo ataque, ni en ese instante ni mientras deshacía el camino hacia el coche con sus sospechas confirmadas: Toni solo lo estaba vigilando. Por ahora. Con la discreción con la que había intentado actuar en Providenciales, y también en Cuba, Javi había imaginado que, antes de pasar de nuevo al ataque, lo haría vigilar para encontrar el momento ideal para actuar. Es decir, cuando nada pudiera delatar su implicación.

Bien, pues que lo vigilara. No iba a impedirselo. Le convenía que Toni supiera lo que estaba haciendo.

Suspiró. Se había librado de parte de la tensión que acumulaba desde el día anterior, pero era solo una pequeña parte. Porque ahora se acercaba el momento de correr el segundo gran riesgo del día. Si le salía bien, podría suponer un gran avance. Si le salía regular, las cosas se quedarían igual. Pero si le salía mal...

Mejor no pensar en eso.

\*



Sara llevaba dos horas sentada en un sofá. Inmóvil. Como una estatua. Observando el jardín a través del amplio ventanal, viendo como las hojas de los árboles se mecían al suave ritmo del abrasador aire del verano.

Al principio había estado a punto de echarse a llorar. Se había sentido tan, pero tan humillada. La noche anterior se había creído la reina del mambo. ¡Había convencido a Javi! ¡Javi había escuchado su opinión y la había tenido en cuenta! Y había dormido tan a gusto...

Pero solo había sido una mentira. Una más.

Habría preferido mil veces que Javi le hubiera dado una respuesta sincera: que su opinión no era importante para él, que ella no era nadie como para influir en su vida. Habría dolido, pero no habría sido una sorpresa y lo habría aceptado.

Pero esto... Dolía un millón de veces más. ¿Qué necesidad tenía de mentirle tan descaradamente? ¿Qué necesidad tenía de humillarla así?

En algún momento, la humillación y el dolor empezaron a convertirse en enfado. Y ella nunca se enfadaba. Ese nivel de ira era nuevo para ella.

¡Pero se sentía rabiosa!

Javi no tenía ningún derecho a tratarla así. No tenía ningún derecho a mentirle en la cara, a despreciarla y a dejarla en casa muerta de preocupación. ¿Esperar veinticuatro horas antes de llamar a la policía? A este paso sufriría un ataque al corazón mucho antes.

Intentó justificar a Javi, encontrar un sentido a su comportamiento, pero la ira había estallado en su interior como un fuego descontrolado y no encontró ningún argumento que lo absolviera de sus actos.

Nunca se había sentido así. Le apetecía subir a la habitación de Javi, tirar todas sus cosas al suelo, vaciar cajones salvajemente y deshacer la cama como si hubiera pasado un vendaval por ahí. Le apetecía lanzar vasos contra el suelo y contra la pared. Le apetecía gritar.

Por eso había optado por sentarse, bien quieta, porque no le parecía civilizado destrozar la casa de Cánovas. El buen hombre no le había hecho nada.

Pero Javi sí.

Oh, esperaba que Javi regresara de una sola pieza, porque en cuanto lo viera lo mataría con sus propias manos.

Al fin, Boris Craig abandonó su finca en un lujoso coche conducido por su chófer. «Ya era hora», pensó Javi. Aunque había podido aparcar en la sombra de un árbol, se estaba achicharrando.

No perdió el tiempo. En cuanto el vehículo de Boris desapareció por una esquina, descendió del suyo y caminó rápidamente hacia el punto que había escogido para colarse en la finca. Primero a través de internet y después en directo, había podido confirmar que había algunas cámaras de seguridad instaladas en el perímetro, pero no lo cubrían todo. Y no había alarma.

Una vez en el punto ciego que había detectado, trepó ágilmente por el muro, saltó por encima y aterrizó en los límites de un espectacular jardín. Corrió hacia la mansión de aspecto señorial, sin olvidarse de buscar y evitar otras cámaras de seguridad. Aunque seguía sin ver señales de una alarma, decidió olvidarse de la puerta principal y escogió una ventana para colarse en la casa. Con un destornillador que había tenido la previsión de traer, forzó la cerradura y entró. No perdió el tiempo curioseando por la elegante casa, sino que se movió rápidamente, buscando el despacho. No dudaba que Boris Craig tendría un despacho.

Lo encontró en la planta superior.

Javi sabía que, si Boris estaba implicado en el asesinato de Carlos, allí no encontraría nada que lo probase. Boris era listo. Pero tenía la esperanza de encontrar algo, una nota, un papel, una pequeña prueba de otro delito cometido y que pudiera utilizar como arma para obligar a Boris a confesar.

El escritorio estaba ordenado de forma impecable. En los cajones encontró un portátil que ni se molestó en encender porque estaría protegido con contraseña, material de oficina y poco más.

Abrió el armario que había detrás del escritorio. Esto ya era más interesante. Contenía una caja fuerte y unos cuantos archivadores. Miró el reloj, nervioso. No podía entretenerse mucho más.

Cogió el primer archivador para ojear su contenido. Ya lo estaba abriendo cuando notó que algo se apoyaba contra la parte trasera de su cabeza. El corazón le dio un vuelco. El objeto era metálico. Frío.

Una pistola.

¿Cómo era posible que no lo hubiera escuchado acercarse?

—Hay que ser un ladrón de pacotilla para creerse que las cámaras de seguridad son el único sistema de vigilancia de esta finca —dijo una voz conocida a sus espaldas, que se caracterizaba por un leve acento extranjero.

Javi reaccionó rápido. Soltó el archivador, se apartó del tiro de la pistola y se giró con la intención de golpear a su atacante. Pero este ya estaba preparado y lo recibió con un certero puñetazo en la mejilla que lo tumbó directamente al suelo. Se quedó allí, aturdido, con la vista nublada y a punto de perder la consciencia.

Escuchó el sonido característico de la pistola al ser amartillada.

Y supo que había perdido. Al final, su plan iba a salir mal, muy mal.

Pensó en Carlos, y en que su asesinato iba a quedar sin esclarecer.

Pensó en sus padres, que perderían a su otro hijo.

Y pensó en Sara. Sara riendo, Sara imitando la cara de toro furioso de su hermano, Sara flotando en la piscina. Sara había intentado que no cometiera esta locura. Sara había interpretado que se preocupaba por el bienestar de Laura cuando le había preguntado si su ex la trataba bien. Él no había tenido el valor de sacarla de su error, y ahora ya no podría hacerlo.

—¡Espera! —gritó la voz conocida.

No hubo disparo ni el negro definitivo.

Pasaron los segundos. Poco a poco, Javi fue recuperando la vista y vio a dos hombres que lo miraban desde arriba. El supuesto chófer, que todavía sujetaba la pistola en la mano y lo miraba con cara de pocos amigos, y a Boris Craig, que seguía siendo el paradigma de la elegancia. Incluso en los abrasadores meses del verano vestía su eterno traje de color crema, chaleco a juego, camisa negra y corbata de color llamativo. La de ese día era morada. Y como siempre, llevaba la media melena rubia perfectamente recogida en una coleta.

Los ojos azules de Boris lo miraban llenos de sorpresa.

—¿Javier Bandama?

—El mismo —consiguió responder Javi.

Boris todavía lo observó unos segundos más. Y entonces sonrió.

—El día acaba de ponerse muy interesante.

Unos minutos después, un desconcertado Javi estaba sentado en la inmensa terraza de la mansión de Boris, con una bolsa de gel frío en la mejilla y un vaso de té al limón delante. Todavía no estaba seguro de qué estaba pasando.

—Me alegra verte, Javier —dijo Boris, que se había sentado delante suyo con otro vaso de té al limón en la mano.

Él lo miró, asombrado. Definitivamente, no eran las palabras que esperaba.

—Espero que tus padres estén bien —añadió Boris.

Si los ojos de Javi hubieran podido salirse solos de sus órbitas, lo habrían hecho. Boris había hablado con lo que parecía interés sincero. Pero las conversaciones entre Boris, sus padres y él siempre habían sido muy tensas. Bueno, normalmente se reducían a un Boris irritado, aunque nunca perdía la calma, y a sus padres (y él, como buen aprendiz) en actitud más bien burlona.

—Están bien —acertó a contestar Javi, prudente.

La mirada de Boris brillaba de diversión. Al parecer, se lo estaba pasando en grande a costa del desconcierto de Javi.

—¿También han vuelto?

—No. Yo solo he venido unos días de visita —dijo Javi.

Sabía que Boris en realidad le había preguntado si sus padres iban a regresar al negocio, pero no tenía intención de dar detalles de los movimientos de sus padres. Por el momento no habían regresado a la ciudad, pero Javi sabía que solo conseguiría mantenerlos alejados algunos días más. Pocos.

Boris suspiró.

—No tendremos tanta suerte, ¿eh? —dijo con una sonrisa débil.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por aquí se ha echado mucho de menos a tus padres —afirmó Boris como si fuera bastante obvio.

—¿Perdona? —dijo Javi, mirando a Boris como si se hubiera convertido en una vaca azul.

Boris rio al ver su semblante.

—Cuando tus padres estaban por aquí el negocio era divertido. Emocionante. ¿Pero sabes lo fácil que se volvió todo el día que se fueron? Es desesperante —explicó.

Javi dejó la bolsa de gel sobre la mesa, procesando las palabras de Boris. Sabía que debía escucharlas con escepticismo, pero no sabía qué pensar. Boris parecía completamente sincero. Como si de verdad echara de menos la

competencia de sus padres. Sin embargo, era un tipo listo. Sus palabras podían ser pura fachada para alejar de él cualquier sospecha sobre la muerte de Carlos.

—Creía que nos odiabas —apuntó Javi.

Boris desestimó la idea con un gesto de la mano.

—«Odiar» es una palabra muy fuerte, chico. Tus padres me fastidieron algunos negocios, sí. Era irritante, también. Pero, como ya he dicho, así la vida tenía emoción.

Javi se mantuvo en silencio. Realmente, Boris sonaba convincente.

—Así pues, ¿a qué debo el honor de tu visita? —dijo Boris como si no hubiera sucedido nada fuera de lo normal.

Si no hubiera estado tan tenso, Javi se habría reído. No se podía negar que Boris era único.

—Por cierto, el arma de mi asistente no es de fuego. Solo dispara dardos con anestesia —dijo, de repente serio—. Como mucho, te habríamos dormido un rato.

—Ah, es bueno saberlo —acertó a decir Javi.

Pensó que el descubrimiento debería tranquilizarlo, pero no lo hizo. El susto se lo había llevado igual.

Boris se mantuvo en silencio, esperando que Javi explicara el motivo de su «visita». Valoró qué era mejor contar, pero llegó a la conclusión de que no tenía muchas opciones. Sin embargo, podría intentar pillar a Boris en falso, quizá así se delataría.

—¿Tú sabes quién mató a mi hermano? —espetó de repente.

Boris abrió mucho los ojos y arqueó las cejas, sorprendido.

—No —dijo—. Según vosotros, fue cosa de Matías Martín.

Javi ni lo afirmó ni lo negó.

Boris inclinó la cabeza y lo observó con sus ojos azul claro, que mantenía entrecerrados por el exceso de luz veraniega.

—¿Entonces se trata de eso? Has venido a intentar descubrir si tuve algo que ver... —dijo—. ¿De verdad creías que encontrarías algo?

—Por intentarlo... —dijo Javi, sin molestarse a explicar sus verdaderas intenciones.

—Lo que no comprendo es por qué investigas la muerte de tu hermano ahora, y no hace... ¿nueve años?

Javi asintió, agradeciendo que Boris tuviera presente el tiempo que había pasado.

—Puede que ahora las cosas hayan cambiado —admitió.

—¿Ya no crees que fuera cosa de Matías Martín?

Javi se encogió de hombros.

—Yo no sé nada —se limitó a contestar.

—Ya. Es decir, que ahora soy tu sospechoso. O uno de tus sospechosos —dijo Boris con una leve sonrisa en los labios, como si le pareciera divertido.

—Mis padres te hicieron perder mucho dinero, ¿no? —dijo.

Boris resopló.

—Sí, ya lo sabes. Pero también sabes que ese no es mi estilo.

En eso Javi tenía que darle la razón. Por lo que sabía de él, su estilo se acercaba más a pagar con la misma moneda. Y su guardaespaldas ni siquiera llevaba una pistola con balas.

Boris abrió un poco los brazos, mostrándole la palma de las manos.

—Javier, no tuve nada que ver con la muerte de tu hermano. Siento mucho lo que le pasó. Era un buen chico, y me supo mal —dijo—. La única cosa que puedo ofrecerte para que me elimines de tu lista de sospechosos es mi palabra. Esto, que sé que no es mucho, y mi ayuda. Me encantaría poder ayudarte.

Javi valoró las palabras de Boris. También su expresión, su postura corporal. Era más que probable que lo estuviera engañando, pero la intuición le decía que el hombre que tenía delante decía la verdad. En realidad, encajaba con lo que opinaba de él. A pesar de todo, siempre lo había respetado.

—¿A quién tienes en tu lista de sospechosos? —preguntó Boris.

Eso era algo que no iba a compartir con él. Pero podía tantearlo de otras maneras.

—¿Qué sabes de Gabriel Martín?

—¿El pequeño de Matías Martín? —dijo Boris, desconcertado—. No mucho, la verdad. De vez en cuando me cruzo con su padre y su hermano, pero a él hace siglos que no lo veo. ¿Por?

La despreocupación con la que habló de Gabriel denotaba que no tenía ni idea del negro destino del chico. Durante unos instantes, lo tentó la idea de revelar qué le había pasado a Gabriel. Se lo debía al cabrón de su padre y a Toni. Pero algo, no supo qué, lo detuvo. Se limitó a encogerse de hombros.

—Curiosidad —dijo—. ¿Y sabes si Juanjo sigue trabajando por aquí? Le conocías, ¿verdad?

Boris hizo una mueca de disgusto.

—Claro que sé quién es. Menudo impresentable —dijo—. Sé que tuvo algún lío con vosotros, y después también intentó jugármela a mí. Era un

listillo, ese. Dudo que siga por aquí, acabó quedándose sin trabajo.

Javi asintió, disimulando la decepción.

—Si quieres, puedo intentar localizarlo —se ofreció Boris.

—No te preocupes, no es importante —mintió Javi—. Pero te lo agradezco.

Puede que Boris tuviera buenas intenciones pero, si varias personas empezaban a remover tierra, sus sospechosos acabarían por enterarse y el culpable podría huir.

Javi consideró que no tenía sentido seguir alargando la... visita.

—Disculpa la intrusión, Boris. Y gracias por tu hospitalidad.

—No es nada. Ha sido agradable volver a verte, Javier —respondió él mientras ambos se levantaban.

Boris incluso tuvo el detalle de acompañarlo hasta la calle.

—Dime, ¿he conseguido salir de tu lista de sospechosos? —preguntó cuando alcanzaron la cancela.

—Déjame pensarlo —contestó Javi con absoluta sinceridad, sin conseguir contener la sonrisa ante su franqueza.

Necesitaba tomar distancia para analizar bien la conversación que habían mantenido, aunque ya en esos momentos se inclinaba por otorgarle la última posición de la lista de sospechosos. Por prudencia no lo eliminaría del todo, pero tenía que decidir si quería seguir investigándolo o si centraba sus esfuerzos en otro candidato.

En realidad, Boris siempre había sido el último de la lista.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Boris, que de nuevo parecía encontrarse inmerso en una situación que le resultaba muy entretenida—. Si necesitas ayuda, no dudes en llamarme. Y saluda a tus padres de mi parte, por favor.

—Lo haré.

Se despidieron con una última inclinación de la cabeza. Javi se dirigió hacia su coche, todavía intentando digerir lo que acababa de ocurrir. Había entrado como ladrón pero salía como invitado. Era de locos.

Una vez dentro del vehículo, arrancó el motor y encendió el aire acondicionado al máximo de potencia. Había empezado a sudar de manera exagerada y las manos le temblaban. Todo el cuerpo le temblaba. La tensión acumulada le estaba pasando factura.

Encontró fuerzas en algún rincón para poner en marcha el coche e ir a devolverlo a la oficina de alquiler. Después, cogió un taxi que lo llevó de

regreso a la urbanización, fielmente seguido por el coche blanco y la mujer de cabello rizado, a la que había bautizado como la Turista.

Cuando el taxi se detuvo ante la casa de Cánovas, su estado no había mejorado mucho. Seguía con el susto en el cuerpo y la adrenalina disparada. Todavía sudaba copiosamente, era un agobio, y su pecho parecía una olla a presión a punto de estallar. Estaba impaciente por entrar y ver a Sara. Sentía que era lo único que podría calmarlo. En algún momento la culpabilidad por sus mentiras regresaría, pero ahora era como si ella tirara de él con un hilo invisible que prometía un poco de paz.

Entró en la finca con la copia de las llaves de la que se había apropiado dos noches atrás. La ropa empapada por el sudor cada vez le molestaba más. Se quitó la camisa mientras caminaba directo hacia la piscina. Se liberó de las zapatillas, se colocó debajo de la ducha de la piscina y activó el grifo. Al principio el agua salió caliente, pero no tardó en refrescarse. Elevó la cara hacia el chorro de agua, que borró el sudor de su cuerpo y le empapó los pantalones, que aumentaron de peso considerablemente.

Un sonido le llamó la atención.

El ventanal corredero del salón de Cánovas se estaba abriendo. Con energía. Sara emergió de la casa, observándolo con sus ojos grises muy abiertos.

El corazón de Javi hizo algo extraño. Sufrió una especie de sacudida y pareció saltarse un par de latidos. La presión en su pecho aumentó.

Mientras ella se alejaba solo unos pasos de la casa, él cerró el grifo. Caminó hacia ella sin apartar la mirada. Tampoco habría podido aunque hubiera querido.

Estaba distinta.

Estaba hermosa, como siempre. El vestido veraniego seguía sentándole de infarto. Pero su expresión... Lo comprendió cuando la alcanzó. Ella se había quedado en lo alto de los dos escalones que marcaban el final del porche. Él se quedó abajo, por lo que sus rostros quedaron a la misma altura.

Estaba furiosa. No, no estaba furiosa. Estaba lo siguiente a furiosa. Javi no pudo evitar pensar que era como tener delante a una diosa a punto de descargar toda su ira contra él.

Se excitó. El miembro se le hinchó y endureció, y sintió un cosquilleo en los testículos. Y de repente comprendió por qué estaba reaccionando de manera tan exagerada al susto en casa de Boris.

No quería morir.



Llevaba nueve años caminando por sus días como si fuera un muerto en vida, pero en realidad no quería morir. Tenía deudas pendientes, oh, sí que las tenía, principalmente con Carlos, pero quería vivir.

Quería vivir. Y quería...

El bonito momento de revelación personal fue interrumpido por el sonoro bofetón que Sara le propinó en la mejilla. Fue tan fuerte que le giró la cara.

Javi abrió mucho los ojos y la miró, incrédulo.

Y ella volvió a abofetearlo.

Esta vez Javi le devolvió una mirada iracunda, pero también repleta de deseo sexual. Estaba harto de contenerse. Quería hacer el amor a Sara. Quería acostarse con ella. Quería oler, besar y lamer cada rincón de su cuerpo. Quería entrar y perderse en su interior húmedo y profundo, llevarla a un éxtasis salvaje una y otra vez, escucharla gemir y sentir cómo se tensaba y estremecía entre sus brazos.

Si ella lo rechazaba necesitaría lo equivalente a un año de duchas frías y tendría que lamerse las heridas de su orgullo herido, pero en esos momentos estaba dispuesto a correr el riesgo. No se podía decir que estuviera pensando con la cabeza.

Esta vez, cuando ella se dispuso a atacarlo con una ristra de golpes en el pecho, la vio venir. Le sujetó los brazos por las muñecas, se los llevó a la espalda para inmovilizarla y la atrajo hacia él, pegando sus cuerpos. Lo envolvió el aroma de su champú y el de su piel.

Sin pedir permiso, cubrió esos labios tentadores con los suyos. No intentó nada más, solo eso, pero ya sintió que una especie de descarga eléctrica lo recorría de pies a cabeza. Cuando notó que Sara forcejeaba para apartarse, se lo permitió. Abandonó sus labios a regañadientes y le liberó las muñecas.

Ella se apartó, pero no mucho. Y Javi lo vio en sus ojos. Ahí, mezclado entre los nubosos remolinos de ira, también había deseo. Por él.

Los dos jadeaban.

Sara lo amenazó con un dedo.

—Nunca... *Nunca* más te atrevas a mentirme así —dijo.

—Lo siento.

—Más te vale.

Sara le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Javi gruñó, la apresó entre sus brazos y con una mano le sujetó la cabeza, no supo si para asegurarse de que no escapara o si era una excusa para entrelazar los dedos en su cabello largo y suave. Entreabrió los labios, y cuando ella lo imitó no dudó en

explorar su boca con la lengua. Ella también lo buscó, y sus lenguas parecieron querer danzar y luchar a la vez.

Javi volvió a gruñir al sentir una especie de explosión de alivio. Fue como si su cuerpo al fin recibiera el alimento que llevaba mucho tiempo deseando, necesitando. Se dio cuenta de que estaba besando a Sara con desesperación, casi con agresividad. Cada terminación nerviosa de su ser le pedía que la desnudara, la tumbara allí mismo y se hundiera en ella con frenesí, sin preámbulos.

Pero no quería que fuera así.

Se obligó a bajar el ritmo y a ser más suave, más tierno. Capturó el labio inferior de Sara con los suyos y tiró de él, y se permitió aferrarle el trasero perfecto con una mano, arrancándole un pequeño gemido que consiguió endurecerlo todavía más. Lamió y mordisqueó los labios de Sara, y volvió a lamerlos y a mordisquearlos un poco más.

—Lo siento, lo siento... —susurró entre beso y beso. Lo decía sinceramente.

—Tendrás que compensármelo —susurró ella.

—¿Cánovas está en casa?

Sara negó con la cabeza.

—Bien —dijo Javi.

Se apartó de ella, que lo miró desconcertada. No adivinó sus intenciones hasta que fue demasiado tarde. Javi se inclinó con rapidez y se la cargó al hombro cual saco de patatas. Sara soltó un pequeño chillido y se aferró a él.

—Javi... —se quejó.

Él gruñó de satisfacción. No iba a hacer el amor a Sara como un animal, pero cargarla así apaciguaba un poco al lado bárbaro que luchaba por apoderarse de él.

Entró en la casa, cerró el ventanal, conectó la alarma tal y como le había enseñado Cánovas, y fue directo hacia las escaleras. No las subió de dos en dos por prudencia, pero llegaron al piso de arriba y a su habitación en un suspiro. La depositó con cuidado sobre la cama, donde se quedó arrodillada, erguida, traspasándolo con esos ojos que tanto le fascinaban.

Al verla ahí, con la parte frontal del vestido húmedo y pegado a la piel, tan dulce y tan seductora a la vez, algo se removió en su interior. No era lujuria, pero tampoco sabía de qué se trataba exactamente. No perdió tiempo intentando identificarlo. En cambio, se dejó arrastrar por las señales que delataban la excitación de Sara y, como si se hubieran puesto de acuerdo, casi se abalanzaron el uno sobre el otro.

Sus labios volvieron a unirse. Se besaron rápido, se besaron despacio, se besaron con dedicación y se besaron con desesperación. Al final, Javi volvió a obligarse a ir despacio. Tembló de placer cuando la suave piel de las manos de Sara lo acariciaron, deslizándose por su cabello, por sus mejillas, por los brazos en tensión que la rodeaban, casi la aferraban, como si temiera que escapara en cualquier momento. Aceptó aflojar su abrazo y separarse un poco cuando ella lo empujó con delicadeza, pero a cambio Javi deslizó los labios y la lengua hacia la sedosa piel de su cuello. Sara inclinó la cabeza para facilitarle el acceso y la escuchó suspirar, pero él directamente gimió cuando ella le acarició el pecho, los pezones, el abdomen. Era como si las yemas de sus dedos desprendieran pequeñas descargas eléctricas que encendían cada célula que rozaban.

Javi se alarmó cuando la mano de Sara siguió deslizándose hacia abajo, hasta que le atrapó la erección a través de los pantalones y se la acarició. Se quedó inmóvil, respirando con dificultad.

—Si sigues así, esto va a durar mucho menos de lo que nos gustaría a los dos —confesó con la voz ahogada.

Se incorporó al sentir que la mano perversa de Sara seguía moviéndose, esta vez en dirección a los testículos, que atrapó en una caricia que estuvo a punto de hacerle poner los ojos en blanco. Mientras tanto, ella sonreía con cierta malicia. Descubrir que Sara no solo era tierna y dulce lo excitó todavía más, y tuvo que apresurarse a capturar su muñeca y apartarle la mano.

—Estás siendo malvada —dijo con la voz ronca—. ¿Te estás vengando o te gusta jugar con fuego?

Antes de que ella pudiera responder, se tiró sobre ella y la obligó a tumbarse en la cama. Sara rio, hasta que Javi volvió a hundir los labios y la nariz en su cuello. Entonces se estremeció y gimió con suavidad.

Había olvidado que los gemidos de Sara eran uno de los mejores sonidos de este mundo.

Ya no podía contenerse más. Necesitaba verla desnuda. Mientras seguía besándole el cuello y mordisqueándole los labios, empezó a subir ese vestido que tanto le había hecho sufrir esos días. Se detuvo a observar los muslos perfectos y el vientre suave, y cuando Sara arqueó la espalda y estiró los brazos, él la liberó de la prenda con un gesto rápido. Y entonces descubrió que...

—¿Llevas el bikini negro? —murmuró, paralizado ante esa visión.

Parecía imposible, pero debajo de los pantalones y los calzoncillos empapados, su miembro todavía se endureció más.

—¿No te gusta?

—Qué dices. Cada vez que te lo veo puesto quiero follarte —confesó.

Ella lo miró y sonrió con encantadora timidez, pero volvió a gemir y a arquearse, como si lo recibiera, cuando Javi deslizó las manos por debajo de la tela del bañador y se apoderó de esos pechos pequeños y perfectos. Acarició la piel tan, tan suave, y pellizcó con cuidado los pezones, que lo recompensaron endureciéndose.

Ahora sí, apartó del todo la tela y capturó un pezón con los labios. Lo chupó, lamió y mordisqueó, y después se dedicó al otro, disfrutando de los suspiros de placer de Sara, que había enredado los dedos en su cabello corto y lo apretaba contra ella. Javi volvió a cubrir los pechos con las manos y deslizó los labios por el vientre de Sara.

Recorrió esa piel, ese aroma, ese cuerpo que tan bien recordaba. Tenía la sensación de estar atravesando los barrotes de una gélida celda que lo mantenían prisionero para ir a parar a un espacio cálido, cómodo, acogedor. Un lugar al que pertenecía, un lugar que nunca debería haber abandonado.

Era como si, al fin, estuviera en casa.

Se quedó inmóvil. O más bien petrificado. Con la mirada clavada en el vientre de Sara, incapaz de avanzar ni retroceder.

No era posible. Algo así... Era del todo imposible.

¿Verdad?

Acababa de comprender algo.

No llevaba doce años aferrándose a un recuerdo para compensar la oscuridad que había en su vida. Ese verano en el que ella cumplió dieciocho años y el veintidós, se tejió un hilo que pretendía atarlo a Sara. Él creía haber evitado el nudo final, o al menos haber roto las amenazadoras hebras a tiempo, pero... pero al parecer había sido un iluso.

¿Pero de verdad algo así era posible?

Porque si lo era, si era cierto que ni había roto el hilo ni había evitado el nudo final, explicaría por qué nunca la había olvidado, por qué su recuerdo siempre lo había acompañado como un atormentador fantasma. Significaría... Significaría que...

Siempre había estado enamorado de Sara.

Sara dejó de sentir los húmedos besos de Javi sobre la piel, y las manos que le cubrían los pechos perdieron toda la tensión. Miró hacia abajo, desconcertada, y descubrió a Javi inmóvil, con los ojos muy abiertos, clavados en su vientre. Tenía un aspecto tan vulnerable que sintió una explosión de ternura y no le costó poner la excitación en suspenso.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Le acarició el cabello y Javi se estremeció, pero siguió sin moverse.

Sara sabía que *algo* había sucedido en la «visita» de Javi a Boris Craig. Lo había imaginado nada más verlo entrar en la finca empapado de sudor, con expresión atormentada, y dirigirse directamente hacia la ducha. Y lo había confirmado cuando se había enfrentado a su mirada. Después, furiosa como estaba, tan solo había conseguido descifrar una de las muchas emociones que se arremolinaban en esos ojos. Deseo. Y a pesar de la ira, o quizá por su culpa, se había dejado arrastrar por él. Porque, para qué negarlo, después de tantos días deseando a Javi, le había sentado bien descubrir que él la correspondía. Además, en ese momento en el que lo veía todo rojo, le había parecido una muy buena manera de resolver el conflicto y aplacar su enfado.

Sin embargo, ahora lo sucedido estaba pasando factura a Javi.

—Javi —dijo con la misma suavidad.

Empezó a incorporarse, obligándolo a hacer lo mismo. Quedaron arrodillados en la cama, uno enfrente del otro. Él mantenía los ojos clavados en las sábanas, como si no se atreviera a mirarla. Cuando lo hizo, fugazmente, pareció tímido, incluso asustado.

—¿Quieres parar? —preguntó Sara.

Teniendo en cuenta que estaba arrodillada ante él vestida únicamente con las braguitas del bikini, al plantear esa pregunta se sintió muy desnuda. Pero, aunque deseaba con todas sus fuerzas que él respondiera que no, quería hacer lo que él necesitara.

Sin mirarla, Javi negó con la cabeza. Lentamente, estiró la mano hacia ella, enganchó un dedo en la goma del bikini y tiró un poco hacia él.

Con ese pequeño y sencillo gesto, la excitación que Sara había puesto en suspenso regresó como una riada. Sin embargo, no pretendió regresar en el mismo punto donde lo habían dejado.

Sujetó la cabeza de Javi entre las manos y le besó con delicadeza la frente, los párpados cerrados, la nariz, la mejilla, la comisura de los labios. Se detuvo un momento para desabrocharle lentamente el botón y la cremallera del pantalón. Javi se estremeció otra vez. Sara empujó el pantalón y los calzoncillos hacia abajo, pero seguían tan empapados que se pegaban a la piel de Javi. Él al fin reaccionó. Bajó de la cama y se puso de pie para quitarse la ropa, momento que Sara aprovechó para incorporarse también y esperarlo de pie en el borde de la cama. Así, sus cabezas quedarían prácticamente a la misma altura. Por una vez, Sara sería un poco más alta que él.

Cuando Javi consiguió deshacerse de los calzoncillos y Sara vio aparecer su erección, en un gesto inconsciente primero se pasó la lengua por los labios y después se mordió el inferior. Él lo vio, y le dedicó una media sonrisa descarada que hizo vibrar todas las células de su cuerpo.

Se acercó a ella. Sintió sus manos sobre la piel de la espalda y la atrajo hacia él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y disfrutó de la agradable sensación de que sus cuerpos desnudos entraran en contacto.

Volvieron a besarse. Esta vez, no hubo desesperación. Algo había cambiado en Javi desde que se había quedado bloqueado. Sara no sabía el qué, solo sabía que ahora de él emanaba una especie de... sedienta ternura. Como si acabaran de empezar, se saborearon el uno al otro mientras se acariciaban. Sin prisas. Era extraño volver a recorrer el cuerpo de Javi. Era un cuerpo que ya conocía, pero había cambiado. Estaba más firme y los músculos se le definían con cada movimiento. Le gustaba. Y le gustaba cómo él entrelazaba los dedos en su cabello, cómo le acariciaba la espalda, cómo se apoderaba de sus nalgas, cómo descendía hacia sus muslos.

Sara perdió la noción del tiempo. A saber durante cuánto tiempo se lamieron y mordisquearon los labios, durante cuánto tiempo sus lenguas danzaron como llamas de la misma hoguera, incapaces de separarse.

Lentamente, los besos casi delicados se convirtieron en decadentemente húmedos y tórridos. Seguían sin apresurarse, pero sus respiraciones se hicieron más profundas. La piel que estaba en contacto con Javi le hormigueaba placenteramente, y pequeñas y atrevidas descargas eléctricas

viajaban hacia su sexo. Se apretaban tanto el uno contra el otro que parecía que quisieran fundirse.

Bueno, en realidad, podría decirse que ese era su objetivo final, pensó Sara con picardía.

De repente, besar a Javi mientras se abrazaban ya no fue suficiente.

—Túmbate —le susurró con una determinación inusual en ella.

Intentó apartarse para permitirle pasar, pero él gruñó, disconforme, se apoderó de su boca y la sujetó con fuerza. Giró un poco y se dejó caer lentamente sobre la cama con Sara encima. Ella enseguida intentó apartarse, pero él siguió impidiéndoselo. Al final, Sara le agarró las manos y se las llevó contra el colchón, por encima de su cabeza. Él se dejó hacer, desconcertado, y ella aprovechó para mordisquearle el lóbulo de la oreja. Javi aspiró aire con fuerza.

—Si sigues así, tendré que atarte —lo amenazó Sara con un susurro al notar que pretendía volver a apresarla.

Javi se contuvo.

—Eso sería...

—¿Divertido?

—Perverso —consiguió decir él con voz ahogada mientras ella le recorría el cuello con los labios y la lengua.

Era cierto que Sara se sentía un poco perversa. Traviesa. Juguetona. Lanzada. Era algo del todo insólito en ella. En la cama siempre se había dejado llevar y guiar. Nunca había tomado la iniciativa. Pero ahora le apetecía hacerlo. Quería tener a Javi a su merced mientras besaba y lamía la línea de su clavícula, los pectorales desarrollados, los pezones pequeños y oscurecidos, los gloriosos abdominales que tanto la habían alterado, el vientre plano... Justo antes de alcanzar la impaciente erección se desvió hacia el muslo derecho, y escuchó a Javi soltar bruscamente el aire que estaba conteniendo y maldecir en voz baja. Sara rio.

—No sabes lo que me estás haciendo —gimió él, entrelazando los dedos en su cabello.

Sara sonrió y siguió explorando sus muslos. Pero, sin previo aviso, cambió de dirección y lamió la larga dureza de Javi. Acabó tomando la punta en su boca y jugueteó con ella con la lengua. Javi se tensó y aspiró aire con fuerza.

—Dios —gruñó entre dientes.

La mano sobre su cabeza parecía indecisa sobre si dejarla seguir o apartarla. Ella tomó la decisión por él y siguió adelante. Besando, lamiendo,

chupando, amenazando con levísimos mordiscos que arrancaban gruñidos y gemidos a Javi. Sara sabía que lo estaba llevando al límite, pero ser la causa de esa abrasadora excitación también la encendía a ella. Si ahora alguien les echara agua por encima, se evaporaría al instante con un furioso chisporroteo.

Javi le sujetó la cabeza con más fuerza.

—Sara —dijo. Parecía apurado.

—¿Te estoy torturando?

—No sabes hasta qué punto.

Javi se relajó cuando ella lo liberó de esa tortura a la que, al parecer, lo estaba sometiendo, y se sentó a horcajadas encima suyo. Sus sexos se rozaron a través de la tela del bikini y los dos gimieron a la vez. Javi se arqueó un poco, le agarró los muslos con fuerza y empujó las caderas contra ella. Sara volvió a gemir, intentando descifrar la mirada que Javi le dirigía. Si no hubiera sabido que seguía enamorado de su ex, habría dicho que era de adoración absoluta.

Él se incorporó bruscamente y la abrazó, obligándola a inclinarse hacia atrás, y se lanzó a devorarle los pechos. Le lamió la sensible piel de la parte inferior y después capturó primero un pezón y después el otro. Espasmos de placer y necesidad viajaron por todo su cuerpo, y arañó la espalda a Javi mientras se le escapaba un suave chillido de impaciencia.

Javi se separó y se dejó caer contra la cama con tanta rapidez como se había incorporado y le cubrió los pechos con las manos, acariciando los pezones endurecidos, sensibles y húmedos por sus atenciones. Volvió a arquearse contra ella, dejando claro qué necesitaba. Ella también lo necesitaba. Urgentemente.

Entonces se acordó de algo y se quedó petrificada.

—¿Tienes preservativos? —susurró con la voz ronca, temiendo la respuesta.

Él no respondió. Se limitó a estirar el brazo y abrir el cajón de la mesita de noche que tenían más cerca. Dentro había una caja de preservativos. Sara la cogió y descubrió, sorprendida, que no solo era de la misma marca que la que Marina le había entregado para el viaje junto al consejo «hecha unas cuantas canas al aire», sino que contenía exactamente la misma cantidad de paquetitos. «Y eso qué más da», se dijo, extrayendo un preservativo y olvidándose del tema al instante.

—Ponte de pie —le pidió Javi.

La sujetó por las pantorrillas mientras ella se levantaba encima de la cama, con un pie a cada lado de Javi. Su mirada echaba chispas de deseo. Aún



así, sus manos ascendieron despacio por sus piernas, hasta que alcanzó las braguitas y tiró de ellas hacia abajo para acabar de desnudarla. Fue un momento tan erótico que Sara tembló y se balanceó peligrosamente.

Volvió a sentarse con cuidado, rasgó el envoltorio del preservativo y cubrió con delicadeza el miembro de Javi. El corazón de Sara latía desbocado cuando apoyó las manos en su pecho endurecido por la tensión y movió las caderas. Enseguida notó la dureza contra su entrada. Necesitaba sentirlo dentro con tanta desesperación que habría podido llorar. Así que cerró los ojos y se dejó caer lentamente.

Javi también contuvo la respiración mientras se introducía hasta lo más profundo de su ser. Sus manos, que reposaban en su cintura, aumentaron la presión y le hundió los dedos en la piel. Los dos se quedaron inmóviles, unidos de la manera más íntima posible, y jadearon a la vez.

Sara sentía pequeños espasmos de placer que nacían en su centro y se expandían hacia el resto de su cuerpo en potentes oleadas. Tenía la sensación de que solo necesitaría moverse un poco para llegar al orgasmo. Sin embargo, Javi seguía sujetándola con fuerza, suplicándole con la mirada que se quedara donde estaba.

Al cabo de unos segundos, los dedos de Javi suavizaron su agarre y ella se movió para que el miembro de Javi saliera y volviera a hundirse en ella. Sara tuvo que cerrar los ojos y escuchó su propio gemido fundirse con el de Javi. Estaba sobrecogida por el intenso placer que experimentaba. Era como si se hubiera concentrado en su interior en forma de una pequeña bola luminosa que, antes de explotar, lanzaba poderosos destellos que alcanzaban cada rincón de su cuerpo.

¿De dónde surgía tanta intensidad? No era momento para pensar en Hugo, pero no pudo evitarlo. Con él las cosas en la cama solían ir bien, pero esto... ¿Por qué se sentía tan llena, tan... completa?

Siguieron moviéndose a la vez, perfectamente sincronizados.

—Dios —se le escapó a Sara con voz aguda cuando un estremecimiento la recorrió de pies a cabeza.

Cada milímetro de piel de su interior sentía el increíble roce del miembro de Javi. La vaciaba y volvía a llenarla en un recorrido largo, profundo, sin apresurarse pero sin detenerse. Mientras tanto, las manos de Javi dejaban un rastro de fuego en su piel. Le agarraban los muslos con fuerza, se apoderaban de sus pechos, le pellizcaban perversamente los pezones, tomaban el control de sus movimientos sujetándola por las caderas. La bola de placer de su interior creció, lanzando destellos más poderosos, y las embestidas de Javi se

hicieron más fuertes, más rápidas. Sara emitió varios gritos roncOS y jadeó. Cuando consiguió abrir los ojos vio a Javi mirándole los labios fijamente. Se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio inferior. Fuerte. Cuando lo liberó, Javi se lo acarició con el pulgar, y ella aprovechó para mordérselo y después chupárselo como antes había hecho con su erección.

—Joder —gruñó él. Casi se le habían puesto los ojos en blanco.

La atrajo hacia él y, mientras dejaba un tórrido y húmedo rastro en sus labios y su cuello, la sujetó para que no pudiera moverse. Él siguió moviendo las caderas para hundirse en ella, fuerte, tan adentro que parecía que intentara poseerla, formar parte de ella. La piel de ambos se había cubierto de una fina capa de sudor, y sus suspiros y gemidos se mezclaban como si quisieran componer una melodía propia.

—Tócate... —le susurró él al oído, casi como si se lo suplicara—. Quiero ver cómo te tocas y sentir cómo te corres.

Sara siempre había sido pudorosa y le costaba hacer un espectáculo de sí misma, pero en esos instantes estaba tan perdida en el abrasador placer de hacer el amor con Javi que ni se detuvo a pensar en sus inseguridades y vergüenzas. Se incorporó y, mientras apoyaba una mano sobre el pecho de Javi, dirigió la otra hacia su sexo. Javi tenía la mirada clavada allí, muy atento a cómo empezaba a acariciarse el clítoris. Seguían moviéndose el uno contra el otro, uniéndose una y otra vez, y Sara no necesitó mucho más para que la bola de placer que había ido creciendo en su interior explotara poderosamente y la lanzara más allá de un precipicio.

—¡Javi! —gritó, sintiendo que perdía el control cuando incontables oleadas de placer se extendieron desde su sexo hacia el resto de su cuerpo.

Notó que sus manos fuertes la sujetaban, impidiendo que cayese, mientras seguía embistiéndola con fuerza y él también empezaba a tensarse. Se dejó caer encima suyo, atrapada en un orgasmo largo, muy largo, y tan intenso que pensó que se desmayaría. Javi la abrazó y apretó contra él, y lo escuchó gemir con la misma desesperación y estremecerse con la misma necesidad cuando al fin se derramó dentro de ella.

Las oleadas de ese éxtasis absoluto remitieron poco a poco. Sara empezó a regresar a la realidad. Abrió los ojos, que había cerrado con tanta fuerza que los párpados parecían unidos con pegamento, y descubrió a Javi haciendo lo mismo. Se miraron. Los dos sudaban y jadeaban, intentando recuperar la respiración.

—Joder —dijo Javi.

Sara rio y bajó la cabeza, agotada y de repente un poco avergonzada. Pero él tenía razón.

—Ha sido... —empezó a decir, pero no acabó la frase porque no le vino a la cabeza ninguna palabra adecuada.

—Joder.

—Sí, eso.

Sara volvió a mirarlo, y esta vez ambos se echaron a reír. Se quedaron unos minutos en esa misma posición, todavía unidos, mientras descansaban, sus respiraciones se normalizaban y se acariciaban distraídamente. A Sara no tardaron en pesarle los párpados. Los nervios de toda la mañana y esa espectacular sesión de sexo la habían dejado literalmente sin energías.

—Me duermo —susurró.

Él rozó sus labios con los suyos y salió de su interior con cuidado.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Ella asintió y, básicamente, se deslizó desde el cuerpo de Javi hacia el colchón, donde se quedó tumbada boca abajo. Sonrió cuando él le depositó otro beso en el trasero y lo escuchó entrar en el baño. Poco a poco, los sonidos fueron alejándose, convirtiéndose en ecos indefinidos y lejanos.

Antes de caer en brazos de un profundo sueño, solo tuvo tiempo de pensar una cosa: «Madre mía, he vuelto a acostarme con Javier Bandama».

Cuando Sara despertó, fue de la manera más agradable posible. Seguía tumbada boca abajo, desnuda. Javi había regresado a su lado y le acariciaba la espalda con tanta delicadeza como lo haría una mariposa. No necesitaba verlo para saber que era él. Lo presentía, y podía oler el aroma de su piel.

Sara abrió un momento los ojos y lo descubrió tendido a su lado, con un codo apoyado en el colchón y la cabeza reposando en la mano. La observaba, sin realmente verla, con una expresión indescifrable. En ella había una mezcla de emociones. Turbación, preocupación, miedo. Un poco de todo.

Sara se apresuró a cerrar los ojos.

De repente, se había visto transportada a doce años atrás. Ya se había encontrado en esa misma situación con Javi. Ya la había mirado así una vez, y había sido el previo a salir corriendo.

«Para unos días estás bien, Sara, pero en realidad no eres mi tipo».

¿Por qué volvía a doler tanto?

Desde un buen principio había sabido cuál era el trato. Sabía que Javi seguía enamorado de Laura. Sabía que, para él, Sara siempre sería una simple distracción. ¿Y no era eso lo que ella había querido también? ¿Un desahogo? Entonces, ¿por qué le picaban los ojos y amenazaban con humedecerse?

Le pareció una reacción un poco exagerada, y se esforzó por aparcarla. En esos momentos lo importante era protegerse de las palabras que, antes o después, Javi acabaría pronunciando. Seguramente se sentía culpable y se arrepentía de haberse acostado con una mujer que no era su ex, y seguramente temía que ella le pidiera más. Pero a Sara no le apetecía que la acusara otra vez de estar tomándose las cosas demasiado en serio o que le recordara que ella solo era un pasatiempo. Tenía que atacar antes. Dejarle claro que lo que había sucedido no significaba nada. Había sido sexo. Nada más.

Se removió un poco, fingiendo despertarse en ese momento, y lo miró. Le dedicó una pequeña sonrisa.

—Bueno, esta ha sido una buena manera de olvidar a nuestros ex por un rato, ¿no? —dijo, fingiendo indiferencia y maravillándose de que no le temblara la voz.

Ya estaba hecho. Ya había quitado importancia a lo sucedido. No tenía ganas de ver la reacción de alivio de Javi, así que escondió la cara entre los brazos y se estiró para desperezarse. La mano de Javi se detuvo y se apartó, dejando una huella fría sobre su piel.

—Ajá —fue su única respuesta, algo distraída.

Sara se incorporó un poco. De repente, necesitaba salir de ahí.

—¿Me dejas que me duche y después me cuentas qué ha pasado? —dijo.

Javi seguía en la misma posición, absorto, mientras parecía estudiarse la mano.

—No hay mucho que contar —dijo sin mirarla—. Al final he podido... eh, hablar con Boris, y aunque no puedo descartarlo del todo, no creo que tenga nada que ver con el asunto.

Ella asintió. Debería preguntarle si quería contarle algo más, si había pasado algo más. Sabía que sí, pero la urgencia de alejarse y esconderse crecía por momentos. Miró a su alrededor. Era una tontería, pero de repente la avergonzaba estar desnuda ante él. Desafortunadamente para ella, el vestido estaba en el suelo, mojado, y ponerse el bikini o enrollarse con la sábana sería absurdo.

Procurando mostrarse impasible, se levantó, recogió su ropa y sonrió a Javi, que seguía sin mirarla. Sara prácticamente huyó a su habitación, donde se encerró en el baño y se quedó apoyada contra la puerta.

El extraño malestar que se había instalado en su estómago era francamente desagradable.

O quizá era en su pecho, no estaba del todo segura.

\*

Javi observó de reojo como Sara recogía sus prendas y abandonaba la habitación, completamente desnuda, sin ningún tipo de pudor, tranquila. Indiferente. Dejando claro que no daba ninguna importancia a lo que acababa de suceder. Que solo había sido una distracción.

No debería permitir que su actitud lo hiriera tanto.

¿Estaría pensando en el policía mientras follaban?

No, ese no era un buen camino para sus pensamientos.

Lo que debería hacer era asumir su... descubrimiento. Era de locos, y a la vez tenía tanto sentido... Explicaba por qué se había quedado atascado en el recuerdo de Sara, por qué había sido incapaz de volver a enamorarse, por qué quería hacer el amor con ella una y otra vez. Y, como en esos doce años ella apenas había cambiado (excepto por la tendencia a autoanularse, en la que ya había empezado a divisar algún cambio), no había tardado ni dos segundos en reafirmar su... amor.

¿De verdad acababa de pensar en la palabra «amor»?

Resopló. Se estaba precipitando. Los sucesos del día lo habían alterado y ahora lo estaba sacando todo de quicio.

Pero sentía que su cuerpo, su corazón, su alma, querían estar con Sara. Fundirse con ese cuerpo, formar parte de su vida, de sus días buenos y de sus días malos. Juntos funcionaban bien. En el día a día, en la cama. Solo de pensar en el polvo que acababan de echar volvía a endurecerse. No recordaba haber experimentado nunca un placer, un éxtasis tan intenso. Ni siquiera las primeras veces que hicieron el amor, doce años atrás, y eso que ya fueron bastante espectaculares.

Pero, ¿y si ahora ella se había entregado tanto en la cama porque pensaba en el poli? Ese cabronazo.

La bilis le subió a la garganta.

La hostia, estaba bien jodido.

Como Sara se enterara de lo que pasaba por su cabeza, se reiría en su cara. O peor, lo miraría con pena. Y provocaría una situación muy incómoda para ambos.

Porque sí, el corazón de Sara podía repararse y llegaría a olvidar al policía, pero dudaba que volviera a interesarse por Javi más allá de utilizarlo en la cama como distracción. Javi era muy consciente de que tenía muy poco que ofrecer. ¿Por qué Sara iba a interesarse por alguien que provocaba que la amenazaran de muerte? ¿Por alguien que llevaba una vida oscura, lóbrega? ¿Por alguien que lo rompía todo? Carlos, Toni, la primera relación con Sara. ¿Por alguien que no podría seguir adelante con su vida hasta que resolviera el misterio sobre el asesinato de Carlos? ¿Por alguien que tan solo unos días atrás había decidido desaparecer y empezar de cero?

No podía reprochar a Sara que no sintiera demasiado interés por estar con alguien como él. Él tampoco quería estar consigo mismo.

Se tumbó boca arriba sobre la cama y clavó la mirada en el techo.

Había una única manera de enfrentarse a todo este embrollo.

Disimulando.

\*

Sara se duchó y bajó a la cocina. Eran las cuatro de la tarde pasadas y, si no comía pronto, su estómago empezaría a devorarse a sí mismo. Javi todavía no había bajado, pero imaginaba que estaría tan hambriento como ella. Abrió la nevera y, en cuanto vio un envase con algo de pasta hervida que había sobrado del día anterior, decidió preparar una ensalada con ella. Así comerían cuanto antes.

Estaba a mitad de prepararla cuando cayó en la cuenta de que no había dudado al hacer la elección. De hecho opinaba que, puesto que le estaba preparando la comida, Javi tendría que aceptar lo que le pusiera delante.

Sonrió. Esto era nuevo en ella. Le gustaba.

No tardó en escuchar abrirse la puerta de la habitación de Javi. El corazón de Sara se aceleró, latiendo con fuerza.

«Tranquila, todo está bien», se dijo.

Sin embargo, cuando Javi apareció, también recién duchado, solo consiguió sonreírle con timidez. Él le dedicó una sonrisa rápida y, al ver que ella estaba preparando la comida, se centró en poner la mesa.

Durante esos minutos, se mantuvieron en silencio. Sara empezó a temer el momento de sentarse a comer. Javi podría malinterpretar la falta de palabras. Podría imaginarse que Sara esperaba algún tipo de conversación trascendental, y entonces llegarían las temidas palabras.

Tenía que evitarlo.

—¿Estás tan hambriento como yo? —dijo.

Sí, charla ligera e intrascendente, eso era lo que necesitaban.

—Si ser capaz de comerse un elefante entero es estar hambriento, entonces sí, lo estoy —respondió Javi.

Sara rio.

—No te lo tomes mal, pero algo me dice que comer lo mismo que come un elefante en un solo día ya sería todo un reto —dijo.

—¿Ah, sí?

—Una vez leí que un elefante en libertad puede llegar a consumir trescientos kilos de comida al día.

—Eso yo me lo como en un plis —bromeó Javi, aunque Sara notó que lo hacía con pocas ganas.

Ella siguió con esa charla absurda, y vio que Javi se esforzaba por seguirle la corriente. Era evidente que intentaba esconderlo, pero estaba triste.

Había algo llamativo, en esa tristeza. Sara sabía que hacer el amor con ella le había hecho pensar en Laura, pero había algo más.

No le gustaba verlo así. Y al final no pudo más.

A pesar de saber a qué se arriesgaba, preguntó:

—¿Estás bien?

Él siguió comiendo y se limitó a arquear las cejas.

—Sí, claro. ¿Por?

—Es que pareces... triste.

Javi no logró esconder la sorpresa.

—¿Necesitas hablar? —añadió Sara.

Él dejó con cuidado el tenedor en el plato y la miró. Sí que parecía querer contar algo. Pero dudaba. Mucho. Bebió agua, mirándola fijamente.

—Es que yo... —dijo. Se interrumpió. Carraspeó.

El sonido de una llave introduciéndose en la cerradura de la puerta los sobresaltó.

—Hola —saludó la voz de Cánovas.

Sara miró a Javi. Él sonrió.

—No pasa nada, de verdad —dijo.

Cánovas ya había comido, pero se sentó con ellos a la mesa y los acompañó en el café, aunque lo tiró sin querer cuando Javi le confesó que al final sí había salido y había conseguido hablar con Boris Craig. Javi no dio muchos más detalles, pero Sara sospechaba que no lo estaba contando todo. Cánovas no se pronunció al respecto, pero la fuerza con la que apretaba los labios dejaba bastante claro qué opinaba al respecto.

El resto de la tarde fue tranquila pero extraña. Cánovas tenía algo de trabajo, y Javi estuvo distante. Primero durmió una corta siesta y después se pasó un buen rato en la piscina nadando como un poseo. No había otra forma de definirlo. Mientras tanto, Sara primero vio una película y más tarde leyó un poco, aunque no consiguió concentrarse en la lectura. No sabía qué pensar de Javi y su tristeza, ni qué podía hacer al respecto. Le habría gustado poder ayudarlo, pero sabía que ella poco podría hacer. La mujer a la que él necesitaba estaba bastante lejos de allí.

Al anoecer, Cánovas abandonó su despacho.

—¿Te apetece ayudarme a preparar la cena? —preguntó.

Sara dejó a un lado el libro que no estaba leyendo y se levantó como si la hubiera impulsado un resorte.

—Sí, por favor —dijo.



—¿Demasiado tiempo para pensar? —dijo Cánovas mirándola con amabilidad y compasión. Cuando ella asintió, añadió—: Ya verás como todo se soluciona.

Sara no se atrevió a matizar el motivo de su preocupación. Obviamente quería recuperar su vida, pero hasta ese momento había conseguido mantener a raya los pensamientos sobre la amenaza de muerte de Toni Martín. Todo lo que había sucedido la había ayudado a no pensar mucho en ello.

Charlar con Cánovas mientras preparaban la cena fue una buena distracción. Esa noche Domingo no estaba porque tenía una cena de negocios, pero su anfitrión la mantuvo entretenida preguntándole bastantes cosas sobre su trabajo y explicándole alguna que otra anécdota de sus empresas. Durante la cena, Javi siguió la conversación con educación, pero seguía retraído. Ensimismado. Y triste.

Cuando acabaron de cenar, Cánovas comentó que hacía tiempo que quería ver una película, y tanto a Javi como a Sara les pareció un buen plan. Sin embargo, las emociones del día no tardaron en pasar factura a Sara y se quedó profundamente dormida en el sofá.

En algún momento empezó a soñar que unos brazos firmes la cogían con delicadeza, casi con dulzura.

—Vamos a la cama —susurró una voz.

En su sueño, Sara se acurrucó entre los brazos y se dejó envolver por la voz. Cuando la depositaron en un lugar suave y cómodo, sintió su ausencia. Sin embargo, siguió notando una presencia cerca, como si alguien la observara.

Unos segundos después, puede que minutos, la presencia suspiró y le depositó un beso en la frente. Puede que sus labios suaves rozaran los suyos. Como el beso de una mariposa.

\*

Cuando Sara despertó la mañana siguiente, no recordaba cómo había llegado a la cama. Se incorporó, con los ojos todavía medio pegados y bostezando, y miró hacia abajo. Ni siquiera se había puesto el pijama.

Pasó por el baño y se puso directamente el bikini y el vestido playero. Cuando bajó a la cocina, se encontró a Javi acabando de preparar la mesa para los dos, para desayunar. Él le dedicó una de sus miradas rápidas y sonrió. Sin muchas ganas.

—Buenos días.

—Hola —saludó Sara—. ¿Cómo llegué a la cama?

Ahora Javi sonrió con más ganas.

—Te acompañé yo. Te quedaste frita en el sofá. ¿No recuerdas nada?

Sara pensó en la noche anterior.

—Pues ahora que lo dices... —dijo, esforzándose por rebuscar en las profundidades de su mente.

Había... ¿unos brazos que suspiraban? ¿Una mariposa?

A saber qué había soñado.

—No, en realidad no recuerdo nada —concluyó.

Frunció el ceño al ver como Javi asentía. Parecía... ¿aliviado?

—Cánovas ya se ha ido —comentó él, empezando a prepararse unas tostadas. Ella se centró en el yogur y los cereales que Javi le había dejado delante.

—¿Te apetece pasar un rato a la piscina? —propuso Sara. Necesitaba mantenerse mínimamente ocupada y, para la primera parte del día, esa le parecía una buena opción.

Javi dudó.

—Había pensado sentarme ante el ordenador a buscar información sobre Samuel Alba y Juanjo. No creo que encuentre nada, pero por intentarlo... —dijo. Y añadió, como disculpándose—: Sentarme a esperar me mata. Necesito hacer algo.

—Lo entiendo —dijo Sara, sorprendida ante tantas explicaciones. Ni siquiera se ofreció a ayudarlo, porque tenía la sensación de que quería hacerlo solo.

—¿No te sabe mal?

—Claro que no —dijo Sara, todavía más sorprendida por su consideración.

—Pero si me aburro vendré a hacerte compañía —prometió él.

No supo por qué, Sara se sonrojó. Y además se encontró pensando que Javi era un encanto.

Un rato después, ya estaba en remojo. Nadó unas cuantas piscinas arriba y abajo, hasta agotarse, por hacer ejercicio y no pensar demasiado. Especialmente en lo atractivo que estaba Javi durante el desayuno. Llevaba algunos días sin afeitarse, y le sentaba bien.

Se relajó y refrescó dentro del agua, y después se tumbó a tomar el sol mientras leía. Al cabo de un rato se trasladó a la sombra porque se estaba achicharrando, y un poco después volvía a estar en el agua, refrescándose.

Escuchó la voz de Javi, que provenía del interior de la casa. Parecía que hablaba por teléfono. Su voz se fue acercando, como si caminara mientras hablaba, y se detuvo en el salón.

—Pues sinceramente, no entiendo por qué Cánovas os ha tenido que llamar como si yo todavía tuviera ocho años —decía, con evidente fastidio—. Sí, sí, fui a hablar con Boris, pero... Papá, mamá... Papá... ¿Podéis parar de gritar?

Dentro de la piscina, Sara sonrió. «Alguien tiene problemas...», pensó, divertida. Al menos los padres de Javi le estaban diciendo lo que todos los demás se habían guardado para sí mismos.

—Sí, fui a hablar con Boris, pero no parece implicado ni pasó nada digno de mención, ¿de acuerdo? De hecho, me mandó saludos para vosotros... En serio, os agradecería que pararais de gritar.

Sara rio por debajo de la nariz. Se dirigió hacia la escalera de la piscina. Ya iba siendo hora de ir a ducharse. Además, por más entretenido que fuera, le sabía mal estar escuchando la conversación de Javi.

—Oye, cuando estéis más tran... —empezó a decir él, pero se interrumpió.

Sara, que acababa de salir de la piscina, miró hacia el salón. Javi estaba de pie junto al ventanal abierto, mirándola fijamente. Sara sintió su mirada sobre la piel y sobre el bikini negro como si se tratara de una mano de fuego. Ciertas palabras regresaron a su memoria.

«Cada vez que te lo veo puesto quiero follarte».

Como si Javi hubiera pulsado un interruptor, Sara se excitó. Toda su piel se estremeció con un suave cosquilleo de anticipación.

—Mamá, papá, es que me habéis pillado haciendo algo. Luego os llamo —dijo Javi al teléfono, rápido, sin apartar la mirada de Sara.

Colgó sin esperar respuesta y lanzó el móvil a uno de los sofás. Cruzó el ventanal y caminó hacia ella, los ojos oscurecidos por el deseo. Caminaba lentamente, dándole la oportunidad de detener lo que estaba a punto de suceder. Pero Sara permaneció inmóvil, atrapada en su mirada, temblando ligeramente.

Sin prisas, Javi extendió un dedo y con la yema acarició un tirante del bikini. Desde el hombro descendió hacia el pecho, pero se detuvo justo antes de alcanzarlo. Sin embargo, fue suficiente: se le endurecieron los pezones. Sara respiró profundamente.

Javi enganchó el dedo en el tirante y volvió a subirlo mientras la rodeaba para situarse detrás suyo. Desde ahí, enganchó otro dedo en el otro tirante y tiró de ellos hasta dejarlos colgando libres por encima de los brazos de Sara, que se estremeció y gimió suavemente. Notó como se le humedecía el sexo. ¿Cómo un gesto tan sencillo podía excitarla tanto?

Los labios de Javi se posaron sobre su hombro. Depositaron besos suaves sobre su piel, acercándose al cuello. Cuando lo alcanzaron y los besos se hicieron más intensos, a Sara se le escapó otro gemido y pensó que las piernas le flaquearían. Elevó el brazo hacia atrás, para posarlo en la cabeza de Javi, y ella misma se giró un poco para besarlo.

Menudo beso. Sus lenguas se aseguraron de que fuera muy húmedo, tórrido, impaciente. Sara se encontró aprisionada contra el cristal del ventanal, rodeada de Javi, necesitando sentir su piel. Empezó a tirar de la molesta camiseta para quitársela, pero él le atrapó las muñecas y se las apartó. El desconcierto de Sara duró poco, porque él le lamió el labio inferior, y luego

empezó a descender. Le besó y lamió el cuello, apartó el bikini con los dientes y chupó y mordisqueó el pezón que quedó al aire. Javi empezó a arrodillarse mientras sus labios y su lengua seguían recorriendo la piel de su abdomen, el vientre...

Javi le liberó las muñecas y le aferró las nalgas, que apretó con fuerza a la vez que le besaba el sexo a través de la tela del bikini.

—Ay, Dios —se le escapó a Sara, que se agarró a la cabeza de Javi, no supo si para acercarlo más o sujetarse para no caerse de la impresión.

Justo cuando Javi empezó a retirarle las braguitas del bikini con los dientes, un rayo de lucidez alcanzó a Sara.

—Javi... Javi... —suspiró, odiando interrumpir el momento—. Aquí... no es muy prudente.

Él se detuvo un momento, pero enseguida siguió besándole el pubis. Lo escuchó respirar con fuerza.

—Seguramente tienes razón —dijo, pero como si no supiera muy bien qué había más allá de sus dos cuerpos.

Deshizo el camino por su piel, cubriéndola de húmedos besos, hasta que sus labios sedientos se reencontraron. Mientras se devoraban, Javi primero le guio los brazos para que le rodeara los hombros y después la ayudó a auparse para que lo rodeara con las piernas. Así, con Sara aferrada a él, con las manos en su trasero para sujetarla bien, entró en la casa mientras seguían besándose. Sara apenas se enteró de cómo Javi cerraba la puerta del ventanal y conectaba la alarma. Siguió moviéndose con rapidez y empezó a ascender por las escaleras, pero de repente se detuvo.

—Ya no puedo más —dijo.

La soltó y la empujó con delicadeza para que se recostara en los escalones. Sara se puso cómoda, y se miraron a los ojos mientras Javi le besaba los muslos, ascendiendo con impaciencia hacia su sexo. Esta vez no se anduvo con delicadezas y prácticamente le arrancó las braguitas del bikini, que quedaron olvidadas en algún escalón.

A pesar del ímpetu, cuando llegó el momento de acariciarla, fue delicado. Le abrió los labios vaginales con cuidado y empezó a depositar suaves besos por toda la zona. Sara aspiró aire con fuerza, y gimió cuando la perversa lengua de Javi empezó a lamerla sin prisas, a explorar todos sus rincones, pero sin llegar a centrarse en el clítoris. Sara sentía que se derretía del placer, y a la vez se impacientaba porque quería más.

—Javi... —suplicó con un gemido afónico.

—¿Quieres que pare?

—Ni se te ocurra.

Lo escuchó reírse con suavidad, y entonces le lamió el clítoris. Sara chilló por la intensa sensación. Después, él volvió a torturarla besando y mordisqueándole todo el sexo, pero dejando su centro de placer olvidado. Sara entrelazó los dedos en su cabello corto y apretó con fuerza. Javi entendió el gesto porque, de repente, se entregó por completo a su clítoris. Lo besó, lamió, chupó y succionó. Sara cada vez tenía las piernas más abiertas, se arqueaba y retorció. No podía parar de gemir. Definitivamente, Javi sabía cómo usar los labios y la lengua, y durante varios minutos más se entregó a darle placer, a llevarla al límite, hasta que Sara se sentía a punto de explotar. Estaba tan, tan cerca...

—No me mates —lo escuchó decir, y sus labios se apartaron para besarle los muslos otra vez.

—No, por favor... —gimoteó Sara.

Javi se acercó a besarla en los labios, y Sara pudo sentir su propio sabor. Él parecía apurado.

—Necesito acabar de otra manera —confesó.

Sara enseguida lo comprendió. Sin perder el tiempo, lo rodeó con los brazos y las piernas y él los levantó a ambos y ascendió por las escaleras.

—Sigue tocándote —dijo, y Sara obedeció al instante.

Javi fue directamente a su habitación, donde la aprisionó contra la pared. Se besaron otra vez, pero enseguida se separaron y la soltó. Mientras él se apresuraba a inclinarse hacia la mesita de noche para abrir el cajón y coger un preservativo, Sara le desabrochó el pantalón y se lo bajó junto al calzoncillo con impaciencia. Si no lo sentía dentro pronto, le daría un ataque. Después, mientras ella le cubría el miembro erecto y duro con el preservativo, él se quitó la camiseta.

Sara volvió a aferrarse a sus hombros y a rodearle las caderas con las piernas, que él sujetó. Cuando al fin la penetró, con deliciosa brusquedad, los dos gimieron. Sara echó la cabeza hacia atrás y se mordió el labio, pero sentía la mirada de Javi clavada en su rostro.

La sujetó con firmeza y empezó a entrar y salir de ella con embestidas fuertes, profundas, que la empujaban contra la pared y la elevaban hacia arriba y hacia abajo. Sara nunca había hecho el amor así, pero estaba siendo tan erótico, tan pasional, tan abrasador, que pensó que en el mundo no podía haber nada mejor.

Incapaz de mover las caderas, clavó las uñas en la espalda de Javi mientras él se hundía en ella una y otra vez, llevándola de nuevo hacia el

límite. Los gemidos de Sara se entrelazaron con los de Javi, y Sara explotó. El orgasmo la recorrió como una onda expansiva.

—¡Javi! —gritó, mientras se tensaba contra la pared y se aferraba a él como si le fuera la vida en ello.

Fue capaz de abrir los ojos un momento, y lo vio mirándola fijamente, con una media sonrisa en los labios, que no sabría decir si era de satisfacción o de triunfo. Pero duró poco, porque él también empezó a correrse. A Sara le pareció hermoso tenerlo entre sus brazos mientras ambos se estremecían de un placer tan extremo que los dejó sin voz.

Se quedaron largos segundos abrazados, unidos, recuperando la respiración.

—Qué barbaridad... —se le escapó a Sara, impresionada por tanta intensidad.

Javi rio por debajo la nariz y depositó un beso en su hombro. Salió de ella despacio y la bajó lentamente al suelo. Las piernas le temblaban un poco.

Dieron un par de pasos y se dejaron caer encima de la cama, agotados. Se miraron un momento. Los dos jadeaban de manera exagerada.

—Ni que hubiéramos corrido una maratón —comentó Sara.

Los dos se echaron a reír.

—Ven aquí —dijo Javi.

La rodeó con sus fuertes brazos y la atrajo hacia él. Sara se acurrucó contra su pecho y suspiró. Se sentía muy a gusto. Y encima Javi empezó a acariciarle la espalda. Se le escapó un «mmmm...» soñoliento. Le pesaban los párpados... Y estaba en un lugar tan cómodo, tan agradable... Era una pena que para Javi esto fuera solo sexo... Pero no era el momento de pensar en eso, porque estaba tan, tan a gusto...

\*

—¡Javi!

El grito despertó a Sara con un fuerte sobresalto. También a Javi, que todavía la abrazaba. Se miraron unos segundos, desconcertados, y todavía medio dormidos.

—¡Cánovas! —susurró Sara alarmada, comprendiendo que ya no estaban solos en casa, y que estaban los dos completamente desnudos.

Y que las braguitas de su bikini estaban perdidas en algún lugar de las escaleras.

—¿Javi? —dijo la voz de Cánovas.

—¡Voy! —gritó él.

Como si la cama se hubiera convertido en un lecho de brasas al rojo vivo, ambos se levantaron de un salto. Sara corrió hacia la cómoda donde guardaba su ropa y se vistió con prisas mientras Javi recuperaba su ropa del suelo y se la ponía a toda velocidad. Acabaron a la vez y se miraron.

—Baja tu primero —dijo Javi.

Sara asintió y caminó hacia la puerta, pero se detuvo.

—¿Por qué nos comportamos como si tuviéramos quince años? —preguntó en un susurro.

—Será que somos jóvenes de espíritu —respondió Javi. Cuando Sara empezó a reír, la empujó hacia el pasillo—. En marcha, jovencita.

Sara caminó hacia las escaleras aguantándose la risa. A medio camino encontró las braguitas de su bikini y le faltó tiempo para recogerlas y guardárselas en el bolsillo del pantalón.

Cánovas no era el único que estaba en casa, puesto que había venido acompañado por Domingo. Los dos hombres esperaban en el salón, claramente agitados.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Sara.

—Todavía nada —dijo Domingo.

En ese momento apareció Javi.

—¿Ha pasado algo? —preguntó también al ver las expresiones de Cánovas y Domingo.

—En poco rato los dos hemos recibido llamadas de contactos distintos —explicó Cánovas, señalando a Domingo con un gesto de la cabeza—. Han encontrado la última dirección conocida de Samuel Alba. A los dos nos han dado la misma, así que parece fiable.

—¿Dónde está? —preguntó Javi, muy interesado.

—Cuidado. He dicho «última dirección conocida». Ahora mismo nadie sabe dónde está, hace tiempo que le perdieron la pista. La línea del número de teléfono que consta en todas partes está fuera de servicio —matizó Cánovas.

—Vale. ¿Cuál es esa dirección? —insistió Javi, con un deje de irritación en la voz. Cualquier rastro del buen humor anterior había desaparecido.

—Está en el norte. A unas once horas en coche, seguramente un poco más —dijo Cánovas.

—Joder... —se lamentó Javi.

Domingo leyó la dirección concreta, que había anotado en su teléfono, y a Javi le faltó tiempo para comprobarla en la aplicación de mapas del suyo. Observó la pantalla durante largos segundos con gesto pensativo.



—Tengo que ir —dijo finalmente.

A Sara se le encogió el estómago. Domingo y Cánovas resoplaron a la vez e intercambiaron una mirada. Al parecer, ya esperaban que Javi tomara esta decisión.

—Esto es lo que pasa —dijo Domingo a Sara.

—Javi, me veo obligado a recordarte que Toni os amenazó de muerte... —empezó a decir Cánovas, pero Javi lo interrumpió con impaciencia.

—Y tiene a una mujer vigilándonos y nada más. Lleva días ahí fuera, en un coche...

—¿¡Qué?! —exclamaron Cánovas y Domingo, pero Javi siguió hablando como si no los hubiera escuchado.

—... y ya la puse a prueba ayer y confirmé que lo único que hace es seguirnos. Nos conviene que Toni sepa que estamos investigando en serio. Es decir, voy a ir. ¿Puedes prestarme un coche, Cánovas? Por favor.

—También puede ser que pretenda que te confíes y atacarte cuando menos te lo esperas —dijo Domingo.

—Esa mujer tiene pinta de detective privado, no de matona. Solo nos está siguiendo —descartó Javi—. ¿Cánovas?

—Sí, claro que te presto un coche, pero Javi, sabes que esto es una imprudencia. Tus padres...

—Mis padres no tienen por qué saber nada de esto. Igual como no deberían haberse enterado de lo de Boris Craig.

Domingo movió la cabeza, disgustado, y Cánovas resopló.

—Ni se te ocurra echarme en cara que me preocupe por ti —se defendió.

Desde que Javi había anunciado que iba a emprender ese viaje, parecía que las tripas de Sara habían empezado a enrollarse sobre sí mismas hasta formar un nudo tenso y doloroso. La sola idea de imaginar a Javi vagando solo por el país, exponiéndose de esta manera, le provocaba un ligero mareo.

—Voy contigo.

Las palabras salieron solas de su boca, sin ni siquiera haberlas reflexionado. Sin embargo, al escucharse a sí misma pronunciarlas, supo que era lo que el cuerpo le pedía, lo que necesitaba hacer.

Javi la miró con las cejas arqueadas, como si Sara hubiera dicho una estupidez.

—Ni de coña.

Inmediatamente después, les dio la espalda y desapareció escaleras arriba.

Las mejillas de Sara ardían y el corazón le latía en las sienes. No por vergüenza, sino por enojo. No le gustaba que Javi le hablara así. ¿Quién se

había creído que era?

—Disculpad —dijo con suavidad a Domingo y Cánovas, que se habían quedado en silencio con la mirada clavada en la escalera.

Sara ascendió por las escaleras con paso decidido. La puerta de la habitación de Javi estaba cerrada. Llamó, pero no esperó respuesta antes de entrar. Javi estaba acabando de colocar su maleta encima de la cama. Le echó un vistazo rápido, pero no se detuvo.

—Voy contigo —repitió Sara.

Mientras abría el armario, Javi volvió a arquear las cejas, la miró y negó con la cabeza, como si Sara hubiera dicho una barbaridad.

—Te vendrán bien dos ojos extra para vigilar.

—Que no, Sara, que no es seguro.

—Acabas de decir que no crees que sea tan peligroso...

—Deja de decir estupideces, Sara —la cortó, seco—. Ni siquiera voy a discutirlo. Tú te quedas, y yo saldré cuanto antes.

Ahora la que arqueó las cejas, pero con indignación, fue Sara. Se acercó a Javi.

—Disculpa —dijo, y le cerró la puerta del armario en las narices.

Javi se giró hacia ella con el ceño fruncido y preparado para hablar, pero algo debió de ver en el rostro de Sara, porque su expresión cambió y cerró la boca.

—Vamos a dejar algunas cosas claras —dijo Sara, apenas controlando el tono de voz—. Primero de todo: puede que sea joven de espíritu, ¿pero me ves cara de menor de edad?

—No sé a qué... —empezó a decir él, dudoso, desconcertado.

—Exacto, tengo cara de tener treinta años. ¿Te lo puedes creer? —dijo con sarcasmo—. ¿Y sabes qué pasa cuando tienes treinta años? Que nadie puede decirte qué puedes hacer y qué no puedes hacer. Ni siquiera un larguirucho como tú. ¡¿Te lo puedes creer?!

Cuando lo llamó «larguirucho», Javi frunció el ceño y bajó la cabeza para observarse el cuerpo. Si Sara no hubiera estado tan enfadada se habría reído. Sin embargo, siguió hablando. Cada segundo que pasaba, elevaba más el tono de voz.

—Es decir, que si decido que quiero acompañarte, te acompaño. Y punto. Porque si es suficientemente seguro para ti, lo es para mí. Así que piénsalo bien y decide qué prefieres hacer.

Javi abrió la boca para decir algo, pero Sara no había acabado.

—Y en segundo lugar, no te atrevas a hablarme así —espetó. Se acercó a él y le clavó el dedo índice en el pecho—. Estoy aquí por tu culpa, Javier Bandama, y me debes unas cuantas. En Providenciales estabas dispuesto a acostarte conmigo y desaparecer sin decirme quién eras. Unos tipos estuvieron a punto de matarme en Cuba por tu culpa. Estoy pasando mis vacaciones encerrada en una casa y ni siquiera sé si podré recuperar mi vida. ¡No tienes absolutamente ningún derecho a hablarme así!

La última frase la había dicho gritando, literalmente. Pero Sara estaba fuera de sí. Temblando por la furia, dio media vuelta y caminó hacia la puerta. La abrió, pero antes de salir volvió a mirar a Javi, que la observaba con la boca ligeramente abierta.

—Voy a hacer la maleta. Escúchame bien: si te atreves a hacerme una jugarreta y te largas sin mí, llamaré a mi hermano. ¡Y te juro que entre los dos te haremos papilla!

Sara abandonó la habitación con un sonoro portazo y fue a encerrarse en la suya. Una vez allí, se apoyó contra la puerta.

Y se echó a llorar.

\*

Unos minutos después, Javi la encontró sentada en la cama, llorando como una magdalena. Avergonzada, intentó secarse las lágrimas, pero fue en vano. Él se apresuró a acuclillarse delante suyo.

—No, Sara, no... Lo siento, yo...

—No lloro por eso —aclaró ella entre sollozos—. Es que... es que me he dado cuenta de que...

No pudo seguir hablando. En esos momentos solo era capaz de emitir pequeños hipidos y producir lagrimones.

—Espera —dijo Javi.

Sara adivinó que había ido al baño a por un pañuelo cuando volvió a acuclillarse delante suyo y empezó a secarle las lágrimas con delicadeza.

—Gracias —le agradeció, cogiendo el pañuelo.

Él no dijo nada. La observaba, preocupado, esperando que estuviera preparada para hablar.

—Nunca le había hablado así a nadie —explicó Sara cuando se calmó un poco.

—Pues para ser la primera vez, no lo has hecho nada mal —bromeó Javi con suavidad.

Sara rio por debajo de la nariz, pero enseguida volvió a tener los ojos inundados de lágrimas.

—Y me he dado cuenta de que mis amigas tenían razón. Durante mucho tiempo me dijeron que me había anulado a mí misma. Yo les decía que eran unas exageradas, y al final me dieron por imposible —confesó—. Pero tenían razón. Siempre he evitado los enfrentamientos, y nunca me he quejado por gustar a los demás... Normal que Hugo...

Se interrumpió antes de acabar esa frase, porque no sería del todo cierta. Ella también había dejado de querer a Hugo.

Javi le apartó un mechón que le caía sobre la cara, recogéndoselo detrás de la oreja.

—Bueno, que te hayas dado cuenta ya es un primer paso —murmuró.

—Y también me he dado cuenta de hasta qué punto me he dejado sobreproteger por Adam. Desde siempre. Si había que pelearse por algo, lo hacía él por mí —siguió Sara, que necesitaba desahogarse—. ¿Cómo he podido cargarle con tanta responsabilidad?

—Seguro que hubo algún motivo —dijo Javi.

A la memoria de Sara regresaron fragmentos de una vida muy lejana. De cuando su padre todavía estaba en casa. Recordaba juegos, sonrisas, pero también muchos gritos. Discutía mucho con su madre. Y una noche, después de alguna discusión que ni siquiera Adam recordaba demasiado, desapareció de sus vidas.

Su madre empezó a beber ese día. También fue cuando su carácter cambió. Nunca estaba contenta. Todo lo hacían mal. Sobre todo ella, Sara. Fragmentos de recuerdos la hicieron estremecerse: su madre chillándole por otra de sus torpezas, su madre llamándola inútil con todos los sinónimos existentes.

Adam intentó darle consejos para que se defendiera de su madre cada vez que una tormenta estallaba, pero Sara no conseguía aplicarlos. Solo podía pensar en que no sabía qué hacía mal para que su madre se enfadara tanto, casi como si la odiara. Y en que no sabía qué había hecho mal para que su padre los abandonara. Dolía tanto que se bloqueaba, así que permitió que Adam, protector por naturaleza, se convirtiera en su escudo, y ella procuró hacer todo lo posible para que su madre no se enfadara con ella. No siempre lo conseguía, pero siguió esforzándose.

Lo había extendido a todos los ámbitos de su vida.

Normal que no fuera el tipo de Hugo o Javi. Ni de nadie. Ella tampoco querría estar con alguien como ella.

Suspiró, desanimada. ¿Qué iba a hacer consigo misma?

Javi le quitó el pañuelo de las manos y le secó las mejillas con cuidado.

—Algo me dice que en estos momentos estás siendo muy dura contigo misma —dijo—. Y seguro que estás siendo injusta.

A Sara lo tembló la barbilla, porque creía que Javi estaba siendo demasiado amable.

—Ven aquí —dijo él, y la abrazó.

Sara se dejó estrechar por esos brazos y ese cuerpo y le devolvió el abrazo, porque sentaba tan, tan bien...

—No se tienen revelaciones así todos los días —murmuró Javi—. Date un poco de tiempo, ¿vale? Ya lo irás poniendo todo en orden.

Ella volvió a suspirar.

—¿He sido muy borde contigo? Lo siento si he sido muy borde —se disculpó, sintiendo que el llanto regresaba.

Javi se apartó algo bruscamente y la miró a los ojos mientras la sujetaba con fuerza por los brazos.

—Sara, no vuelvas a disculparte —dijo—. Me merecía el rapapolvo. Siento haberte hablado así. Además, admítelo. Seguro que después de ponerme en mi lugar te sientes mejor.

Sara se lo pensó. En realidad, sí. Javi tenía razón. Estaba un poco orgullosa de sí misma.

—Puede —dijo.

—¿Lo ves? —dijo Javi, sonriendo con amabilidad, mientras le acariciaba los muslos con aire distraído.

La expresión de Javi cambió. De repente la miraba con descaro y fingida autosuficiencia.

—Pero Sara, tienes que fijarte mejor —dijo, todo chulito él—. No soy un larguirucho. Puede que antes sí, pero ahora ya no. Estoy cachas.

—Qué idiota eres —dijo Sara, echándose a reír.

—Eso ya me gusta más —dijo Javi, sonriendo también y dándole un suave apretón en los muslos—. Pues prepara tus cosas y tráelas a mi habitación, por favor. Lo meteremos todo en mi maleta.

—¿Entonces no te incomoda que vaya?

—No. Además, ni loco se me ocurriría provocar la ira de los hermanos Romero —dijo Javi antes de abandonar la habitación, cerrando la puerta detrás suyo.

Sara sonrió como una idiota. No se puso inmediatamente con la maleta, sino que se tumbó sobre la cama y se cubrió la cabeza con la almohada. Ya no

sonreía.

Había tenido otra revelación. Una que ni loca confesaría a Javi.

Una que explicaba por qué, al escuchar que Javi pretendía emprender ese viaje solo, su preocupación había alcanzado límites insospechados. Y al verse apartada había sentido... ansiedad, desesperación. Su corazón había amenazado con empezar a sangrar.

También explicaba por qué las caricias distraídas y ese suave apretón en los muslos la habían dejado con la piel de gallina. Por qué cada célula de su cuerpo ardía de deseo por él. Por qué se encendía con una sola mirada, con un leve roce.

No era solo sexo. Al menos para ella.

Estaba volviendo a enamorarse de Javier Bandama.

No mucho después, Javi y Sara bajaron con la maleta preparada. Cánovas y Domingo los esperaban en la cocina.

—Ahí tenéis las llaves del coche. Es el azul que hay en el garaje. Y os he preparado algo de comida para el viaje —dijo Cánovas, señalando con la cabeza un llavero y una abultada bolsa de plástico que había en la encimera.

—Muchas gracias —dijo Javi—. Nos veremos en un par de días.

Los dos hombres no contestaron. En cambio, los miraron como si creyeran que no volverían a verse nunca más.

—Tengo que hacerlo. Por Carlos —dijo Javi, buscando su comprensión.

—Lo sabemos, pero... —dijo Domingo, que no encontró palabras para continuar.

—Ahora que por fin habéis regresado, no os queremos volver a perder. Y encima de la peor manera —dijo Cánovas.

—Todo irá bien —dijo Javi con seguridad.

Abrazó a los dos hombres y se dirigió a la puerta, seguido de cerca por Sara, que se despidió de ellos con una mirada.

A medida que se acercaban al coche, Sara empezó a ponerse nerviosa. Llevaba unos cuantos días encerrada en la seguridad de la finca y de la urbanización, y ahora iba a salir sabiendo que había alguien esperándolos fuera. Según Javi la mujer no era peligrosa, y se fiaba de su criterio, pero aún así.

Subieron al coche y Javi arrancó. Abandonaron la finca de Cánovas y, muy poco después, se estaban acercando a la puerta de la urbanización. Sara tragó saliva.

—La mujer va en un coche blanco. Yo la he visto aparcada un poco más allá de la puerta —dijo Javi—. Fíjate bien, porque tendremos que ir vigilando si nos sigue. También deberíamos ir atentos por si tuviéramos a alguien más detrás.

Sara asintió, agarrándose con fuerza al apoyabrazos.

Saludaron al vigilante, que les devolvió el saludo y pulsó un botón. La pesada puerta de hierro empezó a abrirse lentamente. Sara volvió a tragar saliva. Miró a Javi, escondido tras sus gafas de sol.

—Qué tranquilo pareces. ¿Haces esto muy a menudo? —dijo Sara, sintiéndose muy débil por estar sufriendo tanto.

Él le dirigió una sonrisa tensa.

—Solo sé disimular bien —dijo, aunque Sara no supo si decía la verdad o si intentaba que se sintiera mejor.

La puerta acabó de abrirse y Javi arrancó sin prisas. Eso dio tiempo a Sara de fijarse bien en los vehículos aparcados en la calle. No le costó divisar el coche blanco, porque era el único, y efectivamente estaba ocupado por una mujer que lo último que tenía era aspecto de asesina a sueldo. Parecía una mujer de cuarenta y pico años normal y corriente. Si se la hubiera encontrado en otro contexto, se la habría imaginado trabajando en alguna oficina como administrativa o secretaria. Parecía alguien en quien se podía confiar.

Definitivamente, harían bien en considerarla muy peligrosa.

Sobrepasaron el coche blanco, alejándose de la urbanización, y a Sara le faltó tiempo para mirar hacia atrás.

—Nos sigue —dijeron Javi y ella a la vez.

—Ni siquiera lo hace disimuladamente. El otro día debió de darse cuenta de que yo sabía que me seguía —comentó Javi.

—¿Eso es bueno?

—Yo diría que sí. Está dejando claro que lo único que pretende es ver qué hacemos.

Emprendieron el camino para abandonar la ciudad y dirigirse hacia el norte, y en todo momento parecía que la mujer se limitaba a seguirlos. Y, como había dicho Javi, sin ningún tipo de disimulo.

—¿No estará intentando que nos confiemos? —preguntó Sara, inquieta.

—Procuraremos no hacerlo.

Los dos también estuvieron muy atentos a otros posibles vehículos que los siguieran más discretamente, pero no vieron nada sospechoso. Al final, Sara acabó por abrir la visera de su asiento, que tenía un espejo, a través del cual podía vigilar la carretera que dejaban atrás.

Aunque hiciera el camino un poco más largo, Javi prefirió moverse por carreteras menos concurridas. De esta manera, les sería más fácil distinguir a coches sospechosos. Durante un buen rato fueron mencionando qué vehículos les parecía que iban detrás suyo durante demasiado tiempo, pero acababan por



descartarlos todos. El único que seguía allí era el de la mujer, a la que Javi llamaba la Turista, y se mantenía a una distancia más que considerable.

Al cabo de un rato, iban prácticamente solos por la carretera, y Sara notó que ambos se relajaban un poco. Seguían con los ojos bien abiertos, pero controlar esa situación era mucho más fácil.

Javi suspiró.

—Me muero de hambre —dijo.

—¿En serio tienes hambre? —preguntó Sara, sorprendida. A ella con los nervios se le había cerrado el estómago.

—Soy como un pajarito, me paso el día picoteando.

Sara se echó a reír.

—Oye, ¿se puede saber qué te resulta tan gracioso? —dijo él, fingiéndose ofendido.

—Nunca se me habría ocurrido definirte como un pajarito —dijo Sara, riéndose un poco más mientras cogía la bolsa que Cánovas les había preparado.

Se maravilló con todo lo que había dentro. Sándwiches, un bote de plástico con ensaladilla rusa, palitos de pan, fiambre, fruta, galletas y un par de botellas de agua. Fue pasando la comida y la bebida a Javi a medida que él la pedía, y empezaron a hablar. Él le preguntó por películas y más series de televisión que hubiese visto últimamente y que le hubiesen gustado. Se mofó de ella cuando descubrió que se enganchaba a cualquier comedia romántica, por más mala que fuera, y ella le restregó por la cara todas las cosas buenas que se había perdido al dejar de leer los libros de Stephen King.

Hablaron y hablaron y hablaron, saltando de un tema a otro, riendo. Incluso estuvieron un buen rato jugando a «Persona, animal o cosa», un juego al que Sara había jugado con el sobrino pequeño de Judith, y que nunca habría dicho que podía dar tanto de sí. Hacía tiempo que no se reía tanto.

Este Javi no se parecía en nada al Javi con el que se había reencontrado en Providenciales. Bueno, había una tristeza en el fondo de sus ojos que no desaparecía, pero el resto había... regresado.

Sara se encontró observando con melancolía su perfil perfecto, la manera como entrecerraba los ojos cuando reía, cómo se curvaban sus labios cuando sonreía con descaro... y se dio cuenta, en ese viaje, que lo que sentía por Javi se estaba convirtiendo en algo demasiado sólido por su propio bien. Y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

\*

Pararon dos veces para repostar gasolina e ir al baño, procurando detenerse en áreas de servicio grandes y en las que fuera posible vigilar el coche blanco y su ocupante. Javi no sabía cómo lo hacía la Turista, porque mientras que la vio aparecer del vehículo para fumarse un cigarrillo o hablar por teléfono, no la vio visitar el baño.

A Sara también le llamó la atención.

—Esa mujer explotará en cualquier momento —comentó—. Espero no estar presente cuando suceda, seguro que será muy desagradable.

Javi rio, mientras agradecía para sus adentros que estuvieran ocupando el viaje charlando de temas que lo ayudaban a no pensar. A no pensar ni en Sara, ni en Carlos, ni en ninguna de las muchas cosas que lo preocupaban.

Justo cuando empezaba a anochecer, se adentraron por las calles de una ciudad de tamaño considerable.

—Vamos a buscar ya un hotel. Es mejor que no estemos en la carretera durante la noche —dijo.

Después, Javi apretó los labios y carraspeó, dudando cómo abordar la siguiente cuestión.

—Buscaremos un hotel que tenga un buen servicio de vigilancia y seguridad, pero... —se interrumpió para volver a carraspear—. Compartiremos habitación, ¿vale? No quiero que estemos separados.

—Me parece bien —dijo Sara sin, al parecer, darle demasiada importancia.

Ninguno de los dos abrió la boca hasta que se detuvieron ante un hotel que a Javi le pareció seguro. Él iba pensando en esa última conversación. La indiferencia de Sara respecto a si compartían habitación o no lo había herido.

Inevitablemente, acabó recordando cómo se había sentido después de hacer el amor esa misma mañana. Una vez pasadas la satisfacción por verla correrse entre sus brazos y la euforia de su propio orgasmo, y cuando ella ya se había dormido acurrucada contra él, se había sentido... vacío. Él hacía el amor con Sara, pero ella solo practicaba sexo. Para él significaba mucho más que para ella, y eso dolía. Mucho.

Por eso había decidido que no volvería a acostarse con Sara.

El problema era que le costaba Dios y ayuda resistirse a ella. A pesar de su firme decisión, tan solo un rato después a duras penas había resistido la tentación de besarla. Le había gustado tanto poder consolarla mientras daba ese paso de gigante y tomaba consciencia de que debía empezar a pensar más en sí misma y menos en los demás... Sin darse cuenta la había empezado a acariciar con mucha confianza. Y ella lo miraba con los ojos enrojecidos, tan

vulnerable y tan deseable a la vez... Apartar las manos de sus muslos le había supuesto un esfuerzo sobrehumano, porque quería volver a tenerla desnuda entre sus brazos. No le importaba si la tenía debajo, delante o encima, la cuestión era que se deshiciera de la ropa. Y él de la suya. Y que sus cuerpos entraran en contacto...

No, no, pensar en esas cosas era precisamente lo que no debía hacer.

Tenía treinta y cuatro años, ya tenía edad de ser capaz de decir que no a un polvo. Incluso a uno con Sara. Tenía que intentar protegerse un poco a sí mismo.

No habría más sexo entre Sara y él. Y punto.

\*

—Lo siento, no nos quedan habitaciones dobles con dos camas. Todas son con camas de matrimonio.

Si las miradas matasen, el recepcionista del hotel habría caído fulminado allí mismo. Javi miró a Sara, que se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo Javi, encogiéndose de hombros también, mientras para sus adentros maldecía al pobre recepcionista, a todos sus antepasados y a sus futuros descendientes.

Accedió a que les subieran la maleta a su habitación y propuso a Sara ir directamente a cenar en el restaurante del mismo hotel. De alguna manera, consiguió volver a mantener una conversación normal, pero no se apresuró a comer. Lo que fuera con tal de posponer el momento de enfrentarse a Sara y a una cama de matrimonio.

Sin embargo, cuando entraron en la habitación, Sara fue directa a la maleta que ya les habían dispuesto en el robusto soporte para equipajes. Cogió su pijama y su neceser y se encerró en el baño para cambiarse. Javi suspiró, entre aliviado y decepcionado. Al parecer, Sara no tenía interés en repetir nada. Bien, bien, eso lo ayudaba. Había tomado una decisión y se mantendría firme.

Sara salió del baño pocos minutos después.

Los firmes propósitos de Javi empezaron a tambalearse.

Había olvidado lo cortos que eran los pantalones del pijama con dibujos de la Estrella de la Muerte.

¿Por qué de repente hacía tanto calor en la habitación? ¿Acaso se había estropeado el aire acondicionado?

¿Era la nalga eso que asomaba por debajo de la tela o eran imaginaciones tuyas?

Sara se quedó de pie ante la cama, observándola. Después, esos ojos grises se posaron en él. Mientras se mordía el labio inferior.

Ella también dudaba. Ella también lo deseaba.

De repente, Javi descubrió que estaba justo delante de Sara. ¿Cómo había llegado hasta allí? No era consciente de haberse movido, pero al parecer lo había hecho. Su respiración se aceleraba por momentos. Igual que la de Sara.

Esa mujer iba a ser su perdición.

—A la mierda —masculló Javi para sí.

Estiró la mano para atrapar con dos dedos la camiseta del pijama de Sara y tirar de ella, que solo necesitó un pequeño paso para acercarse a él. Los ojos de Sara lo miraban fijamente, apresándolo.

Sin apartar la mirada, Javi deslizó la mano por debajo de la camiseta del pijama y la apoyó contra piel cálida y suave de su cintura. Vio como ella parpadeaba levemente, y sintió como se estremecía y aspiraba de manera entrecortada. Él también se estremeció. Al entrar en contacto con su piel, una especie de corriente eléctrica se expandió desde su mano al resto de su cuerpo. Se esforzó por controlar la urgencia y se mantuvo donde estaba.

Siguió acariciándola con las yemas de los dedos. La espalda, de nuevo la cintura, el vientre. Cuando le rozó un pecho y el pezón, Sara suspiró y se aferró a él con fuerza.

Incapaz de estar un segundo más sin saborearla, se inclinó para besarle el punto donde se unen el hombro y el cuello. Después, ascendió posando delicados besos sobre la piel y aspirando el aroma que desprendía. Dios, podría alimentarse sólo con eso.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y sonrió, sintiéndose poderoso, cuando Sara gimió, tembló y le clavó los dedos en la piel. Javi cambió al otro lado del cuello y le dedicó las mismas atenciones.

Sara empezó a subirle la camiseta, y Javi accedió a separarse de ella un segundo para quitársela con rapidez. Después la besó, porque ansiaba esa dulzura tan especial que solo encontraba en sus labios, en el interior de su boca, en su lengua. Ella se la concedió, pero siguió desnudándolo, provocando que su miembro se endureciera más. Le desabrochó los pantalones y los empujó hacia abajo, y después le tocó el turno a los calzoncillos.

De reojo vio que Sara se disponía a acariciarlo, pero la detuvo sujetándola por las muñecas. No era solo que sus caricias podrían enloquecerlo, era que

quería volver a tener el control. La cogió en brazos, sorprendiéndola, y caminó hacia la cama. Valoró la posibilidad de desnudarla también, pero por el momento descartó la idea porque sería una pena despojarla de un pijama que le quedaba tan excitantemente bien.

Javi se sentó en la cama, con la espalda apoyada contra el cabezal. Colocó a Sara de manera que la espalda de ella se apoyara contra su pecho y quedara aprisionada entre sus piernas. La abrazó, volvió a besarle el cuello y acabó apresando sus pechos por encima de la tela. Ella gimió, echó la cabeza hacia atrás y se arqueó hacia sus manos, ofreciéndole acceso total a su cuerpo. Fue tan erótico que Javi se sintió arder.

Mientras con una mano le levantaba la camiseta del pijama para seguir acariciándola, con la otra acunó el sexo de Sara, que aspiró con fuerza. Después introdujo la mano por debajo de la goma de los pantalones y ella separó un poco las piernas para facilitarle el acceso. Javi gruñó con suavidad, excitado a más no poder.

Acarició los labios mullidos de su sexo y los separó con delicadeza. Sintió la cálida humedad y descubrió que podía hundir con facilidad primero un dedo, después dos, en el interior de Sara.

—Joder... —susurró él mientras Sara se estremecía y se aferraba a sus muslos con fuerza.

Con la otra mano buscó el clítoris, su perla de placer, y empezó a rodearlo con caricias lentas, aumentando la presión y la velocidad poco a poco. Sara seguía aferrándose a él, gemía y se retorció de placer entre sus brazos. Para Javi, no había una imagen más hermosa, nada que pudiera acercarlo más al cielo.

Siguió acariciándola y hundiendo los dedos en ella, disfrutando de cada segundo, de cada gesto, de cada respiración y de cada sonido, hasta que Sara tensó el cuerpo, aguantó la respiración y estalló en un intenso orgasmo. Su voz grave, rota, inundó la habitación y los oídos de Javi, que notó como los músculos de Sara le apresaban los dedos.

Él era demasiado humano, y en esos momentos solo podía pensar en una cosa. Porque estar cerca del cielo era glorioso, pero estar dentro de ella equivalía a una vida entera.

No dio tiempo a Sara de recuperarse. La tumbó en el centro de la cama y le quitó el pantalón del pijama. Decidió dejarle la camiseta puesta, subida, dejando sus pechos al descubierto, porque le parecía una visión tan erótica que no se la perdería por nada del mundo.

Sara todavía jadeaba cuando se colocó entre sus piernas y empezó a besarle con ardor y desesperación la cadera, el vientre, los pechos, el cuello, la mandíbula, los labios. La besó mientras movía las caderas, buscando su entrada con la punta de su miembro endurecido. Cuando la encontró, se hundió en ella, con una embestida lenta, larga y profunda, tan placentera que fue como si hubiera muerto y estuviera volviendo a nacer.

—Javi... —susurró Sara en una mezcla de suspiro y gemido.

Fue un sonido tan sexy que Javi estuvo a punto de correrse. Volvió a besarla mientras luchaba por controlarse, y finalmente consiguió empezar a mover las caderas. Sin prisas, disfrutando de cada embestida, de cada suspiro, de cada beso. Sara lo abrazó, lo rodeó con las piernas y también movió las caderas para salir a su encuentro cada vez que se hundía en ella. Sus paredes cálidas y húmedas lo atrapaban y acariciaban con sedosa fuerza.

—Oh, por el amor de Dios... —se le escapó con voz ahogada.

Ya no tenía palabras para describir como se sentía. Era tan intenso que lo abrumaba. Miró a Sara, que tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos que de vez en cuando se mordía. Era tan hermosa...

La amaba. Con locura.

Un doloroso pinchazo en el pecho le recordó que ni era correspondido ni él tenía nada que ofrecer a parte de estos momentos de placer.

Tanto placer... La sentía más que nunca.

Entonces recordó que no se había puesto un preservativo.

Debería parar.

Tenía que parar.

Pero no lo hizo. Siguió embistiendo a Sara, entrando y saliendo de ella, cada vez con más pasión.

Estaba mal. No sabía explicar qué perseguía o qué lo empujaba a actuar como un auténtico canalla, pero no se detuvo. Gimió y siguió hundiéndose en ella, cegado por el placer y a la vez prisionero de un dolor que amenazaba con partirle el corazón en dos.

«Te quiero», quería susurrarle al oído. «Siempre te he querido. Fui un estúpido y no sabes cuánto lo siento. Te quiero. Te quiero».

«Pero no tengo nada que ofrecerte».

Javi se tragó las palabras que no llevarían a ningún lado y la besó. Sara intentó corresponderle, pero estaba demasiado cerca del orgasmo y acabó rompiendo el beso.

—Más fuerte... —la escuchó suplicar con un dulce susurro.

Él obedeció casi con desesperación, y se movieron al unísono con tanta energía que Javi escuchó el repiqueteo del cabezal de la cama al chocar contra la pared. Gruñó, satisfecho, y siguió hundiéndose en Sara, dividido entre querer alcanzar el clímax y desear que el momento nunca acabara.

Pronto, sus oídos fueron recompensados con un sonido muy satisfactorio: el de Sara llegando al éxtasis debajo de él, atrapada entre sus brazos, gimiendo y retorciéndose para él. La siguió enseguida, y explotó con tanta intensidad que, durante unos instantes, el mundo a su alrededor desapareció. Solo sentía ese placer casi doloroso y la calidez de Sara envolviéndolo, y de repente fue consciente de que se estaba derramando en su interior sin protección. Fue como un golpe, un recordatorio de la bajeza de su acto y de lo que nunca podría tener.

Los ojos se le humedecieron y cerró los párpados con fuerza.

«Te quiero».

\*

Se quedó un rato encima y dentro de Sara, procurando no descargar todo su peso sobre ella. No supo si fueron treinta segundos, dos minutos o diez, solo sabía que necesitó un tiempo para recuperar el aliento y para que el mundo volviera a colocarse en su sitio. El orgasmo había sido tan intenso que, cuando sus furiosas oleadas habían remitido, se había quedado desorientado.

Al fin, consiguió incorporarse un poco y mirar a Sara. Tenía lágrimas en las mejillas.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, alarmado.

Ella negó con la cabeza.

—Es que ha sido muy intenso —explicó, todavía jadeando.

A Javi esa explicación le sonó a excusa. Sintió un regusto amargo en la boca cuando una bola de celos estalló en su pecho, al encontrarse pensando que Sara lloraba porque no se estaba acostando con el hombre que amaba.

Controló a tiempo el comentario borde que intentaba escaparse por entre sus labios. En cambio, se concentró en Sara, que en esos momentos parecía vulnerable. No quería hierla. Y además, se había comportado como un cabrón. No tenía ningún derecho a desahogar su frustración con ella.

Le besó la frente con toda la ternura que sentía por ella y le acunó el rostro con una mano.

—No hemos usado preservativo —confesó sin atreverse a mirarla a los ojos.

Sara frunció el ceño y miró el punto donde sus sexos todavía estaban unidos.

—Eh, vale... No pasa nada, no creo que pase nada —dijo—. Voy a darme una ducha rápida.

Los dos sisearon cuando Javi salió con cuidado de su interior. Ella intentó escabullirse enseguida, pero él no se lo permitió. Le dio un beso suave pero húmedo en los labios. Solo entonces la dejó ir.

Se quedó tumbado boca arriba en la cama, con el cuerpo más que satisfecho pero con el corazón arrugado y encogido sobre sí mismo. Como las otras veces que habían hecho el amor, Javi acababa de morir un poco por dentro.

Empezaba a pensar que, después de ese verano en el que esperaba aclarar la muerte de Carlos, no habría vida para él. Sara podría regresar a su familia, sus amistades, su trabajo, su rutina, y acabaría recuperándose de su corazón roto. Pero él... dudaba que fuera capaz de encontrar fuerzas para seguir adelante con su vida, solo otra vez. Ni aquí, ni en Australia, ni en ninguna parte.



Después de ducharse, Sara se pasó un buen rato sentada en el borde de la bañera, con la cabeza enterrada entre las manos. El polvo con Javi la había sacudido hasta lo más profundo de su ser. Encima había perdido la poca cordura que le quedaba y no había dicho nada cuando se había dado cuenta de que no estaban utilizando preservativo.

Todavía no podía creérselo. ¿Cómo podía haber hecho algo así?

Estúpida e irresponsable desesperación, de eso se trataba.

Cada vez que sentía que se le humedecían los ojos, se mordía el labio con fuerza. No tenía ningún derecho a llorar.

Volver a acostarse con Javi había sido un error. Cada beso, cada caricia, había sido un doloroso recuerdo de que solo era algo temporal. Sin embargo, mientras que una mitad de su cabeza le decía que no debería repetirse, la otra opinaba que debería aprovechar mientras pudiese. El daño ya estaba hecho, así que, ¿qué más daba?

Al final, incapaz de llegar a ninguna conclusión, resopló y se levantó. Tomó aire para darse fuerzas y enfrentarse a Javi como si no hubieran hecho nada del otro mundo y abandonó el baño.

Se lo encontró tumbado en la cama, de lado. Profundamente dormido.

Se quedó unos instantes observando esos rasgos tan atractivos, para ella perfectos, conteniendo las ganas de acariciarlo. No quería despertarlo, ni quería arriesgarse a ser descubierta en un gesto tan delatador.

Pero podía hacer otra cosa.

Se deshizo de la toalla con la que se había envuelto y se puso el pijama. Se acostó en la cama, también de lado, y se deslizó lentamente hacia Javi. Poco a poco, procurando no hacer ruido, hasta que su espalda entró en contacto con él. Durante unos segundos, no pasó nada. Sara apenas se atrevía a respirar. Entonces Javi la abrazó, la atrajo hacia él y emitió un sonido gracioso, como si suspirara en voz alta.

Tuvo la sensación de que habían pasado unos pocos minutos cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

Mientras se esforzaba por abrir los párpados, escuchó pasos, la puerta que se abría, la voz de Javi intercambiando unas pocas palabras con otra persona y la puerta que se cerraba.

Al fin, Sara consiguió abrir los ojos, medio incorporarse y observar a su alrededor. Era de día. Javi, recién duchado, caminaba hacia la mesa con una bandeja en las manos.

—Buenos días, dormilona —dijo con una sonrisa que no alcanzó sus ojos tristes—. He pedido el desayuno.

Sara forzó otra sonrisa y se puso en marcha. Menos de una hora después, ya habían abandonado el hotel y estaban en el coche camino al norte. A diferencia de la tarde anterior, intercambiaron pocas palabras y su principal compañía fue la radio y la Turista en su coche blanco. Los dos estaban de un humor extraño, melancólico.

Llegaron a su destino a primera hora de la tarde.

La casa estaba un poco apartada del pueblo, que se extendía alrededor de un cerro en el que se alzaban los restos de un castillo y un antiguo monasterio. Era una casa de una sola planta, sencilla, cuyas paredes blancas mostraban manchas amarillentas y grises. Las ventanas estaban cubiertas por viejos postigos de madera pintada de un color verde claro bastante horrible. Un par de ellos tenían un gozne roto y colgaban ligeramente. La propiedad estaba rodeada por una valla metálica rota en algunos puntos, y en lo que sería el jardín crecían arbustos y malas hierbas en total libertad.

Era innegable que estaba abandonada.

Sara vio que Javi observaba a su alrededor y lo imitó. La zona era plana y allí donde miraba se extendían campos de cultivo con puntuales grupos de árboles. No había casas vecinas, era una zona verdaderamente solitaria. El coche blanco se había detenido a una distancia más que considerable. Si se acercaba, lo verían y escucharían con mucha antelación.

Javi caminó hacia la puerta y Sara volvió a imitarlo. Desde lejos, la casa parecía cerrada a cal y a canto, pero al acercarse Sara descubrió que la puerta estaba entornada. Javi solo necesitó empujarla con un dedo y se acabó de abrir sola con su propio peso y un chirrido inquietante.

—Quédate aquí —dijo Javi.

—Ni de coña.

Javi la miró con el ceño fruncido pero no insistió. Cruzó el umbral de la puerta y se adentraron en la vivienda.

Lo primero que notó Sara fue el olor.

—Huele mal.

—Creo que deberías quedarte fuera —insistió Javi.

Sara lo ignoró, aunque el corazón había empezado a latirle con fuerza. Sospechaba que iban a encontrarse con algo desagradable.

Superaron el pequeño recibidor, que conducía directamente al salón. Ahí el olor era tan fuerte que Sara se subió el cuello de la camiseta hasta cubrirse la nariz y la boca.

—No toques nada —ordenó Javi, muy tenso.

Sara ni siquiera se atrevía a moverse, porque no veía nada. En la ligerísima penumbra del salón, distinguió a Javi extrayendo algo de bolsillo de su pantalón, imaginó que un pañuelo para no dejar huellas dactilares. Se acercó a una ventana. La consiguió abrir después de un par de intentos y movió un postigo. En cuanto la luz inundó la estancia, Sara lo vio.

Sentado en el sofá.

Muerto.

Sara aspiró aire ruidosamente, horrorizada, y salió corriendo de la casa. Se alejó todo lo que pudo y le pareció que vomitaba la comida, el desayuno y todo lo que había ingerido a lo largo de una semana. Se quedó doblada un buen rato, tosiendo mientras su estómago se quejaba con fuertes espasmos. Escuchó a Javi acercarse al coche y coger algo, pero no tenía fuerzas para mirar.

Una botella de agua y un pañuelo aparecieron en su campo de visión.

—Gracias —consiguió susurrar mientras se incorporaba y los cogía.

Se limpió con el pañuelo, se enjuagó la boca con agua y también se refrescó la cara.

—¿Estás bien? —preguntó Javi, cuyo rostro había perdido el color.

—Nunca había visto un... cadáver —dijo Sara. Y ahora no conseguía quitarse la imagen de la cabeza.

Observó a Javi echar una botella de agua sobre el regalo que ella había hecho a las malas hierbas del jardín.

—La policía vendrá antes o después. Es mejor que esto no se quede aquí —explicó.

—¿Qué le ha pasado? Está... raro —dijo Sara.

—Está momificado. Creo que eso pasa cuando se secan los tejidos o algo por el estilo —dijo Javi—. Pero no tengo dudas, es Samuel Alba.

Sara asintió.

—¿Y ahora?

—Yo voy a entrar y tú te quedarás aquí —dijo Javi, dándole la espalda y regresando a la casa.

—¿No deberíamos llamar a la policía?

Javi se detuvo, pero no se giró.

—Mejor no —respondió.

No dio más explicaciones, ni Sara las pidió. Podía imaginarse sus motivos.

Cuando Javi alcanzó la puerta de nuevo, no entró en la casa inmediatamente. Se detuvo a observar el lateral de la puerta, incluso acarició un punto con dos dedos. Después, sí se adentró en la vivienda.

Sara se acercó a la casa. Sin prisas, un paso detrás de otro. Sentía una mezcla de horror y curiosidad que la empujaba a observar con cautela aquello que la puerta le permitía ver. Una parte del salón y, al final de un pasillo oscuro, luz que salía de una habitación.

—¿Qué crees que le pasó? —preguntó al interior de la casa, elevando la voz.

—Pues... —le llegó la voz de Javi—. Parece que murió mientras estaba bebiendo. Hay un vaso en el suelo y una botella en la mesa de centro. Pero...

—¿Pero?

—Hay algo raro en la disposición del sofá, la mesa y una silla. Es como si hubiera tenido compañía.

—¿Murió cuando estaba con otra persona? —dijo Sara, preguntándose a dónde quería ir a parar Javi.

—No hay otro vaso, así que todo hace pensar que fue una muerte natural, pero... no sé, hay algo raro.

Sara estaba empezando a sentir miedo. Miró a su alrededor otra vez. La zona seguía tranquila, con el coche blanco aparcado bien lejos. Podía distinguir la silueta de la Turista sentada dentro.

—Enseguida nos vamos —dijo Javi como si hubiera detectado su estado anímico. Se notaba que intentaba sonar tranquilo, pero Sara percibió la tensión que había en el fondo de su voz.

«La única manera de irse cuando antes es acabar cuanto antes», pensó Sara. Sacó su teléfono del bolsillo y activó la linterna. Después, volvió a cubrirse la nariz y la boca con la camiseta y se adentró en la casa. Pasó de largo del salón y caminó directamente hacia el pasillo.

—¿A dónde vas? —preguntó Javi.

—A ver el resto de la casa.

Al alcanzar la primera puerta a la derecha, iluminó el interior. Era una habitación, con la cama sin hacer, como si su ocupante acabara de levantarse. Había un armario empotrado bastante grande con la puerta abierta y en su interior se podía ver ropa cuidadosamente amontonada. En el suelo había unas zapatillas, como si acabaran de quitárselas.

La siguiente puerta daba a un baño, y la siguiente, que quedaba a mano izquierda, conducía a una cocina de tamaño considerable. Estaba recogida excepto por los restos de lo que parecía un desayuno a base de tostadas con mermelada. Bueno, al menos en la encimera había un plato, un cuchillo y un bote de mermelada completamente vacío. Imaginaba que las hormigas habían hecho buena cuenta de la mermelada, y puede que el resto de comida accesible, tiempo atrás. Se estremeció y se apartó. No quería pensar más en ello.

Empezó a preguntarse si Javi tenía intención de registrar toda la casa. Si querían intentar averiguar algo, sería lo suyo.

Al fin, alcanzó la última puerta, de la que salía luz porque uno de los postigos de la ventana estaba abierto. Era un despacho equipado con un escritorio sencillo, una estantería con unos pocos libros, y un archivador metálico de tres cajones. El superior estaba un poco abierto.

La colección de libros era peculiar. Técnicas policiales, autoayuda y clásicos de la literatura española tipo *El lazarillo de Tormes*.

Sara echó un vistazo al interior del cajón medio abierto. Dentro contenía carpetas colgantes e, iluminando con el teléfono, consiguió leer un nombre.

«Coll».

¿De qué le sonaba el nombre?

«Bandama».

—¡Javi!

Lo escuchó correr por el pasillo y entró en el despacho como si estuviera dispuesto a enfrentarse a alguien.

—No pasa nada, perdona —dijo Sara—. Mira esto.

—Qué susto me has dado —farfulló él.

Cuando se acercó al cajón y vio lo que Sara le señalaba, le cambió la cara. Cubriéndose los dedos con el pañuelo para no dejar huellas, extrajo la carpeta etiquetada con el nombre «Bandama». Sara contuvo la respiración.

Javi abrió la carpeta. Contenía bastantes fotografías en blanco y negro. Parecían tomadas a bastante distancia, con un teleobjetivo. Como si fueran imágenes robadas por alguien que espiaba.

Solo había una persona que se repitiera en todas y cada una de las fotos. Sara nunca llegó a conocerlo, pero por el parecido, era innegable que se trataba del hermano pequeño de Javi.

Carlos en bicicleta, Carlos caminando por la calle cargado con una mochila, Carlos tomando una cerveza en la terraza de un bar, Carlos hablando con Javi. La lista era larga. Había otro chico que aparecía en varias fotos junto a él. En una incluso se estaban dando lo que podría ser un abrazo de despedida.

—¿Quién es este chico? —preguntó Sara.

Hasta que no miró a Javi, no vio la tensión en su rostro. Parecía... fuera de sí.

—Es Gabriel Martín —dijo con voz falsamente neutra.

Sara abrió mucho los ojos. ¿El hijo de Matías Martín?

Esas imágenes no cuadraban con lo que le habían contado de Carlos y Gabriel. Se suponía que apenas se relacionaban, pero esas fotografías lo desmentían.

Javi cerró la carpeta de golpe, apretando los labios con fuerza.

—Ya podemos irnos —dijo.

Sin esperarla, abandonó el despacho.

A Sara le pareció un muy mal momento para contradecirlo o pedir explicaciones, así que se apresuró seguir sus pasos, muy agradecida de abandonar al fin esa maldita casa. Casi tuvo que correr tras él hasta el coche, que arrancó en cuanto ella hubo cerrado la puerta. No le dio tiempo ni de abrocharse el cinturón.

Durante varios minutos, mientras Javi emprendía el camino de regreso a casa, Sara no se atrevió a abrir la boca. Se concentró en vigilar si el coche blanco los seguía, pero no apareció. Finalmente concluyó que, al fin, la Turista había perdido el interés en ellos.

Se esforzó por mantenerse en silencio, pero tenía muchas preguntas que necesitaban respuesta. La mandíbula de Javi seguía increíblemente tensa de la fuerza con la que apretaba los dientes. Aún así, decidió arriesgarse.

—¿Crees que Samuel Alba es el que... —se interrumpió, buscando una palabra más suave, pero no se le ocurrió—... mató a tu hermano?

—Sí, lo creo.

Sara no le tuvo en cuenta la aspereza con la que le habló.

—¿Eso quiere decir que ya está resuelto?

La pregunta pareció molestarlo.

—Lo siento, Sara, todavía no puedes regresar a casa —dijo, interpretando mal el sentido de su pregunta. En esos momentos el principal interés de Sara era saber si el misterio de la muerte de Carlos estaba resuelto, no salir corriendo para casa—. Seguimos sin tener ni la más remota idea de quién mató a Gabriel Martín, lo que significa que Toni todavía quiere nuestras cabezas.

—Me refería a tu hermano. ¿Crees que Samuel Alba lo asesinó por iniciativa propia?

—No —dijo Javi.

Por lo que habían contado del expolicía, Sara tampoco lo creía.

—Pero entonces, ¿quién podría...? —empezó a decir.

—¡No lo sé! —gritó Javi, golpeando el volante con rabia—. Pero sea quien sea, va por delante nuestro y cree que somos estúpidos.

Javi estaba colérico. Sara sabía que no era por ella, sino por la situación. No comprendía a qué se referían exactamente sus últimas palabras, pero decidió esperar a que estuviera más tranquilo para preguntar. Sin embargo, él mismo siguió hablando. Bueno, más bien vociferando.

—¿No te parece mucha casualidad que esta dirección tardara tanto en aparecer y se la pasaran a Cánovas y Domingo a la vez? —dijo—. Eso quiere decir que alguien la estuvo escondiendo para dar tiempo al verdadero culpable de prepararlo todo.

—No te sigo.

—No hemos encontrado la puerta abierta por casualidad. La habían forzado hacía poco. La madera estaba rota en algunos puntos, donde tenía un color muy claro. No había tenido tiempo de ensuciarse. Y después, ese despacho iluminado y ese cajón medio abierto para llamar nuestra atención... Es tan obvio que me dan ganas de vomitar —dijo, despectivo—. Están intentando que creamos que fue todo cosa de Samuel Alba y lo dejemos correr. ¿Pero sabes qué creo yo? Pues que Samuel Alba no murió solo, sino que estaba acompañado. Por alguien que envenenó su bebida y después intentó borrar cualquier rastro de su presencia allí. A saber cuánto tiempo lleva muerto.

Sara necesitó unos instantes para digerir las palabras de Javi. Esto estaba empezando a tomar forma de un complejo complot del que sabían tan poco que asustaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó finalmente.

—Pues ahora hay que investigar lo que tú dijiste desde un buen principio —dijo Javi—. Hay que averiguar qué se llevaban Carlos y Gabriel entre

manos. Sé por dónde empezar a buscar.

Después de estas palabras, Javi cayó en un mutismo taciturno. Sara comprendía que lo enfureciera que alguien estuviera intentando jugar con ellos. Le habría gustado ayudarlo de alguna manera, encontrar palabras adecuadas con las que calmarlo, pero intuía que, por ahora, era mejor dejarlo solo. Además, en un momento así, no era su consuelo el que le sentaría bien, sino el de la mujer que estaba a casi mil kilómetros de distancia.

Sara se esforzó por mantenerse despierta, pero cuando empezó a anochecer el silencio acabó por afectarla. No luchó contra el sueño. Supuso que no tardarían en detenerse y que entonces Javi la despertaría. Perdió la noción del tiempo. Entre sueños inquietos tuvo pequeños despertares cuando Javi le inclinó el respaldo del asiento para que pudiera dormir acostada, o las veces que paró a repostar gasolina. Los sonidos eran lejanos, irreales.

Cuando Sara volvió a despertar, ya amanecía y estaban muy cerca de la ciudad donde Cánovas y Domingo esperaban ansiosos su regreso.

\*

—¿Que qué?

—Lo que oyes. El tipo debía de llevar muerto cuatro o cinco años. Tu amigo y su mujer han estado un rato dentro y luego se han ido corriendo. Se han llevado una carpeta, no sé qué contenía.

—¿Y has averiguado quién era el muerto?

—Sí, un tal Samuel Alba. ¿Te suena?

—Sí.

Toni se masajeó la frente y las sienes con la mano con la que no sujetaba el teléfono. Después de su inesperada visita, el siguiente movimiento de Bandama fuera de casa de Daniel Cánovas ya había sorprendido a Toni (y encima había sido una visita del todo inusual). Por eso decidió esperar e indicó a Álex que lo mantuviera bajo vigilancia, incluso aunque ella creyera que la había descubierto. En ese caso se trató de Boris Craig, un antiguo competidor. Y ahora el policía pirado que se la tenía jurada a los Bandama, a su padre y a media ciudad.

Empezaba a pensar, con mucha convicción, que Bandama no había mentido. Realmente parecía que estaba buscando posibles culpables del asesinato de su hermano Carlos.

—¿Has llamado a la policía? —preguntó Toni.

—Sí, con una llamada anónima.



—Bien —dijo Toni. Una llamada anónima lo dejaba a él al margen del asunto.

—Estoy bastante convencida de que tus amigos han regresado a la ciudad. Yo llegaré allí a media tarde. ¿Quieres que siga con la vigilancia?

—Sí, por favor. ¿Podrías enviar a alguien que te sustituya mientras tú no estás? —pidió Toni. Quería tener a Bandama lo más controlado posible.

—Puedo, mientras me lo pagues... —dijo ella con voz inocente.

Toni rio por debajo de la nariz.

—Ya sabes que sí. Gracias, Álex.

—A ti. Seguimos en contacto.

Cortaron la llamada. Toni todavía recordaba la primera vez que entró en el despacho de Álex, creyendo que se encontraría a un detective privado masculino, y se topó con ella, una mujer con aspecto de entregada ama de casa y algunos quilos de más. No tardó en descubrir que ni siquiera estaba casada y que su aspecto era una de sus bazas para su trabajo. Era alguien que no llamaba la atención ni parecía sospechosa o peligrosa. Todas las veces que la había contratado, su trabajo había sido impecable. Solo había fallado una vez: con Bandama, que la había descubierto e incluso se había dejado seguir hasta el norte del país. Pero ese fallo no se lo tuvo en cuenta, porque Bandama era imprevisible y un temerario.

Ahora que tenía las dos manos libres, se masajeó ambas sienes a la vez. El dolor de cabeza lo estaba matando.

¿Qué hacer con lo que sabía de los movimientos de Bandama? O más que hacer, ¿qué pensar? Porque bien podría ser que estuviera jugando con ellos...

Esta última opción tenía poco sentido. Nada de lo que estaba sucediendo tenía sentido.

No podía considerarse que Boris Craig y Toni fueran conocidos, pero habían coincidido en varios de los numerosos eventos sociales y empresariales que se celebraban en la ciudad.

Toni no se permitió dudar y volvió a llamar a Álex. Menos de un minuto después, estaba anotando en un papel la dirección que le dictaba.

Comprobó su agenda y confirmó que no tenía ninguna reunión prevista para el resto de la mañana. Cogió el teléfono, la llave del coche y la cartera y abandonó su despacho.

—Regresaré dentro de poco —dijo a Pilar.

Su eficiente secretaria no hizo ninguna observación, pero lo miró con una ceja levantada. Normalmente, cuando abandonaba el despacho de manera

imprevista, Toni ofrecía una explicación. Pero ese día le pareció mejor no revelar que pretendía reunirse con un presunto traficante de arte.

No le costó encontrar la amplia y lujosa finca de Boris Craig. Aparcó el coche en la calle y, bajo el sol abrasador, caminó hacia el timbre que había al lado de la cancela.

—¿Sí? —preguntó una voz masculina poco después de que llamara al timbre.

—Buenos días. Me llamo Toni Martín, ¿podría visitar al señor Craig, por favor? —dijo mirando a la cámara situada encima del timbre.

—¿Cuál es el motivo de...? —empezó a preguntar el hombre, pero otra voz masculina, que sonaba lejana, lo interrumpió.

—Está bien, déjalo pasar.

Un «¡clic!» anunció que la cancela había sido desbloqueada a distancia. Toni entró a un impresionante jardín por el que discurría un estrecho camino asfaltado, que conducía a una mansión elegante y señorial. A medio recorrido salió a su encuentro un hombre con aspecto de guardaespaldas que le pidió educadamente que hiciera el favor de seguirlo. Lo condujo a una descomunal terraza trasera descubierta, donde el siempre distinguido Boris Craig ya lo esperaba con una jarra de limonada y dos vasos encima de la mesa.

El hombre no parecía sorprendido por la visita. Más bien parecía... divertido.

—Toni. Pasa y siéntate, por favor —dijo, estrechándole la mano.

—Muchas gracias. Disculpa que me haya presentado así, sé que nunca hemos hablado demasiado...

—Ni se te ocurra disculparte. Agradezco que la ciudad esté tan animada —dijo.

Sí, definitivamente el hombre se estaba divirtiendo.

—Bueno, ¿y a qué debo el honor de tu visita? —dijo Boris mientras servía limonada para los dos.

Toni se preguntó cuál sería la mejor manera de enfocar el asunto. Concluyó que, con Boris, era mejor no andarse con rodeos.

—Verás, sé que hace unos días te... viste con Javier Bandama.

El hombre entrecerró los ojos, estudiándolo, y asintió.

—Así es.

No añadió nada más. Era prudente. No hizo ni un solo comentario sobre la inusual reunión. Por lo que Toni sabía, Bandama se había colado en la finca, Boris y su guardaespaldas habían regresado a toda prisa, y un poco más tarde Bandama y Boris se habían despedido con un apretón de manos.

Toni no sabía cómo plantear la siguiente pregunta sin desvelar demasiado o ser directamente grosero.

—¿Por casualidad te comentó qué lo ha traído de regreso a la ciudad?

Ahora Boris sonrió, aunque su mirada seguía siendo calculadora.

—¿Por qué crees tú que está aquí?

—Creo que ya no está tan seguro de que la muerte de su hermano fuera cosa nuestra —confesó Toni. Si no empezaba él, Boris no soltaría prenda.

—Eso me dijo. Está investigando, y al parecer yo estoy en su lista de sospechosos —confirmó Boris con una sonrisa—. También me preguntó por tu hermano. ¿Cómo se encuentra? Hace mucho que no lo he visto por aquí.

—Bien, bien, gracias. Tiene su vida montada fuera —mintió Toni, como hacía siempre que alguien le preguntaba por Gabriel.

Pero se dio cuenta de que a Boris no se la estaba colando. Boris era un viejo zorro, muy astuto, con muchos contactos y mucha capacidad para conseguir información. Toni no dudaba que, después de su encuentro con Javi, había hecho sus propias averiguaciones y ya debía de tener alguna idea propia sobre el tema. Sin embargo, el hombre no dijo nada al respecto. En cambio, añadió:

—Javier no quiso especificarme quién había en su lista de sospechosos, pero me preguntó por Juanjo Requena, un antiguo... conocido con el que tuvieron algunas diferencias. Aunque no me lo pidió, he intentado localizarlo, pero por ahora no he tenido éxito.

«Conocido» seguramente significaba un socio o colaborador de sus chanchullos. Toni anotó el nombre en su cabeza. Quizá él también podría intentar localizar al tipo por sus propios medios y... La voz de Boris lo sobresaltó. Debía de haberse quedado ensimismado.

—Toni, espero no parecerte impertinente, pero pareces... dubitativo.

Durante una milésima de segundo, Toni estuvo tentado de desahogarse con el perspicaz Boris. Esto de no poder confiar a nadie lo que estaba sucediendo le estaba amargando la vida. Y ya no sabía qué pensar. Al parecer, Javi realmente estaba buscando al verdadero asesino de su hermano. Pero, sabiendo que Toni deseaba cortarle la cabeza con sus propias manos, ¿por qué arriesgarse como lo estaba haciendo? ¿Y si tenía razón y las muertes de Gabriel y Carlos estaban relacionadas de alguna manera? Pero, ¿cómo podían estarlo? Nada los unía, absolutamente nada.

Desechó la idea de confesarse a Boris, pero tampoco se molestó en negar lo que, al parecer, era evidente.

—Llega un punto que uno ya no sabe qué pensar —admitió.

Boris se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Soy un hombre curioso, ¿sabes? Seguro que no te sorprende que haya hecho mis propias indagaciones —dijo—. Y verás, hay algo extraño en la muerte de Carlos Bandama. Puede que su familia no se ganara la vida dentro de la legalidad, pero no eran problemáticos. Tenían un único enemigo. Y no es el expolicía. Ese solo era un pobre loco.

Toni imaginó las palabras que venían a continuación, y no estaba seguro de tener fuerzas para escucharlas.

—Disculpa que te hable con tanta crudeza —prosiguió Boris—, pero llevo unos días preguntándomelo. ¿Alguna vez te has planteado si la muerte de Carlos Bandama sí pudo ser cosa de tu padre?

Esas eran las palabras que no quería escuchar, porque ni siquiera se había atrevido a planteárselas a sí mismo.

Seguramente por eso tenía tantos dolores de cabeza, porque de una manera u otra querían salir.

Porque, la verdad, había hecho las mismas reflexiones que Boris. Y sí, había empezado a dudar de su padre.

Aunque las largas horas nocturnas conduciendo lo habían agotado, también lo ayudaron a relajarse. Un poco. Al menos le sirvieron para no desahogar injustamente su frustración con Sara. Lo enfurecía hasta límites insospechados que el responsable detrás del asesinato de Carlos pretendiera tomarles el pelo con tanto descaro. Esa sensación de tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos era desesperante. Y luego estaban esas fotos de Carlos y Gabriel Martín juntos... Javi creía estar al tanto de todo lo que sucedía en la vida de su hermano, así que habían sido una auténtica sorpresa. Lo inquietaban. ¿Se había metido Carlos en algún lío con los Martín?

—Sus cafés y los zumos de naranja... —dijo la camarera depositando las tazas y los vasos sobre la mesa—. Enseguida traigo los desayunos.

Se habían detenido en un solitario restaurante en las afueras de la ciudad para poder pasar por el baño a averse y desayunar mientras hacían un poco de tiempo. A Javi le parecía demasiado temprano para hacer una visita inesperada un sábado por la mañana.

Sara salió del baño. A Javi solo hizo falta distinguir de reojo la melena rubia para que el corazón se le acelerara un poco, pero procuró ignorarlo. Prestó toda su atención a la camarera, que acababa de regresar con la tostada con tomate, jamón ibérico y queso fresco para Sara, y el revuelto de verduras y algo de fruta para él.

Sara atacó su tostada con ganas.

—Madre mía, qué bueno está. No veas el hambre que tenía —dijo con la boca llena, cualquier decoro o vergüenza olvidados.

Y Javi se encontró sonriendo como un bobalicón. Bastante lamentable, la verdad. Su suspiro mental debió de escucharse hasta en Japón.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Sara.

—Quiero intentar hablar con la mejor amiga de mi hermano, Juliana. Bueno, más que mejor amiga era su amiga del alma —informó—. Pero antes

tendremos que ir a casa de sus padres, porque no sé dónde vive ahora.

Eso quería decir que Javi tendría que enfrentarse a dos charlas de reencuentro, primero con los padres de Juliana y después con ella. No le apetecía demasiado, por no decir nada, pero no le quedaba otro remedio.

Acabaron de desayunar con calma, volvieron a pasar por el baño y se pusieron en marcha. Javi no necesitó consultar el GPS porque todavía recordaba el camino tan bien como las tablas de multiplicar. Desde que se había sacado el *carnet* de conducir, había llevado a Carlos allí incontables veces.

Ni el barrio ni sus sencillas pero amplias casas unifamiliares habían cambiado demasiado. Javi tragó saliva, golpeado por un torrente de recuerdos. En todos ellos Carlos seguía vivo, joven, lleno de vida. Con sus sueños e ilusiones de futuro. Con sus ganas de arreglar el mundo.

Dio algunas vueltas por las calles poco concurridas, y no se detuvo ante su destino hasta que se hubo asegurado de que no los seguía ningún coche ni había nadie esperando en uno de los pocos vehículos aparcados en la calle. Apagó el motor y se quedó observando la casa. Salió de su ensimismamiento largos segundos después, cuando se percató del silencio sepulcral que lo rodeaba. Miró a Sara y la descubrió mirándolo, esperando pacientemente.

—¿Quieres que me quede aquí?

Javi negó con la cabeza antes de detenerse a pensarlo. Al parecer, su subconsciente se había dado cuenta con mucha más rapidez que él de que era incapaz de enfrentarse a esto en solitario.

—Ven, por favor.

Sara le dedicó una sonrisa de ánimos.

—Claro —dijo—. Cuando tú quieras.

Javi volvió a tragar saliva, abrió la puerta y descendió del vehículo. Sara lo imitó y no tardó en reunirse a su lado. Sintió su mano cerca de la suya, ofreciéndose tímidamente, pero él no dudó. Se aferró a ella como si acabara de naufragar y esa mano fuera lo único capaz de mantenerlo a flote.

Caminaron hacia la puerta de la vivienda. Javi dudó. Dentro se escuchaban voces. De adultos, de niños. ¿Tendrían visita los padres de Juliana?

Antes de que pudiera cambiar de idea, Sara llamó al timbre. La miró con suave recriminación, pero ella se limitó a sonreír con inocencia y encogerse de hombros. A pesar de los nervios, Javi rio por debajo de la nariz.

Al otro lado de la puerta, se escucharon unos pasos que se acercaban. Sin darse cuenta, Javi sujetó la mano de Sara todavía con más fuerza.

Su corazón, que latía acelerado, dio un brinco cuando la puerta se abrió.

Un hombre de su edad, cabello castaño, ojos azules, y que sujetaba en brazos un risueño bebé que se parecía sospechosamente a él, lo observó desde detrás de sus gafas de pasta. Detrás de él, en el interior de la casa, se escuchaba la voz de dos niñas pequeñas más y una mujer.

Javi no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Roberto?

Los ojos azules se abrieron con asombro y se desviaron rápidamente hacia Sara, momento en el que casi parecieron salirse de sus órbitas. Abrió la boca para hablar, pero todavía tardó unos instantes en encontrar la voz.

—¿Javi?

—Abi —apuntó el bebé.

—¿Cómo...? ¿Cuándo...? —balbuceó Roberto. Finalmente gritó, sin apartar los ojos de Javi—: ¡Juliana!

—Ama —añadió el bebé.

Javi también se había quedado sin palabras. ¿Qué demonios hacía Roberto allí? Esa era la casa de los padres de Juliana.

Una mujer, indudablemente Juliana, asomó la cabeza por una puerta, pero en cuanto vio a Javi se quedó petrificada. Después, se acercó lentamente.

—Ay, Dios mío... —murmuró impresionada, cubriéndose la boca con una mano.

—Hola, Juliana —consiguió farfullar Javi.

Cuando los tuvo a ambos delante, con el bebé en brazos de Roberto, lo comprendió.

—¿Estáis juntos? —preguntó estúpidamente.

Si el pasado y el motivo de la visita hubieran sido otros, Javi se habría echado a reír. Nueve años atrás, lo único que Roberto y Juliana sentían el uno por el otro era un palpable y sincero odio.

—Joder, Javi, menuda reaparición —soltó Juliana, que al parecer seguía fiel a sí misma y nunca se mordía la lengua.

El comentario, que parecía haber salido del fondo de su alma, provocó una sonrisa en Javi y lo ayudó a salir de su estupor.

—Disculpad que nos hayamos presentado así —dijo—. Tenéis buen aspecto.

—¿Has vuelto a la ciudad? —preguntó Roberto.

La pregunta y el tono con el que fue pronunciada le provocaron un pinchazo de culpabilidad. Roberto había pagado las disputas entre Toni y Javi, porque ambos se apartaron de él culpándole injustamente de favorecer al

otro. En realidad, lo único que intentó fue que resolvieran sus diferencias. Además, Roberto quiso hablar con él tras la muerte de Carlos, pero Javi ni lo escuchó.

—Solo unos días —contestó Javi vagamente—. Y en realidad no podemos quedarnos mucho rato. Lo siento.

Sabía que estaba siendo maleducado, pero si se quedaban mucho rato temía acabar poniéndolos en peligro. Miró a Juliana.

—Necesito hacerte unas preguntas sobre Carlos... y Gabriel Martín.

Las expresiones de asombro de la pareja se transformaron en pura conmoción. Como si detectara el malestar de sus padres, el bebé empezó a removerse y a protestar. En el interior de la casa estalló una discusión entre las otras dos niñas, que parecían dispuestas a partirse todos los huesos del cuerpo.

—Perdonad —dijo Roberto, y regresó al interior de la casa.

—Pasad —dijo Juliana, que no conseguía salir del todo de su asombro.

Con un último vistazo a la calle para asegurarse de que nadie los vigilaba, Javi entró en el recibidor seguido de Sara. Cerró la puerta detrás suyo y se quedó plantado allí, todavía sujetando la mano de Sara.

—Venid, prepararé café —insistió Juliana, pero Javi negó con la cabeza.

Prefería mantener la conversación a puerta cerrada por seguridad, pero no quería alargar la visita.

—Sé que estáis alucinando y que estoy siendo un mal educado, pero no nos habríamos presentado así si no fuera importante —dijo. Sin embargo, antes de proseguir, necesitaba hacer otra pregunta—: ¿Cómo están tus padres?

Juliana comprendió por dónde iba su pregunta. Sonrió.

—Están bien. La casa se les quedaba grande, así que se buscaron una más pequeña y nosotros nos mudamos aquí. Pero no están mucho en la ciudad, ahora que se han jubilado se pasan la vida viajando —explicó.

Javi respiró aliviado al escuchar la respuesta. Al no verlos allí temió que hubieran fallecido.

Hablar sentó bien a Juliana, porque ahora miró a Javi con picardía.

—¿Sabes que ahora Roberto es profesor en la universidad?

—¿Perdona?

Miró a Sara, que los observaba con expresión de circunstancias. Obviamente no podía verle la gracia al asunto.

—Cuando Roberto estudiaba en la universidad se pasaba el día criticando a sus profesores. Los consideraba a todos unos viejos amargados —explicó.

—Espero que no siga pensando lo mismo —dijo Sara con suavidad.



El comentario y su manera de decirlo arrancaron una carcajada tanto a Javi como a Juliana.

—¡Os he oído! —les llegó la voz de Roberto.

Javi presionó la mano de Sara, agradeciéndole que hubiera conseguido que se relajaran un poco. Pero el momento pasó pronto, como si de repente recordaran que no tenían derecho a estar alegres.

—Fue muy duro, Javi —dijo Juliana con los ojos brillantes—. Roberto se lo pasó muy mal.

La culpabilidad regresó como un cañonazo.

—Siento mucho que las cosas fueran así —se disculpó Javi.

—¿De verdad no queréis entrar a tomar un café?

—No... No te lo tomes mal, por favor. Te prometo que en cuanto pueda vendré a visitaros con calma, pero ahora... estamos en una situación un poco complicada —explicó Javi—. Han pasado cosas y... Sabes que en su momento nosotros creímos que la muerte de Carlos fue cosa de los Martín, pero ahora ya no lo tengo tan claro.

Juliana lo escuchaba con atención, con la mandíbula fuertemente apretada. Javi rescató del bolsillo trasero de su pantalón la fotografía que previamente había guardado allí.

—He estado indagando un poco, y he encontrado algo... Me preguntaba si tú sabías algo —prosiguió Javi, y mostró a Juliana la fotografía de Carlos y Gabriel tomando una cerveza, riendo, despreocupados.

Juliana cogió la fotografía y la miró con los ojos muy abiertos.

—Ay Javi... —susurró. Unas gruesas lágrimas le resbalaron por las mejillas—. Carlos y Gabriel estaban saliendo. Llevaban un año juntos cuando...

Juliana no pudo seguir hablando. Javi se había quedado perplejo.

—¿Eran pareja? —consiguió preguntar.

Juliana asintió. Seguía con la mirada clavada en la foto.

—Se querían tanto... Estaban hechos el uno para el otro —dijo. Rompió a llorar otra vez.

Javi notó que Sara se movía, buscando algo en un bolsillo. Unos segundos después ofreció un pañuelo de papel a Juliana.

—Gracias —agradeció esta.

—Pero... —empezó a decir Javi, pero se había quedado sin palabras.

Él llegó a conocer un par de novios de Carlos, pero no fueron nada serio. Pero Gabriel Martín... un año entero...

—Ninguno de los dos se atrevía a contarlo a las familias, porque con lo peleados que estabais... Y Gabriel tenía miedo de la reacción de su padre.

—¿Crees que habría hecho daño a su propio hijo? —preguntó Javi, incrédulo.

—En su momento yo no lo creía, y Gabriel me juró una y otra vez que la muerte de Carlos no era cosa de su padre ni de Toni, pero... —dijo Juliana—. Yo no me creo esa historia de que Gabriel decidió irse a estudiar fuera de un día para otro. Estaba intentando averiguar quién había matado a Carlos y...

—¿Gabriel Martín estaba investigando el asesinato de Carlos?

—Sí. Y un día simplemente desapareció. Fui a hablar con Toni, intenté hablar con su padre, pero me soltaron la patraña esa... Fui a la policía con mis padres, pero ni siquiera me escucharon. Yo creo que también lo mataron, Javi. Y tal y como Toni y su padre lo escondieron... ¿qué quieres que piense?

Por prudencia, Javi no confirmó a Juliana que Gabriel sí había muerto. No quería meterla en ningún lío.

—¿Entonces no crees que pudiera tratarse de algo aleatorio porque eran homosexuales, o porque se hubieran metido en algún lío?

Juliana negó con la cabeza con mucho ímpetu.

—Sabes cómo era tu hermano, Javi. Era un trocito de pan, y nunca se metería en ningún lío. Y Gabriel era igual. Sobre lo otro... —dijo. Se interrumpió, pensativa—. En público eran muy discretos, y solo sabíamos lo suyo un par de personas. Pero siempre he pensado que quizá Matías Martín se enteró y... no sé, a pesar de lo que dijera Gabriel, siempre he tenido la duda.

Juliana ya no sollozaba, pero se le seguían escapando lágrimas que intentaba secar inútilmente con el pañuelo empapado. Javi puede que no llorara, pero por dentro estaba hecho un flan. Carlos en una relación secreta con Gabriel, Gabriel investigando el asesinato de Carlos cuando todos habían tirado la toalla...

—Siento haberte alterado tanto —dijo con la voz rota.

—No te preocupes. Me alegra que haya posibilidades de que se aclare todo. Pero tendrás cuidado, ¿verdad? —dijo Juliana con mirada suplicante.

—Claro que sí. Deberíamos irnos.

—Vale. Ven a vernos cuando puedas, ¿de acuerdo?

—Lo prometo.

—Ven aquí.

Javi tuvo que abandonar la seguridad de la mano de Sara para abrazar a Juliana. En ese momento reapareció Roberto, que entregó el bebé a Juliana, y también abrazó a Javi.

—Siento todo lo... —empezó a decir Javi, pero Roberto lo interrumpió.

—Ni lo digas. Solo cumple tu palabra y ven a vernos.

—Lo haré.

—Y ten cuidado.

Javi asintió, buscó de nuevo la mano de Sara y abrió la puerta de la casa.

—Javi.

Sara y él se giraron hacia Juliana.

—¿No quieres saber cómo se llama? —preguntó, mostrándoles el bebé.

—Claro.

—Se llama Carlos.

Javi quería sonreír, pero sólo consiguió forzar una especie de mueca. Se despidió con un último gesto de la cabeza y reemprendieron el camino hacia el coche. No quiso echar una última mirada a Roberto y Juliana, porque significaban tanto, despertaban tantos recuerdos, que temía desmoronarse ahí mismo.

\*

—¿Estás seguro?

En realidad, no.

Javi echó un vistazo a la oxidada cancela que tenían delante. También al muro antes blanco y ahora gris, con la pintura desconchada en algunos puntos, que rodeaba la finca donde había vivido hasta los veinticinco años.

—Tengo que hacerlo —murmuró.

Desde casa de Juliana y Roberto habían ido a casa de Cánovas, que afortunadamente no estaba, a buscar las llaves de su antiguo hogar. Él y Domingo siempre habían tenido copias. Tal y como pensaba, las encontró en el mismo lugar de siempre. Realmente, Cánovas era un optimista. Siempre esperando que regresaran.

Estiró la mano para abrir la puerta del coche.

—Espera —dijo Sara.

Javi se detuvo, pero no la miró.

No tenía palabras para agradecer a Sara lo mucho que lo estaba ayudando. El silencioso apoyo en casa de Juliana y Roberto. El discreto silencio posterior. No había preguntado, no había presionado. Como si intuyera que Javi estaba cubierto por una finísima capa de hielo que se resquebrajaría y estallaría al más mínimo contacto.

Pero no podía mirarla. Ella también significaba mucho. También dolía mucho. La necesitaba a su lado y deseaba que estuviera lejos a la vez.

—¿No crees que...? —titubeó Sara—. ¿No crees que antes podrías hablar con Toni Martín otra vez?

—¿Después de lo que nos ha contado Juliana?

—Creía que la teoría de que Matías Martín hubiera matado a su propio hijo no te cuadraba.

—Y no me cuadra, pero por ahora es lo único que tenemos.

—Pero Toni Martín tampoco cree que fuera su padre. Si no, no te habría atacado en Providenciales... —insistió Sara.

—Nunca intentes comprender a un Martín. Están pirados —dijo Javi. Bajó del vehículo para zanjar la discusión.

Escuchó que Sara lo imitaba y lo seguía hasta la cancela peatonal. Al introducir la llave en la cerradura notó que se había deteriorado. De hecho, en el primer intento la llave no giró. En el segundo se resistió, pero finalmente giró con un golpe seco. Javi extrajo la llave, respiró hondo y empujó la verja para abrirla.

Lo recibió el conocido camino de piedra, ahora cubierto de hojas secas y polvo. Cuando franquearon la puerta, le pareció encontrarse en un jardín fantasmal. Los árboles habían crecido salvajes, el césped también. Malas hierbas y arbustos que antes no estaban ahí campaban a sus anchas.

La casa, antes blanca y perfectamente mantenida por sus padres, había perdido el brillo que la caracterizaba. Igual que el muro exterior, las paredes estaban sucias y llenas de manchas. Algunas zonas habían perdido la capa de pintura.

Era un edificio triste, deprimente, que parecía llorar y recordarle lo ruinoso que era su pasado.

Se dirigieron hacia la puerta de la casa y Javi la abrió. Las manos le temblaban. Empujó la madera, que se abrió lentamente con un suave chirrido de los goznes, que parecieron suspirar.

Dentro, solo había negrura.

Sara sacó su móvil, activó la linterna y se atrevieron a entrar. Pero Javi se quedó petrificado. La casa estaba llena de fantasmas.

—Espera —dijo Sara.

Ella y la luz se alejaron y la escuchó trastear con una ventana y con las contraventanas. El sol inundó el salón y la entrada, descubriendo muebles y sofás cubiertos por sábanas blancas, así como las reproducciones de obras de arte que todavía decoraban las paredes.

Estaba todo sucio, cubierto de polvo. Sin vida.

Un torrente de recuerdos amenazó con regresar de golpe, pero consiguió contenerlo.

—¿Qué buscamos? —preguntó Sara, que había seguido abriendo ventanas.

—Quiero registrar la habitación de mi hermano. En su momento ya lo hizo la policía, pero quizá se les pasó algo por alto. Quizá guardaba algo que... no sé, que nos dé otra pista.

Subieron al piso de arriba y avanzaron por el pasillo en penumbra. Evitó mirar al interior de su habitación. A la de Carlos no tenía más remedio que enfrentarse, pero se blindó con una armadura imaginaria antes de entrar. Y, una vez dentro, no se detuvo en contemplaciones. Empezó directamente por retirar las sábanas que cubrían la cama, el escritorio y una cómoda. Sara lo ayudó en silencio.

Abrieron y vaciaron el armario empotrado, los cajones del escritorio y la cómoda, las estanterías de la pared. Abrieron cada caja, libro, libreta y funda de CD. Miraron debajo de los cajones, del colchón y de cada estantería, por si hubiera algo pegado. Despegaron de la pared los pósters de U2 y Fito y Los Fitipaldis. Inspeccionaron el interior de la lámpara que colgaba del techo. Sara incluso revisó las costuras de las cortinas.

Javi suspiró. No sabía cómo sentirse.

—Pues parece que no hay nada.

Sara no contestó. Llevaba un rato observando algo en el suelo. O en la parte inferior de la pared, no estaba seguro. Se mordía el labio inferior, pensativa.

—¿Todo bien? —preguntó Javi.

—Una vez, mi hermano me contó que durante un registro habían encontrado varios kilos de droga escondidos en unos agujeros cubiertos por los zócalos. Estos zócalos están atornillados. Es raro en una casa con acabados de calidad, ¿no? —dijo Sara. Después señaló el escritorio—. En ese lapicero hay un destornillador.

A Javi nunca se le habría ocurrido fijarse en los zócalos, y ni mucho menos en cómo estaban fijados a la pared. Le parecía una teoría curiosa, pero no perdió el tiempo. Cogió el destornillador y se arrodilló junto a la pared.

Antes de nada, tocó las diferentes piezas. Todas parecían bien pegadas a la pared. Sin embargo, el destornillador encajaba a la perfección con esos tornillos.

Seguramente no era nada, pero no pudo evitar emocionarse un poco. Sara se acuclilló a su lado, también muy interesada.

Le costó bastante desenroscar los tornillos de los dos primeros fragmentos. Detrás no había nada, solo pared.

Los tornillos del tercer fragmento, en comparación, fueron muy fáciles de extraer. Mientras apartaba la pieza de madera, Javi contuvo la respiración.

Escuchó el grito ahogado de Sara antes de verlo.

Un agujero.

Había algo dentro. Era marrón, duro.

Lo sacó con cuidado y pasó la mano por encima para quitarle el polvo. Sabía qué era.

—A Carlos le gustaba mucho dibujar. Esto era su especie de diario — explicó a Sara con la voz rota.

Lo había visto dibujar en esas páginas (y las de otros centenares de cuadernos) infinidad de veces. Por un momento fue como si pudiera verlo, sentado en su escritorio, acabando de perfilar algo que ese día le había llamado la atención.

Abrió la tapa y empezó a pasar páginas con delicadeza, procurando que Sara también pudiera verlas. Vieron paisajes, gente hablando, un profesor dando clase, niños jugando en un parque, dos hombres caricaturizados y discutiendo.

Y entonces, Gabriel. Gabriel sonriendo, Gabriel con la mirada perdida en el infinito, Gabriel riendo a carcajadas y Gabriel sacando la lengua. Gabriel desnudo y Gabriel dormido. Gabriel, Gabriel, Gabriel. Gabriel por todas partes. Había tanto amor en esas ilustraciones que a Javi se le partió el corazón.

Al pasar de página, varias fotografías cayeron al suelo. Sara las recogió y se las entregó.

Eran fotografías de Carlos y él de niños, de adolescentes, a veces con sus padres, a veces solo ellos dos. Eran una familia feliz, unida.

Las dos últimas imágenes eran de Carlos y Gabriel en una fiesta. Estaban sentados en un sofá, durante lo que parecía una fiesta. En la primera se daban la mano. En la siguiente se besaban apasionadamente.

La horrible culpabilidad dejó a Javi sin respiración. Carlos había estado profundamente enamorado de Gabriel Martín y no se había atrevido a contárselo. No había podido confiar en ellos. Javi era perfectamente consciente de cómo se habría tomado él la noticia nueve o diez años atrás. Muy mal.

Cerró el cuaderno de golpe.

—Vámonos —dijo, encaminándose hacia la puerta.

Necesitaba salir de allí.

Sus padres lo habrían entendido.

Y le habrían hecho ver que estaba siendo un imbécil. A pesar de la sorpresa inicial, todos se habrían alegrado por Carlos. Querían que fuera feliz.

En esa casa ahora fría, sucia y llena de fantasmas habían sido una familia unida. Había sido un hogar cálido, donde encontraban apoyo y confianza. No eran perfectos, ni mucho menos, pero eran felices.

Y alguien había arrebatado la vida a Carlos y Gabriel y lo había destruido todo. Alguien que todavía seguía ahí, sin pagar por su crimen, buscando la manera de darles esquinazo. Seguramente riéndose de lo perdidos que estaban. Porque después de todos estos días, seguían sin tener nada. Nada.

Sintió que la rabia le ascendía por la garganta como si fuera un líquido en ebullición. Se mezcló con un dolor tan intenso que, al alcanzar los peldaños inferiores de la escalera, le flaquearon las piernas. Se dejó caer en un escalón.

—¿Javi?

No podía respirar. No veía nada. Solo sentía. Rabia. Dolor. Culpabilidad. Por Carlos, por la lejana certeza de que, en el fondo, él, Javi, lo había provocado de alguna manera.

Escuchó un sollozo. Y otro.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que eran suyos. Estaba llorando.

Notó como Sara se sentaba en su regazo y lo abrazaba con fuerza, y se aferró a ella porque tenía miedo de ahogarse. Recordaba los llantos de sus padres cuando Carlos apareció muerto, pero él no se había permitido llorar. Y ahora, sin pedir permiso, las lágrimas acumuladas y retenidas a lo largo de todos estos años se liberaban a sí mismas como un río desbordado.

No supo cuánto tiempo pasó. Solo supo que, de repente, tomó conciencia del cuerpo de Sara y de su aroma. Necesitó mover muy poco el rostro para que sus labios encontraran la fina mandíbula, la mejilla suave y húmeda, los labios carnosos. La besó y ella lo correspondió.

Otro doloroso pinchazo.

Sara, Sara, la que nunca podría ser suya. Su perdición. La que solo lo estaba besando por compasión.

Javi se apartó de golpe. Furioso. No quería la compasión de nadie.

Se quedaron mirando. Vio que ella también había llorado, pero no se preguntó por qué ni le importó. Odiaba que lo compadeciera. Igual que odiaba no merecérsela y que odiaba que ella, sin duda, despreciara el mundo oscuro

del que él provenía. Porque si él no formara parte de ese mundo nada de esto habría ocurrido.

—Vámonos de aquí —dijo con dureza, con la voz rasgada.

Ella se levantó deprisa, intimidada.

Abandonaron la casa deprisa y Javi no volvió a mirar atrás.



Algo se había roto dentro de Javi.

Después de esa mirada llena de rabia, que había hecho calar hasta la médula de los huesos de Sara el mensaje de que no era a ella quien Javi quería a su lado, habían abandonado la triste casa de los Bandama y habían regresado a casa de Cánovas. Él y Domingo los esperaban con una cantidad inhumana de papeles sobre la mesa del comedor. Se trataba de toda la documentación que sus contactos les habían conseguido sobre Samuel Alba: informes médicos y psiquiátricos, expedientes laborales, atestados policiales, su historial laboral, artículos de noticias, declaraciones de la renta, sentencias judiciales... La lista era interminable.

Javi y ella se habían sentado de inmediato a estudiar cada letra, frase y párrafo con la esperanza de encontrar algo, un pequeño detalle, una pista, cualquier cosa que los ayudara a desvelar quién había contratado a Samuel Alba para matar a Carlos. Y puede ser que a Gabriel Martín también. Porque Javi seguía insistiendo en que no se creía que hubiera sido cosa de Matías Martín.

Habían pasado ya dos días.

En esas cuarenta y ocho horas, Domingo había partido de viaje para encontrarse con un contacto que quizá podría ayudarle a encontrar al tal Juanjo. Por su parte, Cánovas había recibido una llamada de su contacto en la policía. Al parecer, gracias a una llamada anónima habían encontrado el cadáver de Samuel Alba. En el registro de su casa habían hallado varias armas, y estaban bastante convencidos de que uno de los cuchillos era el que se había utilizado para asesinar a Carlos. Tenían que acabar de confirmarlo, pero el filo del cuchillo presentaba unos desperfectos característicos que ya se habían detectado en la autopsia. Después de recibir la noticia, Sara tuvo el estómago revuelto el resto de la tarde.

Y luego estaba Javi.

El descubrimiento de que Carlos y Gabriel estaban saliendo y la visita a su casa habían sido demasiado para él. Desde entonces, estaba malhumorado, parecía continuamente a punto de estallar. Era brusco, gruñía más que hablaba, y no se fiaba de la revisión que Sara hacía de la documentación, porque lo supervisaba todo. Su nivel de concentración era tal que Sara creía que en cualquier momento escucharía girar los engranajes de su cabeza. Se había obsesionado con encontrar al responsable detrás de la muerte de Carlos.

Además, cada mirada que dedicaba a Sara evidenciaba hasta qué punto lo enojaba su presencia.

Ella sabía que debería estar enfadada por cómo la estaba tratando. Ella no había escogido estar allí. Pero lo único que sentía cada vez que lo miraba era que se le partía el corazón. Le dolía verlo así, y le dolía todavía más no ser quien él necesitaba para sentirse mejor. Asimismo, no podía dejar de preguntarse cómo se lo tomaría Javi si pasaban los días y no conseguían encontrar al culpable. Aunque quizá le preocupaba más que lo encontraran. Temía la reacción de Javi, lo que sería capaz de hacer.

Las dos últimas noches, Sara se había dormido llorando. Tuvo que enviar mensajes a Adam diciéndole que estaba tan ocupada aprovechando los últimos días de sus maravillosas vacaciones en Providenciales, que estaba agotada y no tenía ni fuerzas ni tiempo para llamarle. Adam habría sabido que algo sucedía solo con escuchar su voz.

A primera hora de la tarde del segundo día, Sara observaba a Javi mientras acababa de revisar el último documento.

No habían encontrado nada.

Javi dejó caer las hojas encima de la mesa.

—Vaya mierda —dijo.

—Revisémoslo todo otra vez —propuso Sara—. Seguro que se nos ha pasado algo, podríamos buscar en internet...

Javi negó con la cabeza mientras se levantaba, arrastrando la silla escandalosamente.

—Déjalo, Sara, los milagros no existen —dijo, lanzando con rabia un bolígrafo contra la pared.

En ese momento sonó el teléfono que comunicaba con la caseta del vigilante de la urbanización.

—Sí —contestó Javi. Tras escuchar lo que le decían al otro lado, arqueó las cejas, extrañado. Pero añadió—: Déjelo pasar.

Colgó el auricular y caminó hacia la puerta.

—Es Boris Craig. Quiere verme —informó a Sara sin mirarla.

—¿Y vas a hablar con él?

Por toda respuesta, Javi se encogió de hombros. No mucho después, sonó el timbre de la puerta.

—Javi, ¿estás seg...?

Pero Javi ya había pulsado el botón del portero automático.

—Tú quédate aquí —dijo.

Después, salió al exterior, al encuentro del tal Boris Craig. A ella le faltó tiempo para acercarse a la puerta para poder espiar lo que sucediera.

Los dos hombres se encontraron a medio camino, protegidos del sol bajo la sombra que ofrecía una palmera. Se saludaron con un apretón de manos. A Sara le llamó atención que, a pesar del calor asfixiante, Boris Craig vestía elegantemente con un traje de verano.

Sara se esforzó por escuchar la conversación desde su posición. Desafortunadamente, a sus oídos solo llegaba un murmullo inteligible. Pero se quedó donde estaba, porque no le pareció prudente acercarse más. No podía ver el rostro de Javi, pero estaba tenso.

En cierto momento, Boris le entregó un papel que Javi leyó con atención. Por la expresión del visitante, parecía que le estuviera comunicando malas noticias.

Siguieron hablando un poco más, no mucho. Cuando ya se despedían, Boris levantó la vista y la vio. La saludó con un leve asentimiento de la cabeza. Javi se giró bruscamente, y su mirada no fue tan amigable. Más bien al contrario.

Unos segundos después, Boris Craig dio media vuelta y abandonó la finca. Cuando la puerta se cerró detrás suyo, Javi también deshizo el camino para regresar a la casa. A Sara la asustó su expresión. Algo malo había pasado.

Se apartó para dejarlo pasar.

—No sé por qué me esfuerzo en protegerte si tú te dedicas a exponerte ante los sospechosos de haber matado a mi hermano —le espetó él.

Sara se mordió el labio para no dejarse provocar por un comentario que parecía querer provocar una discusión.

Javi cerró la puerta de un portazo y se dirigió hacia el comedor, donde lanzó el papel que Boris Craig le había entregado encima de la mesa, claramente cabreado. Se pasó la mano por el cabello y caminó arriba y abajo como un león enjaulado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sara.

—Ese papel de ahí —dijo, señalando la mesa con la cabeza; hablaba alto, apenas conteniendo la ira—, es el certificado de defunción de Juanjo Requena. Murió hace cuatro años. Así que si tuvo algo que ver con la muerte de Carlos, nunca podremos preguntárselo.

Javi se sentó bruscamente, sujetándose la cabeza con las manos con fuerza. Todo él temblaba ligeramente. Estaba a punto de estallar.

Sara no dijo nada ni se movió. Sabía que, dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, no ayudaría a Javi. Necesitaba tiempo y tranquilidad para gestionar la rabia.

Javi se levantó tan repentinamente como se había sentado y se abalanzó sobre la mesa. Con los brazos estirados, barrió la superficie con todas sus fuerzas. La gran mayoría de montones de papeles cayeron pesadamente al suelo. Unas pocas hojas huérfanas aterrizaron sin prisas, desafiantes, con la suavidad de una pluma.

—¡Joder! —bramó Javi.

Sin mirar atrás, se dirigió hacia las escaleras, que subió de tres en tres, y Sara lo escuchó encerrarse en su habitación con un portazo que sonó a madera rota.

Sara observó el estropicio y suspiró, desolada. Esto iba de mal en peor. Los primeros días se había sentido bastante optimista respecto a la investigación y la solución de todo el embrollo. O quizá era una falsa impresión porque había evitado pensar demasiado en ello. En cualquier caso, en esos momentos lo veía negro como la noche más cerrada.

No tenía el móvil de Domingo pero sí el de Cánovas, así que envió a este un mensaje para avisarlo del hallazgo sobre Juanjo Requena. Después, se arrodilló y se dispuso a recoger y volver a ordenar toda la documentación esparcida por el suelo.

\*

Desolado.

Esa era la palabra que Boris había utilizado para describir la expresión de Bandama cuando le había entregado el certificado de defunción de Juanjo Requena.

—Señor Martín, el señor Echevarría lo atenderá en cinco minutos.

La voz suave y amable lo sacó de sus pensamientos.

—Mientras espera, ¿puedo ofrecerle un café?

Toni pensó que, si se tomaba un café, entraría a la reunión rebotando por las paredes del despacho como una pelota de frontón. Aunque procuraba disimularlo, estaba tan nervioso que al mediodía apenas había comido nada.

—No necesito nada, gracias —dijo a la secretaria.

La mujer asintió y regresó a su escritorio, dejándolo solo con sus nervios ante el encuentro con el abogado penalista que le haría una primera valoración de la situación de su padre. Algo le decía que las expectativas se decantarían escandalosamente hacia el lado negativo.

Todo lo sucedido con Bandama lo había ayudado a no pensar demasiado en que se le venía encima una temporada complicada. Pero ahora que estaba allí, en el despacho de ese abogado, empezó a verlo con una claridad aterradora. Su principal preocupación era su padre, pero él mismo había contraído un favor con Abilleira. Si quería librarse de esa deuda sin más repercusiones, tendría que ser hábil.

Y encima lo de los Bandama estaba lejos de resolverse.

Finalmente se había convencido de que, en su visita sorpresa, Javi no había mentido. Realmente los había descartado como los responsables de la muerte de Carlos. Pero, al parecer, su investigación no avanzaba demasiado bien. El mismo Boris había sido testigo del duro golpe que había sido para Javi descubrir que Requena estaba muerto.

Tirando de contactos, a Toni no le había costado descubrir que Juanjo Requena había muerto de una sobredosis varios años atrás. Imaginaba que si se presentaba él ante Bandama con esa información no lo creería, así que había pedido a Boris que hiciera de mensajero. Quería saber qué significaba la información para Javi. Ahora ya lo sabía.

Y mientras su antiguo amigo se tiraba de los pelos porque no encontraba a su culpable, Toni evitaba hablar con su padre porque temía que la orden de matar a Carlos Bandama, en realidad, sí había salido de él. También porque se inclinaba por creer a Javi cuando le había asegurado que ellos no habían tocado a Gabriel.

La incertidumbre lo tenía bloqueado. Por el momento había decidido seguir vigilando los movimientos de Javi sin interferir, pero sabía que antes o después tendría que hablar con él. Esa propuesta de juntar esfuerzos para investigar los asesinatos de Carlos y Gabriel ya no le parecía tan descabellada.

La vibración del móvil en el bolsillo lo sobresaltó. Iba a colgar automáticamente, pero cuando vio que era su padre respondió.

—¿Es cierto? —dijo la voz grave y jadeante de su padre en un tono tan acusador que se le erizaron los pelos de la nuca.

—¿El qué?

—Que... que... —estaba tan alterado que le costaba formar la frase—, ¡el hijo de los Bandama está en la ciudad! ¡Haciendo preguntas!

Maldita sea.

—Papá, ahora no puedo hablar...

—¡Ni se te ocurra colgarme el teléfono!

Toni se levantó. No podía mantener esta conversación delante de otras personas. La secretaria de Echevarría debió de ver el apuro en su cara, porque enseguida se levantó, se dirigió hacia una puerta, la abrió y le indicó que podía pasar.

—Gracias —dijo Toni mientras pasaba por su lado.

La secretaria se limitó a sonreír y cerró la puerta, dejándolo solo en una sala de reuniones.

—Papá, no sé de qué me hablas... —intentó Toni.

—¡¿Me tomas por estúpido, Toni?! —bramó su padre, cada vez más alterado.

Toni resopló, agobiado.

—¿Qué te han contado? —dijo. Seguro que esto era cosa de algún contacto listillo, un mindundi de mierda, que había querido marcarse un punto positivo con Matías Martín.

—¡Que está en la ciudad! ¡Y que tú lo estás vigilando! ¿Cómo...? ¿Cómo has podido hacerme esto? —a su padre se le rompió la voz, como si estuviera a punto de echarse a llorar—. ¿Cómo has podido permitir que camine por esta ciudad y todavía esté vivo? ¿Cómo has permitido que ande por ahí haciendo preguntas? ¡Pretende hundirme!

—Papá, no tienes ni idea de...

—Oh, claro que tengo idea —volvió a interrumpirlo—. Creía que tú... Nunca entendí tu decisión de apartarte de mis negocios, y aún así la respeté. Pero ahora sí que lo entiendo. Eres... ¡débil! Creía que tú nunca me decepcionarías así.

Cada una de esas palabras, gritadas con voz ronca, enloquecida, llorosa, eran como afilados punzones que le perforaban el alma.

—¡Eres una vergüenza!

—Voy a colgar, papá. Esta noche pasaré a verte y hablaremos —dijo Toni con toda la calma que le fue posible, ignorando el picor que notaba en los ojos, y repitiéndose que su padre no estaba bien.

—Cuando vengas esta noche ya lo habré solucionado yo solo, como siempre. ¡Tu hermano nunca me habría hecho algo así!

El que cortó la llamada fue su padre. Toni se obligó a ignorar el temblor en las manos. Con el corazón a punto de escapársele por la boca, buscó un número de teléfono en su agenda. Sabía perfectamente a quién llamaría su padre a continuación.

Pulsó la tecla de llamada y esperó.

—Vamos, vamos...

Tenía que conseguir esa llamada antes de que su padre cometiera alguna estupidez.

Al otro lado de la línea, el silencio absoluto.

—Por favor...

Al fin, un sonido.

Tenía tono de llamada.

—Gracias a Dios... —dijo, respirando aliviado.

Abilleira enseguida contestó, como siempre, apenas dando tiempo a Toni para recomponerse.

—Dime, Toni.

—Hola, Abilleira —saludó, maravillándose de ser capaz de hablar con normalidad—. Escucha, disculpa que te llame así, pero seguramente en cuanto colguemos te llamará mi padre para pedirte algo. Acéptalo y espera, o busca una manera de darle largas, pero no lo hagas, por favor. Se meterá en un buen lío. Yo ahora tengo una reunión que no puedo posponer, pero esta noche hablaré con él y le haré entrar en razón.

Abilleira tardó unos segundos en responder, como si se lo estuviera pensando.

—De acuerdo, Toni, no te preocupes. Sé que desde hace un tiempo tu padre no es él mismo.

—Gracias —susurró Toni. Otro favor que debía a Abilleira.

—Oye, ya que estamos hablando, creo que tú y yo deberíamos vernos un día.

Toni se irguió y tensó.

—¿Por algún motivo en concreto? —dijo en tono falsamente despreocupado.

Abilleira rio entre dientes, una risa lenta, pesada, que a Toni le parecieron los martillazos de un juez a punto de dictar su sentencia.

—Ya lo sabes, Toni —dijo sin asomo de reproche en la voz—. Me han llegado rumores sobre tu padre y unos socios suyos que han tenido problemas. Los dos sabemos que tu padre no podrá enfrentarse a esto solo, Toni... Y tu padre es un hombre importante, si se viene abajo muchas personas se verán

afectadas detrás suyo, y eso... No podemos permitir que eso suceda, ¿verdad? Creo que ya va siendo hora de que te hagas cargo de todas sus empresas. Y esos pequeños problemas que han surgido, no te preocupes, ya te ayudaremos a resolverlos.

Toni retiró una de las sillas que custodiaban la lujosa y brillante mesa de reuniones de roble macizo. Necesitaba sentarse.

Siempre que hablaba por teléfono, Abilleira era muy prudente. Nunca diría algo comprometido. Pero Toni había comprendido perfectamente el significado detrás de las palabras aparentemente preocupadas por el bienestar de su padre y sus socios y trabajadores.

Si el pequeño imperio de negocios turbios de su padre se desmoronaba y amenazaba con afectar a Abilleira o a alguno de sus socios, quitarían de en medio a Matías Martín. Y, aunque no lo hubiese mencionado, Toni sabía que si sospechaban que él podía ser un problema, también lo eliminarían a él de la ecuación.

La solución más fácil para todos, la que implicaba menos riesgos, era que alguien de confianza ocupara el lugar de Matías Martín. Y al parecer ese alguien era él.

—Claro, nos vemos cuando quieras —dijo Toni, controlando las náuseas. Minutos después, la secretaria lo encontró sentado en la silla, derrotado.

—El señor Echevarría le verá ahora.

\*

Más de dos horas después, Sara había acabado de apilar y reordenar los papeles e incluso había avanzado una cena que no se comerían hasta dentro de mucho rato.

Sospechaba que, si Javi todavía no había reaparecido, era porque necesitaba un poco de ayuda para hacer frente al aparente estancamiento de la investigación. Así pues, respiró hondo, cruzó los dedos deseando que Javi al menos se hubiera tranquilizado un poco, y ascendió por las escaleras, lentamente pero con decisión.

Se detuvo unos instantes ante la puerta de la habitación de Javi y agudizó el oído. No escuchó nada. Llamó a la puerta con suavidad.

—¿Javi?

No hubo respuesta.

Activó la manija, súbitamente preocupada. Abrió un poco la puerta y asomó la cabeza al interior de la habitación con precipitación, pero enseguida



respiró aliviada. Javi no había vuelto a escaparse. Estaba sentado en el asiento que había junto a la ventana, observando el cuidado jardín con aire ausente.

—¿Puedo pasar?

Javi la miró solo un momento, como si se acabara de dar cuenta de su presencia, y se encogió de hombros mientras asentía. Después volvió a mirar por la ventana.

Sara caminó hacia él y se sentó en el otro extremo del asiento. Afortunadamente era largo y los dos cabían en él cómodamente, sin tocarse.

—¿Cómo estás? —dijo Sara.

Javi volvió a encogerse de hombros, esta vez sin mirarla.

—Siento la noticia sobre Juanjo Requena —dijo Sara.

No hubo respuesta.

—¿Sabes qué vas a hacer ahora? —dijo ahora. Hablaba con mucha suavidad, consciente del delicado estado anímico de Javi.

Él suspiró y negó con la cabeza.

—Ahora mismo no puedo pensar con mucha claridad, la verdad —confesó.

Sara pensó que eso era señal de que Javi estaría abierto a escuchar sus reflexiones.

—Sin ánimos de hacerme pesada, creo que una buena opción sería volver a revisar la documentación de Samuel Alba. Seguro que encontramos nuevos detalles en los que antes no nos habíamos fijado —propuso Sara.

Javi no dijo nada, pero no pareció que la idea lo convenciera demasiado. Sara dudó antes de seguir hablando.

—Pero oye Javi... Piensa que hay crímenes que tardan años en resolverse. Y algunos pocos nunca se resuelven.

Ahora sí, Javi desvió la mirada y la cabeza para mirarla fijamente, con dureza.

—¿Qué estás intentando decirme? —preguntó bruscamente.

Sara hizo un gesto con las manos para pedirle tranquilidad. Quería que entendiera que estaba de su parte, que no buscaba ningún tipo de confrontación.

—No estoy diciendo que este vaya a ser el caso del asesinato de Carlos, pero creo que quizá deberías plantearte la posibilidad de que esto se alargue. Tienes que poder seguir con tu vida mientras...

—¿Me estás pidiendo que pare de investigar el asesinato de mi hermano?

Sara arqueó las cejas, sorprendida por lo mucho que Javi estaba tergiversando sus palabras. Había calculado mal. Javi todavía no estaba

preparado para esta conversación.

—No, no estoy diciendo esto. Ni mucho menos —aclaró Sara. Y añadió —: Creo que no me estoy explicando bien, pero da igual. Voy abajo a revisar otra vez todo lo que tenemos de Samuel Alba, ¿de acuerdo? Si encuentro algo te avisaré.

Sara empezó a levantarse con intención de irse. Pero la voz de Javi rasgó el aire.

—No, no te vayas. Dime lo que tengas que decirme.

—No tengo que decirte nada, Javi. Solo he pensado que puede que sea el momento de enfocar esta situación de otra manera. Pero solo era un pensamiento, no es importante.

—Claro que lo es. Acabas de decirme que crees que debería seguir con mi vida como si no hubiera pasado nada. Y que crees que nunca encontraremos al culpable.

—Eso no es lo que yo dicho. Javi, por favor, no he venido a discutir. Sabes que te apoyo al cien por cien en la investigación. Lo sabes, ¿verdad?

—No, ya no lo sé, la verdad.

Sara sentía que la conversación se le escapaba de las manos. Javi estaba ofuscado y paranoico. Cualquier cosa que le dijera podía girarla en su contra, pero si ahora lo dejaba solo el efecto podía ser mucho peor. Decidió acabar de explicar sus ideas con la esperanza de que Javi viera el sentido común detrás de sus palabras.

—Por un lado, ahora que la policía ha descubierto el cadáver de Samuel Alba seguramente lo investigarán más. Puede que encuentren algo sobre Carlos —explicó.

—Venga ya, ¿en serio te crees eso? —dijo Javi en tono burlón, como si hubiera dicho una estupidez.

Sara se esforzó por ignorar la inquietud que se estaba apoderando de ella y siguió hablando.

—En cualquier caso, por ahora todo indica que la cosa será lenta. Creo que debes buscar la manera de poder seguir con tu vida mientras avanzas con la investigación. Creo que deberías intentar hablar con Toni Martín, con lo que hemos descubierto...

Él se levantó bruscamente y caminó por la habitación.

—No no no no no. Sara, tú no, por favor.

—No te entiendo —dijo Sara, sinceramente desconcertada.

—¡No me trates como si fuera estúpido!

La mirada acusadora, dolida y rota de Javi le rompió el corazón. Sara sabía que tenía motivos de sobra para enfadarse con él, pero lo veía tan perdido y tan solo que lo único que sentía era desesperación. Su intención había sido ayudar a Javi, no provocar que se enfadara con ella.

—Javi, sabes que yo nunca haría algo así —dijo con tono suplicante.

Él rio despectivamente por debajo de la nariz.

—Si lo que quieres es irte a casa de una vez, no hace falta que lo disfraces de buenas intenciones hacia el pobre Javi. ¡Lo dices claramente y punto!

Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas, que resbalaron libremente por sus mejillas. ¿Cómo podía acusarla de algo así? ¿De verdad esa era la impresión que daba?

—Javi, por favor...

—Déjame en paz, Sara.

Javi le dio la espalda y salió de la habitación. Sara a duras penas consiguió salir de su horrorizado estupor y seguir sus pasos. Javi ya bajaba por las escaleras y caminaba con pasos gigantes hacia la puerta.

—Espera. ¿A dónde vas? —preguntó Sara, alarmada, siguiéndolo.

—A ninguna parte. Y mientras tanto, podrás aprovechar para hacer lo que te dé la gana. Largarte, llamar a tu hermanito o, espera, tengo una idea mejor. Puedes hablar con tu nuevo amigo Toni Martín. Hace muchos años me dijo que no le importaría follar contigo, puedes ir a distraerte con él.

Sara se detuvo, boquiabierta. Cada palabra que Javi había escupido había dolido, pero esas últimas habían sido auténticos dardos envenenados.

Javi ya estaba abriendo la puerta cuando sonó el teléfono que comunicaba con el vigilante de la urbanización.

—Joder, ¿y ahora qué? —resopló Javi, pero contestó—. ¿Qué?

Escuchó lo que le decían al otro lado.

—Sí, sí, se habrán equivocado con el nombre, pero está bien, que pase —respondió con impaciencia. Colgó el auricular y dijo, sin mirar a Sara—. Qué te parece, traen un paquete para Javier Bandama.

Acto seguido, abandonó la casa y se dirigió hacia la cancela. Sara ni siquiera se movió. Lo observó recibir un paquete grande de las manos de un mensajero, cerrar la cancela con el pie y emprender el camino de regreso.

El paquete iba muy bien envuelto. Javi fue directo a la cocina, donde cogió un cuchillo y rasgó las varias capas de plástico y papel que lo recubrían. Al fin, quedó a la vista una caja de porexpan blanca. Javi quitó la tapa y... se quedó petrificado.

Extrañada, Sara se acercó y miró el interior de la caja. Se le escapó un grito ahogado.

En el fondo de la caja había un gato muerto. Degollado. Alrededor del cuerpo se había formado un espeso y oscuro charco de sangre. Debajo de la cabeza del pobre animal había una hoja, protegida por una funda de plástico, con dos palabras impresas en letra grande: «DEJADLO ESTAR».

Sara se cubrió la boca con una mano, horrorizada, reprimiendo las arcadas. Javi miraba el gato con los labios apretados, furioso. Tras unos instantes, volvió a colocar la tapa en su sitio con brusquedad.

Sara consiguió salir de su estupor.

—¿Sabes quién te lo ha enviado? —preguntó.

—Tengo una idea, sí —contestó Javi mientras abría un cajón y cogía la llave del coche que Cánovas ya les había prestado para su viaje.

—¿Dónde vas? —dijo Sara.

—A hablar con alguien.

—Voy contigo.

Javi se detuvo de golpe y se encaró con ella, taladrándola con la mirada.

—Ni de coña.

—Estás muy alterado. Si no quieres esperarte un poco, iré contigo —dijo Sara con toda la firmeza de la que fue capaz, como si no aceptara un no por respuesta.

La jugada le salió mal. Javi volvió a girarse hacia ella y la agarró por los brazos.

—Sara, si te atreves a poner aunque sea un solo dedo fuera de la casa, no tendré reparos en atarte a una silla y dejarte allí hasta que regrese.

La amenaza era en firme. A Sara la asustó la mirada colérica, casi enloquecida, de Javi. Enseguida la soltó, cogió la caja y abandonó la casa cerrando la puerta tras de sí.

Sara tardó unos instantes en encontrar las fuerzas para moverse. Cuando lo consiguió, se acercó a la ventana. Javi no tardó en salir con el coche, a toda velocidad, hacia un destino desconocido.

Al principio pensó que se echaría a llorar, pero finalmente se puso rabiosa por la frustración. Javi estaba fuera de sí, había estallado, lo había pagado con ella y ahora seguramente iba camino de cometer alguna tontería. Y encima no podía hacer nada. Nunca había aprendido a conducir, así que no podía coger prestado el último coche de Cánovas y seguir a Javi. No podía llamar a la policía, porque no sabía dónde enviarlos ni qué pedirles exactamente. No podía pedir ayuda a la Turista, que quizá estaba ahí fuera, porque aunque parecía inofensiva no podía fiarse de las apariencias. No podía pedir ayuda a Cánovas, porque no le contestaba al teléfono. No valía la pena llamar un taxi, porque nunca llegaría a tiempo.

Lo único que podía hacer era esperar. Esperar y morir de preocupación por Javi. Porque por más que intentaba enfadarse con él por su comportamiento, no lo conseguía.

La última vez que se había sentido tan impotente tenía once o doce años y, no sabía cómo, había vuelto a disgustar a su madre.

Sara caminó por la planta baja de la casa. No sabía si tirarse de los pelos o imitar a Javi y barrer la mesa llena de papeles de un solo manotazo.

Un momento...

Corrió hacia la cocina. Javi se había llevado la caja con el gato muerto, pero había dejado atrás el envoltorio. Revisó la etiqueta con la dirección de entrega.

El paquete iba dirigido a Javier Bandama.

Muy poca gente sabía que Javier Bandama se alojaba en casa de Cánovas. Ni siquiera los vigilantes de la urbanización lo sabían, puesto que se había registrado como Javier Sánchez.

Aparte de Cánovas, Domingo y los padres de Javi, lo sabían la Turista y Toni Martín.

Cada segundo que pasaba, Sara se alarmaba más.

¿Eso quería decir que Javi había ido a buscar a Toni Martín?

El sonido del teléfono de los vigilantes la sobresaltó tanto que se le escapó un grito.

—¿Sí? —contestó con voz temblorosa.

—Disculpe, señora. Hay un señor aquí que pide hablar con usted o su marido —dijo la voz del vigilante—. Se llama Toni Martín.

—¿Qué?

—Si quiere puedo comentarle que no están en casa, he visto que su marido acaba de salir.

—¡No, espere! Ahora salgo a hablar con él.

Porque si Toni Martín estaba aquí, ¿dónde demonios estaba Javi?

Estaba tan preocupada por Javi que la idea de hablar con Toni Martín ni siquiera la asustaba. Aunque, obviamente, todavía no estaba tan loca como para permitirle entrar en la urbanización. Cogió unas llaves y se apresuró a abandonar la casa.

Ya había cerrado la puerta cuando tuvo una idea. Deshizo sus pasos, corrió escaleras arriba y entró en la habitación de Javi. Recordaba haber visto el cuaderno de Carlos y las fotos encima de la cómoda. Ahí estaban. Los cogió y, ahora sí, abandonó la casa, la finca y corrió hacia la entrada del recinto. Saludó al vigilante con un gesto de la cabeza y salió a la calle.

Un poco más allá, la Turista observaba desde su coche blanco. Toni Martín esperaba bajo la sombra de un árbol, al lado del que debía ser su coche.

Sara sintió un escalofrío. A pesar de la borrachera de ese momento, recordaba perfectamente el rostro contraído por la rabia, la mirada llena de odio, la amenaza de muerte.

Se detuvo a una distancia prudencial y lo observó. Ya no había rastro de todas esas emociones en Toni Martín. Más bien parecía... preocupado. La estudió con curiosidad.

Cuando hablaron, lo hicieron a la vez.

—¿Sabes dónde está Javi? —dijeron como si se hubieran puesto de acuerdo.

Se miraron, sorprendidos.

—¿No sabes dónde está? —insistió Sara.

Él negó con la cabeza.

Pero podría estar mintiendo.

—Necesito saber qué ha pasado con el gato.

Sara frunció el cejo, desconfiando.

—¿Cómo lo sabes?

—Al salir de aquí ha parado en los contenedores de esa calle y ha tirado la caja —explicó Toni. Señaló con la cabeza a la Turista—. Ella me ha avisado.

Al menos no pretendía esconder que los tenía vigilados.

—¿Qué ha dicho cuando ha visto el gato? —dijo Toni.

—¿Por qué te interesa tanto esto del gato?

De repente, Toni parecía apurado.

—Porque... hace años yo dejé un gato degollado en la puerta de su casa —se interrumpió, alarmado—. No habrá ido a casa de mi padre, ¿no?

Sara palideció. De entrada no había pensado en Matías Martín. Pero si Toni Martín sabía que Javi estaba en la ciudad, era lógico pensar que su padre también lo sabría. Y Matías Martín era el único sospechoso de la lista de Javi con el que todavía no había hablado ni había llevado a cabo una mínima investigación... Y Javi estaba fuera de sí.

Sí, era muy probable que hubiera ido a visitar a Matías Martín.

—Mierda. Tengo que irme —dijo Toni, leyendo la respuesta en su expresión. Se dirigió rápidamente a su coche.

—¿Lo ha enviado tu padre?

—No, no, es imposible. Oye, tengo que irme, de verdad. Si a Javi se le ha ocurrido ir a casa de mi padre... no lo dejará salir vivo de allí.

Toni arrancó el motor.

Sara solo dispuso de una fracción de segundo, pero tomó una decisión. Abrió la puerta del copiloto y también subió al vehículo. Toni no objetó nada y arrancó. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto.

Sabía que se estaba arriesgando mucho confiando en Toni Martín. Pero toda la información que tenía hasta ahora la empujaba a pensar que estaba haciendo lo correcto. Además, se trataba de Javi. Si arriesgándose podía salvarlo, se arriesgaría.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que tu padre no tiene nada que ver? —insistió Sara, abrochándose el cinturón.

—Porque mi padre no sabe lo del gato. Fue una de mis estupideces —dijo Toni, que parecía entre incómodo y avergonzado—. Cuando estábamos en nuestra peor época yo... En fin, ellos se reían de nosotros en nuestra cara y a mí se me ocurrió esa magnífica idea para asustarlos. Tenía que ser anónimo, pero Javi me descubrió mientras dejaba el gato muerto. Se rio de mí, pero nunca se comentó nada más del tema.

—Pero si no ha sido tu padre y no has sido tú... —Sara miró a Toni para asegurarse de que realmente no era cosa suya. Él negó con la cabeza—.

Entonces, ¿quién lo ha enviado?

—No lo sé, pero conociendo a tu marido, imagino que se ha puesto como una moto y habrá ido a buscarnos. Él también puede ser bastante estúpido.

—Es cierto, se ha enfadado —admitió Sara, mordiéndose el labio—. Pero no ha ido allí por estupidez, sino por... desesperación.

Toni no dijo nada, pero la miró un instante con expresión interrogativa.

—Todo lo que hemos averiguado indica que el asesinato de Carlos fue cosa de tu padre —dijo Sara sin tapujos—, pero a él no le cuadra.

Sara pensaba que Samuel Alba seguramente también había asesinado a Gabriel Martín, pero no le pareció un buen momento para sacar el tema.

—Javi lo está llevando muy mal —continuó Sara—. Y además, se le ha juntado con lo de su boda... —carraspeó—, porque nosotros dos no estamos casados.

Toni la miró con el ceño fruncido. No la creía.

—Si vuelves a mirar el reportaje de televisión, porque supongo que lo descubriste ahí, verás que él se abraza a una mujer morena. Es su ex —explicó Sara. Volvió a morderse el labio, dudando cuánto contar. Finalmente, decidió soltarlo—: El hombre y la mujer a los que secuestraron eran nuestros prometidos. Después de lo que sucedió, nos dejaron. Y nosotros nos reencontramos en Providenciales. Fue una casualidad. No habíamos hablado desde ese verano.

Él la miró entre horrorizado y pasmado, y tuvo que dar un volantazo porque estuvo a punto de estamparse contra un camión. Su claxon, que protestaba escandalosamente, los siguió durante más de medio minuto.

Finalmente, Toni adoptó una expresión terriblemente avergonzada.

—Lo siento —farfulló.

—Ellos no hicieron daño a tu hermano —dijo Sara, mirándolo con gravedad.

Él apretó los labios.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

La pregunta no sonó a reto, sino a duda. Sara se sintió esperanzada al ver que Toni Martín ya no tenía tan claro que los Bandama fueran los responsables de la muerte de Gabriel. Aferrando con fuerza el cuaderno de Carlos, le contó todo lo que sabía, mientras para sus adentros rezaba para que llegaran a tiempo de salvar a Javi de las garras de Matías Martín.

\*



Si alguna vez había dudado de que, con el paso de los años, Matías Martín abandonaría sus aires de empresario de éxito para centrarse más en su faceta de capo mafioso, solo le hizo falta ver los cuatro guardaespaldas armados que custodiaban su mansión para acabar de convencerse.

Un hombre que Javi no sabría definir si como mayordomo o como secretario, y que caminaba más tieso que un paje real, lo guio hasta el interior de la barroca casa. Dos de los guardaespaldas, uno de los cuales ya lo había registrado para asegurarse de que no iba armado, los seguían de cerca.

La sensación de que le habían concedido audiencia con un rey acabó de asentarse cuando el estirado secretario lo precedió ceremoniosamente hacia un salón de visitas, donde Matías Martín esperaba sentado en una majestuosa butaca.

Los labios de Javi dibujaron una sonrisa torcida, burlona. Era todo bastante ridículo.

Los dos hombres se observaron unos instantes.

Matías Martín parecía veinte años más viejo de lo que era. Aún así, el tipo seguía impresionando. Siempre lo había hecho. Era corpulento y medía casi dos metros de altura, por lo que era más alto incluso que Javi. Sus ojos penetrantes y oscuros, su permanente mueca de desprecio y su voz potente siempre lo habían ayudado a intimidar a todos cuantos hubiera a su alrededor, excepto a su familia.

Su decrepitud también impresionaba. Con el paso del tiempo, la expresión arrogante había ido en aumento. Iba mal afeitado y las manos y la barbilla le temblaban ligeramente. Su respiración era ruidosa, como si se ahogara un poco. Su mirada, cargada de odio, era la de un demente.

Matías Martín seguía siendo un hombre muy peligroso. Ahora más que antes.

Javi, sin embargo, no se dejó atemorizar. Lo observó con indiferencia.

Fue Matías quien rompió el silencio.

—¿Cómo tienes el descaro que presentarte aquí? —dijo con su respiración ruidosa y cansada y su voz densa.

—¿No soy bienvenido?

Los dedos de Matías se tensaron con fuerza sobre los reposabrazos de su butaca.

—Tú y tus padres me arrebatasteis la única cosa que había hecho bien, ¿y tienes la desfachatez de venir aquí a burlarte?

—Primero de todo, dejemos algo claro —dijo Javi arqueando las cejas, ignorando el dramatismo del hombre—. Nosotros nunca hicimos daño a

Gabriel. Pero en cualquier caso, aquí estoy, he recibido vuestro mensaje. ¿Hay algo más que queráis decirme, y esta vez en la cara?

Matías entreabrió y cerró la boca varias veces, desconcertado.

—¿Qué mensaje?

La sangre de Javi, que se había mantenido en un punto de hervor lento, volvió a bullir con renovada fiereza. Había venido a conseguir información, y no pensaba irse sin ella.

—¿En serio? ¿Vamos a jugar a esto?

—¿Jugar a qué? —gruñó Matías, frustrado.

Javi resopló.

—El gato, Matías —dijo con tono cansino.

Matías enrojeció y se levantó, evocando en Javi la imagen de una robusta pero tambaleante columna de un templo.

—¡No te atrevas a hablarme así! Tú... —el hombre se interrumpió, como si le costara encontrar las palabras.

Javi no sabía si Matías Martín estaba desconcertado porque no había previsto que él tuviera la osadía de presentarse en su casa o si realmente no sabía de qué le estaba hablando.

—Está bien, dejemos el tema —accedió Javi—. He venido a hacerte una pregunta: ¿Diste la orden de que mataran a mi hermano?

No parecía posible, pero la piel de Matías adoptó un tono rojizo todavía más pronunciado.

—¿Ahora vienes a hacerme esta pregunta? ¡¿Ahora?! —

—Contéstame, por favor.

—¡¿Cómo te atreves?! —

Matías temblaba de pies a cabeza y su rostro se había convertido en una deforme máscara de rabia.

En otro momento de su vida, puede que Javi hubiera sentido miedo. De hecho, seguramente ni se le habría cruzado por la cabeza plantarse en casa de Matías Martín porque lo habría considerado una misión suicida. Pero ese día no había lugar para la prudencia. Solo lo preocupaba una cosa: conseguir respuestas. Estaba harto de tanto desconcierto, *necesitaba* saber la verdad.

Y estaba a punto de descubrirla, porque Matías estaba fuera de sí y era cuestión de segundos que hablara sin darse cuenta.

Todo ese tiempo había dudado de que Matías Martín fuera capaz de hacer daño a su propio hijo, pero viéndolo así, rozando la locura, ya no lo tenía tan claro...

Matías levantó lentamente una de sus enormes y temblorosas manos y lo señaló.

—Quitadlo de mi vista. Que nadie lo encuent...

—¡Papá!

Qué bien, ya estaban todos, pensó Javi con sarcasmo.

En realidad, Javi maldijo la aparición de Toni, que había interrumpido y arruinado cualquier posibilidad de sonsacar la verdad a Matías.

Se giró hacia Toni, deseando poder expulsar rayos por los ojos para carbonizarlo allí mismo. Él ni se dignó a mirarle, sino que caminaba con la mirada clavada en su padre. No estaba solo, lo acompañaba alguien...

¡¿Sara?!

Javi no podía creerse lo que veían sus ojos. ¿Qué demonios hacía Sara allí? ¿Por qué había llegado con Toni?

El miedo que hasta ahora no había sentido se desató en su interior. Por Sara. ¿La había secuestrado Toni?

—Dejarás que se vaya —dijo Toni a su padre con firmeza.

Javi miró a Toni, sorprendido. Después a Sara. Si no la había secuestrado, ¿qué hacía allí? Sin embargo, la confusión no apartó el miedo, porque por el simple hecho de estar allí, Sara corría peligro.

—¡No, no se irá! —gritó Matías, que volvió a dirigirse a sus matones—: ¡Cogedlo!

El guardaespaldas que tenía más cerca intentó aferrarle la muñeca para inmovilizarlo, pero Javi se zafó con rapidez y le propinó un empujón brusco.

—¡No me toques!

Un segundo después, dos pistolas ametralladoras lo apuntaban a la cabeza. Javi se quedó quieto, con las manos ligeramente levantadas, mirando desafiante al matón que tenía delante.

—¡Quietos! —gritó Toni.

—¡Matadlo! —ordenó Matías.

—¡Si lo hacéis os denunciaré yo mismo! —dijo Toni enseguida, furioso.

Javi vio la duda en los ojos del guardaespaldas. Durante unos segundos, reinó el más absoluto silencio. El único sonido que se escuchaba era la sibilante respiración de Matías Martín.

—Toni... —gruñó.

—Señor Martín, hay algo que debe ver.

Sara. Javi apretó la mandíbula, maldiciéndola por hacerse notar. De hecho, Matías la miró como si acabara de percatarse de su presencia. Seguramente era así.

Ella había hablado con aparente tranquilidad, pero él supo detectar el ligero temblor en su voz. Estaba muy asustada. Se enfadó todavía más con ella por meterse en una situación tan peligrosa que, además, había tirado su plan por tierra.

De reojo, la vio mostrar algo a los guardaespaldas. Uno de ellos miró a Matías, que movió ligeramente una mano, concediéndole su permiso para acercarse. Sara se movió como el único ser vivo entre un mar de estatuas. Al pasar por delante suyo ni lo miró, pero Javi vio que en la mano llevaba el cuaderno de Carlos y las fotografías de la fiesta, en una de las cuales aparecía besándose con Gabriel.

Sara entregó las dos fotografías a Martín, que las miró desconcertado. Tardó un poco en comprender lo que tenía ante los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó finalmente.

—Su hijo y Carlos Bandama estaban saliendo. Creemos que Gabriel intentó investigar la muerte de Carlos, y que por eso lo mataron —explicó Sara.

Matías alternaba la mirada entre Sara y las imágenes, todavía desconcertado.

—No. Mi hijo... mi hijo no me haría esto... —farfulló.

Javi tuvo que morderse la lengua para contener las ganas de preguntarle si de verdad no sería capaz de matar a Carlos y a su propio hijo por descubrir que eran homosexuales. Una pregunta así tensaría la cuerda todavía más y Javi no quería poner a Sara en más peligro del que ya estaba.

—Esto es un... es un montaje —dijo Matías, que empezaba a ahogarse.

—No lo es —dijo Sara, firme.

—No lo parece, papá —murmuró Toni. Al parecer, Sara ya le había mostrado las fotos.

—¿Gabriel no les...? —empezó a decir Sara, pero Matías la interrumpió.

—Fuera.

—Pero...

—¡He dicho que FUERA!

A pesar de todos sus problemas respiratorios, el potente grito de Matías retumbó por toda la casa. Toni miró a Javi y a los guardaespaldas y movió ligeramente la cabeza. Matías ya se estaba sentando de nuevo, hundido. Una columna derrumbándose.

Javi apartó de un manotazo uno de los brazos que lo apuntaba con el arma y sorteó al matón. Agarró a Sara por el brazo, tiró de ella y la arrastró sin

demasiados miramientos. El mayordomo, o lo que fuera, los esperaba en la puerta con cara de susto.

—Si hacen el favor de seguirme —consiguió pronunciar con sorprendente dignidad.

Los guio hacia la cancela, que cerró detrás suyo con tanta premura que parecía que tuvieran una enfermedad mortal contagiosa.

—¿Estás bien? —preguntó Sara, pero Javi no contestó.

La arrastró hacia el coche, que tenía aparcado cerca, y no la soltó hasta que estuvo sentada dentro. Cerró la puerta y rodeó el vehículo para ocupar el asiento del conductor. Lo puso en marcha con tanta brusquedad que se le caló y tuvo que volver a arrancar el motor. Empezó el camino de regreso a casa de Cánovas.

Necesitó un par de minutos antes de conseguir pronunciar palabras y no de berrear como un animal.

—¿Te has vuelto completamente loca? —la acusó. No berreó, pero gritó bastante.

—Javi, ¿qué querías que hiciera?

—¿Qué te parece quedarte en casa como te he pedido en vez de ponerte en peligro y chafarme el plan?

Sara pareció confusa.

—¿De qué plan hablas?

—¡Estaba a punto de conseguir que Matías confesara!

Ella se lo quedó mirando, incrédula. Después, se irguió mucho en su asiento.

—Mira, Javi, no te he tenido en cuenta el numerito que me has montado antes porque sé que te lo estás pasando mal, pero por aquí ya no paso —dijo, elevando la voz ella también—. ¿De verdad crees que habrías conseguido otra cosa aparte de que te mataran? ¡Han llegado a apuntarte en la cabeza con dos armas, por el amor de Dios! Si no hubiéramos aparecido Toni y yo estarías muerto. ¿Eres consciente de eso?

Mientras Sara hablaba, Javi pensaba que, por más que intentara hacerla comprender, no lograría sacarla de su error. Pero en el momento que escuchó el nombre «Toni», todo lo demás desapareció de su cabeza.

—Dices «Toni» como si lo conocieras de toda la vida. ¿Qué pasa, finalmente os habéis hecho amiguitos?

Mientras pronunciaba esas palabras le vinieron imágenes a la cabeza, *flashes* de Sara en brazos de Toni, Sara besando a Toni, Sara en la cama con Toni. El mundo a su alrededor se volvió rojo, literalmente.

Ella ni se dignó a contestar. Se cruzó de brazos y miró por la ventana, ignorándolo. Ese silencio todavía fue peor, porque no sabía si era una afirmación o una negación.

No volvieron a cruzar una sola palabra. Durante el breve y silencioso trayecto, una vocecita susurró a Javi que quizá Sara tenía razón, que se estaba comportando como un loco y su plan era absurdo. Se sintió inseguro unos brevísimos instantes, pero acabó por ignorar esas dudas. Había hecho lo que tenía que hacer, y en su cabeza el plan había tenido y seguía teniendo todo el sentido del mundo. Pero Toni y Sara, con su aparición estelar, lo habían estropeado.

¿A santo de qué Sara había actuado así?

Llegaron a casa de Cánovas. En cuanto detuvo el coche, Sara bajó y cerró la puerta con tal portazo que debió de agrietar la carrocería. Javi la siguió. Su conversación no había acabado. Tenían que dejar algunas cosas claras.

No consiguió alcanzar a Sara antes de que ella llegara a la casa. Abrió la puerta y entró, pero se detuvo tan bruscamente que no se estampó contra ella por muy poco.

—¿Qué coño hacéis aquí? —dijo Javi en cuanto reconoció a las personas que tenían delante.

Cánovas... y sus padres. Ambos arquearon las cejas ante su recibimiento.

—Te avisé de que estábamos en camino —dijo su madre, seca.

Su padre, en cambio, miró a Sara con una sonrisa en los labios y mucho interés.

—No tenemos el placer de conocernos —dijo.

—Esta es Sara —dijo Javi—. Sara, mis padres. Sofía y Nando.

Sara forzó una sonrisa.

—Encantada —dijo, y enseguida añadió—: Disculpad, tengo que hacer una cosa.

Y salió disparada hacia las escaleras.

—¿Qué ha pasado, Javi? Tengo muchas llamadas perdidas de Sa... — empezó a decir Cánovas, pero se interrumpió cuando Javi lo ignoró por completo y fue tras Sara.

La vio entrar en su habitación y la siguió, asegurándose de cerrar la puerta. No dudaba que Cánovas y sus padres estarían muy pendientes de su conversación, y no tenía ganas de que los escucharan hablar.

—No te he dado permiso para entrar —dijo Sara, abriendo un cajón de la cómoda y sacando la ropa que había dentro.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —respondió ella, reuniendo toda su ropa encima de la cama.

—No puedes irte. No es seguro.

—No te preocupes. Ya he dejado muy claro a mi amiguito Toni que tú y yo ni por asomo estamos casados. Dios me libre. Así que, enhorabuena, ya puedo desaparecer de tu vida.

Al escucharla, la visión de Javi volvió a teñirse de rojo.

—No puedes fiarte de él.

—Me arriesgaré.

—¿Qué pasa, Sara? ¿Esto era un juego para ti y ahora ha dejado de ser divertido?

—¡¿En qué momento te ha parecido que me lo tomaba como un juego?! —se detuvo para gritarle, pero enseguida volvió a ponerse en marcha.

—Pues a ver... Huir en Cuba sin escuchar las advertencias de peligro, mostrarte ante Boris Craig, presentarte en casa de Matías Martín, hacerte amiga de Toni... A mi me parecen acciones de un jugador que busca emociones fuertes.

—Se te va la pinza, Javi.

—Te aburrías en Providenciales, ¿verdad? Esto te ha venido de perlas para distraerte un poco. Has vivido momentos emocionantes, has visto un poco de drama, has estado en casas de lujo, incluso ha habido sexo...

—¡Bueno, con algo tengo que entretenerme mientras estoy aquí encerrada! —gritó ella, encarándose con él.

Al instante lo miró con expresión culpable, como si hubiera hablado de más.

Javi ya sabía que Sara solo se había acostado con él para no pensar en su ex. Él había sido un pobre sustituto, nada más. Sí, siempre lo había sabido, pero escucharlo expresado así, con tanta crudeza, le heló el corazón. La deseó más que nunca, porque sabía que nunca estarían juntos, y a la vez quiso herirla con tanta profundidad como ella lo hería a él.

Dio un paso hacia Sara, que retrocedió, intimidada. Otro paso. Y otro. Hasta que el trasero de Sara chocó contra la cómoda. Javi apoyó las manos en



el mueble, a ambos lados de su cuerpo, atrapándola.

—Tienes razón. Es un buen entretenimiento —dijo.

Sara no intentó apartarse. Se quedó quieta, como un cervatillo asustado, sin atreverse a mirarlo. Javi se fijó en su respiración profunda. ¿Excitada? La simple sospecha lo endureció.

No comprendía a qué se debía el repentino cambio de actitud de Sara, pero decidió aprovecharlo.

Se inclinó hasta enterrar el rostro en su cuello, donde aspiró su aroma. Depositó ahí varios besos, suaves, húmedos, hasta que la notó estremecerse y suspirar.

—Javi... —susurró, como si quisiera suplicarle algo.

La acalló capturando sus labios sedosos, porque no quería escucharla. Cualquier cosa que tuviera que decir le haría más daño.

Cuando ella entreabrió la boca, sus lenguas se encontraron. Javi se perdió en ese beso y se abandonó a acariciar ese cuerpo que había sido su debilidad desde el momento en el que la vio entrar en esa discoteca doce años atrás. La espalda, la cintura, los pechos, el trasero, los muslos...

La urgencia de estar dentro de Sara lo asaltó con fiereza, y se encontró introduciendo las manos por debajo de la falda del vestido. Ella gimió con suavidad, excitada, y Javi todavía se aceleró más. Encontró las braguitas y las deslizó hacia abajo. Sin dejar de besar a Sara, la levantó y la sentó encima de la cómoda, que tenía la altura perfecta. Después se desabrochó el pantalón y liberó su miembro erguido, duro como el acero por Sara. La arrastró con brusquedad para situarla en el borde del mueble y se aferró a sus caderas.

Javi rompió el beso para penetrarla lentamente, pero ardiendo de impaciencia. Cerró los ojos y gimió, y Sara se aferró a él y también suspiró de placer, pero no la escuchó. Solo prestó atención a sus propias sensaciones. Sentirla ya húmeda, tan cálida y estrecha, multiplicó por cien el placer, la rabia y el dolor. Se escuchó a sí mismo gruñir como un animal herido y empezó a embestirla con fuerza, deprisa, pensando únicamente en su propio placer. Él también podía utilizarla.

—Javi... —la escuchó gemir.

La manera como pronunciaba su nombre lo afectaba demasiado. La besó para impedirle hablar y se hundió en ella con más ímpetu, intentando llegar más hondo, una y otra vez. Se arrasaron las bocas y se mordieron los labios, hasta que tuvieron que separarse para poder respirar. Sara le arañó la espalda y los brazos. Él le dejó marcas de mordiscos y chupetones en el cuello.

Javi estaba a punto de explotar. Notaba que ella también estaba cerca, pero acabaría él antes. No tenía intención de esperarla. Estaba roto y estaba furioso, estaba fuera de sí.

—Javi, Javi, yo... —repitió ella, como si necesitara decirle algo.

Le cubrió la boca con la mano, porque si la escuchaba pronunciar su nombre una vez más, se echaría a llorar. Se hundió varias veces en ese paraíso que lo envolvía y acariciaba, hasta que explotó con fuerza, derramándose en su interior entre oleadas de un placer indescriptible y salvaje, casi doloroso. Gimió, desesperado, y empujó las caderas intentando llegar a lo más profundo del interior de Sara, como si así pudiera llegar a formar parte de ella.

Las oleadas de placer, que durante unos brevísimos instantes lo habían obsequiado con el bienvenido olvido, remitieron lentamente y todos los problemas regresaron. Miró a Sara que, como él, intentaba recuperar la respiración. Tenía lágrimas en las mejillas y era bastante evidente que estaba frustrada porque le había faltado muy poco para llegar al orgasmo. Javi sintió un cruel pinchazo de satisfacción. Salió de ella y se abrochó los pantalones sin apartarse.

—Me alegra que para ti esto también sea solo una distracción —susurró entonces—. Ya te dije una vez que solo me sirves para unos días.

Javi fue testigo de la mirada de emociones que atravesaron el rostro de Sara. Asombro, incredulidad, desconsuelo, dolor, tanto dolor...

Después, rabia.

Y, finalmente, odio.

De repente, Javi revivió con una nueva perspectiva y extrema lucidez todos los sucesos y sus acciones de los últimos días. La realidad de su comportamiento hacia Sara le cayó encima como una losa.

Ella le propinó un fiero empujón y Javi trastabilló hacia atrás. Nunca la había visto así. Estaba colérica. Cuando se puso de pie, clavándole una mirada que habría podido partirlo en dos, toda ella temblaba.

No llegó a decir nada. Le dio la espalda y fue a encerrarse en el cuarto de baño con un portazo.

Javi se quedó allí de pie, mirando la puerta estúpidamente.

¿Cómo había sido capaz de comportarse así? Sara lo había ayudado con la investigación, lo había intentado ayudar cuando las cosas se habían atascado, le había salvado la vida... ¿y él cómo se lo había pagado?

«Dios mío, ¿qué he hecho?», se dijo, horrorizado.

Y hundido.

No sabía qué hacer ahora al respecto, ni sabía cómo afrontar su fracaso en la investigación del asesinato de Carlos. No sabía nada. Bueno, una cosa sí sabía: rompía todo lo que tocaba.

Ya no podía más.

Miró la puerta que escondía a Sara. Una parte de su ser le pedía abrir esa puerta, arrodillarse ante ella y suplicar su perdón, pero lo frenó la anticipación del previsible fracaso. Y la profunda vergüenza.

Dio la espalda a la puerta, a Sara, y abandonó la habitación. Recorrió el pasillo, bajó las escaleras y se dirigió directamente a la cocina. Sus padres y Cánovas estaban en el salón, conversando, pero callaron al verlo pasar.

—¿Javi? —llamó su madre.

No respondió. En la cocina, abrió el cajón y cogió uno de los manojos de llaves que había dentro. Y, sin despedirse, abandonó la casa.

No tenía intención de regresar.

\*

Sara pasó un buen rato bajo la ducha, donde se frotó el cuerpo con tanta intensidad que le extrañó no arrancarse la piel.

Estaba furiosa.

Con Javi por descontado. ¿Cómo se atrevía a tratarla así? ¿Cómo se atrevía a hacerla sentir como un trapo sucio? Mentecato. Idiota. Cabrón. Menudo gilipollas integral.

Pero, por encima de todo, estaba furiosa consigo misma. Por derretirse como una estúpida en cuanto se acercaba a ella, por haber vuelto a hacer el amor con él. Por haberse enamorado de él otra vez.

Estúpida, estúpida, estúpida. Desde un buen principio había sabido que Javi opinaba que ella era de usar y tirar. Y que, cuando llegara el momento, se lo haría saber de la manera más cruel posible. Aún así, se había permitido caer de nuevo.

Estúpida.

Pero algo no le cuadraba en el comportamiento de Javi. No sabía explicarlo, pero había visto con sus propios ojos que era un buen tipo. Y, entonces, de repente, se convertía en un desalmado. Era raro.

La barbilla le tembló y los ojos se le humedecieron. Estaba siendo una idiota otra vez. Lo último que tenía que hacer era justificarlo. Javi no tenía excusa y punto.

Aún así, acabó llorando bajo la ducha. Por su pobre corazón roto, por la crueldad de Javi y porque necesitaba desahogarse. Afortunadamente acabó por quedarse sin lágrimas, se tranquilizó y vio claro que la decisión que había tomado en caliente seguía siendo la correcta.

Era hora de regresar a casa.

Era extraño.

Hacía menos de quince días que Sara había preparado la maleta y embarcado en el avión que la llevó a Providenciales, pero se sentía como si hubieran pasado años. Y Hugo... parecía que de esos diez años juntos hiciera toda una vida. O que se trataba de la vida de otra persona.

Sin embargo, a pesar de las ganas que tenía de regresar y dejarse cuidar un poco por Adam, Javi la había hecho dudar. Tal y como habían quedado las cosas en casa de Matías Martín, era mejor no dar nada por sentado. Habría que tomar medidas.

Salió de la ducha, se secó, se vistió y, ante el espejo, se cubrió de una capa imaginaria de indiferencia.

Salió de su habitación y bajó las escaleras a paso ligero, preparada para hablar con Javi como si no hubiera sucedido nada a destacar. No obstante, tal y como sospechaba, Javi no estaba. El salón solo estaba ocupado por Cánovas y los padres de Javi, de los que recordaba que se llamaban Sofía y Nando pero había olvidado su aspecto. La entrada en casa había sido algo precipitada. No es que se hubiera fijado demasiado en ellos.

Estaban tomando un café, charlando con voz queda, pero en cuanto la vieron los tres se levantaron y le sonrieron con amabilidad, aunque ninguno conseguía ocultar su preocupación. Procuró ocultar la sorpresa que le produjeron los padres de Javi. Nunca se había detenido a imaginar cómo serían, pero nunca habría dicho que se encontraría con una pareja en la que ninguno de los dos no llegaba a los cincuenta y cinco años y en la que ambos vestían de manera sencilla, sin ningún tipo de ostentación.

—Hola —se obligó a sonreír Sara—. La presentación de antes ha sido... bueno. Yo soy Sara.

—Sofía —dijo ella, tendiéndole y estrechándole la mano.

—Nando —dijo él, estrechándole la mano con tanta fuerza que le hizo ver las estrellas.

—¿Sabes dónde ha ido Javi? —preguntó Cánovas.

—No, lo siento.

Su primer impulso había sido responder «Me importa una mierda dónde esté», pero se contuvo.

—Es un poco tarde, ¿pero por qué no te tomas un café y nos cuentas qué demonios ha pasado hoy, por favor? —dijo Cánovas—. Yo agradecería mucho saber por qué tenía tantas llamadas perdidas tuyas. Y quién ha enviado un paquete a Javi con su apellido real. Y qué había dentro.

—Sí, y yo tengo mucho interés en saber por qué Javi estaba así —dijo Nando.

—¿Así? —dijo Sara, desconcertada.

—Humano —dijo Nando misteriosamente.

Sofía puso los ojos en blanco.

—Quiere decir alterado. Hacía mucho que no lo veíamos así —aclaró.

—Exacto. Hace nueve años que tenemos un zombi en vez de un hijo, es agradable ver que le queda algo de sangre en el cuerpo —añadió Nando.

—Pues yo lo he encontrado tan impulsivo como antes y con la mala leche de siempre —comentó Cánovas mientras servía café para todos.

Entonces los tres dedicaron una mirada a Sara que no supo descifrar. Tragó saliva y carraspeó, incómoda.

—¿Qué es lo último que sabéis? —preguntó.

Una vez la hubieron informado, procedió a relatar lo que había sucedido los últimos dos días. Evidentemente, obvió cualquier detalle de lo que había sucedido entre ellos, pero sí describió lo alterado que estaba Javi por no conseguir pistas convincentes que aclararan el misterio del asesinato de Carlos.

A Sara la admiró la entereza con la que Nando y Sofía lo escucharon todo. Se notaba que hablar de la muerte de su hijo pequeño los afectaba, pero aguantaban bien el tipo. Eran fuertes. Lo contrario a lo que Sara se sentía en esos momentos.

—No hay mucha gente que sepa lo del incidente del gato. Decidimos no airearlo —comentó Nando cuando Sara contó lo del gato.

—Ya, pero por pocos que fuéramos, la gente habla —observó Sofía—. Javi ha pensado que era cosa de los Martín porque está ofuscado, pero puede haber sido cualquiera.

Unos minutos después, cuando Sara acabó de hablar, reinó un silencio denso y preocupado.

—Espero que no haga ninguna tontería —comentó Sofía, refiriéndose a Javi.

Sara rascó una mancha inexistente en la superficie de la mesa. A su pesar, ella también deseaba lo mismo.

—Me gustaría irme a casa —dijo finalmente.

Tres pares de ojos volvieron a posarse sobre ella.

—¿Javi está de acuerdo? —preguntó Cánovas.

—No creo que le importe.

La cara de Cánovas parecía un poema a la incredulidad.

—¿Ha dicho que le parece bien que te vayas? —insistió.

—Ha comentado que no le parece seguro todavía, pero yo... —Sara se interrumpió, buscando otras palabras que no fueran «no quiero volver a verlo nunca más porque duele demasiado»—. Bueno, agradecería si pudierais ponerme protección como a Laura. Por favor.

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Solo la miraban.

—Habéis discutido, ¿verdad? —dijo Cánovas finalmente.

Sara se removió en su asiento, incómoda.

—Sí, pero no veo qué tiene que...

Se interrumpió cuando vio la misteriosa y pequeña sonrisa con la que la observaban Nando y Sofía.

—¿Qué pasa? —preguntó, insegura.

—Cánovas nos ha explicado que eres la chica que vino un verano. Cuando él cumplió los veintidós años —dijo Sofía.

—Sí... —admitió Sara, todavía más insegura porque no sabía a dónde conducía ese comentario.

—Se quedó muy triste cuando te fuiste —dijo Sofía. Y añadió, con los ojos brillantes—: Creo que los días que pasó contigo fue la última vez que lo vi verdaderamente feliz.

Sara contuvo una expresión de infinito escepticismo por no ser maleducada.

—Seguro que fue por otro motivo —dijo, y cambió de tema—: Si me disculpáis, voy a comprar billetes para regresar mañana...

—Insisto en que dudo que a Javi le parezca bien —insistió Cánovas.

—Y yo insisto en que no le importa, igual que no le importó ese verano —dijo Sara, seca, deseando que les quedara a todos muy claro de una vez.

—Sara, por Dios, cada vez que te mira no se incendia la casa de milagro.

Nando rio por debajo de la nariz y Sara se puso como la grana, preguntándose por qué Cánovas era incapaz de distinguir entre un calentón y sentimientos un poco más profundos.

—En cualquier caso, es mi decisión, no la de Javi —dijo, levantándose para zanjar el tema de una vez—. Estaré en el despacho.

—¿Y si te lo pido yo? —la voz de Cánovas la obligó a detenerse—. Olvídate de Javi. Cuando regrese, podrás fingir que no existe. Pero yo me quedaría mucho más tranquilo si esperaras un par de días, al menos hasta que aclaremos bien las cosas con los Martín.

Sofía y Nando asintieron.

—Por favor —añadió Cánovas.

Sara suspiró, maldiciendo a Cánovas por manipularla con tanta facilidad.

—Dos días —accedió.

Cánovas suspiró, aliviado.

—Gracias —dijo.

Sara asintió.

—Voy a comprobar unas cosas en la documentación de Samuel Alba —dijo.

Sofía y Nando se tensaron de manera imperceptible al escuchar ese nombre, pero asintieron.

—Por cierto, tenemos en el coche la maleta que te enviaron de Providenciales —dijo Nando—. Fuimos a buscarla antes de venir aquí. Luego te la bajaré.

—De acuerdo. Gracias.

Sara se refugió en el comedor, detrás de los montones de papeles y del fantasma de Samuel Alba. Era cierto que quería hacer unas comprobaciones relacionadas con su historial laboral, como también era cierto que estaba huyendo. Tenía la sensación de acabar de librar una batalla y de haber salido de ella aparatosamente derrotada.

\*

Empezaba a oscurecer.

El olor de agua salada y la brisa lo envolvieron mientras caminaba por el muelle. Tal y como había dicho Cánovas, el barco de sus padres seguía allí, tan brillante y lujoso como el primer día. Domingo y él realmente habían hecho un esfuerzo por mantenerlo.



Javi había decidido irse. Quizá esa misma noche, quizá por la mañana. No sabía cuál era su destino, ni si tendría uno. Quizá simplemente dejaría que el mar lo llevara, y que pasara lo que las olas decidieran.

Subió al barco y entró en la cabina. Lo asaltaron viejos recuerdos. El día que sus padres, Carlos y él estrenaron el barco. La vez que rompió la mesa durante una noche de pasión con un ligue, cosa que le valió una bronca descomunal de su padre. La primera noche que hizo el amor con Sara. Todas las otras veces que había hecho el amor con ella allí.

Todas y cada una seguían fijadas en su memoria.

También las otras veces que había regresado allí, solo, incapaz de admitirse que la echaba de menos.

De repente, se sintió agotado.

Se tumbó en la cama de la habitación grande, volviendo a recordar, a su pesar, los minutos y horas que había pasado allí con Sara. Recordó con envidia la despreocupación de esos días. La felicidad.

Quizá esto de huir en el yate no era tan buena idea.

Se preguntó si Carlos también había utilizado el yate como nido de amor con Gabriel. No le extrañaría, porque los dos tenían acceso a la llave...

Javi se incorporó bruscamente.

El yate tenía un pequeño armario secreto.

Cuando les vendieron el yate olvidaron comentárselo, y Javi lo había descubierto de casualidad al ojear la documentación. Encantado, lo ocultó a sus padres y a su hermano y lo utilizó para guardar lo que él denominaba «material sensible». Porros, revistas subidas de tono, cosas por el estilo. Sin embargo, un día Carlos lo había pillado in fraganti mientras lo abría y Javi había dejado de utilizarlo. ¿Podría ser que...? La posibilidad era remota, pero no perdía nada por comprobarlo.

Estaba en esa misma habitación, en la pared y cerca del suelo. Estaba perfectamente disimulado y se abría presionando un punto concreto. Había olvidado la localización exacta y le costó varios intentos fallidos, pero finalmente algo cedió bajo la presión de sus dedos. Escuchó un suave «¡clec!» y la puertecita se abrió, dejando a la vista el pequeño compartimento.

Dentro había una carpeta llena de hojas.

Javi estaba muy seguro de que no era suya.

Mientras la abría, el corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que le pareció que podía escuchar el incesante golpeteo.

Primero de todo se encontró con recortes y copias de noticias sobre varios casos de corrupción. Todos ellos implicaban a José María Quintero, el

político cuyo asesinato había quedado sin resolver. Se había llevado a la tumba el nombre de varios empresarios que, al parecer, lo habían ayudado a robar y blanquear una cantidad monstruosa de dinero público. También había algunas noticias que hablaban del supuesto suicidio de Fernando Trébol, el empresario...

Y entonces, al final de todo, encontró las fotografías.

Al principio pensó que eran algún tipo de montaje. Lo que mostraban, simplemente, no podía ser.

No podía ser cierto.

Por favor.

Pero las fotos eran reales. Y lo que mostraban hacía encajar todas las piezas del puzle. Resolvía el misterio sobre el asesinato de Carlos, y seguramente también el de Gabriel.

Creía que descubrir la verdad le supondría un alivio, pero esto...

El amargo sabor de la traición le subió por el esófago en forma de bilis y le llenó los ojos de lágrimas. Escuchó un grito, y tardó unos instantes en darse cuenta de que era su voz la que se estaba desgarrando, que era su puño el que sangraba después de golpear la pared.

Fuera de sí, guardó las fotografías y las hojas en la carpeta y se dirigió a cubierta a toda velocidad.

Solo tuvo un pequeño aviso.

Una sombra, vista de reojo, cuando emergía hacia el exterior.

Tuvo tiempo de pensar que había sido descuidado, primero dejándose cegar por la desesperanza y ahora por la ira.

Algo estalló dolorosamente en la parte trasera de su cabeza y Javi se sumió en la total oscuridad.

\*

Cada vez que Sara había pensado en revisar de nuevo toda la documentación de Samuel Alba, había algo muy concreto que quería hacer: buscar información en internet sobre las empresas que habían contratado al expolicía, principalmente a lo largo de sus últimos diez o quince años de vida, que era cuando había asesinado a Carlos y Gabriel, y cuando se habían producido las otras muertes sospechosas.

En el atestado policial del asesinato de José María Quintero constaba que Alba era el principal sospechoso, pero el gerente de la empresa que lo tenía

contratado temporalmente había confirmado que el día del asesinato había ido a trabajar. Podía ser cierto pero, ¿y si el gerente de la empresa había mentido?

Cuando habían revisado el historial laboral nada les había llamado la atención. Sin embargo, después Sara había caído en la cuenta de que muchas empresas tenían un nombre social, pero su nombre de marca, y por el que eran más conocidas, era otro. Así que quería hacer esa comprobación porque, quién sabe, quizá algún nombre los conducía a algún sitio interesante.

No tardó mucho en conseguir un breve listado de nombres que, la verdad, no le decían nada. Sin embargo, teniendo en cuenta que todas las empresas eran de la zona, no era de extrañar. Regresó al salón, donde Sofía, Nando y Cánovas seguían conversando con aire preocupado.

—¿Podrías decirme si os suena alguno de estos nombres, por favor? —dijo.

Los tres la miraron con curiosidad.

—Adelante —dijo Nando.

Sara leyó la breve lista:

—Turismar —no hubo reacción—. Orquesta La Salsa —tampoco—. Papyrus —nada—. Beauty 4U —Cánovas arqueó las cejas—. Aceites Luján.

Con las dos últimas palabras, los tres se movieron en sus asientos, inquietos.

—¿Os suenan? —preguntó Sara.

Cánovas intercambió una mirada con Nando y Sofía.

—Eh... Domingo mueve mucho negocio y, bueno, alguna vez creó sociedades con testaferros para blanquear un poco de dinero —explicó Cánovas. Y se apresuró a añadir—: Ahora ya no lo hace.

Al escuchar las palabras de Cánovas, Sara palideció.

—¿Y todas estas empresas eran tuyas? —preguntó.

—Beauty4U sí —informó Cánovas—. También Aceites Luján.

El pulso de Sara se aceleró. Una fina capa de sudor frío le cubrió la piel.

—Eh... —fue lo único que acertó a decir.

Seguro que había mirado algo mal. O que era pura casualidad.

—¿Qué pasa, Sara? ¿De dónde han salido estos nombres? —preguntó Sofía.

Sara dudó. Si se había equivocado, sería una buena metedura de pata.

Pero no se había inventado nada. La información era la que era.

—Eh... Son marcas con las que trabajaban las empresas que en un momento u otro contrataron a Samuel Alba —explicó—. Beauty4U es la que

lo tenía contratado cuando asesinaron a José María Quintero, el político. Y... Aceites Luján es la que lo tenía contratado cuando Carlos...

Fue incapaz de acabar la frase. Sofía, Nando y Cánovas se levantaron a la vez, consternados.

—¿Estás segura de lo que dices? —dijo Cánovas.

Sara deseó con todas sus fuerzas no estar segura, pero...

—Lo único que he hecho ha sido mirar su historial laboral y buscar los nombres de las empresas en internet —explicó.

Quería echarse a llorar. Las implicaciones de este descubrimiento eran devastadoras para todos los presentes. Y Javi... ¿cómo le sentaría a Javi?

Cánovas, Nando y Sofía se miraban, horrorizados.

—No saquemos conclusiones anticipadas —dijo Sofía, cada vez más angustiada—. Podría ser una casualidad. Tiene que haber alguna explicación.

—Tenemos que hablar con él —dijo Nando.

De manera automática, Cánovas cogió su teléfono y marcó un número.

Mientras esperaban en tenso silencio, el tiempo pareció estirarse de manera infinita. Era desesperante.

—Salta el contestador —dijo Cánovas, cortando la llamada—. Está de viaje, pero tenía que regresar hoy o mañana.

—Vamos a su casa a ver si le encontramos —dijo Sofía enseguida—. Tenemos que hablar con él.

Cánovas y Nando asintieron y se pusieron en marcha.

—Quédate, por favor. Por si Javi regresa —pidió Sofía a Sara.

Sara asintió, y unos segundos después se había quedado sola.

Se quedó un buen rato mirando la puerta, sin saber qué hacer. Se sintió pequeña en esa casa enorme. Y se sintió asustada, porque no era posible que alguien fuera capaz de asesinar al hijo de sus mejores amigos.

Si era cierto, el descubrimiento destrozaría a Javi. Confiaba en Domingo como si fuera su propio padre.

Lo llamó por teléfono, pero no contestó.

La intuición le decía que Javi había abandonado la casa con la intención de no regresar. Pero, ¿dónde podría haber ido? Dudaba que a visitar a conocidos, ni a dar un simple paseo para relajarse. Javi era una olla a presión que había estallado y, por lo tanto, lo más probable era que cometiera algún acto impulsivo.

Como irse bien lejos. Dejar atrás todo lo que lo agobiaba.

Dejándose guiar por la intuición, Sara se acercó al cajón de la cocina donde Cánovas guardaba las llaves del yate de los Bandama.

No estaban.

Sara se mordió el labio. Era un tiro a ciegas, pero al fin y al cabo era una posibilidad. No se veía capaz de quedarse esperando en casa, se sentía demasiado inquieta. Algo la empujaba a moverse, y no era solo el horror del descubrimiento. No sabía el qué, pero había algo más. La certeza de que era importante que encontrara a Javi.

Decidió no resistirse a lo que le pedía el cuerpo. Con su teléfono, buscó el número de una compañía de taxis y llamó.

\*

El doctor salió de la habitación, dejando la puerta ajustada. Miró a Toni con expresión grave.

—El sedante lo ayudará a dormir hasta mañana —informó—. Pero Toni, ya sabes que no puede alterarse así. Es un milagro que no haya sufrido un infarto.

Toni asintió, compungido.

—¿Sigue trabajando? —preguntó el doctor.

—Poco, pero va haciendo cosas —admitió Toni.

—Te seré sincero. Yo no lo veo en condiciones de trabajar. Debería descansar una temporada y concentrarse solo en cuidarse.

Desolado, Toni recordó las palabras de Abilleira.

—Intentaré convencerlo. Gracias, Miguel —dijo.

El doctor se alejó, precedido por el asistente de su padre, y Toni pensó que al fin tendría unos minutos para sentarse a descansar y pensar qué demonios iba a hacer con su vida. Pero su trasero todavía no había rozado el asiento cuando su teléfono sonó.

—Dime, Álex.

—Oye, he estado siguiendo a tu colega, y acaba de pasar algo raro —dijo la detective.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin conseguir esconder el agotamiento de su voz.

—Estamos en el puerto deportivo. Dos tipos lo han dejado inconsciente y lo han metido en un yate de los grandes.

—¿Qué? —gritó Toni, el cansancio olvidado.

—¿Llamo a la policía?

—¿Vas armada?

—Sí.

—¿Puedes tenerlos controlados mientras me acerco? Llama a la policía solo si ves que la cosa se pone realmente fea.

—Hecho.

Cortaron la llamada y Toni se puso en marcha. No estaba seguro de que mantenerlo en secreto fuera la mejor opción, pero si este caso llegaba a la policía levantaría tantas preguntas y sospechas que su padre acabaría teniendo muchos más problemas de los que ya tenía. De momento, prefería arriesgarse.

Solo esperaba que Javi aguantara hasta que llegara la caballería.

\*

—¡Pare aquí!

El taxista frenó de golpe, sobresaltado por el grito. El cinturón de seguridad salvó a Sara de estamparse contra el asiento delantero.

—Perdone —farfulló Sara, sacando el monedero de su bolso.

Había visto el segundo coche de Cánovas, aparcado cerca de los muelles.

—Quédese el cambio, gracias, ¡adiós! —dijo precipitadamente mientras entregaba al taxista un billete y ya empezaba a abrir la puerta.

Si el hombre pensó que estaba loca, no dio muestras de ello.

—Buenas noches —le deseó, y en cuanto Sara cerró la puerta se alejó.

Sara se acercó al coche de Cánovas, que obviamente estaba cerrado y vacío. Después observó la solitaria zona donde se encontraba. Al parecer, a esa hora todo el mundo estaba en la otra punta del puerto, donde se concentraban los restaurantes, discotecas y tiendas.

Dudó. Los cuatro muelles que sobresalían de la calle principal eran todos iguales y no recordaba exactamente en cuál estaba atracado el yate de los Bandama. Habían pasado muchos años. Sin embargo, se fijó en que en cada muelle había atracadas embarcaciones de tamaños parecidos. La de los Bandama no era un yate de gran tamaño, pero sus medidas no eran nada despreciables. Descartó los muelles de los extremos, que albergaban los descomunales y los más pequeños. Le quedaban los dos centrales.

No tenía ni la más remota idea de cuál elegir.

Decidió probar primero uno y después el otro. Cada muelle estaba protegido por su propia puerta, pero afortunadamente se trataba de puertas metálicas con barras verticales y horizontales, por lo que podría escalar.

Observó a su alrededor. Excepto por ella, el lugar seguía completamente desierto. Se colocó el bolso cruzado para que no le molestara y empezó a trepar por la puerta.

A medio camino, unos brazos la apresaron. Sara gritó, asustada, pero una mano le cubrió la boca justo a tiempo para ahogar el sonido.

Su captor empezó a arrastrarla hacia atrás.

Aterrorizada, Sara intentó retorcerse, pero estaba completamente inmovilizada. La estaban llevando hacia la zona de aparcamiento, hacia la oscuridad que había entre dos coches. Se revolvió con todas sus fuerzas, pero no sirvió de nada. La oscuridad se los tragó.

Los brazos la soltaron y la obligaron a girar. A pesar de la penumbra, al fin pudo ver a su atacante.

¡Toni Martín!

Sara no entendía nada aparte de que parecía un buen momento para correr. Pero no llegó ni a dar media vuelta, porque Toni volvió a sujetarla y a cubrirle la boca.

Le hizo un gesto desesperado para que se mantuviera en silencio.

—Estabas entrando en el muelle equivocado —susurró, liberándola de nuevo.

Definitivamente, Sara no entendía nada. Estaba tan asustada que le costaba comprender las cosas con rapidez.

—¿Qué?

Volvió a sobresaltarse cuando apareció otra sombra que se acuclilló a su lado, pero Toni ni se inmutó. Era la Turista.

—Dos tipos han atacado a tu amigo y lo han metido en uno de los yates —explicó la mujer.

—¿Qué?!

—Creo que es el yate de Domingo Pérez. Creemos que también está dentro —dijo Toni.

Sara se cubrió la boca con las manos, horrorizada.

—Toni... —susurró. Le costaba hilar las palabras por el miedo y los nervios—. Creo que... creo que Domingo es... Carlos y Gabriel...

—¿Qué? —dijo Toni, sorprendido y furioso a la vez. A pesar de las lamentables explicaciones de Sara, él había comprendido su significado.

Sara se esforzó por explicar con coherencia el descubrimiento de la relación entre las empresas de Domingo y Samuel Alba.

Durante unos instantes, pareció que Toni saldría disparado hacia el yate de Domingo como un tren fuera de control, derribando todo lo que hubiera a su paso.

—Toni —dijo la Turista.

La voz de la mujer lo sacó de su trance. Su expresión cambió a una de absoluta preocupación.

—Tenemos que sacar a Javi de ahí. Esto no pinta bien para él —dijo.

—Llamemos a la policía —dijo Sara.

—No hay tiempo —dijo Toni.

—El problema es que ellos son tres y, como mínimo, dos van armados. Nosotros solo tenemos un arma —dijo la Turista, mostrando una pistola.

Sara quería echarse a llorar. Todavía no se había recuperado del susto y la preocupación por Javi le impedía pensar con claridad.

Pero tenía que esforzarse. Se trataba de Javi. No podía permitir que le hicieran daño.

Pensar en Javi la ayudó a tranquilizarse un poco y centrarse. Tuvo una idea.

—¿Tenéis la llave para entrar en el muelle? —preguntó Sara.

Toni negó con la cabeza.

—No, pero yo tengo cierta herramienta que facilita la apertura de casi todas las puertas —dijo la Turista con aire travieso.

\*

La cabeza le estaba matando. Era como si alguien se estuviera dedicando a propinarle martillazos. Gimió y se movió. Quizá si cambiaba de posición le dolería menos. Estaba tumbado sobre una superficie blanda.

—Ya está despertando —dijo una voz.

Conocía esa voz. Pero le llegaba lejana, amortiguada, y no consiguió ponerle una cara.

Intentó abrir los ojos. No supo si lo consiguió porque solo veía sombras grises. No sabía si estaban dentro o fuera de su cabeza.

Dos pares de brazos lo agarraron y, sin mucha delicadeza, lo obligaron a incorporarse. Los martillazos se convirtieron en cañonazos. Se escuchó a sí mismo quejarse.

—Tened cuidado, por Dios —dijo la voz.

Con exactamente la misma falta de delicadeza, los brazos lo levantaron y lo sentaron sobre una superficie dura. Una silla. Le llevaron las manos hacia atrás y notó que le enrollaban algo alrededor de las muñecas. ¿Cuerda? Unos segundos después, los brazos le quedaron fijados en esa posición y no podía moverlos.



Algo no iba bien. Esto no debería estar pasando. ¿Dónde demonios estaba? Empezaba a distinguir colores y figuras que se movían, pero seguía sin ser suficiente.

Se maldijo a sí mismo por no conseguir que el cuerpo le obedeciera para resistirse. No pudo evitar que le ataran las piernas a las patas de la silla.

Que, por cierto, era la silla más incómoda de la historia de las sillas.

—Échale esto, lo ayudará —dijo la voz.

Le echaron un vaso o una botella de agua helada encima.

—¡Cabrón! —espetó.

El frío dolió, pero lo despejó de golpe. Al fin, vio que estaba en el interior de un yate. No era el de sus padres. Este era bastante más grande. Y muy lujoso.

Delante tenía a dos hombres con aspecto de matones. Uno estaba acabando de asegurar las cuerdas que le inmovilizaban las piernas y el otro le pasó una toalla por la cara sin miramientos. Cuando acabaron, ambos le dedicaron una mirada fría e indiferente y se retiraron.

—Esperad fuera.

Los dos matones se apartaron y Javi pudo ver a Domingo.

El asesino de Carlos.

La cegadora desesperación que había sentido antes regresó. Sin embargo, esta vez no vino acompañada de la misma rabia, sino de desolación.

—Siento que te hayan hecho daño —dijo Domingo.

—¿Cómo pudiste?

Domingo lo miró con culpabilidad. Tenía los ojos enrojecidos y enmarcados por unas oscuras ojeras. Javi se dio cuenta ahora de que, en los pocos días que hacía que se habían reencontrado, había perdido peso y la piel de la cara empezaba a colgarle, flácida.

—Y siento que hayamos llegado a esto.

Javi se enfureció.

—¡¿Cómo pudiste, Domingo?! —gritó, forcejeando contra las cuerdas.

Domingo abrió la boca, pero todo él tembló ligeramente y volvió a cerrarla. Se sentó en la silla más cercana lentamente, como si estuviera muy, muy cansado.

—Javi... Yo nunca quise que acabara así... No me dejó otra opción...

Javi lo fulminó con la mirada. No podía hablar en serio.

—No sé cómo descubrió que me reunía con José María Quintero, pero cuando supe que me estaba investigando... Me asusté, Javi... —dijo, sin atreverse a mirarlo—. Quintero estaba presionado por todas partes y algo así

le habría hecho soltar la lengua y yo... tenía tanto que perder... iba a denunciarnos y yo intenté... pero no quiso escucharme... y después el otro chico también metió las narices...

Domingo parecía al borde del llanto, su mirada bailaba de un lado a otro con desesperación. Parecía viejo, y derrotado, pero no despertó la compasión de Javi.

—¿De verdad estás intentando justificarte? ¿Vas en serio? —escupió Javi con un desprecio que no tuvo que forzar.

Domingo le clavó la mirada, el semblante endurecido.

—Y según tú, ¿qué tenía que hacer? ¿Permitirle que me hundiera? ¿Sabes lo que me había costado, lo que me ha costado, llegar dónde estoy? ¿Acaso lo sabes?

Mientras vociferaba, gotitas de saliva se le escapaban de entre los labios. Javi no se dejó impresionar por su ataque de genio.

—¿Y ha valido la pena vender el alma al Diablo para llegar hasta aquí, Domingo? —dijo.

Domingo dio un respingo, como si hubiera recibido un pequeño latigazo.

—¿Cuántas muertes han sido? Carlos, Gabriel, José María Quintero... Y seguro que hay más. ¿Quizá Fernando Trébol? ¿Yo? ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Ya te he dicho que yo no quería llegar a esto.

—Pues la próxima vez te lo piensas mejor.

—Solo tenían que asustarte, pero cuando hemos descubierto esos papeles... —Domingo señaló con la cabeza la mesa donde descansaba la carpeta que contenía las noticias y las fotografías.

—Entonces has decidido que también tendrías que quitarme de en medio, ¿no?

Domingo apretó los labios.

—No tiene por qué ser así —dijo.

Pero lo dijo sin mucho sentimiento, como si imaginara cuál sería la respuesta de Javi: una risotada sin humor, corrosiva.

—Que te den por culo.

Domingo suspiró, como si la situación le provocara pesar, pero en su mirada había decisión. Y desesperación, mucha desesperación.

—¿De verdad crees que te volverá a funcionar? —preguntó Javi, burlón—. ¿Que no acabarán atando cabos? Ni siquiera tú eres tan estúpido.

Javi sabía que lo estaba provocando, pero ya no le importaba. Si alguien de la familia, porque aunque no fuera de su misma sangre Domingo era como

de la familia, era capaz de asesinar a los suyos por dinero y causarles tanto dolor, ¿qué esperanza quedaba? Ya nada importaba.

—Mátame de una vez y acaba con esto, hijo de puta.

Nunca habría imaginado que llegaría a pronunciar estas palabras y que le importaría tan poco.

Domingo se lo quedó mirando. Su rostro cambió paulatinamente. La desesperación y la culpabilidad desaparecieron, y solo quedó determinación. Fría y, a la vez, ajena a la realidad. Domingo no conseguiría seguir saliéndose con la suya, pero era incapaz de aceptarlo.

—Está bien. Tú lo has querido —dijo.

Justo cuando empezaba a levantarse, escucharon la voz de uno de los matones.

—Se acerca alguien.

Domingo miró a Javi, alarmado. Pero antes de que este tuviera tiempo de reaccionar, escucharon una voz. La voz de una mujer. Grave, muy característica.

—Estoy buscando a Domingo. Este es el yate de Domingo Pérez, ¿verdad? Necesito hablar con él, es muy importante —decía, muy nerviosa.

Javi palideció.

Sara. Por Dios, no. Ella no.

Hacía unos instantes no le había importado morir, pero ahora cambió de idea. Deseó vivir con todas sus fuerzas, porque solo vivo conseguiría evitar que lastimaran a Sara.

Domingo vio la desesperación en su rostro y se le acercó.

—Un solo grito, cualquier cosa rara, y no volverá a ver la luz del día.

Javi asintió, respirando ruidosamente por la rabia. En cuanto Domingo le dio la espalda y abandonó la cabina del barco, empezó a forcejear con las cuerdas para liberarse.

Mientras tanto, podía escuchar perfectamente la conversación que tenía lugar fuera.

—Sara, ¿va todo bien?

—Domingo, gracias a Dios que estás aquí —dijo ella, alterada, prácticamente sollozando—. ¿Sabes dónde está Javi? Hace horas que no sabemos nada de él, le hemos estado buscando, pero...

—Espera, Sara. Intenta tranquilizarte —dijo Domingo, la viva imagen de la serena preocupación—. No he hablado con Javi, ¿pero ha pasado algo?

Enfurecido, Javi tiró de las manos con todas sus fuerzas, pero solo consiguió que las cuerdas le laceraran la piel.

—He venido en taxi, pero al bajar... creo que alguien me seguía. No sé qué está pasando... —sollozó Sara, pero se interrumpió de golpe—. ¡Allí! ¿Lo has visto?

—Sí —dijo Domingo—. Id a ver.

Javi escuchó pasos que se alejaban. Seguramente Domingo había enviado a los matones a ver qué sucedía. A Javi no le importaba si estaban a punto de ser atacados por un ejército. En esos momentos, su único interés era deshacerse de las ataduras para sacar a Sara de allí.

Intentó liberarse otra vez, estirando con tanta fuerza que se sintió enrojecer y los músculos de los brazos se le quejaron. Al final, el dolor fue demasiado intenso y los ojos se le llenaron de lágrimas. Descansó, desesperado.

Un disparo rasgó el silencio de la noche.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sara.

Javi quería gritar y quería llorar. La vida de la mujer que amaba estaba en grave peligro y lo único que podía hacer al respecto era mantenerse en silencio.

\*

Algo no iba bien.

Toni y la Turista habían parecido muy confiados en poder dejar fuera de combate a los guardaespaldas de Domingo si conseguían cogerlos por sorpresa, pero estaban tardando demasiado. Y ese disparo... Algo no iba bien.

—Llamaré a la policía —dijo Sara, sacando el teléfono del bolsillo.

Domingo le apoyó la mano en el brazo y apretó con firmeza para detenerla.

—Mejor que no —dijo.

El tono no admitía discusión y Sara no insistió, aunque empezaba a estar un poco harta de que en esa ciudad nadie quisiera llamar a la policía cada vez que hacía falta.

Su primera propuesta de plan había sido llamar a la policía y, mientras esperaban que llegaran, ella buscaría la manera de distraer a los guardaespaldas de Domingo mientras Toni y la Turista abordaban el yate para rescatar a Javi.

No se habían reído en su cara, pero la habían mirado con condescendencia. Toni había propuesto el plan alternativo, que no incluía

llamar a emergencias. Al menos había accedido a que avisara a Cánovas y los padres de Javi.

Mientras se acercaba al yate estaba tan nerviosa que no le había costado fingir ser una damisela en apuros.

—¿Qué está pasando, Domingo? —susurró, casi sin respiración.

Su espanto tampoco era falso.

Si Toni y la Turista no conseguían reducir a los guardaespaldas, estos aparecerían en cualquier momento y Sara se quedaría sin ninguna posibilidad de rescatar a Javi.

Si es que todavía estaba vivo, pensó angustiada.

Apartó ese pensamiento del todo inútil, que solo servía para llenarle los ojos de lágrimas.

—¿No crees que estaríamos más seguros dentro del barco? —propuso, intentando provocar una reacción en Domingo.

Él dio un levísimo respingo.

—No creo, no —dijo.

Caminó un poco hacia la puerta del muelle, intentando ver algo más allá. Sara lo imitó. Hacía un rato que no se escuchaba absolutamente nada.

En un punto lejano, Sara vio pasar una sombra corriendo. Domingo también la vio, porque caminó rápidamente hacia un lado para ver mejor esa zona.

Y entonces Sara vio su oportunidad. Domingo se había acercado al borde del muelle, tanto que necesitaría muy poco para caer al agua...

Lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡No! —gritó Domingo, desesperado, mientras caía al agua aparatosamente.

Sara no esperó a ver qué más sucedía. Corrió hacia la pasarela y subió a la cubierta del yate. Se abalanzó hacia la gran puerta que conducía a la enorme cabina, y casi se le escapó un sollozo cuando vio a Javi. Vivo, pero atado, empapado, lloroso, con sangre seca en la nuca y sangre fresca en las muñecas.

Cuando la vio, abrió mucho los ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, enfadado.

Sara ignoró su tono de voz y se apresuró. Tenían muy poco tiempo.

—Mira, pasaba por aquí —contestó mientras echaba un vistazo a las gruesas cuerdas que lo mantenían apresado.

Después miró a su alrededor, buscando algo con lo que cortarlas. Lo mejor que encontró fue un cuchillo de cocina.

—Sara, escúchame bien. Tienes que irte.

Ella volvió a ignorar sus palabras. Si pensaba que iba a abandonarlo allí y permitir que lo asesinaran, había perdido la cabeza. Empezó a cortar la cuerda de una de las manos.

—Sara, por favor.

—Cállate —dijo, seca.

Solo le faltaba que se pusiera en plan víctima, o héroe, o lo que fuera. Las dificultades para cortar la cuerda ya eran más que suficientes para ponerla nerviosa. La maldita era tan gruesa que tardó una eternidad en conseguir cortarla.

Escuchó pasos en cubierta. El típico sonido de los zapatos con suela de goma llenos de agua.

Sara se incorporó. Sentía el corazón en la boca. Entregó el cuchillo a Javi, que procedió a seguir cortando las cuerdas, y corrió hacia la cocina para buscar otro para ella.

Se quedó petrificada a medio camino cuando Domingo apareció en la puerta, chorreando agua y la mirada cargada de odio.

—Deja que se vaya —dijo Javi.

—Ya es tarde para eso —fue la respuesta de Domingo.

Abrió un armario que había cerca de la puerta y extrajo una pistola.

Sara no supo de dónde sacó el valor para abalanzarse sobre Domingo, pero se lanzó sobre él sin dudar. Chocó dolorosamente contra su cuerpo grande y él, cogido por sorpresa, cayó hacia atrás con un gruñido y con ella encima.

—¡Sara! —gritó Javi, con un deje de pánico en la voz.

Ella se esforzó por recuperarse y se estiró para robar la pistola de la mano de Domingo. Pero él también reaccionó y acabaron sujetando el arma a la vez, forcejeando por ella, mientras Domingo intentaba quitársela de encima.

Domingo era mucho más fuerte que ella, pero Sara resistía. Cogió el arma con ambas manos para arrebatársela de un tirón, pero fue un error. Domingo lo aprovechó para propinarle un puñetazo en el estómago.

El golpe, brutal, la dejó sin aliento. Se mareó. Notó como el brazo de Domingo se movía para arrebatarse el arma con un último tirón, e hizo un último y desesperado esfuerzo para evitarlo.

El arma se disparó justo al lado del oído de Sara.

Le pareció que el sonido era como la explosión de una bomba, tan intenso que sintió una punzada en la cabeza y la aturdió. Se quedó tumbada en el suelo, incapaz de moverse.

Como si fuera una película que avanzaba a cámara lenta y no pudiera detenerla, vio a Domingo incorporarse, con el rostro deformado por la rabia, y apuntarla con la pistola. Dios, la iba a matar. Escuchó el largo y desgarrador grito de Javi, y ella deseó con todas sus fuerzas que él consiguiera salvarse. A pesar de todo, lo amaba, y no quería que muriese tan joven.

Entonces Sara vio a Toni. Con la camisa rota y el rostro magullado. Detrás de Domingo, con un palo de madera en las manos, como si fuera un jugador de béisbol preparado para batear.

Descargó el palo contra la cabeza de Domingo con todas sus fuerzas. Un desagradable crujido llenó la estancia y Sara vio como la cabeza de Domingo salía despedida en un ángulo extraño. Puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo.

Sara soltó el aire que no sabía que había estado aguantando. Estaba viva. Viva. Y Javi también.

Aliviada, cerró los ojos y se permitió sumirse en la más absoluta oscuridad.

La despertó la voz suave y preocupada de Javi.

—Sara, abre los ojos, por favor. Por favor.

Una mano le acarició la mejilla con ternura.

Sara gimió. La cabeza le dolía horrores. Pero alguien la arropaba en un abrazo tan agradable que no quería moverse de allí. No le costó reconocer el cuerpo y el aroma de Javi.

Se esforzó por abrir los ojos y sonreírle débilmente.

—Estoy bien...

—¿Seguro? —insistió él, aunque el alivio en su voz era evidente.

No le permitió levantarse, sino que la obligó a permanecer allí, protegida entre sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ya está, ya ha acabado todo.

La respuesta le pareció demasiado vaga.

—¿Dónde está Domingo? ¿Y los guardaespaldas?

Esta vez, Javi no consiguió evitar que se incorporara y se pusiera de pie. Descubrió que la habían bajado del yate y estaban en el muelle. Toni Martín estaba sentado en un amarradero, solo, con aire derrotado.

—Toni y la Turista han reducido a los matones, pero les han dado la opción de abandonar la ciudad y han aceptado. La Turista ya se ha ido, cuanto menos sepa mejor.

—¿Y Domingo? —insistió Sara.

—No... No ha sobrevivido al golpe.

Con horror, Sara comprendió el significado de esas palabras. Miró a Javi, que ofrecía un aspecto bastante maltrecho. Y, detrás de su mirada preocupada, había desolación.

—Siento mucho que haya acabado así —susurró Sara.

Él asintió, incapaz de mirarla.



—Al menos ahora ya sabemos qué pasó —dijo Javi. Intentaba ser fuerte, pero apenas conseguía contener el llanto.

Sara sabía que no era su consuelo el que necesitaba, pero no soportaba verlo así.

—Javi... —susurró, elevando las manos hacia él con la intención de abrazarlo.

—¡Javi!

La voz de Sofía rasgó la irreal paz nocturna. Los dos se giraron, sobresaltados, y descubrieron a Sofía, Nando y Cánovas corriendo hacia ellos.

—Mamá... —dijo Javi con la voz rota, sonando como un chiquillo asustado.

Javi le dio la espalda y se lanzó a los brazos de sus padres. La familia se fundió en un intenso abrazo.

Sara comprendía perfectamente la necesidad de Javi de recibir el consuelo de sus padres, pero para ella fue un amargo recordatorio de lo poco que pintaba en su vida. Solo era alguien de paso. Se quedó apartada, recordando lo que había sucedido entre ellos esa misma tarde. Ella se había enfadado y había dicho cosas que no sentía, pero Javi había sido cruelmente claro, como siempre.

Cuando él regresó a su lado, con los ojos enrojecidos, Sara ya no sintió ni la misma ternura ni las mismas ganas de consolarlo de antes. Procuró mantenerse un poco apartada.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó.

—Toni ha llamado a un... —Javi se interrumpió, buscando la palabra adecuada—, un conocido. Nos ayudará con el cuerpo de Domingo.

—Ya —dijo Sara, nada sorprendida—. Es decir, que dejaréis a la policía fuera de esto.

—Toni tendría muchos problemas...

—Javi, no me tomes por estúpida —lo cortó Sara, molesta—. ¿Qué pasa con todas las muertes que podrían resolverse? Por no mencionar los casos de corrupción. Pero claro, a los que estáis aquí reunidos no os interesa llamar la atención, ¿no?

La sorprendió la dureza y amargura de sus palabras. Solo se atrevió a mirar fugazmente a Javi, que la miraba con, le pareció, expresión apenada. No intentó rebatir sus palabras.

—Bueno, por lo que a mí respecta, no tenéis que preocuparos —dijo Sara—. No diré nada.

Javi abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió cuando vieron acercarse dos figuras hacia ellos. Sara reconoció a Matías Martín, que caminaba ayudado por el otro hombre. Tendría unos cincuenta años, el cabello canoso, expresión astuta y endurecida. Una cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda.

Matías se acercó a Toni, que había estado hablando con los padres de Javi sin levantarse del amarradero. En un gesto que a Sara le pareció extraño, Matías apoyó la mano en la cabeza cabizbaja de Toni, como si le estuviera ofreciendo algún tipo de bendición.

Toni se levantó y saludó al otro hombre. Desde su posición, a Sara le pareció escuchar que lo llamaba Abilleira o algo parecido. Después, Toni, Matías, Sofía, Nando y el tal Abilleira ascendieron por la pasarela del yate de Domingo y desaparecieron en su interior.

—Creo que esto significa que ya puedo irme a casa, ¿no? —dijo Sara.

Lo que estaba sucediendo le parecía tan horrible que necesitaba salir de allí.

—Llamaré a un taxi —dijo, empezando a alejarse.

Javi la detuvo sujetándola por el brazo.

—Espera, por favor.

Sara esperó, pero no lo miró.

—Siento... —empezó a decir Javi, pero ahora sí que Sara lo atravesó con la mirada y lo interrumpió.

—No me interesan tus disculpas, Javi.

—Yo creo que te las debo.

—¿Para qué? Has vuelto a dejar muy claro lo que piensas. Genial. Enhorabuena. Pero, ¿sabes qué? No me gusta que me traten así. Y no hay excusas ni disculpas que valgan —replicó Sara—. Siento mucho todo por lo que has pasado, pero... vete a la mierda.

Sara se giró hacia Cánovas, que había empezado a alejarse, seguramente para darles privacidad.

—Cánovas, antes he cogido una copia de las llaves de tu casa. Si no te importa, las usaré. Quiero ir a buscar mi maleta y después al aeropuerto.

—Pero el primer vuelo tardará en salir. Y eso si encuentras billete —objetó él.

—Está bien. Esperaré.

—Bueno, pues deja que te lleve...

—Tranquilo, iré en taxi —dijo Sara.

Cánovas comprendió que Sara no iba a cambiar de idea. Suspiró y se despidió de ella con lágrimas en los ojos. Él tampoco conseguía esconder lo mucho que lo afectaba lo de Domingo.

Sara miró a Javi una última vez, blindándose ante cualquier emoción que su expresión desolada pudiera despertar. No volvería a ablandarse.

—Adiós, Javi —dijo, y se alejó sin mirar atrás.

—Sara, cariño, ¿me acabas esto?

Sara apartó la vista de la pantalla de su ordenador y miró el dossier que Lorena le tendía.

Estaban a principios de octubre y hacía unas cuantas semanas que se había reincorporado al trabajo, pero no había vuelto a coincidir con Lorena hasta esa misma semana. Lorena primero había estado de vacaciones, y después había empalmado varios viajes de negocios y asistencia a ferias.

La verdad, no la había echado de menos.

Teniendo en cuenta que había tardado menos de cuarenta y ocho horas en pedirle «ayuda», no era de extrañar.

Desde el primer día en el que Sara volvió a poner los pies en la oficina, notó que algo había cambiado. Y no eran los demás, sino ella.

Recordaba que antes se mostraba permanentemente de buen humor. Procuraba sonreír a todo el mundo, ayudaba en todo lo que pudiera y escuchaba pacientemente las eternas quejas sobre el jefe, sobre lo poco que les pagaba y sobre la vida en general.

Sinceramente, ahora no entendía por qué se había comportado así, ni de dónde había sacado las energías. Sonreír a todas horas era agotador, la gente se quejaba por todo y, sobre todo, no le parecía bien hacerle el trabajo a Lorena. Porque ahora, con ese dossier plantado ante las narices, se dio cuenta de que Adam y Hugo siempre habían tenido razón: queriendo ayudar y que las cosas en su equipo funcionaran lo mejor posible, básicamente se había convertido en su secretaria esclava y le hacía buena parte de su trabajo.

Sara miró a Lorena, el dossier, y valoró sus opciones. Hacía unos días, Sebastián había hecho un anuncio importante. Gracias a las importantes cuentas que habían conseguido a lo largo del último año, la empresa iba a crecer y reorganizarse. Iban a crear departamentos organizados por gamas de productos, y cada departamento tendría su propio jefe o jefa que respondería

ante Sebastián, que ya no daba abasto para controlarlo todo. Es decir, en los próximos días, Sebastián anunciaría el ascenso de cuatro personas. La expectativa y nervios eran considerables, pero nadie dudaba que, del equipo formado por David, Lorena y Sara, la ascendida sería Lorena. Era una relaciones públicas nata, sabía vender y tenía carácter. Sin embargo, también tenía un morro que se lo pisaba y trabajaba muy poco. Sí, sería la jefa perfecta, pensó Sara con amargo sarcasmo.

Así pues, teniendo en cuenta que Lorena pronto sería su jefa, Sara consideró que contradecirla ahora quizá no era la mejor idea. Sin embargo, algo la retenía a coger el dossier. Bueno, básicamente se trataba de que no le daba la gana de hacer el trabajo de otro. Esa cuenta era de Lorena, si no acababa la presentación a tiempo era su problema.

Conclusión: a Sara no le apetecía ser prudente.

—No puedo, Lorena. Estoy muy liada —respondió.

La respuesta tomó a Lorena por sorpresa, pero enseguida se recuperó. Le acercó el dossier todavía más, casi rozándole la nariz, y lo zarandeó.

—Es urgente, tenemos la reunión mañana a primera hora.

Sara le dedicó una sonrisa no exenta de cierta malicia.

—Pues parece que esta tarde te tocará quedarte a hacer horas extra —dijo.

La cara de asombro de Lorena era un poema. Si a Sara la situación no la pusiera de tan mal humor, se habría reído. Su futura jefa frunció el ceño.

—Sara, deja lo que estés haciendo y da preferencia a esto.

—No.

—¿Perdona?

—Es tu cuenta, no la mía.

Las cejas de Lorena se juntaron todavía más. A este paso se las rompería. Dejó caer el pesado dossier encima del escritorio de Sara y se puso en jarras.

—Más te vale ponerte con esto —dijo.

Sara miró su escritorio, como si no pudiera creerse que Lorena se hubiera atrevido a romper el orden de sus notas y bolígrafos dispuestos con tanto esmero. Se levantó y la imitó. Lorena era alta, llevaba tacones y le sacaba tranquilamente una cabeza, pero no la intimidaba.

—¿Más me vale ponerme con esto o qué? —preguntó Sara, desafiante.

Lorena abrió la boca, atónita, pero no tardó en mirarla con arrogancia.

—Parece que no seas consciente de que pronto las cosas van a cambiar. No te conviene... —dijo Lorena.

—¿No me conviene qué? ¿Hacer mi trabajo en vez del de los demás? —la interrumpió Sara.

—Oye, bonita, no es culpa mía que tu novio te plantara en el altar. Si estás amargada, deja la bilis en casa.

Sara le dedicó una sonrisa mordaz, muy poco afectada por unas palabras que pretendían ser hirientes.

—Tienes razón, Lorena. Yo no puedo negar que estoy amargada, igual que tú tampoco puedes negar que trabajas menos que un perezoso. A este paso harán un documental sobre ti —espetó.

Lorena enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Rabiosa, levantó un dedo de manicura perfecta en un gesto amenazador.

—Sara —las interrumpió una voz masculina.

Las dos mujeres se sobresaltaron y miraron hacia la puerta. Sebastián las observaba desde la puerta del despacho. Detrás suyo se había congregado un grupito de curiosos. Al parecer, acababan de organizar un buen espectáculo.

—Ven a mi despacho, por favor —dijo Sebastián—. Dispersaos —dijo al grupo de fisgones, y sin esperarla se alejó.

La mirada y sonrisa triunfales de Lorena evidenciaban que opinaba lo mismo que Sara: iba a perder su trabajo. La sorprendió no haberse dado cuenta hasta ahora de qué pasta estaba hecha Lorena. Antes de las vacaciones habría permitido que Sebastián la despidiera por la metida de pata de LactiPro, y en esos momentos directamente se alegraba de que fuera a perder su empleo. «Hay que ser mala persona», pensó.

Antes de abandonar el despacho no se privó del placer de decir:

—Hoy nadie te libra de esas horas extra.

—Imbécil.

Sara le respondió con una peineta y se quedó tan a gusto. Total, iban a despedirla, ya no necesitaba ser educada.

Mientras se dirigía hacia el despacho de Sebastián pensó que, para estar a punto de quedarse en el paro, estaba muy tranquila.

De hecho, le importaba muy poco.

Ese detalle debería preocuparla, ¿no?

Pues no, no lo hacía.

Sara sabía por qué le pasaba esto. Por un lado, desde que había regresado de su supuesta no-luna de miel en Providenciales, estaba menos dispuesta a complacer a los demás. En realidad, esa parte no era mala. Ya había tomado plena consciencia de que llevaba demasiados años poniendo las necesidades de los demás por delante de las suyas propias.

Por otro lado, estaba su constante mal humor. Él era el principal culpable de que no le importara estar a punto de perder un trabajo que adoraba.

Adam al final había dejado de intentar sonsacarle qué le pasaba. Dónde los demás solo veían tristeza y amargura por el abandono de Hugo, su perspicaz hermano veía que Sara escondía algo. Pero por más que intentara convertirla en uno de sus sospechosos y hacerla confesar, ella no hablaría.

Y bueno, Marina, Berta y Judith no podían sospechar nada porque las estaba evitando de manera escandalosa.

No estaba dispuesta a confesar que echaba de menos a Javi.

Tanto lo echaba de menos que demasiadas noches se dormía llorando, después soñaba con él y sus caricias, y durante el día no se lo quitaba de la cabeza.

Se sentía estúpida, porque estaba haciendo un muy buen trabajo de humillarse a sí misma. Él le había dejado más que claro que no le interesaba más allá de un poco de sexo, la había tratado con absoluta falta de respeto, y aún así ella lo echaba de menos y lamentaba no ser diferente, no ser como el tipo de mujer que conseguía enamorar a Javi. Porque lo amaba. Con desesperación.

Le parecía todo tan absurdamente contradictorio y, tal y como se repetía continuamente, tan estúpidamente humillante, que por eso se pasaba el día de mal humor.

El otro tema tampoco la estaba ayudando, claro.

¿Cuántas semanas hacía ya?

Casi tres.

Eso, para ella, era un retraso de regla bastante escandaloso.

Todavía no había reunido el valor de entrar en la farmacia a comprar un test de embarazo.

La puerta del despacho de Sebastián interrumpió todas sus cavilaciones. Cogió aire, sabiendo que la conversación iba a ser desagradable, llamó a la puerta y entró.

\*

Al mediodía, Sara caminaba lentamente por la calle. Entró en el restaurante de autoservicio y, moviéndose como una autómatas, cogió un sándwich de pollo, gazpacho, un bote de fruta y una magdalena. Era muchísima comida para ella, pero llevaba algunos días con un hambre atroz.

Justo cuando se sentó, sonó su móvil. Era Adam.

—Cuéntame qué ha pasado —ordenó su hermano en cuanto contestó.

—Pues he discutido con Lorena porque no he querido hacer su trabajo —explicó Sara.

—Bien hecho, hermanita —dijo Adam. Su tono evidenciaba una amplia sonrisa—. ¿Y después qué ha pasado?

—Pues Sebastián y, bueno, media empresa también, nos ha visto y me ha llamado a su despacho. Me ha dicho que había ido a buscar a Lorena para comunicarle su intención de ascenderla a jefa de departamento, pero que después de presenciar la discusión había cambiado de idea —explicó Sara, todavía sin poder creérselo—. Que siempre le ha gustado más cómo trabajo yo, pero que me faltaba carácter, y que las vacaciones me habían sentado muy bien en lo que al trabajo respecta. Y que si prometía seguir con el nivel de mala leche que había demostrado últimamente y en la discusión, estaba dispuesto a darme una oportunidad.

—Y dentro de unos días serás la jefa del departamento especializado en alimentación.

—Dentro de unos días seré la jefa del departamento especializado en alimentación —repitió Sara.

No empezó a creérselo hasta decirlo en voz alta. Sonrió.

—Te lo mereces más que nadie, Sara. Enhorabuena —dijo Adam sin ocultar su orgullo.

A Sara se le humedecieron los ojos.

—Gracias, Adam —dijo.

Y no lo decía solo por sus felicitaciones. Era por todo lo que había hecho por ella.

—¿Te sube el sueldo?

Sara sonrió, complacida.

—Sí. Me va a pagar un pastón. Podré alquilar mi propio piso y dejarte en paz.

—Ya sabes que no me molesta tenerte en casa.

—Mmm, lo sé, pero no me importará dejar de escuchar los ruiditos nocturnos de los fines de semana. Además, en algún momento yo también querré traer algún ligue a casa... —bromeó Sara.

—No quiero hablar de eso —la interrumpió Adam.

Sara rio. Hacía mucho tiempo que no estaba de tan buen humor. Después, charlaron un poco más, se despidieron y Sara engulló la comida. Antes de regresar a la oficina todavía se compró otro sándwich porque se había quedado con hambre.



La tarde en el trabajo fue movida. Mientras que sus ánimos mejoraron enormemente cuando empezó a asumir su ascenso, los de Lorena fueron tormentosos cuando se enteró de la noticia. Se lo tomó tan mal que dimitió, seguramente esperando chantajear a Sebastián, pero este no cambió de idea, aunque la invitó a reconsiderar su decisión. Lorena dimitió igualmente.

Cuando salió del trabajo, Sara estaba tan animada que encontró el valor de pasar por la farmacia y comprar un test de embarazo. Se sentía optimista. Seguro que solo era un retraso por culpa de todas las emociones vividas.

Le recomendaron hacerse el test a primera hora de la mañana siguiente, pero como el retraso era considerable decidió no esperar. Una vez en casa, fue directa al baño y siguió paso a paso las instrucciones del test. Dejó el palito encima de la pila y fue al salón a sufrir la espera de tres minutos. Activó una alarma en su móvil, se puso una canción para canturrear mientras tanto y caminó arriba y abajo. Seguía sintiéndose optimista, pero los nervios no desaparecían.

Cuando la alarma sonó, se sobresaltó. Paró la canción que hablaba de huracanes de escalas descomunales, como si supiera lo que sucedía en su interior en esos momentos, y regresó al baño. Caminaba como si se estuviera acercando a una bomba a punto de explotar.

Abrió la puerta.

El test seguía donde lo había dejado.

Desde la misma puerta vio que, en las ventanitas de resultado y de control, se habían dibujado dos líneas azules verticales. Una en cada una. Tan marcadas que no daba lugar a dudas.

Sara revisó las instrucciones.

Resultado positivo.

Estaba embarazada.

Dios, estaba embarazada.

Embarazada.

Hacía días que tenía todas las señales ante las narices, pero había sido más fácil ignorarlas.

Cogió el test, incapaz de apartar los ojos de las dos rayitas azules que confirmaban el embarazo, y fue a sentarse a la mesa del salón. Dejó el test encima, apoyó los codos sobre la madera, la cabeza en las manos, y se quedó mirándolo.

Iba a tener un bebé.

No sabía decir cuánto rato pasó así, bloqueada, mirando esas rayitas, con dos únicas palabras cruzándole la cabeza: «embarazada» y «bebé». Cuando la puerta de casa se abrió, apenas la escuchó. La voz de Adam fue lo único que consiguió sacarla de su ensimismamiento y empujarla a enderezarse.

—Hola, ¿hay por aquí una futura jefa de departamento? —dijo—. He traído cava para celebrarlo.

Adam asomó un momento la cabeza desde el pasillo, mostrando la botella de cava.

—Voy a buscar copas —anunció.

Sara no dijo nada. Lo escuchó trastear en la cocina.

—Oye —dijo Adam, elevando la voz para que lo escuchara—, no me has contado si en Providenciales llegaste a hablar con el ex de Laura.

Sara no contestó. A pesar del tono desenfadado de su hermano, sabía que le estaba tendiendo una trampa. Le había hecho creer que no le preguntaría más por el motivo de su mal humor, y ahora intentaba cogerla desprevenida. Le pareció irónico que le preguntara por Javi ahora. Precisamente ahora.

Adam entró en el salón y se acercó a la mesa, sonriendo. Cuando vio el test de embarazo, frunció el ceño y su sonrisa se torció. Tardó unos instantes en comprender qué estaba viendo. La sonrisa desapareció del todo.

—¿Estás embarazada? —preguntó. Casi parecía horrorizado. Un poco como ella.

Sara asintió. Adam depositó la botella y las copas en la mesa, incapaz de disimular su consternación. Durante largos segundos, ninguno de los dos encontró palabras que decir. Adam carraspeó.

—Hablares con Hugo —dijo finalmente—. Sabes que no eludiré su responsabilidad...

—No es de Hugo.

De eso, Sara estaba segura.

—¿Perdona? —preguntó Adam, como si creyera que no la había escuchado bien.

—No es de Hugo —repitió, aunque sabía que Adam la había comprendido perfectamente.

—¿Quién es el padre?

Sara no contestó.

Javi.

Otra vez.

Se le humedecieron los ojos. Intentó contener las lágrimas, pero no lo consiguió y dos lagrimones le resbalaron por las mejillas.

—No importa —susurró.

—Claro que importa, Sara.

Sara negó con la cabeza.

Adam apretó la mandíbula, cruzó los brazos por delante del pecho y la taladró con la mirada. Como siempre, no tardó en empezar a atar cabos y a comprender los hechos valiéndose de la mínima información.

—Sí que te encontraste con el ex de Laura, ¿verdad?

Sara no contestó, pero se percató demasiado tarde de que un silencio así rezumaba culpabilidad. Adam maldijo en voz baja y apoyó las manos en el respaldo de una silla. Lo apretó con tanta fuerza que parecía que en cualquier momento lo partiría en dos.

—Dime que no es el padre —dijo, solo aparentemente tranquilo. Su tono de voz era peligroso.

—Da igual, Adam...

—¡Ese cabronazo! —exclamó Adam, lleno de rabia.

Antes de que Sara pudiera reaccionar, había abandonado el piso con un portazo que debió de provocar una grieta o dos en el edificio.

Sara comprendió demasiado tarde el destino de Adam.

Iba en busca de Javi.

Y si lo encontraba antes que ella, era capaz de matarlo con sus propias manos.

\*

—Pues enhorabuena, hijo.

—¿En serio, papá? ¿Me felicitas porque me han despedido? —dijo Javi, incrédulo, mientras se dejaba caer en el sofá del salón de su casa.

—Venga ya, Javi, ahora me dirás que ese trabajo no te aburría más que un televisor apagado.

No, eso no podía decirlo, pero de ahí a felicitarlo porque lo habían echado por mal comportamiento...

Javi sabía que se lo merecía. Si él hubiera estado en el lugar de su jefe, habría tomado la misma decisión. No era adecuado tener un director de departamento que se exasperaba con colaboradores externos y regañaba a sus subordinados y compañeros de trabajo por nada. Había hecho llorar al becario. Incluso había roto un vaso dejándolo caer al suelo. Con excesiva energía. Esto último le había valido el despido.

Desde que había regresado a casa, la paciencia de la que había hecho gala los últimos nueve años se había esfumado. Todo lo irritaba. Todo lo alteraba. Especialmente su trabajo. El marketing le gustaba, pero en su empresa era lo más aburrido del mundo. Y eso lo sacaba de quicio.

Se pasó la mano por el cabello, abrumado. Todas sus reacciones le parecían exageradas, pero no conseguía controlarse.

—No sé qué me pasa —confesó, frustrado.

—Es muy sencillo. Tienes un efecto rebote —dijo su padre, muy satisfecho.

—¿Y eso qué demonios quiere decir? —dijo Javi, volviendo a irritarse.

—Lo que tu padre quiere decir es que, después de tanto tiempo matando cualquier emoción, es normal que ahora te cueste un poco gestionarlas. Ahora que te has permitido volver a sentir —explicó su madre.

—¿Qué pasa, ahora eres psicóloga? —espetó, molesto porque se sentía radiografiado. Su madre, lejos de molestarle, sonrió, pero él dejó caer la cabeza, arrepentido—. Lo siento.

—Ya te irás acostumbrando. Nos alegra tenerte de vuelta —dijo su madre, despeinándolo con un gesto cariñoso.

—Siempre he estado aquí.

—Ya, pero no eras tú mismo —insistió ella con la voz un poco rota y los ojos brillantes.

Por un instante, su padre pareció tan emocionado como su madre. En ese momento, Javi tomó consciencia de lo mucho que ambos habían sufrido por él. Se sintió culpable por todo el tiempo que los había mantenido alejados, tanto física como emocionalmente. También se sintió culpable porque ahora tenían que sufrir su mal genio.

Después de lo sucedido con Domingo, se habían quedado unos días más en casa de Cánovas. Habían sido unos días extraños, sosegados, durante los que les había ido bien estar juntos para empezar a enfrentarse de nuevo al duelo por Carlos, añadiendo el de Gabriel. Y, en realidad, también por Domingo. Javi sabía que su traición y su muerte les pesaría a todos durante mucho tiempo.

Había visitado a Roberto y a Juliana, en un encuentro bastante emotivo, para confirmarles que el culpable de la muerte de Carlos y Gabriel era Domingo, que estaba en paradero desconocido. Esa era la versión oficial para ellos, a los que había pedido absoluta discreción sobre el tema.

También se había visto con un taciturno Toni. Habían dejado sus diferencias atrás, pero Javi se había quedado algo preocupado. A Toni se le venía encima una etapa complicada, pero cuando le había ofrecido su ayuda la había rechazado amablemente.

Cuando Javi ya no pudo posponer más la vuelta al trabajo, sus padres decidieron acompañarlo e instalarse una temporada en la ciudad. Él lo agradeció, porque le sentaría bien tenerlos cerca.

Eso sí, no contaba con que su padre aprovecharía la más mínima ocasión para intentar sacarlo de sus casillas. Decía que lo hacía a modo de terapia, para ayudarlo a enfrentarse a su recuperado yo repleto de emociones, pero era evidente que se divertía mucho a su costa.

Es decir, que si era borde con ellos era por su culpa, se dijo en un patético intento de sentirse mejor.

—Ahora que has dado el paso en el tema laboral... —volvió a hablar su padre.

—No recuerdo que haya sido cosa mía.

—Claro, claro. Ahora ya puedes llamar a Sara.

Javi se llevó las manos a la cabeza.

—Por favor, no volváis a empezar. No creo que pueda soportarlo.

Desde hacía un par de semanas, cuando parecía que la vida y ellos empezaban a regresar a una mínima normalidad, habían empezado a hablar de

Sara. Le contaron como habían notado, doce años atrás, que después de los días que pasó con ella estaba más triste. Que algo cambió en él, como si hubiera perdido una pequeña parte de sí mismo. También le decían que debería llamarla, que Sara se preocupaba mucho por él. Y era obvio que la echaba de menos.

Esto último no podía negarlo. La echaba tanto de menos que a veces se quedaba sin respiración. Sabía que era uno de los principales motivos de su mal humor. No podía dejar de pensar en ella. En su voz *sexy*. En su dulzura. En su generosidad. En su sonrisa traviesa. En su olor. En su cabello despeinado después de hacer el amor. En su piel suave. En sus pechos pequeños y perfectos. En su interior, tan húmedo y cálido que podría pasarse la vida enterrado en ella. En que nunca podría tenerla.

Las intenciones de sus padres eran buenas, pero no conocían todos los detalles. Él sí. Y cada vez que recordaba lo cabrón que había sido se le hacía un nudo en la garganta, le caía la cara de vergüenza y se moría de la culpabilidad. Por no mencionar el hecho de que ella no quería volver a verlo ni en pintura. El «vete a la mierda» había sido bastante claro.

—¿Qué os parece si vamos a tomar una cerveza y después buscamos un sitio para cenar? —preguntó, desesperado por cambiar de tema. Además, le vendría bien para desconectar y empezar a pensar en qué demonios iba a hacer con su vida.

—Me parece una buena idea —dijo su padre—. Pero la cena mejor que no sea picante. Con lo mal que te sienta quizá acabarías haciendo llorar al camarero.

—Papá, por favor. Nunca he sido desagradable con los camareros.

—¿No? Permíteme recordarte el incidente de la Coca-Cola.

—¡Tenía doce años!

—Viejas costumbres nunca mueren.

Javi suspiró, dándolo por imposible. Bajaron a la calle, pensando ya en restaurantes para la cena, por si había que reservar con antelación.

Desde que la amenaza de los Martín había desaparecido, Javi se movía por la calle con más tranquilidad. Hasta entonces no fue consciente de que los últimos nueve años siempre había ido con la guardia en alto. Eso había cambiado, por completo. En realidad era algo bueno, pero provocó que no se fijara en el coche que se detenía delante de su casa, ni escuchara la puerta que se abría y cerraba bruscamente.

Su madre acertó a decir:

—Eh... ¿Cariño? Creo que tienes visita.

—¡Cuidado! —dijo su padre.

Javi solo vio una sombra y un puño cerrado en dirección a su cara. Lo esquivó por los pelos, pero antes de poder preguntarse qué estaba pasando, dos manos lo agarraron por las solapas de la chaqueta y lo estamparon violentamente contra la pared.

—¡Oye oye! —escuchó decir a sus padres, pero Javi consiguió hacer una señal para que no se metieran.

El rostro de un toro furioso (y enloquecido) lo miraba fijamente.

Adam, el hermano de Sara.

Parecía que hacía toda una vida desde la noche que Sara había imitado a la perfección esa misma expresión.

—Te voy a matar, hijo de puta —resopló Adam entre dientes.

—¿Sara está bien? —preguntó, temiendo que le hubiera sucedido algo.

—¿Que si está bien? Gracias a ti está...

—¡ADAM!

El grito, furioso y lleno de autoridad, resonó por toda la calle. Aunque reconoció la voz, le costaba creer que ese cuerpo menudo y dulce pudiera emitir un grito así.

Cuando la vio, bajando a toda prisa de un taxi, el pulso se le aceleró. Era como si el cuerpo de Sara llamara al suyo, que necesitaba entrar en contacto con ella al tenerla tan cerca. Lo necesitaba tanto como respirar.

La observó acercarse, boquiabierto. Estaba hermosa. Radiante. Y emanaba una serenidad y una seguridad en sí misma que lo dejaron deslumbrado. No habría podido sentirse más orgulloso de ella.

—Suéltalo —exigió Sara a su hermano cuando llegó a su altura. Ni siquiera lo miró.

Adam mantuvo los ojos clavados en él, como si quisiera taladrarlo con la mirada.

—No —gruñó—. Tiene que pagar por sus actos.

—¿Qué actos? —preguntó Sara, exasperada—. ¡Si ni siquiera lo sabe!

—¿Saber qué? —intervino Javi.

Creía que Sara había contado a Adam lo sucedido en Providenciales y los días posteriores, pero empezaba a sospechar que la cosa no iba por ahí. Sin embargo, los dos hermanos lo ignoraron por completo.

—¿Y pensabas contárselo? —preguntó Adam.

—No —contestó Sara.

—¿Por qué? ¿Acaso no crees que vaya a cumplir con su responsabilidad? —dijo Adam. Su tono se volvió más peligroso con cada palabra.

—¡No es por eso!

—Oye, perdonad... —intentó intervenir Javi, cada vez más perdido.

—Tú ni una palabra, gilipollas.

Javi, harto de ser ninguneado, golpeó las manos de Adam para que lo soltara y lo empujó para alejarlo. Él retrocedió un par de pasos y se lo quedó mirando, sorprendido e indignado.

—Ahora sí que has firmado tu sentencia de muerte —dijo con una mirada asesina.

Antes de que pudiera dar un paso, Sara se interpuso entre los dos y lo detuvo.

—Adam, vámonos.

Javi tenía a Sara de espaldas y no supo qué vio Adam en su rostro, pero se tranquilizó un poco. Pero su expresión seguía siendo severa.

—Cuéntaselo —dijo.

—No quiero.

Javi miró a sus padres para ver si entendían algo, pero se encogieron de hombros. Al menos no era el único.

—Si no se lo cuentas tú, lo haré yo —amenazó Adam.

—Adam, no.

Sara sonó firme, pero su hermano la ignoró y miró a Javi.

—Está embarazada, cabronazo —le escupió.

Sara hundió los hombros.

—¿Estás embarazada? —preguntó Javi estúpidamente. Todavía no había conseguido procesar el significado de esas palabras.

Sara seguía dándole la espalda. No contestó.

—Vete —dijo a Adam—. Déjame hablar un momento con él.

Su hermano la miró, todavía furioso pero conteniéndose. Finalmente, decidió hacerle caso, pero solo después de fulminar a Javi con una mirada de advertencia. Se alejó, aunque a Javi no le quedaban dudas de que se mantendría cerca. Sus padres caminaron detrás suyo para dejarles tanta intimidad como la calle podía ofrecer.

Al fin, Sara se giró y posó los ojos en él por primera vez. Solo un instante. No se atrevía a aguantarle la mirada.

—¿Vamos a ser padres? —preguntó Javi, que solo ahora conseguía comprender las implicaciones de esas palabras.

Ella asintió. Javi la miró, impresionado.

Iba a ser padre.

Un bebé.



Con Sara.

En su pecho intentaba producirse una explosión de felicidad, pero la expresión sombría de Sara la contenía. Obviamente, para ella no era una buena noticia.

—Javi, ya sé que esto no es una buena noticia para ti. No pensaba contártelo para no molestarte pero... en fin, todavía no sé qué haré. Pero no te preocupes, no te pediré nada —dijo—. Perdona lo de mi hermano.

Levantó la mirada hacia él una última vez.

—Adiós —dijo, y empezó a alejarse.

Javi se quedó apoyado contra la pared, sobrepasado.

Iba a ser padre.

Y, de no ser por la intervención de Adam, Sara no tenía intención de contárselo. No sabía cómo tomárselo.

Pero había algo que reclamaba su atención con más urgencia. Esa última mirada. Al posarse en él, sus grandes ojos grises se habían suavizado. Le habían recorrido el rostro, los había visto detenerse en sus labios. En ellos había visto... anhelo. Y sus palabras habían sonado tan dolidas... como si realmente le pesara que él no quisiera tener un hijo con ella. Cosa completamente falsa, por cierto.

Pero, ¿era eso posible?

Javi había dado por sentado que Sara seguía enamorada del policía, que él era una mera distracción porque, en realidad, no lo consideraba suficientemente bueno para ella. Con su pasado y los sucesos que había presenciado, le parecía lo más normal del mundo. Y que, si ella lo había ayudado y le había salvado la vida, había sido por su carácter altruista.

¿Y si lo había interpretado mal? ¿Y si el deseo de ayudarlo no provenía solo de su altruismo, sino de algo más profundo? ¿Y si cuando se derretía y estallaba entre sus brazos con tanta pasión no era únicamente por el placer? ¿Y si Sara no había expresado unos sentimientos porque él no le había dado pie, porque había dado demasiadas cosas por sentado?

¿Y si...?

Una emoción desconocida inundó su pecho.

Esperanza.

Sara caminó con toda la dignidad que pudo reunir hacia donde la esperaba Adam.

Necesitaba salir de allí, porque ver a Javi no le había sentado bien. Con el cabello un poco más largo y la barba de varios días, lo había encontrado más atractivo que nunca. No había podido evitar fijarse en sus labios carnosos, tan sensuales. Y en los sencillos tejanos y la camiseta negra que vestía, que le sentaban de infarto. Los ojos del color de la miel, tan tiernos, que siempre parecían suplicar por un abrazo, se le clavaban en el corazón como un puñal.

—¡Sara!

A su pesar, Sara se detuvo. Realmente habría preferido que Javi no alargara la conversación por una necesidad caballerosa de hacer lo correcto. Aún así, se giró lentamente y aguardó mientras él la alcanzaba. Cuando Javi se detuvo delante suyo jadeaba como si hubiera corrido una larga distancia, aunque no había tenido que moverse ni veinte pasos.

Sara era incapaz de mirarlo a la cara.

—Hay tantas cosas que quiero decirte que no sé ni por dónde empezar —dijo Javi.

Se tomó unos segundos antes de proseguir, durante los cuales Sara pudo ver que Adam y los padres de Javi seguían cerca, aunque no lo suficiente como para escuchar la conversación. Adam parecía dispuesto a saltar sobre Javi al más mínimo gesto de disgusto de Sara.

—Te equivocas cuando dices que el embarazo es una mala noticia para mí. No lo es, ni mucho menos —dijo Javi—. Quiero formar parte de esto.

—Javi, ya te he dicho que no tienes ninguna obligación —insistió Sara—. Además, podría perderlo como perdí el otro.

—Pero es que no lo veo como una obligación. Quiero hacerlo. Contigo.

—No me parece una buena idea —dijo Sara.

Sinceramente, Sara prefería criar al bebé sola antes que tener que soportar ver a Javi implicado y sin poder estar con él.

Javi se quedó unos instantes en silencio, como si dudara qué decir a continuación. Cuando volvió a hablar, lo hizo con mucha suavidad.

—Sara, no hay día que no recuerde y me maldiga por lo que hice y lo que te dije... Sé que no hay suficientes disculpas en el mundo ni nada puede excusarme, pero... yo... era mi estúpida manera de protegerme porque creía que solo me utilizabas para no pensar en tu ex. Creía que todavía le amabas. Por eso te dejé ir y no he ido a buscarte.

Sara frunció el ceño, desconcertada. ¿Qué demonios estaba diciendo? No lo entendía.

Javi le rozó el brazo con suavidad, pero aún así se sobresaltó. Un simple roce con él era como una descarga eléctrica. Elevó los ojos, y lo descubrió mirándola con una mezcla de súplica y temor.

—Lo que estoy intentando decir es que... estoy enamorado de ti.

Sara abrió mucho los ojos, asombrada. Impresionada. Escéptica.

—Llevo casi dos meses echándote tanto de menos que a veces me cuesta respirar —confesó él con la voz rota—. Y si pienso en tener un hijo contigo, juntos, lo único que siento es felicidad.

Sara negó vehementemente con la cabeza. Javi lo estaba confundiendo todo, y lo único que conseguía era hierirla todavía más. Las siempre inoportunas lágrimas le inundaron los ojos.

—Un embarazo no es motivo para empezar una relación —dijo.

—Si perdieras el bebé también querría estar contigo. Pase lo que pase.

Sara balanceó el peso de un pie a otro, inquieta. Primero había pensado que estaba entendiendo mal las palabras de Javi, pero las frases «estoy enamorado de ti» y «estar contigo» no dejaban lugar a dudas.

Sin embargo, mientras que esas palabras habrían sido recibidas con alegría y felicidad en algún momento de los días que pasaron juntos, ahora... no se las creía. O no le parecía prudente creérselas. En realidad, escucharlo hablar era tan doloroso como si la estuviera rechazando otra vez. Se dio cuenta de que tenía que ser completamente sincera para que él lo comprendiera.

—Javi, suponiendo que no estés confundiendo...

—No estoy confundiendo nada. Tengo muy claros mis sentimientos.

Sara tomó aire para seguir hablando.

—Está bien... Por cómo hablas creo que ya sabes que yo te... —fue incapaz de decirlo en voz alta—. Pero no veo por qué tendría que arriesgarme,

Javi.

Desolada, no consiguió evitar que la voz se le rompiera y que las lágrimas brotaran libremente.

—Ya me has roto el corazón dos veces, y no creo que tenga fuerzas para soportarlo una tercera vez —admitió—. Y por lo que yo sé, en cualquier momento puede aparecer otra mujer que sea más tu tipo o, yo que sé, que te canses de mí o pase otra cosa.

Sara no consiguió controlar los sollozos.

—No puedo vivir así, Javi, ni creo que me lo merezca.

Dio media vuelta y empezó a alejarse, porque ya no podía más.

—Sara, Sara. Espera, por favor —lo escuchó decir con un deje de desesperación en la voz.

Un segundo después, la agarró por los brazos y la obligó a girarse con suavidad para que estuvieran frente a frente.

Y entonces Javi se arrodilló en el suelo.

A pesar del dolor, a pesar de la llorera, Sara se alarmó. Llorar en plena calle ya le parecía montar un espectáculo, pero esto...

—¿Qué haces?

Miró a su alrededor, preocupada, pero afortunadamente la calle era solitaria. Desafortunadamente, Adam, Sofía y Nando seguían de lejanos espectadores.

—La noche que nos conocimos vestías unos tejanos blancos cortos y una camiseta de Love of Lesbian —dijo Javi.

Sara lo miró, asombrada de que recordara ese detalle. Se dio cuenta de que Javi tenía los ojos enrojecidos, húmedos.

—La primera noche que pasamos juntos me compraste una tartaleta de crema de chocolate y frutas, y le pusiste una vela para que soplara porque el día anterior había sido nuestro cumpleaños. Esa noche hicimos el amor tres veces.

Sara se cubrió la boca con la mano. Ella recordaba haber comprado una tarta y que habían hecho el amor por primera vez en el yate de sus padres, pero el resto de detalles...

—En esa época, tu novela preferida era *Carrie* de Stephen King —continuó Javi, volviendo a sorprenderla—. Ese verano te eché de mi lado porque me enamoré de ti. Me moría por tus huesos, pero era un estúpido y... me asusté.

Los ojos de Javi dijeron a Sara que se había arrepentido profundamente de sus actos.

—Pero... Siempre fuiste tú, Sara. Te convertiste en mi fantasma y mi condena —confesó—. Cuando tuve que elegir una profesión escogí marketing porque era lo que tú habías estudiado.

—¿Trabajas en marketing?

Javi asintió.

—Busqué trabajo en esta ciudad porque recordaba muy bien que tú vivías aquí. Me decía a mí mismo que no podía buscarte por seguridad, pero ahora veo que estaba siendo un cobarde —dijo—. Sabía que la boda con Laura era un error, y aún así quise seguir adelante. Y Providenciales... Insistí en que fuéramos de luna de miel a Providenciales porque me recordaba a ti, porque yo te había hablado de la isla por primera vez. Tú no la conocías.

Sara se quedó literalmente boquiabierta. ¡Era cierto!

Durante muchos años había dicho y pensado que siempre había querido ir a Providenciales, pero había olvidado cómo se había enterado de su existencia. Empezó a recordar las muchas conversaciones de esas vacaciones, durante las cuales Javi le había hablado de todos los lugares a los que le gustaría viajar...

En esos momentos Javi no parecía un hombre que está intentando cumplir con su obligación por un embarazo imprevisto. Parecía un hombre que estaba luchando... por ella. Sara notó como las murallas de escepticismo con las que se había protegido se agrietaban y empezaban a desmoronarse.

—En lo que respecta a ti, siempre he sido un estúpido —continuó Javi—. Lo fui hace doce años y lo fui hace dos meses. Si no hubieras estado allí, no hubiera sobrevivido, y no supe agradecértelo. Fui un imbécil. Lo siento, no sabes cuánto lo siento.

Javi estiró el brazo, como si quisiera acariciarla, pero en el último momento no se atrevió.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Sé que no te merezco, sé que no te gusta el mundo del que provengo, que has visto cosas que te horrorizan. Hay cosas que no puedo cambiar, pero te prometo que nunca volveré a formar parte de eso. Sé que te pido mucho, pero si hay alguna posibilidad... yo... seguro que a veces meteré la pata, pero me esforzaré para estar a la altura. Y prometo no volver a hacerte daño.

Sara observó el rostro de Javi, que le devolvía una mirada con el alma completamente expuesta. En sus ojos leía que, en sus palabras, solo había verdad.

—¿De verdad me quieres? —preguntó, aunque en realidad no le hacía falta.

—Con toda mi alma.

Una felicidad que hacía mucho, mucho que no experimentaba se atrevió a expandirse lentamente por cada rincón y cada recoveco de su cuerpo.

Javi la amaba.

Quería estar con ella, criar juntos al bebé que esperaban. Ella ya no tenía dudas al respecto.

—Javi... —susurró.

Le acarició el cabello rubio oscuro y despeinado. El rostro de rasgos marcados, perfectos. Él cerró los ojos y suspiró, y Sara le secó las mejillas húmedas por las lágrimas. Se inclinó y le besó los labios con suavidad, pero él no tardó en abrazarla y se fundieron en un beso intenso, apasionado, rebosante de emoción.

Cuando se separaron, se miraron con los ojos brillantes, temblorosos, como si les costara creerse que ese momento fuera real.

—Yo también te quiero —susurró Sara.

Javi sonrió y volvió a besarla, aferrándola como si no quisiera separarse de ella nunca más.

Segundos, minutos u horas después, quién sabe, se separaron y miraron a su alrededor. Adam y los padres de Javi seguramente habían preferido darles intimidad y habían desaparecido, pero una pareja de abuelos y un grupo de adolescentes los observaban con curiosidad.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Sara, un poco desorientada por tantas emociones.

—Lo que tú quieras, Sara. Contigo me iría al fin del mundo.

**¡Espero que hayas disfrutado del viaje!**

Me hace muy feliz que hayas llegado hasta aquí.

Si te ha gustado el libro, ¿sabes cómo podrías ayudarme?

Es muy sencillo: escribe tu (¡siempre sincera!) opinión en Amazon sobre *Mi luna de miel contigo*.

De esta manera, me ayudarás a que más personas descubran mis novelas y a que yo pueda seguir escribiendo historias que te apasionen.

¡Muchas gracias!

*Emma Colt*

MILUNA DE

MIEL

se

CONTIGO

Lectulandia